Las aeronautas



Hubo un tiempo
en que soñar con volar era
una forma de desobedecer
y, así, empezar a vivir.

Virginia Llera

Virginia Llera

Las aeronautas

SUMA de letras

A los copilotos que vuelan a mi lado,
Jesús y Pablo.
A María José,
que sigue volando entre nosotros

Aeronauta:
piloto o tripulante de una nave.

1

Caída libre

No es verdad que cuando se está a punto de morir veamos desfilar toda nuestra vida ante nuestros ojos. Es posible que haya gente a la que le suceda, pero a otros no les dará tiempo a revivir esos momentos porque su muerte es instantánea. Algunos evocarán retazos absurdos de su vida preguntándose quién ha dirigido esa película insensata de recuerdos —descartando que haya sido una elaboración propia, eximiéndose de la responsabilidad audiovisual, como si acaso hubiera un encargado externo del montaje de imágenes ajeno a uno mismo— y a otros les vendrá el resumen de una época o hechos muy concretos de su vida.

Eso es exactamente lo que le sucede a Amelia Torres antes de morir. No ve su vida pasar desde la tierna edad de la que tiene recuerdos, sino que regresa a un instante muy preciso, muy específico, de su existencia: cuando ganó en el concurso de amas de casa de Televisión Española, *La mujer ideal* en su edición de 1966, y verbalizó ante millones de espectadores que quería invertir el dinero del premio en cumplir su sueño: aprender a volar.

Ahora, mientras su avión cae en picado hacia el suelo, aquella voz frente al micrófono resuena firme y clara en su mente. «Quiero

convertirme en aviadora. Es el sueño de mi vida y por fin lo voy a cumplir», sin valorar, en aquel momento, las consecuencias mortales de su decisión. No sólo porque a su avión le queden apenas dos mil pies para estrellarse, sino porque desde que pronunció aquellas palabras su vida y la de todos a su alrededor cambió para siempre.

Tristemente, ya no podrá despedirse de ninguno de ellos, ni de sus hijos ni de su marido, ni de sus padres. Ella hubiera deseado que su cambio vital no hubiera afectado tanto a su matrimonio, que no la hubiera distanciado de Armando hasta separarlos, pero ¿quién habría podido imaginar que ese hombre cándido y entregado siempre a su familia se convertiría en un ser distante, competitivo y tan poco comprensivo con esa nueva trayectoria? Nunca había sido un tipo especialmente egoísta con sus privilegios masculinos, todo lo contrario, haberse criado con una madre republicana depurada tras la guerra lo convertía en un hombre íntegro, consciente de su superioridad social de la que nunca alardeaba. Nunca le negó el permiso firmado para acceder a su instrucción, ni le tenía controlada la cuenta bancaria ni las salidas. De veras que intentó que Amelia pudiera hacer su curso de aviación de forma regular, colaborando en casa también, distribuyendo tareas entre todos, pero en el momento en el que la esposa faltó del hogar y su fama fue creciendo de forma vertiginosa por todo el país hasta afectarle laboralmente con un despido fulminante, su fortaleza se vino abajo, ya no supo cómo reconstruir los cimientos de un hogar que había estado perfectamente estructurado siempre a su favor.

Bien es cierto que la actitud de su hija mayor no había ayudado en absoluto. Cegada por las consecuencias sociales que trajo la popularidad de Amelia Torres a la sociedad, y más en concreto a la

pandilla y amigos de Carmen, su primogénita fue la primera en renegar de la voluntad de su madre, la que elevó más el tono en su contra; su propia hija. Debido a su falta de consistencia vital, acabó mezclada con las juventudes de Falange. Pero ahora, que Amelia está a punto de morir aplastada bajo seis toneladas de aluminio, se arrepiente. Tendría que haber sido más comprensiva con ella. Se quedarán para siempre sepultadas bajo el acero sus palabras de perdón, porque una madre siempre pide perdón (al menos en el mundo donde las madres no son malvadas ni depravadas, y ella no lo era). Amelia sólo le había mostrado un nuevo camino a seguir a su hija, a ella y a tantas hijas criadas en la tradición que más pronto que tarde iban a romper los cimientos de una sociedad que aún quería contener sus ansias de vivir, en la que tantas mujeres se habían visto forzadas a refugiarse en sus calderos sin encontrar un verdadero motivo para levantarse cada mañana. Amelia había abierto una grieta para todas ellas y en riguroso directo, por la televisión nacional. Era un proceso imparable: la mujer española quería volver a las calles, quería trabajar, quería llevar minifalda, quería ser dueña de su propio destino y dejar de esperar el beneplácito de sus varones para emprender su vida.

Las consecuencias sociales que había provocado Amelia Torres con su osadía aún eran difíciles de medir a pie de calle, más bien se podía intuir, por la cantidad de gente que la paraba a su paso y pedía autógrafos a la mujer que había abandonado el anonimato para convertirse en un ejemplo. La sacudida en las mentes de la época había sido poderosa, pero no invencible. También se había convertido en un modelo del que se debía huir. No obtuvo el beneplácito de todo el país, evidentemente, y de los sectores más

reaccionarios al cambio vendrían poderosas críticas y menosprecios a su osadía. Incluso desde los despachos de la Sección Femenina de Falange se comentaba que la grandísima Pilar Primo de Rivera pasaba horas buscando una estratagema para frenar el goteo de mujeres que se mantenían en su puesto de trabajo tras haber sido madres, renegando de un papel *supuestamente* dictado por Dios —pero sobre todo dictado por su hermano José Antonio, otro que también *supuestamente* descansaba en paz, aunque siempre le estuvieran mentando—: nunca se debían apagar los fogones de una madre amorosa que aceptaba su destino sin rechistar y mucho menos para ir a trabajar lejos de lo suyos.

La llegada de Amelia Torres a la vida social española fue la excusa perfecta para que doña Pilar se pudiera dirigir a las jovencitas —y no tan jovencitas— con mayor vehemencia a través de sus discursos y revistas afines y proclamar el advenimiento de una tragedia social si se seguían los pasos de la independencia femenina que había abanderado la aviadora (entre otras muchas, no era la primera). Que su avión vaya a estrellarse en cuestión de segundos se proclamará de inmediato como un hecho evidente y fulminante de la ira de Dios, que, con su voluntad, demostraba fehacientemente que las ansias de volar lejos de la rectitud familiar marcada por el Señor —y más en concreto por el dictador Franco— traía consecuencias nefastas.

Los restos irreconocibles de Amelia Torres no serán jamás encontrados en el destrozo de un accidente de estas dimensiones, ni siquiera entre el fuego quedará un mínimo resquicio humano que pueda consolar a sus familiares. Tendrán que suponer que, entre la amalgama de cenizas, recogerán un atisbo de la famosa aviadora aceptando que también se llevarán parte del cuero de su asiento y

otros restos del avión, confinados simbióticamente para siempre dentro de una urna. De hecho, tendrán que repartir sus cenizas con los familiares del otro piloto presente en el avión. Juntos para siempre tras arder, literalmente, en el infierno. Los familiares y la sociedad se consolarán, al menos, con el hecho de conocer el paradero fatal de la aviadora y su acompañante, no como en tantas otras ocasiones donde los pilotos desaparecen para siempre despertando infinitas teorías y leyendas.

Amelia cierra los ojos con fuerza antes de impactar contra el suelo y abraza el desconsuelo eterno del resto de sus familiares a los que no ha podido decir adiós, como su hijo pequeño, Antonio. Le habría gustado decirle lo muy orgullosa que estaba del hombrecito en el que se estaba convirtiendo y la suerte que tenía de haber podido conocer a su abuelo paterno, Martín, que recientemente había regresado de entre los muertos desde su desaparición tras el fin de la Guerra Civil. Adiós a Marga, su hermana, su mejor amiga, la promotora de que ella hubiera agarrado los mandos de su vida, la pequeña rebelde que le había mostrado el camino a seguir. A sus padres, que sin saber cómo, habían cambiado tanto este último año, despertando a la vida, avivando un amor que estaba casi muerto, sin saber que ella misma había provocado este despertar con su coraje y que había sido su propia suegra, Emilia, la que había impulsado y elaborado este acercamiento, convirtiendo —como efecto colateral e inimaginable— a las siempre distantes abuelas —política y vitalmente hablando— en amigas inseparables. Echará de menos a su suegra, sí, esa mujer sabia y gruñona que siempre fue una inspiración y un divertimento; alguien a quien respetó por su

fortaleza y honestidad, sin saber si al final habrá sido capaz de perdonar y asumir el retorno de su marido.

Todos los momentos que se iba a perder de aquí en adelante eran innumerables e infinitos, un mundo lleno de probabilidades, caminos y elecciones que le habrían dado una existencia concreta y única. Pero así era la vida. Era el riesgo que había tomado. La aventura de vivir entrañaba necesariamente el riesgo de morir. Ese era el precio. Y ahora estaba a punto de pagarlo.

Y todo por un beso. Un maldito beso.

DOS MESES ANTES

2

La sorpresa de Eurovisión 1967

Lo único que ocupa la mente de Amelia Torres es su incapacidad de parar el tiempo. Porque si fuera como Samantha, la protagonista de la serie *Embrujada*, con una mueca de su nariz congelaría a todos sus familiares presentes en el salón de su casa y liberaría el grito que ha nacido en sus entrañas para que nadie la viese perder los papeles. El eco voraz de su alarido retumbaría en las paredes del edificio y perduraría durante varios segundos en los tímpanos de los presentes y vecinos, pero ninguno podría dictaminar el origen de la vibración al despertar del conjuro. Así, dispondría del tiempo suficiente para recuperar la respiración que ha perdido por el impacto de los acontecimientos y se mostraría ante los demás con la templanza que se le supone a una señora de su edad y condición. Porque hay en su interior una voz que la instiga a romper esa responsabilidad que se espera de ella, que la anima a salir corriendo, atravesar la ciudad de Madrid, llegar hasta su avión y despegar sin mirar atrás para que la tormenta desatada en la tierra no pueda alcanzarla en su ascenso hacia el cielo.

Y no puede dejar de escucharla. Quiere salir de ahí, huir, abandonar todo. Pero ahora no. Ahora no puede. Todavía no.

Todo empezó cuando ella quiso volar, cuando ganó el concurso de Televisión Española y se dejó abrazar por las consecuencias de su osadía, y ahora Amelia siente la responsabilidad de la estampa que se ha creado en su salón cuando, hace apenas unos instantes, durante la emisión de Eurovisión 1967, un extraño ha llamado a la puerta y se ha identificado como el padre de Armando, al que todos creían fusilado y desaparecido tras la guerra.

Una disposición curiosa y dispar de familiares colocados alrededor de un televisor que necesita explicarse a sí misma ante la presencia inesperada. Como si de una película se tratase, Amelia se imagina caminando por el salón mientras los demás permanecen congelados en el tiempo, tratando de hacerse una composición del espacio que traiga una solución, acaso una explicación coherente, a este callejón en el que no se vislumbra la salida. Primero, observa a su marido, petrificado ante la aparición repentina de su padre, adivinando en su rostro una mueca de impresión y vulnerabilidad, mezclada con el desconcierto de recibir la llegada de un advenimiento tan inverosímil. Justo a su lado, en el suelo, yace Emilia, esposa del supuesto difunto. Amelia se agacha a abanicar tímidamente a su suegra, en vano, valorando el impacto que debe suponer un retorno de esas dimensiones espaciotemporales al verse de viuda a casada en un instante. Afortunadamente, por el rabillo del ojo encuentra consuelo en la presencia de Peter, su cuñado médico, con un pie ya levantado para ir a tomarle el pulso y atender a la mujer.

Girándose hacia el recién llegado, que mantiene los brazos abiertos por el susto del desmayo de su antigua esposa, Amelia se pregunta si podría tratarse de un impostor que, apoyado en el desgaste del paso del tiempo y un puñado de información

privilegiada, podría hacerles creer que es Martín Suárez, aquel padre y esposo cuya muerte confirmó una carta clandestina. Se aproxima a escrutar los ojos al viajero, en busca de cualquier atisbo de familiaridad con sus semejantes o sus descendientes: la misma boca que su hijo Antonio, quizá, o el color de los ojos de su marido, o tal vez la nariz afilada de su hija, o cualquier gesto que encajase en su recuerdo con alguno de los retratos que atesoraba su suegra y que había visto alguna vez en los viejos álbumes.

Sin embargo, una serie de preguntas atraviesan su pensamiento —y seguro que el de todos—: ¿cómo los ha encontrado?, ¿cómo es posible que haya llamado al timbre adecuado?, ¿en qué tumba yacía este muerto viviente?, ¿de dónde ha venido?, ¿qué historia trae consigo?

Amelia gira sobre sus talones para acudir al otro punto del salón donde la estampa de su hermana Marga sosteniendo el auricular del teléfono hacia su hija Carmen le ha revuelto definitivamente el estómago y ha resquebrajado su corazón. ¿Cómo es posible que la mismísima jefa nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera, hermanísima de José Antonio, ideólogo de Falange, esté llamando en estos instantes a su hija querida? ¿Por qué conoce su número de teléfono? ¿Qué quiere de ella? Se suponía que Carmen, después de meses de confrontación, había aceptado por fin el sueño de su madre de dedicarse profesionalmente a la aviación. ¿Era entonces una farsa? ¿Algún tipo de encerrona o pantomima? ¿Qué tipo de mascarada había realizado Carmen que se desmoronaba por segundos? Quisiera sacudir a su hija y enterarse de toda la verdad cuanto antes y tratar de entender cómo había tenido la sangre fría

de hacer amistad con Pilar Primo de Rivera conociendo el origen republicano de sus abuelos represaliados.

Definitivamente las ganas de volar y de huir crecen imparables en Amelia, pero la culpabilidad y la responsabilidad ahoga su grito y detiene sus piernas a punto de abrir la puerta y echar a correr. El único alarido que se oye en la noche sólo retumba estridentemente en su mente, donde nadie más puede escucharlo. Se toma unos segundos para intentar recuperar la calma, porque ha llegado el momento de que sus familiares despierten del conjuro que obra en su imaginación y todo salte por los aires.

—Tiene pulso disparado, *she needs a hospital* —confirma Peter sosteniendo rápidamente la muñeca de Emilia.

Las piernas de Amelia permanecen petrificadas mientras el universo ha cobrado vida con la voz de alarma del médico norteamericano. Armando retira la mirada clavada sobre el recién llegado para atender a su madre y poner rumbo a urgencias. Con la adrenalina disparada por la concatenación de eventos, señala con determinación lo que todos deben hacer.

—¡Cuelga esa maldita llamada ahora mismo! —ordena Armando a su hija. Sus ojos disparan fuego hacia Carmen que obedece y anula la llamada (y a la falangista) de inmediato. —Marga, ocúpate de llevar a los mayores a sus casas. —Y tratando de no sonar descortés con el visitante, se lamenta—: Debo atender a mi madre. —Y sin atreverse a creer aún que pueda tratarse de su padre, aún incapaz incluso de nombrarlo como tal, opta por referirse por su nombre porque aún lo siente un extraño—. Martín, le dejo con mi esposa y mi cuñada. Mañana tendremos tiempo de aclarar… —balbucea

tratando de encontrar una palabra acorde a años de desinformación, silencios y ausencias—: Lo sucedido.

Y el visitante, que siente que sobra más que aporta, se repliega para dejarlos salir ante la culpabilidad de una llegada poco calibrada y de consecuencias terribles para la salud de la que fuera su mujer, tratando de contener el miedo que le sobreviene al pensar que podría perderla antes de recuperarla.

—No debí aparecer de esta forma… —añade con un hilo de voz. Pero Armando ya se marcha con su madre en volandas descartando que su misión sea ahora descubrir la verdad del padre. El portazo de su salida vertiginosa los deja a todos sumidos en un denso silencio.

Los padres de Amelia, Victorina y Luis, testigos discretos de los acontecimientos desde el sofá, no son capaces de articular palabra por miedo a perder ellos mismos la consciencia. Victorina, con su verborrea habitual totalmente cercenada por la visita, es la única que atesora el secreto que su consuegra le hizo saber recientemente: que nunca creyó en la muerte de Martín, que disimuló ante el hijo para poder desarrollar algún tipo de vida, y que la carta recibida en clandestinidad que certificaba su muerte le sonaba a pantomima, quizá buscando hacerle desaparecer un tiempo, por miedo a las represalias y que, seguramente, estaría retenido de forma involuntaria en algún rincón del mundo, y que tarde o temprano, volvería. Victorina había tratado de hacerle entender que, tras tantos años sin noticias, su versión de los hechos no tenía sentido, que ya habría vuelto, escrito y que era hora de aceptar su muerte; y descansar. Pero ahora, frente al aparecido, tenía que tragarse sus propias palabras al constatar la veracidad de las creencias de su consuegra.

Pero Victorina no es capaz de reaccionar ni de saludar, ni de toser siquiera. Hasta se lleva la mano al pecho para comprobar si respira. La preocupación por su amiga la consume, incapaz de verbalizar su miedo a perderla porque un nudo le ha arrebatado la voz como nunca antes y sale de la casa olvidando incluso de despedirse de su hija Amelia, quien, ajena a la marcha de los demás, camina con determinación hacia Carmen, rezagada en una esquina del salón. Esperando su condena.

El único que observa la escena con algo de piedad y neutralidad es Antonio, que se ha quedado temblando, tan mudo como el resto, esperando una fuerte reacción por parte de su madre; y porque tampoco tiene muy claro quién es Pilar Primo de Rivera y por qué a todo el mundo le ha cortado la respiración. Y a pesar de que a la hija del dictador Miguel Primo de Rivera le están pitando los oídos de forma hiriente porque toda una familia está pensando en ella, Pilar vuelve a marcar con determinación el número de Carmen, convencida de que ha sido un error telefónico. El aparato vuelve a llenar con su timbre estridente el silencio en el que ha quedado sumida la casa mientras Amelia acorrala a su hija contra la pared.

—¿Es ella? ¿Es ella otra vez? —Carmen progresivamente pierde cualquier atisbo de fortaleza ante la insistencia del teléfono y la fiereza que descubre en los ojos de su madre—. ¿Qué quiere de ti? ¿De qué te conoce?

Pero Carmen no es capaz de ofrecer una respuesta coherente que no la condene de por vida, y cae abatida entre lágrimas mientras el teléfono no deja de sonar. Justo antes de que cese su irritante repiqueteo, Amelia descuelga el auricular.

—Soy Amelia Torres. ¿Quién llama?

3

Desvelando verdades

Si prácticamente hace diez meses la ciudad de Madrid se había paralizado porque todo el mundo estaba pendiente del concurso de *La mujer ideal* en el que ganó Amelia Torres, hoy la ciudad ofrece la misma quietud ante los resultados de Eurovisión. A pesar de que todos los corazones de los españoles van con Raphael y su balada «Hablemos del amor», ninguno de los pasajeros que viajan en el coche de Marga menciona el asunto. Martín, sentado de copiloto, no aparta la vista de la ciudad y en la parte de atrás del 600, Victorina y Luis tratan de hablar por señas, gestos indescifrables, vocalizando sin decir y, como siempre, sin entenderse, aunque lo hicieran en alto. Nadie es capaz de verbalizar las preguntas que a todos se les agolpan en la cabeza, de dónde sale este señor, dónde ha estado tantos años metido y por qué no ha venido antes. Pero nunca las preguntas vitales fueron las primeras en pronunciarse, así que el recuerdo repentino de la emisión del programa de televisión conduce la situación.

—¿Y cómo habrá acabado Eurovisión? —El arrojo de Luis relaja el ambiente sumando a esposa e hija al debate.

—Uy, es verdad —disimula Victorina—, a ver si ha ganado Raphael y no nos hemos enterado.

—En la radio seguro que lo están retransmitiendo. —Marga en un movimiento acertado, no sin falta de nerviosismo, busca Radio Nacional para seguir el recuento en directo. La voz inconfundible de José María Íñigo les devuelve a todos la respiración.

—*France, un vote*. Francia, un voto —confirma el periodista que traduce simultáneamente a la presentadora y al jurado de cada país —. *United Kingdom, three votes*. Reino Unido, tres votos*. Royaume Uni, trois votes.*

—Y dale con *Guayomini* —se indigna Victorina—. Esos no son europeos.

—Mamá, es Reino Unido en francés, que te lo explico todos los años.

—Pues, hija, perdóname, que se me olvida.

Martín gira el rostro y mira distraído a Marga, que le devuelve una sonrisa de compromiso sin atreverse a iniciar una conversación con él. Lleva un rato tratando de encontrar algo sensato que preguntarle al hombre que no le comprometa, que no adelante información al resto de los familiares directos que merecen una explicación más detallada de los acontecimientos pasados, preguntándose ella misma por el pasado del hombre, su paradero, su historia, su propio drama.

—*Spain, one vote.* España, un voto —chiva la radio—. Y*ugoslavie, un vote.* Yugoslavia, un voto.

—Pero ¿cómo va nuestro Raphael? ¡Me mata la curiosidad! —Victorina recibe un manotazo de Luis alarmado por el término que ha empleado, abriendo los ojos como platos y colocando su mano en forma de pistola señalando virtualmente al consuegro, al que solían

llamar en privado «el fusilado». Victorina no entiende de gestos y reclama discretamente su inocencia señalando al vivo. La voz de Íñigo por fin calma la curiosidad de los presentes con el recuento.

—Y así se encuentran las puntaciones: Inglaterra, treinta y cuatro puntos; Irlanda, dieciocho puntos; Francia, trece puntos; Luxemburgo, diez puntos, y empatados a seis puntos España y Bélgica.

—Lo sabía. —Victorina se agita en el asiento de atrás—. Es que no hay manera de ganar, nos tienen manía a España. —Y armándose de un valor inusual para una mujer de su edad (y toda su condición vital pasada) deja salir un exabrupto que hasta a ella le sorprende poseída por el espíritu de Emilia—: ¡Es por culpa de Franco!

Marga pega un frenazo instintivamente desequilibrando a los ocupantes que, de milagro, salen ilesos y se dirige a su madre con desconcierto.

—Pero ¿ahora te has cambiado de bando, mamá? ¿Qué está pasando?

Victorina, sobrepasada por su propio bufido, trata de armar un discurso coherente.

—Bueno es que… desde que estudio con Emilia y… estando aquí Martín de cuerpo presente —nuevo codazo de Luis—… entiendo más cosas que antes. —No va a entrar en detalles de lo que puede florecer el conocimiento cuando recibes clases de una republicana—. Que a Franco nadie le quiere en el extranjero menos los americanos, lo sabe todo el mundo. ¡Que hasta el papa ha escrito para evitar algunos fusilamientos, válgame Dios! —Y ahora fijando la mirada en el recién llegado, que ha ido girando tímidamente la cabeza para escucharla con atención, Victorina pierde cualquier atisbo de

discreción—. Y usted, don Martín, tranquilo que aquí nadie va a avisar a nadie de su vuelta, aunque tuviera un pasado de izquierdas, republicano, como Emilia —Victorina se mete sola en un jardín del que le cuesta salir airosa—. Vamos, que somos de los buenos, que estese usted tranquilo, que somos gente de bien y sabemos callar, venga de donde usted venga, piense como piense.

Martín no aparta la mirada de la *nueva* consuegra tratando de descifrar a la señora y asiente leventemente.

—Me quedo más tranquilo, gracias. —Y volviendo la vista al frente se dirige a Marga y echa la mano a la manilla de la puerta discretamente—. Yo me bajo aquí. Creo que sabré cómo llegar. Muchas gracias.

—No, no, por favor —le ruega Marga impidiendo que salga del coche—. Lo dejaré en la puerta de su pensión, es muy tarde. Si no le importa, voy a dejar primero a mis padres que me pilla de paso —y omite «antes de que mi madre siga metiendo la pata». Un ofrecimiento que Martín acepta cándidamente.

—Hemos conseguido estabilizarla y ahora podrán entrar a verla —el tono calmo del doctor apacigua los nervios de Armando—. Deben controlar la tensión a partir de ahora, si se vuelve a disparar podría sufrir un infarto o un ictus. Es conveniente que guarde reposo unos días, y que tenga cuidado con la alimentación, evitando el alcohol, la sal o cualquier exceso, o posibles emociones fuertes que puedan provocarle algún tipo de ansiedad. ¿Ha sufrido alguna pérdida, algún episodio que pueda explicar la taquicardia? ¿Se había producido con antelación?

Armando aguanta la respiración, la sala de espera del hospital no es lugar para revelar secretos familiares.

—No que yo sepa —responde convincente—. Estábamos viendo Eurovisión y se levantó bruscamente y, así, sin más, se desmayó. Un poco de anís sí que pudo tomar.

El resto de las explicaciones médicas con respecto a la edad, la condición de la paciente y las precauciones a tomar resuenan en la mente de Armando como si tuviera la cabeza sumergida en una bañera, no llegan, se distorsionan, aunque afirme, no presta atención. Tiene claro el origen de los desmayos de su madre, lo que le aterra pensar es si ella podrá aguantar la verdad que haya traído el forastero.

—Gracias doctor, seguiremos sus consejos.

—Esta noche se queda en observación, y mañana les daremos el alta. Procure que descanse —y girando sobre sus talones se aleja por el pasillo calzándose con firmeza la carpeta bajo la axila.

—¿Más tranquilo? —Peter entiende la bajada emocional que también supone recibir buenas noticias y, con cariño, apoya una mano en el hombro de Armando, que espontáneamente le abraza en medio de la sala de espera.

—Pensaba que la perdía, Peter —susurra apretado a su pecho, mientras se toma unos instantes para respirar hondo y recibir el consuelo que brinda el gesto. Cuando se separa, mira a Peter a los ojos y le habla con franqueza—. Qué irónico sería perder a mi madre el día que recupero a mi padre, ¿no? Se lo cuentas a cualquiera y no se lo cree, ni en una película. —Armando traga saliva y su mente se deshace en incógnitas—. ¿Dónde habrá estado?, ¿cómo es posible que no hayamos sabido nada de él en tantos años? Si acaso tiene

otra familia, otros hijos —pronunciar todo este universo de posibilidades le hace daño, porque jamás lo había pensado hasta ahora y es Peter el primero en recibir estas inquietudes—. Y no sé cómo va a procesar mi madre toda la información que traiga. Las opciones son infinitas, escondido en algún lugar, en algún país, ¿acaso perdió la memoria y la ha recuperado recientemente?

Peter se toma unos segundos antes de contestar; el cardiólogo siempre se enfrentó a problemas del corazón, tanto los visibles como los invisibles, y tiene un don para la palabra y calmar a sus pacientes.

—Irá bien, seguro que hay una explicación y podréis recuperar ese tiempo. Yo te entiendo porque también hace más de tres años que no veo a mi familia, y les echo mucho de menos. —La melancolía también se refleja en Peter, que deja escapar un atisbo de impaciencia que Armando capta enseguida.

—¿Pasa algo?

Peter toma aire y aunque hubiese deseado que esta conversación no sucediese en un hospital, le confiesa que anda algo inquieto porque Amelia no ha contestado aún al ofrecimiento de instruirse en la base norteamericana para lograr su licencia de piloto.

Maldita licencia. Lo había olvidado por unos días.

Lo de Torrejón sí. La solución *perfecta*.

No es que Amelia dejase de instruirse en Cuatro Vientos porque se había dado cuenta de que su hogar se había descompuesto por esta aventura suya. No lo dejó porque Armando había perdido su puesto de trabajo, su estatus, su lugar privilegiado en la familia y completamente los papeles. Tampoco abandonó para abrazar de nuevo el hogar y estar junto a sus hijos, que la necesitaban. No.

Amelia dejó de volar porque descubrió que en España nunca podría obtener su licencia de piloto comercial, primero por ser mujer, y segundo por su edad. Porque Amelia quería obtener sus propios ingresos, y quería obtenerlos volando, haciendo lo que más le gustaba. A sus casi treinta y siete años se negaba a aceptar el «no» que se impuso con la dictadura. Y Peter, Carmen y Marga habían encontrado la solución perfecta: los norteamericanos podían ayudarla a conseguir su licencia entrenándose un tiempo en Torrejón, donde la edad no era tampoco un problema. Los Estados Unidos se abrían ante ella, ante su valentía, su fortaleza y determinación. Armando había decidido dar un paso al lado, no acompañarla, no podía arriesgarse a perder su nuevo puesto de director financiero en la construcción de Torres Blancas, un inmenso proyecto arquitectónico.

—*It's a HUGE* favor que hacen por mí, una exsepsión. Sería muy feo decir que no —asevera Peter.

—Sí, sí, Peter, lo entiendo, sólo queríamos darnos un tiempo para pensarlo… Es que… —Qué mal momento—. Hemos decidido. Bueno, yo he decidido que… Yo no voy a ir a Torrejón, Peter, yo me quedo en Madrid. Amelia y yo estábamos pensando… —duele pensarlo, visualizarlo, confesarlo— en separarnos, temporalmente al menos, y ahora con la llegada de mi padre, yo no voy a ningún sitio.

La revelación le pilla totalmente por sorpresa y Peter tuerce el gesto.

—*I'm so sorry*. No tenía ni idea de que no estuvierais bien.

—Es lo mejor, que ella se vaya y yo así tendré tiempo de estar con mi… familia —Término que verbaliza incluyendo por primera vez la

figura de su padre a la fotografía mental que tiene interiorizada del concepto.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, por favor. *Anything.* Pero tenemos que contestar. —Armando asiente vigorosamente, lo resolverán pronto.

Y esta vez Armando abraza a su cuñado con menos dramatismo, más fraternal, desde el agradecimiento. La complicidad en la mirada del estadounidense antes de marchar es total. Sí, decididamente no tiene fuerzas para gestionar los deseos de volar de Amelia con la aparición repentina de Martín. Lleva muchos meses dedicados a los devenires de sus vuelos, horarios, permisos, tareas del hogar, su despido, el trabajo nuevo; ahora debe atender lo más importante, lo más inmediato, frágil y volátil.

—Mamá, estoy aquí. —Armando entra sigilosamente en la habitación y se acerca a acariciar su mano, ahora atravesada por una sonda por la que entra el goteo que la calma y la reconforta—. Me ha dicho el doctor que vas a estar bien, pero que tienes que descansar.

La escena es tierna, siente una vulnerabilidad imprevista al adecuar instintivamente el tono de voz al silencio de la noche y al delicado estado en el que se encuentra. En otras circunstancias sabe que ella se arrancaría el cable sin miramientos, pegaría un salto para bajar de la camilla e, incluso corriendo, llegaría a la altura de donde estuviera Martín y le interrogaría hasta la extenuación para saber la verdad.

—¿Te has asustado? Ha sido como ver a un fantasma, ¿quién nos lo iba a decir? —La determinación que mostró Armando al salir de

casa ahora se desmorona en la intimidad en la que puede por fin verbalizar su miedo junto a la única persona capaz de entenderlo.

—Está peor de lo que me imaginaba. Está viejo, ¿eh? —El exabrupto de Emilia pilla a Armando por sorpresa.

—¿Perdón? —Una rotunda valoración que desvela una oculta esperanza de retorno—. ¿Acaso lo habías imaginado, sabías algo?

Y para evitar confesiones fuera de lugar, Emilia tira por la calle de en medio con una lucidez sorprendente para los narcóticos que recorren sus venas:

—Hijo, una piensa en todos sus seres queridos cada día, y de los que ya no están pues te imaginas qué habría sido de ellos, qué aspecto tendrían, qué tal habrían envejecido, cómo habría sido nuestra vejez juntos… ¿O acaso tú no piensas en tu hermana, y cómo sería tu vida si siguiera entre nosotros?

Argumento que le parece tan irrefutable que elimina rápidamente de su mente la posibilidad de que su madre sospechara que seguía vivo.

—Yo le he visto bien —comenta Armando mientras valora lo poco que realmente ha reparado en su aspecto, mientras se desataban los desmayos y llamadas inoportunas—. Aunque creo que nunca le habría reconocido por la calle. Me ha parecido pues… un señor mayor, sin más. Lo que no entiendo es qué ha pasado durante todo este tiempo. Dónde ha estado y por qué aparece ahora. ¿Qué significaba aquella carta, entonces?

Emilia recorre en su mente los cientos de escenarios que ha pensado en estos años, inagotables, infinitos, agotadores y ya difuminados, algunos hasta olvidados de tanto pensarlos y valorarlos, pero ninguna vez comunicados a su hijo. Siempre

consideró que sería más doloroso esperar a un desaparecido que llorar a un fallecido.

—Mañana que nos lo cuente todo, y así dejamos de pensar —concluye Emilia cerrando los ojos y abandonándose al sueño.

—Ha dicho el médico que nada de emociones fuertes. ¿No prefieres esperar unos días a saber la verdad? ¿O que hable yo con él y… luego te lo cuento, poco a poco? —Propuesta que aliviaría el miedo a una nueva subida de tensión al poder graduar el nivel de información dolorosa que podría recibir por su parte.

—Lo único que quiero hacer poco a poco —masculla Emilia cediendo al sueño— es retorcerle el pescuezo… a tu hija… por andarse con quien no debe. Y… mañana… mañana… me… me… va a oír.

Emilia cae profundamente dormida muy a su pesar. Armando se inclina a besarla en la frente.

—Eso, descansa y mañana… —Inhala hondo y deja salir el aire con fuerza—. Mañana lo aclaramos todo.

—¿Y no te da vergüenza aceptar una portada y hablar mal de mí en una revista falangista que lee todo el país? —Los gritos de Amelia al final sí que retumban por las paredes del edificio y los vecinos podrán localizar con facilidad el origen. Pero ahora ya da igual, Amelia ha perdido completamente el control ante las confesiones de Carmen.

—Mamá, por favor. —Carmen, hecha un ovillo contra la pared, implora piedad—. Yo estaba muy enfadada contigo, yo sólo me metí

en el grupo de teatro de los amigos de Mencía y debió enterarse de que era tu hija.

—¡¡¡No me extraña, si estabas hablando mal de mí todo el santo día y no había Dios que te aguantara!!! Pero ¿no se te cae la cara de vergüenza?

—Lo siento, por favor, lo siento. Perdóname.

—¿Y a ti no se te revolvía el estómago conociendo la historia de tus abuelos? ¿Por lo que ha pasado tu padre? ¿Tú no eres consciente de lo que tuvo que aguantar, callar y disimular para poder ir a la universidad y darnos una vida decente? ¡Cómo se te ocurre!

—¡Mamá, por favor, tranquilízate! —Antonio interviene aterrado al ver a su madre completamente fuera de sí.

Pero la decepción es honda. Sumado a los meses tan difíciles que tuvieron que afrontar Armando y Amelia por la oposición frontal de su hija a que su madre se convirtiera en aviadora, ahora este devenir falangista era lo último que le faltaba. Se suponía que su hija volvía a estar en su bando. O, al menos, lo parecía.

Amelia trata de recomponerse, ya no tiene nada más que añadir, observa a su hija en el suelo, ahora desarmada, tapándose con los brazos, y deja que Carmen termine de implorar misericordia mientras repasa en su mente un plan, una estrategia, una venganza, un castigo ejemplar. Ve difícil oponerse a los deseos de la fundadora de la Sección Femenina a la que habrá que contentar con su entrevista. Qué lista, qué estratega, enfrentar a madre e hija a base de portadas de revista. Si las que ocupaba Amelia fomentaban la autonomía de las mujeres a elegir su propio rumbo vital, la portada que buscaba Primo de Rivera incitaba a cortar esas alas de libertad, recordando que la verdadera felicidad de las mujeres residía entre

los fogones de las cocinas, en los patrones de *petit point*. Que el sueño de cualquier adolescente debería ser el hogar, verse amada por un hombre que procurase la riqueza material de la familia mientras la espiritual, moral, decorativa y alimentaria (y el remiendo de pantalones) corría a cargo de las madres, por esa falta de capacidad e intelecto (por lo visto) que sí era innato en los varones, capaces de labores más complejas e ingenierías universitarias.

—Vete a tu cuarto y mañana con tu padre hablaremos de este tema. Hasta entonces ni me dirijas la palabra —zanja Amelia con un tono lapidario desconocido hasta la fecha. Y mientras Carmen obedece, se gira hacia Antonio aún con rabia—. ¿Tú sabías algo? —Pero su hijo niega con candidez porque ya ha entendido la gravedad de la llamada y las amistades peligrosas de su hermana.

—Por favor no seas severa con ella —le implora—. Seguro que se puede solucionar. Piensa, mamá, que acaba de aparecer el abuelo. —Pero durante este rato Amelia no ha podido pensar en el recién llegado, la traición de su hija ocupa toda su capacidad —mermada— de raciocinio.

El abuelo. El *otro* abuelo. Su «suegro», un término que jamás había empleado salvo para puntualizar que ella no lo tenía. Que nunca lo conoció, que nunca merendó con él, que no estuvo presente en su boda. Que sus hijos sólo tenían un abuelo, que era su padre, Luis, y que la suya era la misma realidad de tantas familias españolas cercenadas por la guerra y de cuyos orígenes y configuraciones apenas se hablaba entre conocidos —y solo de forma puntual con amigos de (mucha) confianza—, o nunca, que era lo más habitual. Precisamente por si alguien afín al régimen, alguien

por ejemplo de Falange, metía sus narices en el pasado para condenar a los que habían sobrevivido; por si pensaban diferente.

El abuelo. El padre de Armando. Por fin su presencia ocupa un espacio mental. Qué habrá pasado, cómo estará Emilia, el hospital, Marga repartiendo abuelos en coche. ¿Cómo no le han invitado a quedarse en su casa? ¿Cómo ha sido tan desconsiderada? ¿Dónde se hospeda?

—Pues aquí es. —Marga echa el freno de mano y recorre con la mirada la fachada del edificio donde está la pensión en el barrio de Malasaña, para después fijarse en su copiloto, un Martín descolocado, silencioso, ausente durante la mayor parte del trayecto en el que no ha sido capaz de desviar la mirada de las calles de Madrid—. Se me hace raro dejarle aquí solo después de… tantos años… —Marga no continúa la frase por miedo y por el peso de la realidad—. ¿Seguro que va a estar bien? ¿A lo mejor prefiere venirse a mi casa? No queda lejos y tenemos una habitación de invitados.

—¿Por si mañana no aparezco?

La ocurrencia de Martín, que lo dice de forma ligera, hace sonreír a los dos automáticamente, pero no evita el poso de estupefacción que aún alberga Marga y que intuye no dejará dormir esta noche a ninguno de los miembros de su familia, incluido al propio protagonista de la llegada.

—En mi familia hemos sido muy afortunados, ¿sabe? —cuenta Marga—. No tuvimos muchas pérdidas. La familia de mi padre es de Asturias y allí, bueno… esto lo imaginamos porque él nunca ha contado mucho, les debieron pegar… pegar pero bien. La Guardia

Civil se ensañó con los mineros y sus familias, aunque nunca nos contaron nada. Él es de Caborana, un pueblo de la cuenca minera… ya se lo iremos contando en estos días… ¡Digo yo que tendremos tiempo de conocernos un poco más! —Los nervios de Marga se transforman en simpáticas intervenciones que Martín escucha atentamente con deleite y que la invitan a seguir—. Mi madre es de un pueblecito de Toledo, Paredes de Escalona. Allí se conocieron ellos, se vinieron a Madrid, aquí nacimos y… hemos tirado hacia delante. Como todo el mundo, con hambre y esfuerzo. Pero… —a Marga se le atragantan un poco las palabras— yo no sé lo que es perder a un padre, o a un hijo, o a un hermano. —Y detiene su intervención porque es consciente de que no es el momento de seguir hablando o indagando o revelando pasados por muchas ganas que tenga de conocer la verdad de su desaparición—. Sé que usted lo pasó muy mal, por lo poco que me han contado, que le condenaron.

Martín mantiene la sonrisa al escuchar el testimonio inocente y cándido que le ofrece Marga, con la que ya intuye que tendrá una buena relación.

—Estoy hablando más de la cuenta, perdón, le ayudo a salir. —Y sale disparada del coche para abrirle la puerta por fuera—. ¿Seguro que no quiere venirse a casa? Le doy la última oportunidad. —Pero vuelve a recibir una cariñosa negativa.

—Gracias. —Martín la toma por los brazos para agradecerle el gesto justo antes de caminar hacia la puerta del edificio.

Marga se queda apoyada sobre el coche, su mente bulle con mil preguntas, observando el paso lento pero firme del hombre hacia la puerta, asimilando el milagro tan sorprendente de su presencia. Pero

justo antes de que pulse el timbre de la pensión, Marga no puede evitarlo y corre a detenerlo.

—Perdón, sé que no debería preguntarle, que no es a mí a quien corresponden las respuestas, ni debo ser yo quien haga las primeras preguntas, pero… —Y, armándose de valor, logra verbalizar la pregunta que todos llevan horas haciéndose—: ¿Dónde ha estado usted todo este tiempo?

Martín, desarmado por la ternura que le despierta la hermana de Amelia, sucumbe a su curiosidad y libera por fin su carga.

—En México.

4

Exilio

Cuando el 21 de julio de 1936 estalló la Guerra Civil, el gobierno de Lázaro Cárdenas en México fue el primero que mostró su apoyo al gobierno de la República y condenó a los golpistas. A partir de entonces, tuvo que desempeñar un papel diplomático complicado con el resto de las potencias para no comprometer sus propias relaciones internacionales. Fue un esfuerzo complejo y trascendental. En los pasillos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el presidente Cárdenas supervisaba el modo de ayudar a sus hermanos al otro lado del océano y buscaba la manera de ofrecer asilo a cuantos se sentían asediados tanto por el conflicto bélico como por la escalada fascista en el resto de Europa.

Pronto amigos y compañeros de Martín y Emilia decidieron poner rumbo al otro país o dejar en manos de los extranjeros el futuro de sus hijos. La pérdida de su hija Lucía avivaba la necesidad de salvar de esa muerte en vida a sus allegados, toda la ayuda que pudieron aportar era poca para sofocar su dolor. No era una decisión ni un tránsito fácil para aquellos que se decidieron a abandonar el país.

El 27 de mayo de 1937 zarpaba desde el puerto de Burdeos el primero de los barcos que pusieron a salvo a cientos de refugiados

españoles a través del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español. En esta primera expedición fueron 456 los menores que viajaron en buque El Mexique y que, tras su llegada y residencia en México, recibieron históricamente el nombre de Los Niños de Morelia. Nacía así el compromiso férreo del pueblo mexicano con la República española para salvar de la guerra a todos los refugiados que fuera posible.

El gobierno de Lázaro Cárdenas mantuvo impertérrito su apoyo a la República, incluso tras la derrota. No se limitó a acoger a los refugiados españoles en todos los barcos que zarparon desde Francia y Portugal, sino que dio asilo al gobierno de la República, posibilitando su ejercicio en el exilio, ya que para México siempre fue el legítimo representante del pueblo español.

Para poder dar salida al mayor número posible de refugiados, se acondicionaron espacios en Francia con bandera mexicana para acoger a los cientos de miles de evacuados y ofrecerles, acaso, una esperanza de vida, aunque las condiciones en las que Francia acogió a los huidos fueran muy difíciles y tuvieran que hacinar a los españoles en barracones y campos de concentración en playas en la costa. En plena ocupación nazi, México tuvo que organizar las salidas de sus barcos con apenas algunos valientes diplomáticos franceses que sortearon al gobierno colaboracionista de Vichy.

Creado por Juan Negrín, el último presidente del Consejo de ministros antes de estallar la guerra, el SERE, el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles, ubicado en la frontera de España y Francia, ofrecía asistencia y ayuda humanitaria a aquellos que lograban cruzar la frontera. Junto con el gobierno mexicano y la JARE, la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, se

organizaron los buques, los llamados Barcos de la libertad, en los que lograron sacar a unas decenas de miles de afortunados españoles que consiguieron su pasaje a la libertad.

Uno de ellos fue Martín Suárez. Aunque Emilia jamás lo supo.

El 5 de abril de 1939 el día amaneció con sol, pero se nubló a las pocas horas. Sólo habían pasado cuatro días desde que la población española había escuchado aquel mensaje lapidario para algunos y esperanzador para otros: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Lo radiaron por todo el territorio y lo firmaba el mismísimo Generalísimo Franco en Burgos el 1 de abril de 1939, año que a partir de entonces se popularizó como «el año de la victoria». Bastante dolor acumulaba ya la familia Suárez Domínguez tras la pérdida de su hija pequeña como para que la victoria del bando nacional añadiese algo más de desasosiego. Es más, hacía tiempo que esperaban la derrota. Era curioso que aún se aferrasen a la vida porque secretamente las dos terceras partes de la familia ansiaba la muerte. El único capaz de albergar algún tipo de hálito vital era Armando, en una sorprendente capacidad de supervivencia infantil a pesar del conflicto bélico y de los gritos y desprecios constantes entre sus padres desde la muerte de su hermana.

Emilia sobrevivía gracias a un único objetivo: instruir al joven Armando desde el cierre de los colegios. Su única preocupación era que se mantuviese mentalmente activo y que el aprendizaje fuese su medio de escape y salvación. Historia, lengua, matemáticas,

filosofía. Daba igual que el pobre sólo tuviera doce años, tenía los conocimientos de un bachiller. Y así Emilia se olvidaba de que se había quedado sin trabajo, que no volvería a pisar un aula, que le arrebatarían su vocación definitivamente. Que se le moriría aún más el alma por dentro.

Las Comisiones Depuradoras de maestros arrancaron su actividad incluso antes de la victoria de los nacionales, inspeccionando colegios y recabando informes de maestros elaborados por curas, Guardia Civil o gente de moral solvente. Ni Emilia ni Martín se librarían de ese informe preceptivo que los alejaría de las aulas para siempre. Afrontarían la muerte, incluso, si eso dolía menos que la vida. Tras la evaluación, conocida como «pliego de cargos», Emilia no pudo rebatir su «falta de moralidad» ante las autoridades y fue cesada de su plaza al no estar preparada para enseñar —durante la incipiente dictadura— hacia la figura de Dios y de la Patria. Aparte del cambio de temario ideológico, tampoco habría soportado que volvieran a separar a niños y niñas educándolos de formas diametralmente opuestas: los niños para el futuro, las niñas para el pasado.

Martín aún esperaba su veredicto, que difícilmente sería diferente y que podría acarrear, incluso, una pena de muerte. Ajenos a sus quehaceres y salidas espontáneas por su distanciamiento desde la muerte de su hija, Emilia desconocía el vínculo profundo que Martín poseía con el Partido Comunista. Nadie se imaginaba que Martín llevaba meses caminando durante largas horas por la ciudad, de una casa a otra, llevando mensajes cifrados, moviéndose entre las células que aún quedaban con vida en la ciudad para lograr un plan de huida antes de que fuera demasiado tarde.

La sentencia de muerte le llegó filtrada por un compañero del partido, que tenía vínculos en el BOE. La salida de Martín debía hacerse con total discreción, falsificando su salvoconducto y sin notificar a ninguno de sus familiares. Los exponía a una detención segura y pondrían en riesgo su salida por la frontera. La única manera de poner el pie en territorio amigo y salvar la vida era marcharse sin decir adiós. Así que la mañana del 5 de abril, Martín le preparó cariñosamente el poco desayuno que podía proporcionarle a su hijo: un vaso de leche y un trozo de pan tostado, y tras besar en la frente a Armando, y abrazarlo durante un rato más largo que lo habitual, se encajó fuertemente el sombrero y se dirigió hacia el que había sido su instituto hasta el inicio de la guerra.

El Instituto-Escuela de Madrid fue durante años un proyecto educativo que encarnó la esperanza de futuro para todos los maestros que formaron parte de él. Inspirados en la Institución Libre de Enseñanza, el centro era un hervidero de conocimiento, de cultivo de las ciencias experimentales y los idiomas, donde padres y alumnos participaban vivamente en las actividades propuestas. El sueño de una España progresista y moderna se hacía tangible en cada minuto vivido dentro de sus aulas.

Pero toda esa ilusión se desvaneció en julio de 1936.

Con el estallido de la guerra, el centro se cerró y el edificio fue ocupado por un destacamento militar. Pocos días más tarde del final de la contienda, volvió a abrir, pero perdió su nombre; fue sustituido por el de Isabel la Católica. Sin embargo, desposeído el lugar de todos sus valores y principios, Martín necesitaba volver a verlo antes de marchar.

—Aquí los tienes —dijo su compañero y amigo Gabriel Guzmán mientras le alargaba con discreción el pasaporte y el salvoconducto que Martín guardó en un gesto rápido bajo el abrigo—. Nadie más lo sabe, mi contacto, tú y yo. Puedes estar tranquilo. Es una copia perfecta. Los sellos son auténticos.

Sus miradas confirmaban, sin hablar, el plan de fuga: llegar a la frontera, confirmar el asilo por sus contactos ya establecidos con los intelectuales mexicanos y traerse a la familia una vez establecido en el extranjero a través del consulado mexicano de Madrid. Gabriel se comprometía a revelar su paradero en las próximas semanas a Emilia y Armando, en cuanto les hubieran conseguido un domicilio nuevo que no les comprometiese con la localización de Martín. Porque efectivamente, la policía vendría a buscarlo. Y a Emilia y su hijo les pegarían, casi antes de preguntarles, y los torturarían hasta la extenuación con tal de encontrar al profesor comunista. Por eso debían esconderse primero, para ponerlos a salvo. Martín se despidió discretamente confiando su familia a Guzmán, y enfiló hacia Atocha.

La estación se encontraba aún en un estado lamentable, como la moral de los derrotados, devastada, a trozos. Martín no era consciente de que llevaba años sin aparecer por ahí, desde el inicio de la contienda, y el lugar asomaba desolador. La gente en la ciudad ya se había habituado a caminar entre escombros, animales muertos, cristaleras resquebrajadas y polvo. Polvo y suciedad dormían y habitaban en las calles desde hacía meses por todas partes. Martín se detuvo en los rostros demacrados de la gente con la que se cruzaba, gente cansada, harapienta, sucia, cargados de maletas, buscando un billete, una escapatoria, mientras los nacionales y el personal de la estación trataba de organizar un flujo

imposible de personas y comprobaba que ninguna de ellas figuraba en las listas que los llevaría a una muerte casi segura.

Y, de pronto, el olor. El hedor de la muerte siempre suspendido en el ambiente, había sido sustituido por el olor seco del miedo, que lo atravesaba todo. Martín trataba de procesar lo que había sucedido estos últimos años en el país a través de la secuencia imposible de momentos que pudo captar en la estación mientras se acercaba al tren que lo alejaría de la capital. Apenas viajaba con una maleta que le había entregado Guzmán y un atisbo de esperanza de sobrevivir.

—¿Martín Hernández Robledo? —el susodicho asintió aturdido bajo el escrutinio del vigilante que no detectó la falsedad de su salvoconducto ni de su nombre. Martín se armó de un sosiego impensable mientras el agente se tomó un rato revisando las listas sin hallarlo—. Adelante —confirmó el enemigo, y Martín pudo subirse al tren que lo llevaría hasta Barcelona.

Desde Barcelona, consiguió atravesar la frontera y llegar hasta las playas de Francia, donde las autoridades habían amontonado a los refugiados sin nombre ni patria en campos de concentración en un alarde de solidaridad cuestionable. Casi nadie conocía a nadie porque venían de todas partes y de ninguna, y pocos viajaban con su nombre real. Aferrado a los documentos que serían su salvoconducto y salvación, Martín miraba con envidia a las familias que habían logrado huir juntas, pero procuraba detenerse más en los rostros de los que habían cruzado solos, abrazados con tristeza y desconsuelo al petate que llevaban, como si aquel bulto fuera el único recuerdo de una vida pasada a la que quizá no volverían nunca, amarrados a aquellas bolsas como si fueran un amigo que viajase con ellos, en una peculiar simbiosis de la que recibían algo

de consuelo. En la falta de compañía, esos fardos se convertían en familia, en toda su vida. Martín no tenía ni eso, todo lo que le entregaron fue prestado. Por no llevar, no portaba ni un retrato de su familia, todo quedaba delegado a su memoria.

Tuvo suerte Martín de no residir en los campos más de unas semanas, de haberse tenido que quedar, la tristeza, el frío, la humedad y la soledad habrían abierto la puerta a las enfermedades que acabaron con tantos. Sus contactos privilegiados permitieron que su visado fuera tramitado con urgencia y pudiera poner pie en uno de los primeros barcos que salieron tras el fin de la contienda.

Martín no pudo recuperar su nombre y, con un nuevo pasaporte, se subió al barco Ipanema en el puerto de Pauillac-Burdeos rumbo a Veracruz el 12 de junio de 1939 con la meta de conseguir una nueva vida para todos ellos. Durante varios meses mantuvo correspondencia con Gabriel Guzmán al que pidió que informase a sus familiares de que había llegado sano y salvo y que pronto encontraría la manera de reunirlos con él. Todo mediante estratagemas ocultas en los textos de sus cartas y postales para no ser identificado por las autoridades, ya que mantenían un control férreo de las cartas que venían del exilio.

Sin embargo, el 29 de marzo de 1940, Martín recibía una misiva de Guzmán que lo abatió a tiros, como si fueran reales. La carta aseguraba que los nacionales habían detenido a Emilia y Armando y que no habían sobrevivido a las torturas y a la cárcel, sumiendo a Martín en un abismo sin precedentes. La misma mano de Guzmán que, falseando su propia letra, escribió la carta, supuestamente clandestina, que entregó a Emilia y que certificaba la muerte de Martín lejos de Madrid, en la frontera, convenciendo así a su familia

de que había sido fusilado por los nacionales, abandonado en alguna carretera o fosa común. Imposible de saber y de buscar. A Gabriel Guzmán hasta se le aguaron los ojos cuando se la entregó a la recién viuda y el huérfano.

Y es que Gabriel Guzmán tenía sus propios planes.

5

Bésame mucho

El rostro de Emilia refleja una tranquilidad pasmosa, incluso dolorosa para la revelación de las mentiras. Uno la supondría con la respiración acelerada, la mirada convertida en fuego, pero no. Su mirada está clavada en un jarroncito blanco de porcelana con flores que hay en el centro de la mesa del salón, chiquito, con claveles un poco mustios que ya han perdido algunos de sus pétalos.

Armando se mantiene impertérrito tras el relato del exilio de su padre, rígido por el miedo a una reacción descontrolada de su madre que podría llevarla a la tumba. Desvía la mirada alternativamente de uno a otro esperando una reacción por parte de alguno, como si lo normal fuera un lamento, un grito que rompiese el silencio, un desgarro emocional. Pero extrañamente Emilia aún sigue en calma. El paso de los segundos marcados por el péndulo del reloj acentúa la necesidad de una reacción por parte de alguno, mientras Armando trata de dimensionar las consecuencias que la manipulación de aquel tipo trajo a sus vidas.

El silencio se llena del calor de junio que se cuela por la ventana, acompañado por el «Bésame mucho» de Consuelo Velázquez, esa

canción que la vecina del segundo izquierda ha decidido poner en bucle y con la que tiene al edificio harto de besuqueos.

Emilia, como los pétalos que conformaban las flores, finalmente encaja las piezas perdidas del puzle de su existencia. De su destierro personal. De su abismo. De su soledad. Desvía la mirada hacia otro punto del salón y cierra los ojos, respira hondo y recorre en su mente aquellos meses de relación obligada con Gabriel, entendiendo por fin el origen de aquellos traslados de casas, aquella amistad tan repentinamente intensa, aquellas construcciones pomposas con palabras de consuelo, las constantes visitas para confirmar que estaban bien y la derrota final en la aceptación de su compañía.

Aquellos gestos progresivos de acercamiento, las caricias sutiles, aquellos besos imprevistos y la rendición final de su cuerpo consumido por la pena, la soledad y la necesidad. Su entrega siempre vacía, por apenas un poco de conversación y alimento para su hijo. Una prostitución de su cuerpo y de su alma. Pero ni siquiera de aquel modo logró Gabriel Guzmán tener una familia que lo abrazara ni una mujer que lo amase.

Emilia mantiene la mirada clavada en sus recuerdos. Involuntariamente comienza a tararear la canción que sigue entrando por la ventana. Y, así, de pronto, vuelve a la vida y se revuelve en su asiento. Habla con la mirada perdida, sin destinatario.

—A diferencia de Franco, al menos al cerdo aquel le vino pronto a visitar la muerte. Si no lo hubiera arrollado un tranvía, ahora mismo iría a buscarlo para asesinarlo con mis propias manos —masculla Emilia.

Martín, que también ha completado por fin el puzle de su vida, busca las palabras que rellenen el silencio y sanen, si es posible,

alguna de las heridas.

—La guerra… —Pero el comentario queda suspendido en el aire y Martín baja la cabeza con aire de derrota.

No consigue comprender un comportamiento tan mezquino del que supuestamente era su amigo. No hay tiempo, ni palabras, ni libros suficientes para describir los efectos y transformaciones que provoca la guerra en los seres que la sufren. El predicado de la frase queda sobreentendido entre ellos. Ahora lo único que trata de hacer Martín es no sentirse culpable por la vida que les quedó a los suyos tras una huida tan mal planificada. De golpe, Emilia se gira vertiginosamente hacia él y le habla con voracidad:

—¿Por qué no nos dijiste que te ibas? ¿Por qué sin avisar? ¿Por qué confiaste en esta persona?

Armando intenta detener las flechas y mediar para que a su madre no se le dispare el pulso.

—Madre, lo hizo por seguridad. Lo ha dicho antes. La idea era que fuéramos a reunirnos con él. —Pero Emilia fulmina a su hijo con la mirada.

—Podríamos haber huido todos, ¿no? Salvarnos de toda esta desgracia de vida que nos quedó. Que si no acabaron con nosotros fue de milagro. Habría más gente en la organización, alguien en la frontera, digo yo que mandarías más cartas a otra gente. Ni una. ¿A nadie? ¿Ni a otros familiares? Me parece todo muy raro.

Martín se siente acorralado en una trama que no pudo calcular mejor, que ejecutó como le orientaron, pensando que todo saldría bien, que sus vidas habrían sido diferentes.

—No quise comprometer a nadie —concluye—. Controlaban todo el correo, os habrían encerrado.

Armando interrumpe, tratando de ayudar mientras él mismo intenta completar y colocar en algún sitio toda esta información.

—Madre, él ha creído todos estos años que también habíamos fallecido, el dolor es exactamente el mismo para todos. No sé si merece ahondar mucho más en lo que pasó. Hemos hallado el culpable y ya tuvo su condena. Tratemos ahora de… conocernos, o de volver a conocernos —corrige—. Contarnos estos años. Aprovechar que volvemos a estar juntos. —Armando detiene su argumentario sin que nadie le rebata palabra alguna—. Ya sufrimos lo suficiente, ahora volvemos… —la certeza le roba tímidamente la voz— a ser una familia.

Por la reacción de Martín, Armando intuye que quizá haya metido la pata, que aún no saben si él rehízo su vida en México —que tendría sentido— y se arrepiente de inmediato de haber usado el término «familia», aunque ciertamente lo sean. Armando, atemorizado por la posibilidad desvía enseguida la atención a otro asunto:

—Hay algo que necesito aclarar —prosigue—. ¿Cómo nos has encontrado? Quiero decir, si esto es lo que pensabas, ¿qué te ha hecho volver y aparecer en mi casa?

La gran incógnita queda interrumpida justo cuando alguien llama a la puerta del salón.

—Perdón —Amelia asoma la cabeza—, no quiero molestar, pero no sé si alguno quiere un café, agua, un poquito de leche, tal vez.

—No, no molestas, Amelia, por favor pasa, siéntate —solicita Martín.

—No pretendía… —Amelia avanza tímidamente y ocupa una silla —. Entiendo que están hablando de cosas de familia…

—Es importante que sepas esto —comenta Martín mientras se levanta de la silla hacia su cartera. Despacio, la abre y saca un ejemplar de *El hogar y la moda* que deja suavemente sobre la mesa. Después levanta la mirada hacia a Amelia y le habla con un tremendo e inesperado cariño:

—Tú también eres familia, Amelia. Aunque yo no lo sabía todavía cuando te vi en este reportaje, pero deseé muy fuerte que lo fueras.

La revista tiene señalado el reportaje a doble página que le hicieron a Amelia relatando sus aventuras tras el concurso de *La mujer ideal*. El reportaje incluía fotografías suyas, con la familia, y describía con fruición su día a día en la escuela de aviación de Cuatro Vientos. Uno más de tantos artículos que las chicas que había conocido del Movimiento Democrático de Mujeres consiguieron en la prensa para motivar a las mujeres a salir de sus cocinas y pelear por sus sueños.

—¿Sabíais que los pilotos republicanos se exiliaron a México en su mayoría? Allí a todos nos gusta recibir revistas, periódicos que mandan los familiares, los comentamos, los recortamos, recordamos… Siempre recordamos, y tratamos de hacernos una idea del tipo de país que se está forjando en nuestra ausencia, por lo que va llegando, por lo que dicen las cartas que reciben. —El relato de Martín va completando algo de información de cómo es su día a día allí, aunque siguen sin entender adónde quiere llegar—. Se montó un buen revuelo cuando se enteraron de que una mujer quería ser piloto en España en estos tiempos y, curiosamente, han seguido tus andanzas allá, al otro lado del océano. Alfredo, uno de los pilotos, un buen amigo, me hizo ver que tu marido llevaba mi mismo apellido, y me enseñó la foto, con su nombre al pie. —Martín mira emocionado

a Armando que encaja la revelación como si de un milagro se tratase —. «¿No se llamaba Armando tu hijo?», me preguntó. «Su marido se llama Armando Suárez Domínguez. Es clavadito a ti», me dijo. Yo no le hice caso de primeras, claro, habían pasado tantos años que no podía saber si ese rostro era el tuyo, si se parecía al mío, o al de tu madre. No había podido llevarme ninguna foto y los recuerdos y las caras se borran tan fácilmente… —Martín aprieta los dientes al recordar su propio proceso de olvido, que no se perdona—. Estuve varias semanas pensando, soñando, ¿y si fuera él? Si fueras tú. ¿Acaso Armando Suárez Domínguez es un nombre tan común? ¿Los mismos apellidos? Y empecé a pensar que quizá aquella carta era mentira, que todo había sido una farsa. Y que podías seguir con vida. Que quizá, los dos… —corrige mirando a Emilia de refilón—. Y decidí embarcarme y volver. Por si acaso.

—Pero abuelo, y ¿cómo encontraste nuestra casa? —La pregunta de Antonio desvela su presencia clandestina y la de su hermana asomados ahora al salón sin que nadie hubiera reparado en ellos, pendientes del relato de Martín, quien les invita con un gesto a pasar y, con una sonrisa inocente, termina por relatar su peripecia.

—No tenía a nadie a quien consultar, claro, así que probé suerte con el listín telefónico. Afortunadamente no hay muchos Armandos Suárez Domínguez en Madrid. —El impacto del reencuentro demora sus palabras, ya de por sí cansadas por la edad.

—Cuando vi a vuestra abuela sentada en el sofá supe que había llegado al lugar correcto. Y supe…, en ese instante… —la voz se le quiebra—, que todo era mentira y que me había perdido casi treinta años de vuestras vidas.

La emoción aflora en los ojos de todos, de Amelia, de Antonio, incluso de Carmen, que se ha quedado en el quicio de la puerta sin atreverse a entrar. A Emilia y Armando, sin embargo, les cuesta exteriorizarlo aún.

—Así que, muchas gracias, Amelia Torres, por traerme de vuelta a mi país y a los míos.

Amelia se aparta una lágrima que corre libre por su rostro, presa del impacto, de la extraña sensación de haber logrado algo más inverosímil que poner un avión en el cielo: devolver a sus vidas a su suegro, desviar el rumbo de sus historias y desvelar años de mentiras e incertidumbres.

El hombre alarga la mano para coger la de su nuera y la sostiene con candidez mientras, inevitablemente, se le aguan los ojos a él también.

—Gracias.

6

Una foto nada idílica

Amelia camina de un lado a otro de la habitación mientras Armando mantiene la mirada fija en las flores del papel de la pared, como si tratase de descifrar un mensaje oculto en ellas mientras su rostro sigue contraído por la sorpresa y la desazón.

—Parece que te molesta.

Armando cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Que haya sido por mí que tu padre ha vuelto.

—No es eso, Amelia, estoy muy confundido. Impactado, no sé. No puedo… dimensionar… por poner una palabra, todo lo que está pasando. Lo que nos está pasando. El año que llevamos, y ahora esto.

—Pero deberías estar contento.

—Debería-estar-contento. —Armando repite mecánicamente sus palabras buscando en ellas algún significado.

Pero Armando está lejos de la tranquilidad y la plenitud. Y trata de explicar que, de un día para otro, tiene que asumir la mentira más grande de su vida y el abanico infinito de vidas posibles que habría podido tener si hubiera huido con su padre, si hubiera llegado entero, si hubiera sobrevivido, si hubiera subido él también a ese

barco, si su padre no se hubiera marchado solo, si su madre lo hubiese sabido.

—Vidas en las que yo no habría estado —concluye Amelia, desconcertada.

—Es bastante posible. —Sus palabras hacen daño, la descartan con una facilidad que hiere.

—Vaya, pues ya siento haber formado parte de tu vida y que no tengas una familia mexicana, sino la que te ha tocado —contesta protegiéndose.

Armando resopla, no, no es eso. Es digerir la posibilidad de haber tenido otra vida, todos juntos. Una que jamás hubiera imaginado, y que quizá, internamente, hubiera deseado, ahora que sabe que podría haber existido, sobre todo una mejor para su madre, lejos del silencio y la represión; una en la que él no hubiera vivido sin padre. En la que habrían compartido los avatares del viaje, o el desafío que supone un exilio. Es demasiado inmenso como para verbalizarlo todavía, ni siquiera pensarlo, hay que andarlo, deshojarlo, descubrirlo. No puede pedirle tanto ahora.

—Creo que necesito hacer esto solo.

La declaración es un puñetazo directo al estómago de Amelia. Pero no debería extrañarse, ya entraba en sus planes separarse. Ella ya tomó la decisión de seguir su camino de aviadora. Tiene un compromiso con los norteamericanos de Torrejón, y ayer mismo Peter se lo recordó a Armando.

—Quizá sea lo mejor para los dos. Yo no quiero frenarte más, sácate la licencia. Vuela. Vuela mucho. Yo ahora debo estar con mi padre. Bueno, primero quiero conocer a mi padre, más bien. Porque no tengo ni idea realmente de quién es. Sólo tengo una nebulosa de

momentos pasados y un puñado de anécdotas y recuerdos que me contó mi madre. Que, por otro lado, no sé todavía cómo va a digerir todo esto, si le va a dar un infarto o si sobrevivirá en cuanto sepa que ese hombre tiene otra familia.

Amelia se queda helada por la noticia. Armando no tiene ninguna certeza todavía, pero lo intuye. Ella tiene el impulso de ir a sentarse a su lado, agarrar su mano, pero por alguna razón se reprime y se mete en el baño, dejando a Armando con el pensamiento en otro espacio tiempo.

De momento Emilia prefiere no indagar más, ella misma se nota el pulso bastante acelerado por la presencia de Martín y no quiere conocer más detalles de su trayectoria vital paralela porque sabe que podría llevarse algún rasguño, hasta un buen zarpazo de realidad. Se han estado esquivando la mirada durante toda la mañana. Cada uno de ellos esperando reunir la fuerza suficiente para afrontar el momento en el que poder, siquiera, empezar una conversación, un hilo por el que narrar tanto vacío y coser algunas heridas. Refugiándose en la estupefacción del encuentro para no abordar lo importante. Dilatándolo todo lo posible, antes de abrir el grifo con su torrente de verdad.

Carmen también tiene el pulso disparado. Sentada frente a sus abuelos republicanos, como si de un tribunal de justicia se tratase, espera su veredicto y condena mientras el bolero sigue entrando por la ventana y rellena el silencio sin cesar con su letanía.

—¡¡¡Señora!!! —Emilia se pone en pie y grita a pleno pulmón—. ¡¡¡Cambie de canción, que ahora ya no pega para este momento!!!

Ponga el «Cara al sol» o algo que entone más con la niña, que se nos ha vuelto una falangista, ¿eh?

El exabrupto de Emilia no pilla de nuevas a Martín, que comprueba cómo Carmen se va encogiendo en su asiento.

—¿No quieres levantar también el bracito un poco? ¿Así a media altura, estiradito? ¿No lo echas de menos?

Carmen rompe a llorar de repente. No era eso. No lo buscaba. Emilia vuelve a sentarse tras romper la compostura de Carmen. Respira fuerte, para que se calibre aún más su enfado, y no pronuncia palabra. Casualmente, el bolero cesa y la cantante Consuelo Velázquez descansa un rato al fin.

—Estás siendo muy severa —Martín intercede en favor de su nieta sin saber aún en qué anda metida, pero recordando el revuelo que produjo la llamada de anoche.

—Fue sin querer, abuela.

Carmen solloza sin levantar la mirada, y trata de explicar en una breve exposición, con llanto entrecortado, qué la llevó hasta Pilar Primo de Rivera: convertirse en la comidilla del colegio por lo del concurso de su madre, la ruptura con sus amigos, la compañera del colegio de la Sección Femenina, el grupo de teatro. Poco más, no pretendía hacer daño a nadie.

—Mejor me lo pones —continúa Emilia—. Así que para ponerte en contra de tu madre vas y te metes en los círculos de juventud de Falange. Ah, pues muy bonito. Qué buscabas, ¿aprender a coser mejor?

—No abuela, no. —Carmen se enfrenta a Emilia alzando la mirada, mientras por debajo de la mesa, tratando de armarse de valor, se

clava las uñas para castigarse y dejar de llorar—. Buscaba a alguien que me comprendiese. Y te equivocas, allí va gente muy normal.

Emilia abre los ojos como platos y suspira. Mira a Martín, que se mantiene imparcial y en silencio. La mujer se toma unos instantes para responder, buscando un resquicio por el que podría recuperar la sensatez de su nieta.

—Si a ti te parece normal la dictadura en la que vivimos, mal vamos. ¿Yo no te he enseñado nada en estos años? Míranos —dice señalando a Martín—. La vida que hemos tenido, Carmen, la que tuvimos, ¿no te importa nada? Te lo he contado cientos de veces. ¿Tú sabes cómo sería tu vida si Franco no hubiera ganado la guerra? Habrías nacido libre, hija. LIBRE. Habrías sido lo que hubieras querido. Ese es el mundo que soñábamos, el que una vez tuvimos —Emilia mira a Martín en busca de su complicidad, sin encontrarla—, el que inculcábamos a nuestros alumnos. A nuestros hijos. Pero no nos dejaron seguir. ¿Entiendes? Y ahora a ti te han comido la cabeza. Y te piensas que *esto* de ahora está bien, y que es *normal.*

Carmen mira a su abuela de modo desafiante, entre lágrimas, envalentonada como nunca antes.

—La República no va a volver, abuela. Hazte ya a la idea.

Y por primera vez, Emilia calla, asumiendo, recibiendo esa hostilidad tan gratuita, pero certera. Martín, en medio del duelo abierto, prefiere no intervenir. Podría rebatir sin dificultad a Carmen con las mismas ideas y conceptos que seguramente le haya tratado de inculcar Emilia desde la infancia y también podría explicarle que la República sigue muy viva en los corazones de los exiliados en el país azteca, pero hasta él es consciente del desgaste de los años y

que a estas alturas no parece que nadie vaya a venir a destituir al dictador y restaurar el régimen legítimo del país.

Emilia recobra las fuerzas tras el puñetazo de verdad e, inclinándose sobre la mesa, mira a su nieta directamente a los ojos.

—He hablado de esto con tu madre. Está destrozada, pero tiene las ideas muy claras contigo. Ya le has hecho pasar bastante. Así que hemos decidido que vas a darle esa entrevista a Pilar Primo de Rivera —asevera Emilia con sequedad—, y yo voy a ir contigo. Para asegurarme de que lo haces a las mil maravillas. Y luego, ya veremos qué más hacemos contigo.

El terror se apodera de Carmen. ¿Cómo llevarla sin que Emilia pierda los papeles en su presencia? ¿Acaso busca eso, que la detengan, que la encarcelen?

—Pero ¿cómo vas a venir tú? ¿Le vas a decir que eres mi abuela republicana? —Carmen omite que en su encuentro con Pilar mencionó que tuvo una abuela republicana, *fallecida fulminantemente* durante la entrevista para no levantar sospechas.

Emilia piensa unos instantes, los calmantes del hospital no han impedido que en su mente se haya ido fraguando un plan, una lección magistral.

—No me voy a jugar la libertad a estas alturas. Pero puedo hacer de una vecina o una tía lejana. Algo se te ocurrirá.

—¿Y qué proponéis? —Antonio y su hermana confían en que sus padres hayan llegado a algún tipo de acuerdo que los mantenga unidos, pero lo único que se mantiene junto son los hermanos, en el sofá, con las manos secretamente entrelazadas ante el anuncio de

sus padres de una comunicación urgente y vital para todos. Observan a sus progenitores con la mirada gacha, preguntándose por el devenir de la familia, su futuro, incluso su pasado, las averiguaciones del abuelo y la eterna pregunta, ¿cuándo van a contarnos algo a los niños?

Amelia mantiene la mirada fija en el suelo, clavada en los dibujos que forma la madera, rostros alargados, peligrosos, como fantasmas encerrados en un parqué que perfilan el abismo terrorífico al que se dirige. Aún no puede creerse que Armando se haya vuelto a convertir en ese hombre distante, huraño, que levanta un muro, esta vez consistente y declarado, frente a ella y sus hijos y que habla de forma clara, concisa y sin atisbo de duda.

—Mamá se va a ir a Torrejón con los americanos a hacer lo de sus aviones y yo le voy a pedir al abuelo que se venga a vivir a casa.

«Lo de sus aviones».

—¿Y nosotros? ¿Ya no vamos a ir a Torremolinos? —pregunta Carmen envalentonada como si acaso tuviera alguna posibilidad de salvación.

—Nadie se va a ir este año de vacaciones y contigo ya veremos lo que hacemos, que ya he estado hablando con tu abuela. —El dedo índice de Armando hiere como si se tratase de una bala, o un cuchillo afilado. Carmen asume en ese momento que su «crimen» no quedará impune, que no encontrará aliados, acaso su hermano. Ni siquiera Amelia le ha vuelto a hablar, ni un solo gesto de tregua o cariño, y ahora, sentada frente a ella hasta le esquiva la mirada.

—¿Y no hay otra solución? —Antonio procura sonar dulce y conciliador, como siempre, y eso que acaba de entrar en la adolescencia—. ¿No hay nada que podamos hacer?

Pero la decisión está tomada y Armando dispone el futuro de todos y cada uno de ellos, salvo el de Antonio, a quien concede una cierta amnistía dándole la oportunidad de decidir si quedarse en Madrid o acompañar a su madre. Pero el joven enseguida manifiesta un interés claro por asistir a su padre en lo que necesite, ayudar a sus abuelos a reencontrarse; algo que suena razonable, así de primeras. Se disculpa con su madre, no se ve viviendo en una colonia americana llena de desconocidos mientras que ella se pasaría el día estudiando y volando.

Amelia asume en silencio esta repentina marcha en soledad. Su osadía ha traído una fragmentación a la misma raíz de la familia, resquebrajándola, partiéndola en mil pedazos, como un vaso estallado contra el suelo, donde los pedazos jamás podrían ser ensamblados de nuevo. Y aflora en ella, en apenas unos instantes, una sensación de fragilidad que no verbaliza, que no va a compartir y que aparta sigilosamente en su interior y que añade a la mochila de culpa que ya carga desde hace meses. Imagina que es cuestión de aprender a convivir con ella; sentir que su volumen y consistencia la hace cada vez más fuerte, más tenaz, adonde vaya la llevará consigo, también a la nueva aventura que va a emprender. Soportará su peso.

Ni siquiera es capaz de encontrar el posible consuelo y compañía de Carmen. Porque su hija también le ha fallado, aunque ahora la mire compungida y arrepentida, no tiene fuerzas ni ganas de dirigirle la palabra. Es un rechazo innato que no puede combatir y que le brota cada vez que se la imagina charlando con Pilar Primo de Rivera, criticándola a sus espaldas, como cualquier vecina chismosa, sin tapujos; riendo incluso. Traicionándola. Cuando lo único que ella

hizo fue traicionarse a sí misma desde el día que se casó. Toda su vida, entera, su mundo, su tiempo, su descanso, su cuerpo y sus ilusiones por los seres que ahora componen una foto nada idílica en el salón.

Pero lo más doloroso es descubrir que todos ellos están dispuestos a tomar sus propias decisiones y caminos, y que ninguno de ellos cuenta con ella.

7

Teresa

Lo que ninguno de los presentes imaginaba es que Carmen vendría acompañada a la entrevista con un pequeño séquito. Emilia ha acudido finalmente a la cita en silla de ruedas, para dar más pena, haciéndose pasar por una tía abuela lejana «muy creyente» y en una petición de socorro, Marga ha aceptado acompañar a su sobrina para aminorar las consecuencias inesperadas de llevar a una abuela republicana disfrazada a un evento falangista de estas dimensiones. Ambas desconocen que Carmen también ha trazado un plan de supervivencia y de venganza: no piensa darle el gusto a su abuela (ni a doña Pilar) de cumplir con la entrevista que esperaban de ella. Esquivará las preguntas, no será portada de *Teresa*. Boicot.

Pilar se acerca a saludar a sus acompañantes con un buen apretón de manos y sonrisa abierta. Emilia ha llegado dispuesta a desempeñar su papel hasta las últimas consecuencias. Es hondo y profundo el odio que le despierta esta mujer. Aunque es consciente de toda la formación que la Sección fomentó entre la población analfabeta tras la Guerra Civil —imitando a las Misiones Pedagógicas que ya movieron los maestros y maestras republicanos—, no puede evitar

pensar que su bando les alejó del progreso y que, si pudiera, Emilia la estrangularía con sus propias manos allí mismo.

—Es un honor conocerla —miente Emilia con amplia sonrisa mientras estrecha con fuerza la mano de Pilar—, hemos venido desde muy lejos, ¿sabe? De un pueblecito de Fachadolid.

—¿Cómo dice? —pregunta atónita Pilar haciendo aún más grandes sus ojos saltones.

—Quería decir de Valladolid —corrige enseguida Marga, que ya intuye por dónde van a ir los tiros—. Es que a la pobre se le mueve la dentadura y no pronuncia bien. De Peñafiel venimos —improvisa Marga que se ha hecho pasar por una cuidadora—. Emilia nos pidió que viniéramos en cuanto se enteró de que Carmen se iba a entrevistar con usted. —Marga suena convincente—. Somos muy admiradoras, ¿verdad, Emilia? —Marga se inclina sobre ella con los ojos bien abiertos y pinza con fuerza el hueco que le queda entre el hombro y el cuello haciéndola encoger automáticamente—. Vamos a dejar que doña Pilar haga su entrevista y nosotras nos quedaremos aquí calladitas. —A lo que Emilia, encorvada por el dolor, asiente levemente, captando la indirecta.

A Pilar siempre le gusta hacer un recorrido con sus invitadas por el gran salón del departamento de Prensa y Propaganda de Falange Española en el que cuelgan muchas de las portadas de revistas que ha visto nacer gracias a su tesón. Con paso tranquilo alza la vista hacia la primera de ellas y le explica a Carmen cómo el 1 de febrero de 1938, un día de frío insoportable, nacía la revista *Y* (leída como Y griega), como luz en la oscuridad, como agua para la sed, como pan para el hambriento en plena Guerra Civil. El departamento, con la dirección de Marichu de la Mora, lanzaba al pueblo español su

primera publicación nacional. La portada consistía en una ilustración en la que una joven de pelo oscuro y brazos desproporcionados carga una cesta de melocotones y viste un escueto delantal azul con el yugo y las flechas. Las destinatarias quedaban claras: *Revista para la mujer nacional sindicalista.*

Las redactoras de Falange dedicaban su nueva publicación al Generalísimo Francisco Franco, con un titular que rezaba: «A Franco, nuestro Jefe Nacional, Caudillo y Camarada» y acompañaba la dedicatoria una foto del futuro dictador, bien sonriente al saber, seguramente, que sus tropas avanzaban con paso decidido hacia la victoria (aunque para eso aún quedase todavía un año y unos meses).

Quedarían impresas para siempre, en la tercera página de la revista, las palabras lapidarias y eternas de José Antonio Primo de Rivera, el hermano de la fundadora, que sirvieron de guía a tantos falangistas —que siempre lo llevaron en el corazón—, para explicar su visión para tratar a las mujeres y su modo de entender el género femenino y gestionar el feminismo (si es que era posible un término así, pues siempre les producía rechazo).

En ningún número podían faltar unas páginas dedicadas a la actividad frenética de Pilar Primo de Rivera, aunque ella no disfrutase con tanto protagonismo ni cuando la gente estallaba en lágrimas al verla llegar. Su mente sólo se ocupaba en tejer nuevas redes que llegasen a todas las mujeres de España, y en 1941, tres años después de la aparición de *Y*, llegaba *Medina*, la revista semanal para el hogar.

Pilar se detiene a mirar con cariño la segunda revista que lanzaron, colgada de la pared con un marco azul marengo, acorde a

los tonos de la publicación. Con los brazos en jarras y las gafas a media nariz, que a sus sesenta años ya necesita de forma perenne, Pilar se acerca a recorrer la portada con detenimiento y explicar a las visitantes cómo la revista *Medina* trató de combinar su ideario falangista con noticias y consejos —pero evita relatar que poco o nada se ajustaban a las mujeres de posguerra que hacían auténticos malabarismos para sacar a flote a sus familias—: artículos sobre piscinas y partidos de tenis se combinaban con recetas y consejos para aprovechar los pocos ingredientes de los que se disponía en las cocinas.

Pilar Primo de Rivera siempre se arrepintió de no ir a la universidad, de ahí que en los artículos de *Medina* se animase a la mujer a acudir a las aulas —aunque las encaminaran, *naturalmente*, hacia las carreras más sencillas o más femeninas, como Filosofía, Farmacia, Derecho, Historia, Literatura y algunas aventuradas incluso a Medicina, porque era lo más asequible para ellas (asequible para sus capacidades y su intelecto, se daba a entender). En junio de 1942 todas estas actividades eran bien vistas en la revista porque «todas estas estudiantes, como las muchachas que van al taller o a la oficina, intuyen que la vida femenina tiene un noble destino de amor. Y gustarán de ofrecerle al hombre, como ayuda y compañía, estos conocimientos que, sin intención de pedantería, buscan ahora en la universidad». Es decir, que cuando ya hubiesen terminado la carrera y apenas hubieran podido ejercer porque debían convertirse en esposas y madres, siempre tendrían tema de conversación o sabrían cómo asesorar al hombre en leyes, lecturas, heridas profundas, historia de Roma y desasosiego vital.

Sin embargo, *Y (griega)* y *Medina* dejaron de publicarse en 1945 y, por fin, en 1954 nacía *Teresa*, su publicación estrella, la más longeva, la más colorida, la más variada y la más laureada, que se mantenía desde hacía veinte años con vida entre las mujeres españolas, porque con esa vocación se la definió:

«La revista para todas las mujeres».

Ahora ya las incluía a TODAS. Y es esta, precisamente, la que Pilar quiere emplear para contrarrestar el peso de Amelia Torres coronando a su hija rebelde. Y es que la revista *Teresa* trató de llegar con su espíritu falangista a las mujeres españolas a través de sus artículos e imágenes construyendo el ideal de mujer, joven, urbana y de clase media, buscando una audiencia más amplia que exclusivamente sus afiliadas. Fue la revista que más tuvo que adaptarse a los cambios sociales, puesto que, además, los propiciaron y fomentaron desde la propia organización, como la Ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer en 1961, aunque sin perder de vista el modelo de mujer falangista que habían defendido desde sus inicios.

Pero por mucho que lanzaran mensajes con tintes modernos a través de su revista, mantuviesen talleres y círculos de juventud, organizaran campamentos de ensueño, recorrieran España con su vocación redentora o recopilasen el folclore español recorriendo el país de punta a punta con emoción y alegría, las afiliadas a la Sección Femenina caían en picado. Las instructoras sentían que sus alumnas cumplían, pero no comulgaban con sus preceptos. La sociedad española avanzaba a un ritmo vertiginoso y era complejo mantener el ejemplo que quería José Antonio para las mujeres en sus corazones. Ya lo había dicho Pilar, «renovarse o morir», por eso

pensó, al descubrir que Carmen formaba parte de los Círculos de Juventudes, que entrevistarla animaría a las jovencitas a sumarse a las actividades de Falange, unirse a sus filas y mantenerse fieles al modelo de mujer que Pilar deseaba para España, mujer trabajadora, sí, pero sin quebrantar el equilibrio jerárquico del matrimonio.

No importaba que las dirigentes de la Sección fueran mujeres independientes —muchas de ellas alejadas del matrimonio y desempeñando labores de organización nacional—, ellas sólo eran el medio necesario para moldear a la mujer española a través de sus artículos de opinión. En este tiempo era vital acercar a las más jóvenes a la revista, a sus mensajes, a su ideario, y Carmen Suárez era la persona ideal para lograrlo. Así se lo había transmitido Pilar a todo su equipo de Prensa y Propaganda que ya tenía el decorado preparado para la foto de portada que le había prometido meses atrás en su primer encuentro.

Emilia y Marga enmudecen frente al decorado, que consiste en una mesa de comedor vestida con elegancia, con una vajilla de loza refinada, copas de vino y agua y una cubertería pulida con esmero, con servilletas perfectamente engarzadas en servilleteros de plata que serían el sueño de toda ama de casa que tuviera una cena de postín. Han maquillado a Carmen de forma sencilla y le han puesto un vestido con los hombros un poco descubiertos y la falda a la altura de la rodilla, blanco, con flores azules.

—Cuéntanos Carmen, ¿cómo ves tú a las jovencitas de tu edad? ¿Cómo las orientarías hacia el futuro para convertirse en nuestras mujeres del mañana? —La primera pregunta de Pilar es un disparo certero que tiene que esquivar.

Carmen carraspea y mira hacia el grupo que la acompaña: su abuela que la observa con determinación, esperando una respuesta complaciente y falangista. Marga, con los dientes apretados, apoya con su mera presencia. Después observa al equipo que arropa a la dirigente en su propósito: tres militantes de alto rango de la Sección Femenina, la maquilladora y la peluquera, el fotógrafo y su asistente, el decorador y una redactora de lápiz afilado dispuesta a tomar nota de todo para después publicarlo en la revista.

Pilar repite su pregunta, y Carmen, de repente, se acuerda de su madre y del discurso que le dio la victoria en la final de *La mujer ideal* de Televisión Española: «La mujer ideal es el sostén de la familia. Ayuda en aquellos aspectos a los que los demás no llegan, por falta de tiempo, por exceso de tareas… Pero la mujer ideal… también tendría que hacer aquello que la haga feliz. Y, a veces, estar en casa no aporta mucha felicidad, la verdad. Se está muy sola».

Carmen toma aire y sopesa las palabras a pronunciar.

—Las jovencitas… como yo… nos enfrentamos a un momento complicado, ciertamente. —Los asistentes, conscientes de sus nervios, asienten cándidamente para aportarle seguridad—. Porque tenemos la oportunidad y casi la obligación de ir a la universidad —argumenta en consonancia con el pensamiento de Pilar—. Pero después debemos formar una familia. Que es muy importante. También.

—Así es —apoya Pilar con una sonrisa.

—Pero no tiene mucho sentido ir a la universidad si luego sólo se puede ejercer unos años para después quedarse en casa. —Carmen lo ha soltado así, de carrerilla, haciendo que Pilar levante la vista repentinamente del cuestionario—. Es mucho dinero invertido en

una excelente formación que luego no va a llegar plenamente a la sociedad. —Aquí alguien ha metido mano en el discurso, piensa Pilar —. No podemos dejar que todo el conocimiento de las mujeres con una formación universitaria se quede en los salones de sus casas, sólo para sus familias. El mundo entero se pierde su aportación — declara con cierto convencimiento.

Emilia resopla desde su silla de ruedas, ¿ahora viene de revolucionaria la niña? Pues llega tarde.

—A ver, Carmen —interrumpe Pilar—, tú misma me contaste que tu madre, la famosa Amelia Torres, que decidió convertirse en piloto de aviones, ha puesto patas arriba la organización de tu casa y que todos estáis sufriendo muchísimo esta decisión.

—Sí, lo sé. Pero a lo mejor eso no es culpa de mi madre —afirma contundente—. Es que, si ahora lo deja, se le va a hacer tarde, por la edad digo, y nosotros ya somos mayorcitos, mi hermano y yo, quiero decir, nos podemos organizar. Yo soy casi una adulta. Y mi padre pues… también tiene un buen trabajo y… a lo mejor es cuestión de contratar a una muchacha para las labores de la casa, ¿quizá? Podríamos repartirnos las tareas.

Pilar piensa un instante, no es la primera vez que vive algo así, en los cientos de pueblos a los que ha acudido había tantas chicas desconfiadas que ha aprendido que nunca debe atacar a su presa de frente, hay que rodearla y cambiar de estrategia rápidamente.

—Cuéntanos entonces qué ha supuesto para ti unirte al grupo de teatro de los Círculos de Juventudes, cómo esto ha cambiado tu vida a mejor y por qué más niñas deberían apuntarse a los talleres y campamentos de verano y unirse a la Falange, como tú misma lo estás pensando.

Carmen traga saliva, ¿unirse a Falange? Ella nunca ha dicho tal cosa.

—Pero ¡¡¡qué dice!!! —Emilia salta de su silla de ruedas, pero Marga la baja de golpe antes de que nadie se dé cuenta de que es capaz de caminar. Los asistentes se giran de inmediato hacia ellas y una vez más tratan de salvar el entuerto.

—Emilia quería decir que qué emoción hacerse de Falange. —Marga se inclina con candidez hacia la anciana pinzándole de nuevo, y después se dirige a los presentes—. Es que está un poco sorda la pobre, pero ahora se lo explico yo. —Marga se acerca a susurrarle al oído a modo de ultimátum y la pellizca aún más fuerte—. No quiero acabar en la cárcel, ¿entendido?

Las miradas regresan a Carmen, pendiente de contestar.

—¿El grupo de teatro? —Carmen recuerda las tardes empleadas en manualidades, construcciones y ensayos para sacar adelante la obra, las risas y complicidades—. Un grupo magnífico, ciertamente. Pero siempre pienso que hay gente maravillosa en todas partes si se mira bien, ¿no cree, doña Pilar? Siendo de Falange o no, las amistades son importantísimas a cualquier edad. Y yo ahora mismo no me veo con la edad de comprometerme con nada ni con nadie, mis estudios y poco más. No soy yo de afiliarme a nada. Con Dios y la Iglesia, en todo caso. Y con mi familia.

Pilar respira hondo, mira hacia arriba buscando inspiración divina, o la de su hermano José Antonio, que también está en el cielo y que siempre la acompaña desde lo alto. Quiere encontrar la pregunta definitiva que desarme a Carmen, que le otorgue un titular, que manifieste su disconformidad con el devenir de la sociedad, un reclamo, un gancho, un anuncio a todo color que llene sus filas de

sangre joven, que pare, de una vez por todas, esta modernidad que se expande y se le escapa, que se cuela como arena fina entre los dedos de la mano.

—Carmen, ¿dónde te ves tú dentro de diez años? ¿Te gustaría tener un hogar con una mesa dispuesta como la que tienes ahora mismo a tu lado, o en una oficina trabajando diez horas al día y procurando gustarle a alguno de tus compañeros a ver si reparan en tus capacidades laborales? ¿Crees que alguno de ellos estaría dispuesto a compartir su vida con una mujer que no tiene claro que quiera crear un hogar? —Ahora la pregunta de Pilar le ha hecho daño.

—No, claro. —Carmen mira atemorizada a sus familiares—. No me gustaría quedarme sola. Pero digo yo que, si encuentro un trabajo que me gusta, a mi futuro marido también le gustará que yo lo disfrute. Y después de tener hijos, poder trabajar de nuevo. Repartir las tareas y los cuidados, ¿no?

—Carmen, ¿conoces algún hombre que acepte que su mujer brille más que él mismo? —Pareciese que Pilar hubiera entrado en su casa y hubiese sabido del devenir de su padre. El silencio de Carmen azuza a la dirigente—. Creyendo que nuestro papel está en la oficina, olvidamos el otro, perfectamente femenino, de amas de casa, Carmen. Esta dependencia voluntaria es el estado más hermoso, porque se absorben todos los malos gérmenes, la vanidad, el egoísmo, o las frivolidades por el amor.

Las militantes de la Sección Femenina aplauden discretamente las palabras del pensamiento falangista que Pilar recita de memoria, porque son suyas y de su hermano, hechas ley.

—Lo mejor, además, es que nunca jamás perderás tu identidad, Carmen —continúa Pilar con maestría—. En nuestro sistema tenemos una fórmula para mantener el apellido del padre y no perderlo como hacen las mujeres americanas, por ejemplo. Serás Carmen Suárez de, puntos suspensivos, el apellido del marido que encuentres. —Pilar hace una pausa dramática—. Si lo encuentras, claro. —Carmen se visualiza vistiendo santos, como dicen, y la imagen la paraliza de inmediato, lo que da alas a Pilar—. El padre es, en la familia, el representante de la paterna autoridad de Dios. Y la madre recibe la autoridad por participación en la del esposo —ahora se gira hacia Marga y Emilia—, ¿no es cierto?

Marga y Emilia se miran consternadas, la dulzura, pero también la seriedad y el convencimiento con el que habla Pilar las deja sin respuesta. Emilia comprueba en la expresión de Carmen cómo se ha disipado el sueño de su nieta de salir airosa de esta situación.

—¿Sabes lo que realmente necesitas, Carmen? —prosigue Pilar en su estrategia de acoso y derribo—. Apuntarte al campamento de verano. En un par de días salen desde Madrid.

—Eso es. Disciplina —interviene Emilia para sorpresa de Carmen —. Muy buena idea. ¿Quedan plazas?

Carmen comprueba que su abuela la sonríe maliciosamente. Pilar chasquea los dedos al aire para que alguien salga corriendo a por los papeles de inscripción y respira aliviada. Desde lo lejos, sonríe a Emilia con profundo cariño y gratitud. Por fin ha conseguido el titular para su portada.

8

Peace is our mission

Amelia trata de controlar el nudo que se le ha colocado en el estómago al divisar a lo lejos el control de entrada a la base aérea de Torrejón. Una congoja que se acrecienta al pensar en su marcha, tan precipitada, tan forzosa, tan fría, como quien sale en viaje de negocios. Armando verificando que llevaba todo lo necesario, mostrándose distante y práctico. Que la casa estaba abierta, evidentemente, para que viniera los fines de semana, a comer, a dormir incluso, si lo deseaba, pero dejando claro que tampoco era una apetencia suya, sino que dependía de ella y de sus horarios, sus necesidades. Que tampoco se sintiera obligada a venir. Que estarían bien, zanjó.

Antonio trató que su madre le perdonase por el hecho de no acompañarla y, aunque Amelia no le reprochase su decisión, él sí que percibió la tristeza con la que ella se marchaba. Antonio verbalizó que quizá para cuando hubiese acabado la formación, la legislación habría cambiado y podría pilotar aviones en España. Que quizá no tendría que pensar en marcharse a trabajar al extranjero. Todo estaba cambiando rápido.

La despedida de Carmen fue la más dolorosa, principalmente por la incapacidad de Amelia de aflojar. Le habría gustado poder perdonar a su hija antes de marcharse, pero fue incapaz. Ni siquiera los ruegos de la joven para impedir su inscripción en el campamento de la Sección Femenina la doblegaron. ¿No quería Falange? Pues toma Falange. Le parecía proporcional al dolor provocado, a su deriva. Se limitó a mirarla, a escucharla y asentir con la cabeza mientras Carmen se deshacía en lágrimas pidiendo clemencia. Ni aquello ablandó su corazón, que se iba fortaleciendo con el dolor cada segundo que permanecía en casa.

Una revista para mujeres la habría descrito como «despiadada, fría, madre poco ejemplar», pero ahora procura olvidarse de sus propias elucubraciones mentales y se fija en lo que tiene delante para distraerse: una fila de coches con matrícula de Detroit, Delaware, Atlanta, Colorado o Texas se mezclan con otros vehículos más nacionales, Seat, Fiat o Renaults que pertenecen a los estadounidenses desplazados que han renunciado a sus Chevrolet, Doges o Cadillacs que trajeron en grandes cargueros porque con sus dimensiones apenas cabían por algunas calles de Madrid.

El control de entrada a la base es exhaustivo: norteamericanos por un lado, españoles por el otro. Un cartel de amplias dimensiones hace bombear con fuerza el corazón de Amelia: TORREJÓN AIR BASE, HOME OF THE 40TH TACTICAL WING. THE SKY IS OUR ARENA. El cielo, su nuevo escenario.

—*Nervous?* —Peter sonríe al volante, con esa actitud reconfortante que siempre lo acompaña.

—Un poco —confirma Amelia tratando de vislumbrar, más que la garita de vigilancia, el futuro; algún tipo de salida a todo este

embrollo en el que ha quedado sumida su vida. Un final feliz.

—Tendrás que hacer esta cola cada día que vengas desde Royal Oaks. —Así es el nombre de la colonia residencial cerca de la Moraleja donde le han prestado un apartamento a Amelia y que dista de la base unos treinta kilómetros—. El Encinar de los Reyes, *a place for a Queen of the air* —comenta Peter cariñoso.

—Eh, no te pases. —Marga, sentada en la parte de atrás del coche, asoma entre los asientos y su presencia devuelve a Amelia algo de sosiego; siempre a su vera, cómplice. Le pide a Peter que ponga la emisora de la base para que se relaje con la música.

Enseguida sintonizan la AFN y suena una canción ya empezada. Inconfundible, la voz de Mick Jagger de los Rolling Stones —que recientemente se ha popularizado en el país a pesar de que la censura haya intentado frenarlo— suena por todo lo alto y también por los altavoces de otros coches que tienen las ventanillas bajadas en un intento de sofocar el calor. La canción, «Ruby Tuesday»*,* es justo la que necesitaba escuchar. A veces, sin entender las letras sabemos que hablan de nosotros.

Peter se encarga de traducir la letra que tan bien ilustra este momento:

—Habla de una mujer que necesita ser libre, porque… *it's the only way*, es la única manera, porque no puede vivir encadenada a… *How to say?* A una vida donde ya no gana nada, y ya no pierde nada. —Peter mira a Amelia de reojo, divertido—. Más o menos.

—*Understood* —confirma Amelia con cierta desgana. Sí, desde luego que la canción le pega para este momento.

—Va a ir todo bien, *sister.* —Marga la abraza desde atrás y la besa en la mejilla. Y aunque Marga intenta insuflarle ánimos, tratando de

restarle peso al conflicto con Armando, Amelia tiene el cuerpo cortado.

Por fin, el coche llega a la barrera, aparcan a un lado y se acercan al control, tanto norteamericano como español para tramitar su identificación permanente. Documentación, permisos, la excepcionalidad de Amelia… Parece que toda la base está al tanto de su llegada. Mientras comprueban su carnet de identidad y elaboran su identificación, Amelia se acuerda de su primer día en Cuatro Vientos. De Julián, en la garita de seguridad, de cómo evolucionó de aquella desconfianza inicial a la complicidad. Y Daroca, su instructor, con su vehemencia, su humor, su exigencia. Rememora su aterrizaje de emergencia, cuando se les paró el motor, y también su decepción cuando Amelia le anunció su renuncia. Y Enrique Salas, su compañero, pobre chico, se gustaban. Cuando ella dejó de ir a clase, vino a verla, que la echaba de menos decía. Y ella había bebido, porque era la única manera de sobrellevar su vuelta al hogar, y lo besó; la rechazó. Qué desastre. Qué vergüenza, una señora atraída por un veinteañero. Se pregunta qué será de los demás compañeros. Alguacil, Navajo, Aguirre, Navarro… sus chistes, sus bromas de señoras al volante, sus tonterías de jovencitos. Tendría que haberse despedido, haber ido a dar explicaciones. No abandonar porque sí, sino explicarles que su marido le había dado un ultimátum y que había descubierto que no podía convertirse en piloto profesional como ellos. Enrique le habló de una joven que había comenzado su instrucción también en Cuatro Vientos. ¿Sabía que no podría convertirse en piloto comercial? Que no las dejaban… Bettina, se llamaba. Ella era joven. Amelia no. Quizá ella algún día podría…

El cabo le extiende su identificación y Amelia vuelve a la realidad. Le permitirá el acceso a los pabellones y las instalaciones que le han sido autorizadas. Siempre visible, siempre colgada del pecho.

—*Welcome to Torrejon Air Base*. Bienvenida.

Que las calles tienen nombres, que hay bolera, cine, supermercados y hasta iglesias dentro de barracones, Amelia aún no lo sabe. De momento tiene la mirada fija en la avenida inmensa que atraviesan con el coche y la inmensidad de la base la abruma y sobrecoge de primeras. Que le habían dicho que aquello era casi como cambiar de país lo sabía, pero aún no es capaz de dimensionar que es como una ciudad en miniatura, por mucho que Peter hubiese hablado a menudo del hospital, de las cafeterías, del instituto o de los campos de béisbol. La carretera es tan larga como la incertidumbre que se cierne sobre ella.

Siente un primer mareo y todo empieza a suceder como en una especie de nebulosa, de vuelo sin motor, planeando, flotando dentro de una ensoñación, con niebla alrededor y alta presión. Peter le muestra alguna de las instalaciones desde el coche, señalando, para que se vaya ubicando, pero ella no consigue retener casi ninguna. *Facilities. Barracks*. El hospital. El *High School*. Pistas de atletismo. Campos de béisbol, el campo de golf, pistas de tenis. Todo se vuelve borroso.

Aparcan en el acceso a la torre de control para llegar hasta el pequeño aeródromo donde Amelia recibirá sus clases. Suda. Suda más de la cuenta, aunque empiece a hacer calor de verano no se corresponde con su termómetro interior, quizá tenga fiebre. Allí les

espera el comandante Harris, a quien estrecha la mano ritualmente, sabiéndose desgraciada y aparentando agradecida, sonriendo como si de un concurso televisado se tratase (otra vez), siente que colapsa por momentos, pero aguanta el tipo.

Tiene ganas de vomitar.

Las voces resuenan con un eco que retumba en su cabeza: la dinámica de las clases, la ubicación del aula, la programación de los vuelos, la disposición de la pista de despegue, la torre de control, la ubicación de los sectores español y americano, algunas de las dinámicas. No, no retiene nada, está muy mareada. Los hangares de alerta, el Ala 16, donde los Starfighters, los pilotos de caza españoles. Todo rápido, todo en inglés. Todo supuestamente emocionante, vital, único y extraordinario.

Las náuseas se apoderan de su voluntad.

—*I need a minute* —ruega Amelia saliendo a toda prisa hacia el parking, a respirar.

Y vomita.

Su cuerpo se sacude.

Se dobla y se estremece.

Su hermana le sujeta la cabeza.

Sale todo, no queda nada.

Es patético.

—Marga, no puedo respirar. No sé qué estoy haciendo aquí. Esto es absurdo. Yo debería estar en casa, atendiendo a mi marido, conociendo a mi suegro, abrazando a mis hijos. ¿Qué hago mandando a Carmen a un campamento de Falange? Soy la peor madre del mundo, la peor.

Otra arcada. Vuelve a vomitar.

Marga saca de su bolso un pañuelo y espera a que su hermana recupere el aire. Se toma unos instantes para elaborar una buena respuesta, sí, todo precipitado, todo a la vez. Mira a su alrededor mientras busca palabras de consuelo. Qué irónico, unas letras inmensas sobre el edificio rezan PEACE IS OUR PROFESSION. Eso, un poco de paz, un poco de calma, un poco de tranquilidad es lo que necesita esta familia.

—No eres la peor madre del mundo, Amelia. Eres la mujer ideal, ¿recuerdas? Te lo ganaste a pulso —le rebate con cariño—. Aunque lo del campamento ha sido una decisión un poco cuestionable, eso te lo acepto.

—Tengo que volver a casa, aquí no pinto nada. ¿Qué hago yo queriendo trabajar de piloto? En unas semanas cumplo treinta y siete años, ni siquiera los hombres están autorizados a pilotar aviones con esa edad. Esto es una farsa, es que… —realmente le falta el aire— tengo que regresar.

Amelia repara en Peter y el comandante Harris que la observan preocupados, pero sin intervenir. ¿Lo habrán entendido, que se quiere ir, que quiere huir? Marga intenta aparentar normalidad, la excusa ante ellos, los nervios, el mareo del coche, pero cuando Peter se acerca la preocupación se hace evidente. Marga y él se intercambian unas miradas y un silencio tenso que Amelia no comprende.

—Tenemos que hablar.

9

Café sin azúcar

Martín no sabe que Emilia lleva más de diez minutos en el pasillo, detenida frente a su habitación del hostal, preguntándose si llamar, qué decir, por dónde empezar. Que estuvo más de media hora eligiendo su vestido y maquillándose minuciosamente para la ocasión, que incluso tuvo que acercarse a la perfumería a por una nueva máscara de pestañas porque la que tenía se había secado de no usarla. Que adquirió un lápiz de ojos oscuro que le costó no desviar al dibujar la raya del ojo por la falta de práctica y que, además, renovó su barra de labios por un tono un pelín más enrojecido al suyo habitual; como si acaso aún tuviera alguna posibilidad de parecer atractiva.

Emilia llevaba varios días tratando de desentrañar sus sentimientos sin éxito, ¿qué sentía por Martín? ¿Alivio por su aparición, miedo, sorpresa, incertidumbre? No era sólo cuestión de lo que sentía verdaderamente, sino de lo que se *esperaba* que debía sentir. ¿Seguía enamorada? Tantos años esperando noticias suyas, con la certeza de que seguía vivo, que la estaba esperando, en algún lugar, que volvería con una gran excusa. Pero había pasado

demasiado tiempo para poder entender qué emoción exacta le despertaba su presencia.

Lo había visto mayor, desmejorado en comparación con sus ensoñaciones, comprensible por los días de viaje, el cambio de horario, y el par de años que le sacaba a Emilia. No traía la piel curtida por el sol, así que dedujo que era muy probable que en México se hubiera dedicado a labores intelectuales, no a labrar la tierra precisamente. Pero había cuestiones que le daban aún más pavor que averiguar si había seguido dando clase: si se desmayó al recibir aquella carta, si la creyó de inmediato, cuántos días había llorado, si deseó caer al vacío desde lo alto de un puente, si dejó de comer, o cuántos días, meses o años pasaron hasta que tuvo ganas de volver a vivir.

Si la dejó de querer.

Si la reemplazó.

Si con la posible otra mujer también recitaba versos, si le besaba los párpados y le decía aquello de «descansad ojos que todo lo ven». No, estos detalles tan íntimos no podía preguntarlos todavía, debía empezar por algo más sencillo, algo más mundano.

—¿Tomamos un café? —pronuncia Emilia finalmente.

Ahora que tiene tiempo, sentados frente a frente mientras sirven los cafés, Emilia lo analiza pormenorizadamente, amagando sonrisas que no llegan a formalizarse en un gesto que evidencia su nerviosismo, su incomodidad, sus miedos. Lo que sí puede confirmar es que el tiempo le ha pasado factura a Martín. Repara en unas manchas que observa en la piel y se pregunta si ya las tenía

previamente. Las bolsas de los ojos, papada incipiente, los carrillos lacios a ambos lados de la boca —que hoy parece más fina que entonces—, los poros de la piel más marcados, algunos puntos negros, descuidados. Quiere pensar que si tuviera pareja no le habría permitido salir con «todo eso» a la calle, que lo habría cuidado.

«Seguramente no ha amado a otra».

Si cuando Martín desapareció contaba con un par de pliegues en el rabillo del ojo, ahora Emilia cuenta hasta siete en uno y seis en el otro mientras busca la frase perfecta que arranque la conversación que tienen pendiente. Sus ojos marrones oscuros, ahora más cerrados por los lacios párpados, esconden un blanco de ojo más amarillento de lo normal. Dicen que eso se enturbia por temas de hígado. ¿No se habrá dado ahora a la bebida? De las cejas salen cuatro pelos blancos disparados mal recortados, extrañamente largos, y Emilia quiere pensar que ha sido él quien ha metido mal la tijera, no otra señora en un afán de embellecer su rostro, para que pareciese más joven, más arreglado; una señora no lo haría *tan* mal. Si él nunca hubiera desaparecido, ¿le habría recortado ella las cejas también? A su lado, concluye internamente, Martín habría envejecido mejor.

«Seguramente la esperó».

Él estará valorando que, por supuesto, ella está estupenda para los años que tiene. Su mala leche e ironía la mantienen a raya. No ha ensanchado mucho de cintura y eso lo ha tenido que apreciar, y que conserva un pelo recio, fuerte, de cana gris bonita, con algunos mechones blancos y plateados que le coronan el flequillo otorgándole luz al rostro. De peluquería puntual más que semanal,

Emilia ha sabido mantener su estilo moderno pese a vivir en dictadura. No podrá decir eso de que el tiempo no ha sido justo con ella, más bien ha sido ella la que ha hecho frente al tiempo con arrojo y temple, mucho temple.

«Todavía tiene posibilidades».

—Tienes buen aspecto —afirma Emilia con amplia sonrisa—. En cambio, yo he envejecido fatal, mírame, me han salido arrugas por todas partes. —Minusvalorarse un poco para que le digan todo lo contrario le parece un buen arranque.

—Qué va, estás prácticamente igual —contesta amable Martín. ¿Quizá esté tratando de agradarla?

—Anda, anda, seguro que ni me habrías reconocido por la calle. —Es tan extraño verlo vivo, ¿qué estará mirando o pensando de ella? ¿Le estará contando las arrugas también? ¿Tendrá algún pelo olvidado en el bigote que le afee el rostro, o peor, algún pelo en la barbilla que le haya salido repentinamente? Demonios, no ha pensado en esto en su análisis minucioso frente al espejo. Emilia se acaricia con disimulo para comprobar que ningún pelo rebelde le está jugando una mala pasada y respira aliviada. Los cafés llegan para romper la tensión en la que están instalados, a solas, por primera vez. Tras el relato del recorrido accidentado que contó hasta México, Emilia no sabe por dónde continuar.

—Sigo sin entender muchas cosas, Martín. Esta salida forzosa, tu vida en México, no sé qué preguntar o si prefieres contarlo tú. —Emilia empieza a dar vueltas con la cucharilla a su café insistentemente, revelando su nerviosismo, sin haber echado ni siquiera azúcar—. También… A ver, no sé… No sé si quiero saberlo todo ahora. De golpe.

Martín alarga el brazo y posa sus dedos sobre su mano para detener la de Emilia en sus giros vertiginosos de cucharilla, ya irritantes. Emilia se estremece al sentirlo de nuevo. Repara en sus manos y su propia piel, que ahora percibe tan arrugada y ajada. Un gesto que en el pasado habría sido común, cotidiano y normal, ahora se torna inesperado, ajeno y perturbador.

—Yo también tengo mucho miedo, Emilia. Es toda una vida sin saber de vosotros.

Y por primera vez clavan sus miradas en el otro, sin mirar otra cosa que un espacio ignoto que se encuentra más allá de los ojos. Sin contar arrugas ni pliegues ni pelos dispares, evidenciando en sus miradas las dudas, los temores, las consecuencias del tiempo, del vacío de la ignorancia, del peso de sus sentimientos e, incluso, de la ausencia de ellos.

—No tenemos que contarlo todo hoy, Mimi. Podemos empezar por lo más fácil. —Martín se muerde el labio repentinamente haciéndose consciente de sus palabras—. Aunque no sé muy bien qué es lo fácil. —Una sonrisa inocente revela su tierna vulnerabilidad.

Emilia respira aliviada, tendría que haber venido preparada de casa con una lista de preguntas, para colocarlas en orden de preferencia y dolor, valorando qué pregunta sería más difícil de formular, qué respuesta le costaría más asumir, para dejar esas preguntas para el final, como si tuviera que hacer un calentamiento previo para aplacar su posible impacto: por qué nunca regresó, por qué se creyó la carta, por qué no avisó que se iba, si se ha vuelto a casar, si ha amado a otra mujer, si ha tenido más hijos. Si la ha seguido pensando y queriendo en secreto.

Pero tendrá que resistir sin saber todavía.

—Pues quizá lo mejor sea… empezar por todos los demás —propone Emilia, a lo que Martín accede aliviado, buscando en su recuerdo el primer nombre que encabece la lista de distracciones.

—¿Qué fue de Alfonso? —pregunta él primero.

El listado de vivos y muertos es extenso, las peripecias y aventuras y desventuras de la gente que fue y ya no está inundan la cafetería de fantasmas, soledades y crudos momentos que a Emilia le cuesta evocar a pesar del tiempo ya transcurrido. Una vida huyendo de posibles delatores, de los señalamientos y del hambre. Un relato íntimo y a veces susurrado debido a la gente que los rodea en la cafetería, evidenciando que todavía no pueden hablar con libertad de su pasado.

La narración de Martín se adereza con cilantro, aguacates, frijoles, chambas, apapachos y la chingada terminología mexicana en la que se ha convertido el relato de su vida. Y aunque trata de resumir y no alargarse en dolores y sufrimientos, el relato se torna voraz. El recuerdo no puede dulcificarse. Porque al final la gente murió en los márgenes de la ruta de montaña, caminando con desesperación hacia el exilio, y otros miles no pudieron sobrevivir en los campos de concentración. Martín describe momentos trágicos que equilibran el relato oscuro que también le ha ofrecido Emilia, para que ella no sienta, en ningún momento, que el afortunado fue él.

Son los detalles de las penurias que tuvo que vivir Armando los que más parecen hacer mella en él, aunque trate de no mostrarse afectado al conocerlos. Porque ahora lo sabe vivo y victorioso dentro del sistema impuesto: que fue capaz de estudiar una carrera igual que los descendientes del bando vencedor, que ostenta un puesto de

trabajo envidiable a pesar de ser hijo de rojos y que ha construido una familia luminosa, digna de revista, como ha podido constatar.

—Y todo gracias a ti —concluye conmovido, abrumado por tantas informaciones y verdades pasadas que aún tiene que digerir.

Emilia recibe por fin el cumplido que, secretamente, llevaba años esperando. Una valoración que la premia por salir victoriosa del abandono, la desaparición y su supuesta muerte.

El silencio al final se instala en la conversación. El sonido ambiental de otras conversaciones, tazas que se posan sobre las mesas, mecheros que encienden cigarros, gritos de niños y cucharillas colocadas vertiginosamente sobre los platos en la barra de la cafetería cobran protagonismo. Hasta las risas de una mesa cercana se imponen a su relato desviando la mirada de Emilia, que de repente repara en el resto de los comensales que ahora parecen figurantes que completan el decorado en el que se ha convertido el lugar, como si estuviera dentro de una película y todo formase parte del guion para llegar justo a este instante.

Martín carraspea antes de hablar, ahogando una tos seca, y la llama por su nombre para que vuelva a concentrarse en ellos dos.

—Emilia. Podemos estar días, meses, incluso, hablando de todo lo demás, si quieres, si tú lo necesitas.

«De todo lo demás».

Martín parece que se ha armado de valor; no le encuentra sentido a seguir postergándolo más tiempo.

—Hay algo que te tengo que contar.

A Emilia se le encoge el alma en un instante, como un papel que arde repentinamente en el fuego.

«Dime que nunca me dejaste de querer».

10

Calibrar el desequilibrio

El estallido de los bolos contra la pista la trae de vuelta a la realidad. Frente a Amelia, un batido de chocolate con mucha espuma, una pajita rosa y una sombrillita de papel verde va perdiendo su frescura. Le parece excesivo, le revuelve el estómago. Pareciese que los americanos resuelven todo con azúcar. ¿Cómo han llegado hasta la bolera? Se hace consciente del lugar como si acabara de despertar, del ambiente y sonidos peculiares y desconocidos hasta entonces: la rozadura de las bolas por la pista, el golpe contra los bolos, que explotan y se dispersan contra el fondo y las paredes de la pista y los consecuentes gritos de emoción de los participantes que retumban con eco. Los americanos son muy de explotar cosas y alegrarse, piensa.

—¿Estás mejor? —Marga y Peter, sentados frente a Amelia, esperan su recuperación repentina.

—Perdón por el numerito. —Suavemente, Amelia aparta el batido hacia delante agradeciendo la invitación, pero no le entra nada en el estómago—. Has tenido un gesto increíble conmigo, Peter, moviendo todos estos hilos para que yo pueda…, pero… no… No puedo seguir.

Siento haberte causado alguna molestia, si hay que devolverle el favor a alguien…

Peter niega enérgicamente, complaciente, si quiere marcharse no hay nada que la retenga, es su decisión, pero Marga hace evidente su descontento enseguida.

—¿Por qué sigues anteponiendo a los demás en tu vida? ¿Vas a abandonar ahora porque haya aparecido tu suegro? ¿Encima que ha sido gracias a ti? ¿Otra vez Armando por encima de todo?

Es evidente que Marga no lo entiende, no tiene una familia, no calibra el desequilibrio que supone la decisión de iniciar un camino que la llevaría lejos, a otro país, no ha sufrido todos los cambios y desafíos vitales que los han descolocado desde que ganó el concurso.

—Te olvidas de toda la gente a la que sí has cambiado la vida… —Marga interrumpe el relato estratégicamente, recalcando—. A mejor. ¿Te olvidas de las chicas de la librería? ¿De todas las mujeres a las que has inspirado? Con el concurso, con las revistas. De toda la gente que te ha parado por la calle felicitándote, pidiéndote autógrafos. Has sido un ejemplo para todas, gracias a ti han podido soñar. No te puedes rendir ahora.

Amelia pide clemencia, no podrá escaparse de un nuevo discurso feminista de su hermana. Que si tiene que seguir luchando. Que no sólo es una lucha para ella, es por todas, contra la dictadura, contra las normas. Si abandona ahora, ¿qué les va a decir a todas esas chicas que lo están intentando? ¿Que abandonen?

—¿Prefieres quedarte en casa haciendo tortillas para que coman calentito cuando lleguen a casa en vez de disfrutar de tu profesión y ganar tu propio sueldo? Si lo haces, serás el ejemplo que Carmen

quería, olvídate de que vaya a la universidad, y espérate que no se haga de Falange después del campamento. Y en unos años te convertirás en abuela, entonces ¿qué? Con cuarenta y cuatro años empezarás a hacer patucos, jerseicitos de lana, gorritos, ¿no? Y mientras cuidas de tu nieto, papá y mamá se pondrán malitos, y entonces, también estarás pendiente de ellos, y seguirás entregando todas las horas de tu día a los demás, a lavar su ropa, a cocinarles, a coserles, a limpiar culos incluso, los de tus nietos, y no descarto los de nuestros padres. Así que, desde que fuiste madre hasta el día que te mueras, seguirás cuidando de gente, ¿verdad? Ese es el plan maestro, el que tú has decidido. Y gratis, además. Porque, claro, tu marido te da la paga, y eso lo administras tú fenomenal, y alguna vez te compras un caprichito, alguna cosita para ti, sólo si sobra. —Marga se enciende, y habla con vehemencia—. Como las sobras de la comida, que te da pena tirarlas, que te he visto, la tostada quemada, el huevo que se ha roto, lo que está a punto de ponerse ya malo, incluso lo que ya está podrido. La que come frío porque estaba sirviendo a todos los demás, la que se queda con hambre para que a nadie le falte de nada. La que repara sus zapatos una y otra vez para poder pagar unos nuevos a los que realmente salen de casa, a los que tienen que aparentar relucientes, en sus trabajos, en sus colegios. Los que tienen que prosperar. Y tú, mientras, a la espera de lo que los demás puedan necesitar, esperando y esperando. ¡¿Eso quieres?!

Amelia se ha ido haciendo pequeña a medida que Marga seguía hablando. No puede rebatir sus argumentos, y le sigue doliendo el estómago, digiriendo cada palabra en los huecos de sus vísceras, anidando como han hecho siempre sus palabras, en lugares donde

luego brotan emociones que la liberan, que la sacuden con su verdad.

—No es como lo pintas. Yo he sido muy feliz haciendo eso, Marga. No te equivoques —se defiende con lágrimas en los ojos.

A Marga le ha costado siempre aceptar el camino de su hermana, hoy convertida en un ejemplo incluso para ella, en la que encontrar la fuerza para rebatir su propio pensamiento, para que sus argumentos sigan fuertes, sólidos; una determinación que necesita fortalecer escuchándose a sí misma.

—Tienes una oportunidad de volar, Amelia, pero de verdad. Siempre fue tan metafórico esto tuyo de la aviación. Estás a punto de cumplir treinta y siete años. Si te sacas la licencia en unos meses y consigues trabajo pronto, quizá podrías estar volando hasta los cincuenta y siete años, no sé, no tengo ni idea de cuándo se jubilan los pilotos. Estamos hablando de veinte años, pudiendo disfrutar de lo que más te gusta en esta vida, Amelia. Por favor, no voy a permitir que abandones ahora. No, no te dejo. Basta ya. Si tu familia no te acompaña, te acompañaré yo. No te pienso dejar sola, vas a hacer lo que te hace feliz, vas a estar todo el santo día volando por las nubes, llevando gente de un sitio a otro, vas a dormir volando, incluso. Porque la gente cuando viaja es feliz, y tú puedes llevarlos a todos, y ganar tu dinero. Estoy segura de que, tarde o temprano, vais a encontrar la manera, que podremos estar todos juntos. Aunque sea lejos, fuera de aquí, fuera de una santa vez de todo esto. En un país libre. En un lugar donde las mujeres puedan divorciarse. Donde las niñas nazcan libres. Donde…

De repente Marga se emociona hasta quebrarse y empieza a llorar, vulnerable, pequeña, sobrepasada. Algo le ha arrebatado el habla.

Intenta recuperar el sosiego, pero se desmorona por momentos y busca nerviosa un pañuelo que detenga esta falta de control. Peter, a su lado, la abraza con ternura, apoyando su cabeza contra la suya mientras Marga trata de recuperar la calma.

—¿Qué pasa, Marga? ¿Estás bien? —Los discursos de su hermana nunca acaban entre lágrimas, sino llenos de esperanza. Pero ha perdido la fuerza repentinamente. —Dime, ¿qué te ocurre?

Marga se abalanza hacia su batido de fresa y lo sorbe con ansiedad, como si hubiera llegado a un oasis atravesando el desierto y estuviera a punto de desfallecer. El líquido va entrando en su cuerpo mientras se recompone, se sostiene, y encuentra la fuerza para hacer frente a su propio discurso, ahora roto en mil pedazos. Porque ha abandonado su promesa sagrada, tragando ríos de tradición como el batido que acaba de succionar. Y como si ella fuera a vomitar también, agarra la mano de Peter con fuerza y confiesa al fin.

—Estoy embarazada.

Al fondo estallan los bolos, ríen los pilotos, veteranos chocan cervezas en la barra, gritan las mujeres y aplauden, suena la máquina de café, se calienta leche, tintinean los vasos y las tazas y, sin embargo, el mundo entero con todo su peso sonoro desaparece abruptamente, se oscurece, deja de existir para las hermanas. Porque ahora sólo existe lo que nunca jamás entraba en los planes de su vida, ni en sus discursos, ni en la voz, ni casi en el pensamiento.

—Ya sé lo que dije, lo que he pensado siempre. Pero, bueno…, son cosas que pasan. —Marga no es capaz de mirar a su hermana, como si tuviera que justificar una falta, una deslealtad, que no es ninguna,

salvo para ella misma con su yo de juventud al que prometió libertad. Porque Marga ha sufrido una apertura, un replanteamiento, un resquicio por el que se ha colado una posibilidad que finalmente se ha materializado en realidad—. Si te lo preguntas, no es un accidente, tampoco algo buscado con ahínco. Un encuentro, bueno varios, con un claro éxito de convocatoria —resume metafóricamente.

Amelia ríe con la ocurrencia. No puede sino alegrarse inmensamente de esta traición de su hermana a sí misma, si respetó su decisión de entonces, respetará la que tome ahora. Para eso se han tenido siempre la una a la otra. Marga levanta la vista y se encuentra con el rostro risueño de su hermana que está a punto de romper a llorar de alegría, aunque deja claro que aún es pronto, en unas semanas sabrán si todo va bien. Amelia recuerda este amor fraternal que despierta un embarazo, reflejado ahora en los rostros de los futuros padres. Es tan bonito verlos, tan inexpertos, tan inseguros, tan ilusionados, sabiendo con certeza que Peter será un padre estupendo, la pareja que su hermana necesita. Intuyendo que todo saldrá bien.

—Por eso hay algo que queríamos decirte. —Marga busca fuerza en Peter, sólo era cuestión de encontrar el momento adecuado. No es fácil, aunque lo hubieran preparado—: El bebé no va a nacer en España. Quiero que mi hijo, o mi hija, nazca en un país libre.

Esto era.

A Amelia se le encoge de nuevo el estómago. Suspira. La confesión cae como una losa inmensa, tiene sentido. Lo entiende. Aunque el tiempo de ser madre ahora en España sea diferente al de Amelia, sabe que esa criatura crecería en un país en el que aún no

se pueden materializar los ideales de independencia que tiene su hermana. No sabe la cantidad de años que tendrán que pasar hasta que sea un país como el que sueña. Porque Marga ha podido ser *a pesar* de la dictadura. Ella y tantas, pero sólo un poco; siempre calladas, siempre silenciadas, siempre a escondidas, siempre clandestinas; tantas encerradas, otras eliminadas. Cambiará, el país tiene que cambiar. Pero ¿llegará a ser libre del todo?

—Queremos que vengáis con nosotros. Vámonos. Podremos hacer grandes cosas. ¿No se han ido las estrellas de cine a hacer películas? Tú podrías seguir siendo la inspiración para tantas, y para tantos. Y mientras, este país se irá coloreando. Algún día Franco morirá, y cambiarán las cosas, estoy segura. En Estados Unidos ha nacido una pequeña revolución. Te podrían seguir entrevistando, puedes seguir saliendo en las revistas, publicando tus peripecias, serías ejemplo para millones de mujeres. La primera piloto comercial española en el extranjero, ¿te imaginas?

Una vez más ese ídolo que nunca quiso ser. Amelia necesita tiempo para aterrizar tantas propuestas, emociones, planes, visiones de futuro, revoluciones, feminismos, pancartas, vuelos aéreos, mudanzas trasatlánticas; una incipiente nueva familia. Es demasiado de golpe. Peter las observa, y acompaña, sin intervenir, con su sola presencia siempre suma, sostiene. Marga alarga la mano y agarra la de Amelia, es una petición.

—Lo entenderán. Armando podrá conseguir un trabajo, seguro, o mientras trabajas él puede aprender inglés. Antonio es el primero que se irá a donde tú vayas, y Carmen, después del campamento, acabará metida en reuniones feministas clandestinas, ya te lo digo yo.

Amelia intenta ilusionarse con sus propuestas e ironías, pero no puede pensar sólo en sí misma. ¿Qué pasaría con sus padres?

—Siempre podremos volver —asegura Marga—. Su vida ya está hecha. Además, papá se jubila en breve, y también se podrían venir. Mamá está deseando salir de viaje. Verás tú cuando vaya al pueblo y diga que se va a Boston, o Nueva York, con lo que le gusta a ella fardar.

—¿Y si lo del bebé no sale bien? —apunta certeramente Amelia.

Peter toma aire, lleva rato sentado escuchando, dejando que Marga lleve el peso de la conversación. No es sólo cuestión del embarazo. Peter también tiene una familia, unos padres y hermanos a los que hace años que no ve y que también envejecen, con los que le gustaría volver a estar. Además, le han propuesto dirigir la unidad de cardiología de uno de los hospitales más prestigiosos de Boston. Y Amelia asume que se habrían ido igualmente. Quizá el bebé lo haya precipitado. No lo sabe con certeza, pero lo que sí sabe es que a Marga no hay quien la detenga, que los tiempos se agotan para ella en Madrid.

—No es irse con una mano delante y otra detrás. Nos vamos con cierta seguridad. Con gente que conocemos allí. No es partir hacia el abismo y lo desconocido. Tenemos una oportunidad única de vivir esta aventura —expone Marga de forma convincente.

—¿Y vas a dejar la editorial? ¿Ya no vas a escribir? Tantos planes y futuro para los demás, ¿y ahora te vas a convertir en madre y punto? ¿Te vas a tragar tus propias palabras? —Amelia trata de encontrar las debilidades, sin éxito.

—Puedo escribir a distancia, seguir trabajando para la editorial, recibir textos, no es problema. Podría empezar a traducir, incluso.

Lo tienen todo atado y bien atado, un plan sin fisuras, que dirían. Un plan que hace aguas si Amelia lo plantea para su vida, incapaz de tener la confianza que brilla en los ojos de su hermana y de Peter en estos momentos. Mil variantes, mil escenarios, mil situaciones se disparan ahora en su mente, desplazando a los suyos, obligándolos a empezar una vida nueva para ellos, en un mundo extravagante, inmenso, inabarcable; «cruzando el charco». Quizá tendría que irse sola, atreverse a descubrirlo y conquistarlo para ellos, quizá como tantas mujeres valientes que marcharon, que dejaron a los suyos, pero no por un sueño, sino por darles de comer. Aunque esto no es lo mismo, esto suena egoísta, como un capricho. ¿Qué va a hacer? ¿Mandar dinero en giros postales? ¿Armar toda una vida, un futuro imprevisible, liderado por ella y arrastrar a sus personas más queridas?

—Amelia, escúchame. —Marga alarga la mano y agarra la de su hermana—. Tu familia te quiere. Todos te queremos. Si estamos juntos, todo saldrá bien. Te lo prometo.

A la mano de Marga y Amelia se suma ahora la de Peter, y con ella, su compromiso de estar también a su lado.

—*Life is a one ticket ride.* —Peter siempre disparando certero al corazón.

Amelia respira hondo, varias veces. Un cierto sosiego se apodera de ella mientras acompasa la respiración y la impulsa a probar el batido que, después de este rato, ya ha perdido la espuma que traía. El sabor potente del chocolate inunda su boca, su garganta y llena el estómago vacío con su dulzor. Y sorbe, poco a poco, a través de la pajita hasta rematar el vaso. Deja la copa vacía sobre la mesa y mira

a su hermana y a Peter con una ternura casi infantil y una tierna sonrisa se abre paso.

—Entonces… —Ahora respira con más facilidad—. ¿Voy a ser tía?

11

Tequila

La apertura de la puerta arroja una escena de terror. Si no hubiera respirado, Victorina habría pensado que Emilia estaba muerta. Ahí estaba su amiga, detenida en el umbral con un aspecto lamentable, con unos ojos hinchados de dolor que habían desembocado en dos ríos negros de maquillaje que caían por el rostro y un grotesco manchurrón rojo en la boca por un frustrado intento de hacer desaparecer su nuevo color de labios. A Victorina se le encoge la respiración; sabe de sobra el origen de su desdicha.

—Se ha casado con otra, ¿verdad?

Emilia vuelve levemente a la vida y asiente mecánicamente. Por un instante se imagina liquidando a Victorina porque se lo ha recordado. Porque ha osado verbalizarlo en su santa cara, como si acaso no fuera algo que estuviera en la mente de todos y que sólo faltaba por verificar con el recién llegado, como si faltase el sello oficial. ¡Pum! Aquí tiene su visado de dolor. Hala, el siguiente. Victorina se aguanta las ganas de responderle que era lo más lógico, que los hombres siempre acaban al lado de una mujer, que no saben estar solos. También le habría dicho que lo anormal fue su decisión de esperarle, de aguantar tantos años, de no reanudar la vida junto

con otro hombre, pero se calla y aguarda el momento adecuado; no está la cosa para sermones, por mucho que le encante darlos.

—Pasa, anda, que te pongo un anís. —Y así deja entrar a la muerta viviente hasta su salón.

Emilia se toma la primera copita de un sorbo y clava la mirada fija en el mantel de ganchillo, ese con los agujeritos que uno desea se conviertan en túneles del tiempo por los que poder escapar de la realidad.

—¿Cómo ha sido? ¿Te lo ha contado él? —Victorina hace acopio de todas sus fuerzas para encontrar las preguntas más suaves que desvelen información sin hacer un daño mortal.

Emilia aparta la mirada del mantel y una lágrima resbala por su rostro. No la aparta, sino que levanta la barbilla para que descienda por el cuello en un intento de que llegue a su corazón por el escote y mitigue su desazón.

—Empezamos a hablar de los amigos, los que quedaron, los que murieron. De los primeros días, cuando desapareció, de la incertidumbre, el miedo. Yo recorriendo los hospitales, las cárceles. Él me narró su salida, el viaje, los muertos del camino; el otro horror que no conocemos. Y, de pronto, sin que yo pudiera rebatirle, pedirle una tregua, un calmante para el dolor, me dijo que tenía que contarme algo. Que no tenía sentido seguir esquivando el asunto. Y lo verbalizó sin ningún tipo de anestesia: «me casé con otra mujer, Emilia». E-m-i-l-i-a. Como si fuera una desconocida, algún familiar lejano. Diciéndome a la cara sin decirlo «me enamoré de otra, a ti te olvidé, para mí estabas muerta». —Su propio pensamiento la atraviesa de nuevo—. Si no me lo dijo así, creo que fue por educación.

Emilia hace un alto en la narración porque la congoja se agarra fuerte a la garganta y no quiere que le robe la voz.

—Sentí como si me clavase un puñal. Me reventó los órganos y mientras me desangraba viva, delante de él, tuve que fingir alegría, entendimiento, hasta creo que fui capaz de sonreír y decir algo así como «comprensible, qué ibas a hacer». Pero yo, mientras, sentía la sangre brotar y empaparme el vestido, derramarse por mis piernas, y noté cómo perdía el color de las mejillas, con la posibilidad de desvanecerme, pensando que alguien pediría una ambulancia al verme en ese estado, imaginando que, amablemente, me ofrecerían una transfusión para salvarme la vida. Pero no, nadie pareció darse cuenta de mi estado, ni siquiera cuando él me preguntó si yo me había vuelto a casar y tuve que negar suavemente con la cabeza.

Victorina es incapaz de pronunciar palabra tras el ensangrentado relato de Emilia, visualizando la escena de terror como si hubiera sucedido, mirando de reojo el vestido de su amiga por si se adivinasen manchas de sangre.

—¿Te has enfadado con él? —pregunta con la misma intriga que si fuera una película de crímenes. Pero Emilia tiene el recuerdo nublado, no sabe bien y es críptica en su relato.

—No. Él ha seguido hablando de ella, como si yo pudiera tolerar la realidad. Comentando que también era viuda, mexicana. Que ya tenía dos hijos, que pudieron rehacer sus vidas entre el dolor que traía cada uno. Ahí me he empezado a marear y le he dicho que no me encontraba bien y… —Hace una pausa buscando en el recuerdo. —Me he levantado, diciendo que tenía cosas que hacer y… ha querido acompañarme, pero he cogido mis cosas, y me he marchado sin más. Creo que he venido directamente hacia tu casa. —Emilia se

toma un instante—. Después de media hora llorando en la escalera me he dado cuenta que me había quedado en el segundo. Menos mal que no ha salido nadie al descansillo y me ha visto de esta guisa.

—Ay, Señor. —Victorina se santigua—. Pobrecita, yo te entiendo… ¿Quieres que te dé un abrazo?

—Tendría que haber estado preparada para esto. Nunca imaginé que me lo soltaría a la cara con esa facilidad, como una bofetada de realidad.

—Qué más da ahora o después. Sería haber alargado una espera absurda, ¿no crees?

—¿Tú con quién vas? —Emilia venía a llorar con su amiga, no a verbalizar las verdades.

Victorina aprovecha para acercarse al minibar y servir más anís. Emilia se bebe el segundo chupito de un trago y mira a su amiga a los ojos.

—Me quiero ir. Lejos. No le quiero ver.

Victorina toma aire, un momento; salir huyendo nunca es una buena decisión. Debería darse unos días para asimilar, aceptar. Propone ir a su pueblo, a Paredes de Escalona, un lugar recóndito y minúsculo donde nadie las encontrará, pero no hay pueblos ni distancia suficiente para que Emilia pueda amortiguar tanto dolor inesperado. Quiere irse lejos, de donde no pueda volver. Porque el dolor se va transformando en rabia paulatinamente y a medida que bebe considera la opción de devolver el dolor. Se va fraguando un sentimiento parecido a la venganza.

—Hija, tampoco es para tanto —templa Victorina—. Tú habrías hecho lo mismo. Se lo habrías contado tarde o temprano. —Pero la

ceja levantada de Emilia contradice sus palabras.

—¿Sabes que también siguió enseñando? Ha llegado a ser profesor de universidad. De u-ni-ver-si-dad ni más ni menos —recalca con rabia.

—Y tú me das clases a mí… —Victorina trata de equilibrar el asunto.

—Mucho drama con eso de que podría haber muerto en el camino, pero resulta que al final ha tenido una vida envidiable. Y yo… aquí, bajo el régimen de Paca la culona, de madre soltera, contable y pobre como las ratas.

Victorina trata de hacer entrar en razón a su amiga y le ofrece su casa como refugio, convencida de que en unos días asumirá todas las informaciones y podrán empezar a construir algo, sin atreverse a concretar el qué, una nueva relación de amistad o un nuevo tipo de familia, quizá.

—Yo ya no tengo edad para construir nada, Vito. Ando más cerca de la muerte que de la vida. Sólo quiero destruirlo todo, lo que esté a mi alcance.

—Nuestra amistad, no, ¿no?

Emilia sonríe, no. Con ella al fin del mundo si hiciera falta.

—Envidio mucho a tu hija Amelia. —Emilia hace una pausa, pensando, elaborando ideas que apuntan al inicio de un relato que Victorina aguarda sin interrumpir. —Yo nunca me he subido a un avión, no sé qué se siente. Puedo imaginarme que desde lo alto se ve todo pequeñito e impresionante. Como un pájaro. Sin tanto ruido como hay en la ciudad, la mente se apagará y podrá descansar. Así me lo describió tu hija una vez. Llevo… —Emilia toma aire y retoma el relato tras respirar y pensar—. Llevo tantos años dando vueltas a

tantos escenarios, esperando llamadas o cartas, sin moverme de mi sitio… que nunca me atreví a despegar. Por si aparecía, por si oía su voz por la radio. Y aquí estoy, con una vida a punto de acabarse con cuatro anécdotas tontas que contar. Y después de tanto tiempo, vuelve esa persona con veinte años de experiencias inolvidables. ¿Y yo? ¿Qué he hecho con mi vida, Vito?

Victorina se calla que su soledad la decidió ella, que nadie la obligó, y también que exagera, que si mira hacia atrás tendrá cientos de momentos memorables, de lucha contra el régimen, contra el hambre y la ignorancia; y otras tantas operaciones clandestinas memorables. Sacó a su hijo adelante. Es una valiente, una superviviente.

—Valientes fueron los que se quedaron —concluye Victorina como si acaso ella hubiera pertenecido al bando perdedor—. Tú no vales menos que él, ¿entendido? Tú enseñas mucho mejor, seguro. Ya casi no cometo faltas de ortografía y nunca fui buena estudiante, así que eso es gracias a ti —recalca con emoción.

Victorina alcanza la mano de Emilia, que agarra con fuerza, con hondo cariño.

—Aquí me tienes, para desahogarte, para salir a pasear, para cambiar de aires.

—La que siente que se ahoga soy yo —remata Emilia—. Necesito salir, hacer algo.

—¿Hasta cuándo se va a quedar? ¿Va a volver a México?

—No lo sé, y me da igual. Ahora la que se va soy yo.

—Suenas como una niña pequeña y caprichosa —rebate Victorina aventurándose a una fuerte contestación.

—¿Tú crees que podremos conseguir tequila en esta ciudad?

—Uy, eso es lo que beben los mexicanos, ¿no? ¿Y yo qué sé? No lo he probado en la vida.

Emilia se sirve un chupito de anís y lo bebe de golpe, con rudeza.

—¿Sabes cómo se llama la mexicana? —pregunta Emilia con sorna. Victorina niega enérgicamente, casi prefiere no saberlo—. Maricela, se llama—. Emilia hace una pausa dramática, entorna los ojos y falsea la voz—. Pero se pronuncia Marisssela.

Victorina mira al cielo calculando la tortura que va a tener que soportar con este asunto cuando Emilia salta con algo inesperado. Ahora la chispa del alcohol aflora con claridad en los ojos de Emilia, aterrorizando ligeramente a su consuegra.

—¿Sabes quién va a tener tequila seguro? Los americanos —afirma Emilia con rotundidad.

—Los americanos —repite Victorina.

—¿Amelia ya se ha mudado a Torrejón?

12

La casa de las flores

La última vez que Armando vio a su padre, aún no había crecido. Apenas recordaba cuatro detalles nimios de aquella mañana: un vaso de leche a medio terminar, el pico de una tostada de pan duro sobre el plato, el gesto de su padre enfundándose el sombrero antes de salir y un cálido beso en la frente como despedida. No sintió que durase más de lo habitual, aunque así fue. Poco más para un niño de doce años que, por mucho que había rebuscado en sus recuerdos, incluso en sus sueños, apenas acumulaba un puñado de imágenes borrosas con las que poder describir la última vez que vio a su padre antes de saber que lo habían fusilado.

Y ahora, frente a él, el hombre vivía y comía churros con normalidad, con placer, sumergiéndolos delicadamente en el café y saboreando cada mordisco.

—En México no los hacen tan ricos —asegura entregándose al goce del recuerdo.

—Es que los churros de Madrid… —Suspira Armando aún sumido en sus pensamientos.

Desde la recepción de la misiva mortal, Armando empezó a acumular una colección de imágenes que él mismo fue creando, y

que nunca se atrevió a compartir con nadie, en las que imaginó el cuerpo de su padre quince mil seiscientas veces atravesado por los disparos, la cabeza reventada por cinco mil quinientas balas de gracia, su cuerpo tres mil doscientas quince veces enterrado con las manos atadas, cuatro mil doscientas sin atar, bajo trescientas doce tapias distintas, en noventa y siete cunetas ilocalizables, en quince bosques diferentes y otros veintinueve escenarios dispares en los que en ninguno de ellos el hombre quedaba vivo.

Y ahora, sentados frente a frente, en un decorado tan cotidiano como el bar de la esquina, supone que su padre tendrá una colección de imágenes terriblemente parecidas de las que prefiere no averiguar nada, de momento, optando por celebrar la vida.

—¿Qué te apetece hacer hoy? ¿Pasear? ¿Ir a ver algún museo?

Martín lleva instalado unos días en casa de su hijo procurando no desestabilizar a nadie más con su llegada. Como si una bomba hubiese caído en el centro de la familia, Martín se culpaba de la marcha forzosa y estampida de Carmen, Amelia y, además, de Emilia, quien se había negado a volver a hablar con él tras la revelación de su nueva familia en México.

Por eso, Martín iba dosificando la información que le daba a su hijo para que éste no saliera también despavorido, imaginando que tampoco habría sido fácil para él asimilar que su padre tenía otra vida al otro lado del océano. Armando, en cambio, había preferido no manifestar sus sentimientos tan vehementemente como su madre, le había parecido una situación «comprensible», después de tantos años, «normal», «evidente», sin revelar que él aún estaba asimilando su llegada y que tampoco encontraba una manera cotidiana de poder nombrarlo, porque todavía lo sentía como a un

extraño, sorteando los momentos de llamarlo «papá» o «padre» directamente. Que tampoco tuvo a nadie estos años que cumpliese esa figura porque su madre eligió quedarse sola.

—Se le pasará. No te preocupes, volveréis a hablar pronto. Con los años se le ha agriado el carácter. —Y Martín confía en sus palabras y sigue comiendo churros tan tranquilo hasta que una tos le interrumpe. Armando se asusta rápidamente, es una tos dolorosa, pero tras la calma, Martín explica que fue un trozo de churro que se le fue por otro lado.

—Los mayores debemos tener cuidado con las comidas —certifica aliviado tras la sacudida.

Mientras, Martín aprovecha para seguir narrándole cómo ha sido su vida en México. Cómo fue la llegada abrupta y el choque de costumbres y comidas, el espantoso olor de las tortillas, el sabor repulsivo a resina de los mangos, pero Armando apenas conecta, sigue perdido en sus pensamientos, escrutando el rostro del anciano, buscando en su recuerdo los rasgos que retuvo de las diecisiete fotos que habían podido conservar y cotejarlo con el hombre que tenía delante. Porque fue gracias a esas fotos y objetos y enseres que su madre guardó que él pudo articular una especie de imagen, o concepto, acaso una figura para ser capaz de hablar o mentar a su padre durante su vida.

Porque durante mucho tiempo ni siquiera fue capaz de pronunciar su nombre, ni responder a las preguntas o conversaciones que girasen en torno a la figura del padre, callando cuando otros hablaban de los suyos. Había tenido que ocultar su realidad para no desvelar pista alguna, ni paradero ni procedencia que delatase su pensamiento contrario al impuesto al final de la Guerra Civil. Desde

los doce años hasta el día de hoy y, salvo en contadas e íntimas ocasiones en las que Armando pudo mentar a su padre sin miedo, siempre le acompañó la frase «mi padre murió» y si alguien rebuscaba mayor información remataba con un «yo nunca lo conocí», y así no levantaba suspicacias. Y ahora necesitaba crear una nueva relación, un vínculo, una realidad de la que sí podría hablar en el futuro.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Imagino que volver a Madrid ha debido de ser muy impactante. Está todo tan cambiado…

Martín apura su café y deja su vaso sobre el plato delicadamente. Su rostro refleja verdadero desconcierto.

—Ya no es la ciudad que conocí.

Armando baja la calle junto a su padre, en silencio, aún con extrañeza, pensando que cuando era un niño seguramente habrían ido de la mano. Es consciente de que no es capaz de recordar un paseo concreto, o una charla que tuvieron, aunque lleve días intentándolo; sintiéndose culpable por no recordar más, por no haberlo apuntado, en un diario, una libreta o en su memoria; algunos datos o momentos. Vuelve a mirar a su padre de refilón y Martín le sonríe con cariño, y de pronto, después de días esperándolo, un recuerdo vívido impacta en Armando: su padre llevándolo de la manita y diciéndole con sinceridad y melancolía: «Algún día ya no podremos hacer esto». Palabras que aparecen de una forma muy nítida ahora en su recuerdo y pensamiento: «Algún día crecerás». Pero no es capaz de concretar el día en que aquello sucedió; el día en que creció. Si creció antes de dejar de darle la mano o si su padre desapareció antes de que creciera. Tampoco se acuerda del día en que dejó de agarrar la mano de su madre. Que

ese distanciamiento llega tarde o temprano en la vida y que él la rechazaría sintiéndose ya mayor, como si cogerse de la mano fuera cosa de niños.

Se esfuerza en evocar estos momentos que ahora le parecen tan importantes y vitales como para haberlos olvidado y confía que su presencia ayudará a que emerjan de algún recoveco olvidado en su cabeza, para que no crea que le ha olvidado. De hecho, si Armando se esforzase un poco, podría llegar a reconocer el día en que se hizo mayor, que fue exactamente la tarde en la que le comunicaron que a su padre lo habían matado. Porque ese día, de sopetón y sin previo aviso, el niño se convirtió en hombre.

—La última vez… Madrid estaba derruido —comenta Martín pausadamente mientras mira a un lado y otro de la calle por la que bajan.

Una ciudad llena de trincheras, de bocas de metro a las que acudir para salvar la vida, edificios colapsados, apuntalados, polvo, sangre, muerte, gente corriendo, las sirenas, los carteles propagandísticos, los que animaban a resistir y los que animaban a huir, las fortificaciones en medio de las calles, los niños marchando como soldados, los niños muertos, las tiendas protegidas por sacos terreros, gente emigrando con maletas, gente llorando, gente sucia, la población mirando al cielo a los aviones, y la eterna pregunta de por qué nos quedamos.

Tras unos minutos caminando en silencio, Martín se detiene frente a un edificio de belleza singular, en la esquina de Hilarión Eslava y Rodríguez San Pedro. La emoción del recuerdo se transmite en su voz.

—No lo derruyeron, qué sorpresa. Podrían haberlo hecho porque casi no quedó nada de la azotea. —Martín señala con el dedo el edificio y luego se gira para visualizar sus recuerdos—. Toda esa esquina estaba destrozada. Ahí había un muro de contención, no sé si lo recuerdas, llegaba hasta casi la carretera de la Coruña. —Su mirada se desvía hacia la calle Princesa dimensionando aquella barricada—. ¿Sabes cómo se llama este edificio y quién vivió en él? —Armando niega intrigado por todo lo que el hombre recuerda—. Pablo Neruda, el poeta. También el médico Severo Ochoa. Un edificio muy distinguido.

—Neruda escribió un poema que hablaba de esta casa, ¿sabías? —Armando niega en silencio—. Sus versos se me quedaron grabados. Los leía a menudo, cuando quería recordar la ciudad.

Martín recita entonces los versos del poeta, y Armando se queda conmovido por el desgarro con el que Martín evoca el poema, con gran precisión y firmeza.

—Mamá siempre me dijo que tenías una mente y una memoria prodigiosas, ahora veo que es cierto.

—¿No te acuerdas de ninguno? —A Armando le extraña la pregunta—. Solíamos memorizar muchos poemas cuando eras pequeño, y los recitábamos tu madre, tú, tu… hermana. A Martín se le quiebra la voz en este momento y se detiene. Armando capta su emoción, aunque la muerte y el dolor por la ausencia de su hermana ya no duelan tanto.

—Me sé algunos poemas, pero ya no recuerdo si por el colegio, por madre… ha pasado tanto tiempo… —Armando quiere cambiar de tema—. ¿Y en México leéis mucho, os encontráis en cafés, tertulias? Cuéntame.

Martín echa un nuevo vistazo a la calle, al edificio, asimilando los cambios, tratando de recordar qué tiendas había entonces y cuáles han sido sustituidas por otras. Los comercios que ya no existen, las cornisas de los edificios, ya reparadas, las calles sin ladrillos, sin agujeros, sin charcos eternos que no se evaporaban nunca. Después sonríe a Armando, dispuesto a responder a su pregunta.

—Te lo voy contando por el camino. —Martín lo mira con ilusión—. ¿Tendrías inconveniente en que te agarrase del brazo? Ando un poco cansado.

A Armando se le agarra un pequeño nudo a la garganta. Mira a su padre, evaluando. Hoy él ya es mayor y no podrían ir de la mano, sería extraño. Pero nada impide que pueda sostener a un hombre mayor, en un proceso invertido tan natural como necesario.

—Claro que sí, papá.

13

Emergencia nacional

El día que al comandante Harris le dio un infarto no había ido a misa. En principio no quiso achacarlo a un castigo de Dios y barajó la posibilidad de un exceso con la bebida en la fiesta del Cuatro de Julio, o los bailes —intensos llegada la madrugada— que se echó con su señora —y posterior celebración en un colchón *made in USA* —, o quizá por haber cantado a pleno pulmón el himno nacional junto con sus compatriotas hasta quedarse sin aire. Según el cardiólogo que lo atendió —que nunca dio gracias a Dios por salvarle la vida a nadie, ya que dependía más de sus manos que de intervención divina—, aquello era más un tema de suerte y un bloqueo del flujo sanguíneo, que incluso podía acontecer en las personas más insospechadas, jóvenes e incluso deportistas. Y aunque el comandante todavía entrenaba algunos días en la liguilla de béisbol de los Spartans para mantenerse en forma, lo que de verdad le salvó la vida fue tener un hospital a menos de doscientos metros del incidente y que fuera Peter el que se ocupase de su corazón. A partir de ese día debería controlar los abusos alimentarios, hacer vida normal y limitar sus vuelos aéreos. Fue el comandante el que decidió añadir al prospecto ir a misa diaria —por

si acaso—, y le hizo saber al cardiólogo que seguiría sus consejos al pie de la letra prometiéndole que algún día le devolvería el favor. «Lo que fuera», recalcó. *Whatever*, en su lengua materna, porque siempre —*always*— estaría en deuda con él.

Y así fue como Robert Harris se convirtió en el instructor de Amelia Torres. Por un infarto.

El tipo se había tomado la misión cual encargo divino y se había preparado la instrucción intensiva con esmero, dedicando todas las horas del día que tenía libres (menos la de ir a misa) e incluso había mandado a su mujer y a los niños a la playa para aprovechar los fines de semana para llevar a cabo su labor. Lo cierto es que los hijos de Harris eran un poco intensos y su mujer no terminaba de integrarse bien en España, así que la misión le ha venido de perlas. Y es que se ha prometido a sí mismo que si esa mujer es la cuñada del doctor que le salvó la vida, él debe moralmente (y divinamente) salvarla también, como buen ciudadano norteamericano y buen cristiano.

Amelia, tras la explosión de generosidad estadounidense de los primeros días, no ha podido pegar ojo tratando de adaptarse al cambio de entorno y a todo el temario en inglés, dedicando horas a traducciones y rogándole a Mr. Harris, como ella le llama —aunque él cándidamente le dijo: *Please call me Rob*—, que hablase un poco más despacio para no perderse con la terminología y hacerse cuanto antes con todas las asignaturas: motores, electrónica, instrumentos de vuelo, reglamentación y tres horas de vuelos semanales. Suficiente embrollo mental para no pensar en todos los acontecimientos recientes ni en los que vendrán, ni en el embarazo de Marga ni cómo va a convencer a toda su familia de mudarse a

otro país, y aún menos, cómo va a conseguir una invitación a una escuela o aerolínea estadounidense que le permita una salida viable.

Por eso mismo, no ha tenido ni tiempo de relacionarse con nadie en Royal Oaks, la colonia de viviendas donde le han permitido alojarse (de forma totalmente excepcional) para fomentar su integración en el estilo de vida norteamericano, ubicado a unos veinticinco minutos en coche de la base de Torrejón. Prácticamente nadie, salvo la familia del bajo, los Wallace, había reparado en la presencia de Amelia en el piso superior, el apartamento 147C. Bastante tenía con aprenderse los autobuses que conectaban la base con la colonia y maldecir cada tarde por no haberse sacado antes el carnet de conducir que la licencia de piloto.

Durante los trayectos en autobús, Amelia aprovechaba para ir fantaseando sobre su posible futuro en el extranjero imaginándose las vidas de otros pasajeros, tan diferentes a los que habitualmente se veían por el centro de la ciudad. Se detenía en sus rostros y en sus modas de vestir, en los distintos tonos de sus pieles, adivinando conversaciones, vidas, orígenes, los motivos que les habían traído hasta aquí, adónde irían después, tratando de proyectar en ellos su vida futura, imaginando que su felicidad podría ser también la suya, convenciéndose, en cada trayecto, que iba en la dirección correcta. Que marcharse era una buena opción de vida. Autoconvenciéndose, más bien.

Por suerte este mundo extranjero de pasajeros no había reparado en ella, ningún pasajero la había reconocido por su fama televisiva y de las revistas. Imaginaba que, con su marcha a Torrejón, aquella fama se iría diluyendo poco a poco, que su rostro se iría oxidando en la memoria colectiva, por mucho que su hermana se empeñase en

animarla a seguir promocionándose como icono feminista, allá donde fuera.

Y si lo único que deseaba en esta vida era pasar desapercibida, existía algún tipo de designio divino que lo iba a impedir. Quizá el mismísimo Dios al que tanto temía Harris, tenía planes ocultos para ella. Porque el 12 de julio de 1967 a las 13:54, justo cuando Amelia está terminando una de sus clases, su presencia discreta se esfuma en un instante.

Victorina y Emilia aparecen a lomos de un jeep semisecuestrado con el cardado al viento y haciendo aspavientos de alegría en cuanto la localizan. Las dos ancianas se han presentado por sorpresa en la garita de entrada y han declarado una «emergencia nacional» saltándose todos los protocolos habidos y por haber. El pobre cabo Elías, al que le ha caído la misión, y casi al borde de la desesperación, ha confirmado sus identidades localizando a Peter en el hospital. Y han acordado encontrarse en el hangar donde Amelia da sus clases para evitar un conflicto de mayores dimensiones. Justo antes de enfrentarse a un problema diplomático por las competencias repartidas entre españoles y estadounidenses que comparten la base, Amelia tiene que hacer de intérprete y tratar de explicarle a Harris qué está pasando y por qué están allí su madre y su suegra. Victorina se adelanta antes de que el personal militar las saque de allí.

—¡¡¡Que se ha casado con otra!!! Y que tiene otros hijos, no suyos, eh, previos de la otra, que también era viuda. Maricela se llama, pero se pronuncia Marisela. Marisss-ela. Y que Emilia no lo quiere ni ver, que no hay quien la detenga, que hasta lo mataría con sus manos. Necesita asilo diplomático, hija, y que nos metas contigo

en la casa esa que te han dado, unos días. He evitado un parricidio, ¿entiendes? ¡¡¡Parricidio!!! Emilia no quiere hablar ni con Armando ni con Martín ni con nadie, sólo un poco conmigo, dice que se quiere infiltrar con el enemigo. Porque podemos quedarnos contigo, ¿no? Y así no estás sola, yo te cocino, pobrecita mía, seguro que ni estás comiendo bien y evitamos que Emilia mate a nadie, o que la acusen de comunista y así yo te hago ahora una tortillita de patata, para la noche. Esta gente tiene supermercados por aquí, ¿verdad? Algo habrá para comprar unos huevos.

El pobre cabo Elías mira a Harris, que no sale de su estupor, tratando de hilar algún tipo de idea con otra, pero el pobre hombre, nacido en Iowa, se da por vencido sin entender palabra, por lo que se limita a asentir y no interviene. Elías opta por no inmiscuirse en un asunto de relaciones internacionales y celebra la llegada salvadora de Peter, que pone fin al desenfreno locuaz de Victorina antes de que caiga desplomada al suelo por falta de aire.

—¡¡¡Peter, esto es una emergencia nacional!!! —confirma Victorina viendo llegar a su yerno—. Necesitamos *political asylum*, hijo mío. *HELP*, o Emilia saldrá en *El Caso*.

Peter mira a Amelia, Amelia levanta los hombros y Emilia, recostada sobre el jeep, levanta una mano entonando el *mea culpa*.

—Cuernos, Peter. Se trata de una mujer española despechada, los americanos deberían entender esto. Como Elizabeth Taylor y Richard Burton, o Frank Sinatra y Ava Gardner. O Lucía Bosé y Luis Miguel Dominguín.

—Mamá, te veo muy al día del panorama mundial sentimental.

—Hay que saber de todo, hija mía. Entonces… ¿podemos pedir asilo político? ¿Nos podemos ir a vivir con Amelia? Unos días. Poca

cosa. Cuando esta señora entre en razón. Que he dejado mi casa desatendida y un marido abandonado yo también.

Un estruendo sobrenatural los interrumpe y, de forma inesperada, los sobrecoge a todos, invadiendo por completo la atmósfera. Un rugido, una rotura del aire, una indefensión ante lo superior. Una invasión en el alma.

—i¿Qué ha sido eso?! —grita Victorina aterrada.

—Un F104, mamá. Un avión de combate. —A ella también le sorprendió los primeros días, pero ahora se ha acostumbrado. De hecho, le fascinan.

Las caras de pánico en los rostros de las abuelas contrastan con la normalidad de los que ya ubican tan singular y peculiar sonido. Al fondo de la pista, despegan ya dos F104 Starfighters del Ala 16 de combate. No lejos de allí se distinguen los españoles del escuadrón que visten monos naranjas de entrenamiento, llevan sus cascos bajo el brazo y permanecen ajenos a la presencia de las mujeres. Peter agarra a su suegra del hombro y la lleva hacia el jeep.

—Salgamos de aquí antes de que a alguien más le dé un infarto —resuelve el cardiólogo, disculpándose ante Harris y alejándose del hangar con la comitiva española. También se detiene a escrutar al joven Elías, que espera instrucciones diligentemente—. Gracias. Yo las llevaré a Royal Oaks. —El pobre cabo se relaja y respira ahora aliviado; milagrosamente no será degradado por culpa de dos abuelitas.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —Emilia descubre a Amelia sentada a la mesa de la cocina con la mirada perdida en la oscuridad

que ofrece la ventana. Abierta, deja colar algunas risas de fondo y músicas que provienen de algunas de las casas y apartamentos cercanos.

Amelia mira a su suegra con ternura y le ofrece un asiento a su lado. Emilia camina con pasitos cortos y cansados hasta la silla y, por primera vez en estos días, Amelia se hace consciente de la ola que ha arrastrado a la pobre mujer con la llegada de Martín. De la cantidad de años que venía escondiendo su secreto, su esperanza, la dedicación extenuante por sacar a su hijo adelante en un escenario tan desfavorable para ambos. Abofeteada ahora con la llegada de la realidad y el rechazo; la asunción de la verdad de un batacazo. ¿Cómo habrá podido, acaso empezar, a digerir toda esa realidad, a su edad? Pobrecita, ¿cómo va a reconstruir ahora su vida sabiendo que no va a recuperar ese amor casi seguro? Y a qué viene esta huida absurda a la base a cobijarse para no enfrentarse a esa presencia, como si fuera un exilio forzoso, una venganza dice, para no contemplar la realidad que se le ha venido encima. Como si buscase un lugar donde no la atrapase el dolor, como si pudiera dejar la realidad atrás o quizá simplemente un lugar alejado del mundo donde pueda empezar a asumir a buchitos la realidad sin que ésta la ahogue de golpe.

—A mí todavía me cuesta conciliar el sueño —le confiesa, tierna, Amelia—. Nunca había dormido tan lejos de casa, y sola. Se me hace raro. ¿Y tú, no dejas de pensar en Martín?

Emilia se acomoda en la silla con desgana, ni siquiera entiende todavía cómo ha movilizado a todo el mundo para acabar en esa cocina de estilo norteamericano.

—Quizá… —Emilia siempre busca el sarcasmo y desvía los temas para no preocupar—. No consigo dormirme porque no sabía que tu madre roncaba tanto. Si lo llego a saber, me vengo yo sola. —Amelia ríe la confesión y le ofrece una tila. Emilia agradece la infusión y después se aclara la voz para entonar un discurso de disculpa.

—Quería pedirte perdón. Te prometo que nos marcharemos en unos días… No pretendía entorpecer tus planes… aeronáuticos… Es que no sabía dónde meterme. Ha sido todo tan repentino, tan inesperado. Yo… No… realmente no estaba preparada para algo así.

Amelia la mira con cariño y vuelve a la mesa con la infusión y, apoyando cariñosamente la mano en su hombro, trata de ofrecer consuelo a su suegra. Si hay alguien que la entiende es ella. Se comprenden en esa tristeza y complicidad que supone el destierro en el que se encuentran por las circunstancias de sus maridos. Cada una tratando de ponerse en el lugar de la otra, como suelen hacer las amigas. Emilia se siente culpable por el comportamiento de su hijo, quisiera responsabilizarse por él, por no haber evitado a tiempo esa agresividad, su falta de empatía, por no haber podido frenar su devenir. Y que hubiera apoyado a Amelia con ojos cerrados. Y ahora, distanciados, deberían tratar de entender y respetar cada uno su camino, quizá para encontrarse más adelante. O quizá emprender caminos en solitario. Un planteamiento que entristece a Amelia pero que suena posible.

—Ambos nos merecemos ser felices, pero no sé si podremos serlo juntos —remata.

Las mujeres sorben con cuidado sus infusiones, dejando reposar las emociones, tratando de poner algo de orden al caos.

—A veces pienso que tal vez he querido ir demasiado lejos, que quizá podría quedarme como instructora, y ser feliz así, y me he empeñado en convertirme en piloto comercial, y… «romper todas las barreras» —lo entona como si ese discurso formase parte de otra persona, impostando la voz—. Y todo este tema de que si soy un referente, que si las mujeres me siguen, que si soy un ejemplo, según mi hermana. —No se olvida de ella tampoco y de que se marchará también—. Todo el mundo me ve más grande e importante que como yo me veo, ¿me entiendes? Yo no quería ser pionera de nada. —Un susurro se le escapa—: yo sólo quería volar.

Emilia comprende mejor que nadie que a una le arrebaten la pasión y la vocación.

—No hagas nada para lo que no te sientas preparada, pero yo sí estoy de acuerdo con todo eso que te dicen. Eres admirable, y yo me siento muy orgullosa de ti, cariño. No te hagas más pequeña a ti misma, bastante difícil nos lo han puesto ya a todas.

A Amelia le enternecen sobremanera las palabras de su suegra, sabiendo lo mucho que ella ha tenido que callar y sufrir.

—Estás haciendo algo increíble en esta mierda de país que se nos ha quedado —remata Emilia.

El conflicto se instala en el tono de Amelia, que desvía la mirada.

Porque si se quedase en el país no tiene la certeza de que lograría ser feliz, pero marchar también supondría un quebradero familiar impresionante. Emilia se apiada de su nuera ante una disyuntiva de tal calibre y Amelia también visualiza el conflicto de su suegra.

—¿Y tú, qué plan tienes? ¿No piensas volver a hablar con Martín? Tendrás que…

—Tendré que aceptarlo. Sí, ya lo sé —interrumpe Emilia—. Pero me siento idiota. Traicionada. Estúpida, después de tantos años sin moverme de Madrid. Nunca he viajado a otro país, Amelia. No conozco nada del mundo. Y él ha tenido acceso a todo. Sé que sonará estúpido, pero por eso se me ocurrió la idea absurda de venirme aquí. Como si la base americana fuera un trocito de otro país, como si yo pudiera vivir un viaje parecido. Abandonarle, como él hizo.

—¿Para vengarte? —Emilia encoge los hombros—. ¿O para vivir una aventura?

—¡Qué dices! Si yo odio a los americanos y lo sabes. Son todos unos imperialistas y fascistas. —Amelia se lleva una mano a la boca para contener una risa—. Menos Peter, que es muy majo, pero sólo él.

Amelia apura su infusión mientras trata de vislumbrar los días que le quedan con su suegra y su madre en casa.

—¿Y cuál es el plan entonces? ¿Quedarte todo el día sin salir de casa?

—No lo he pensado, hija, yo ahora mismo soy una mujer despechada en territorio extranjero. Algo se nos ocurrirá. Hasta que se me pase. Y mientras, pues te podemos hacer de comer, o ayudarte con los deberes si hace falta. Ya sabes que soy una profesora particular estupenda, aunque de aviones no tengo ni idea.

Las mujeres aguantan una carcajada tras la ocurrencia de Emilia, no quieren despertar a Victorina. Es curioso, pero ambas llevaban muchos días sin reírse, y les viene bien desahogarse, confesarse en medio de la noche. En ese momento, Amelia valora la posibilidad de que Emilia pueda sumarse a su plan potencial de emigración a

Estados Unidos. Martín seguramente volverá a México con su familia y establecerán algún tipo de relación a distancia.

Si Emilia empezase a ver con buenos ojos a los americanos o se plantease la posibilidad de salir de España por primera vez, sería más sencillo convencer a Armando y mudarse con toda la familia.

—Date unos días, Emilia, a mí casi no me ha dado tiempo a empaparme de nada. Pero aquí todos parecen muy simpáticos y generosos. Es verdad que aún no ha aparecido ninguna vecina como en las películas a traerme un pastel, pero démonos unos días, que seguro que alguna llama pronto al timbre. La gente hace barbacoas al aire libre, es verano, la gente está de buen humor… los niños se pasan la tarde jugando en la calle o con las bicicletas, comiendo helados. Hay un hombre que los lleva en su carreta tirada por un burro, son libres. Al menos aquí en la colonia todo parece amable. Y hasta hay una piscina, y tiendas, supermercados, cine. Aunque sea en inglés, a lo mejor podéis aprender un poquito el idioma, eso mantiene la mente activa. Seguro que Peter os puede invitar a visitar la base, allí hay hasta una bolera. Tómatelo como unas minivacaciones, y en unos días tendrás otro ánimo, seguro. Y… más adelante podemos invitar a los chicos a que vengan algún fin de semana… ¿a firmar una tregua?

Emilia sopesa sus palabras. Quizá, podría ser. En unos días, cuando haya tomado distancia, cuando no haya visto a Martín; cuando duela un poco menos. Cuando no quiera asesinar a Maricela.

—Y hablando de tregua… —Emilia levanta la ceja izquierda inquisitivamente—. ¿Qué sabes de tu hija la falangista?

Amelia toma aire y lo suelta con fuerza por la nariz. A pesar de estar tan ocupada, no ha dejado de pensar en su hija, y suena algo

preocupada.

—Nada. Absolutamente nada.

14

Rascafría

El equipo de rodaje de NO-DO arranca motores. Frente a las chicas la cámara que recogerá sus actividades diarias para montar una pieza documental para los cines, aderezada después con su habitual locución, trompetas imperiales y orquesta singular. Carmen aguanta la respiración y los nervios. Han tenido que venir a grabar precisamente a su campamento. Un grupo numeroso de chiquillas se preparan para izar las banderas que son su insignia, su pasión: la bandera de España, la de Falange y la de la Sección Femenina. La voz característica del noticiario describirá con vehemencia la escena:

> Por toda la patria se alzan los albergues de la Sección Femenina a los que pueden asistir todas las niñas españolas desde los ocho a los diecisiete años en turnos de veinte días a un mes y en el alegre tiempo del estío.[1]

Las chicas, en un plano más corto, se colocan en formación e izan las banderas con fuerza. Nuestra Carmen fuerza una sonrisa a cámara. Las jóvenes, uniformadas, marchan por el bosque en grupo. Sus faldas acampanadas trotan con ellas al unísono como tulipanes vueltos del revés.

Entre las organizaciones ejemplares del Frente de Juventudes figura la de los campamentos femeninos de verano como este de Rascafría cuyas escenas de alegría y paz recoge la cámara de NO-DO. Las jóvenes camaradas realizan aquí una vida de sano ejercicio físico y cumplen en todos sus aspectos el ideario de la Falange.

Las cámaras graban a las chicas leyendo en el campo, entre ellas Carmen y su amiga Mencía. (Hacen que leen, porque la grabación de la pieza desconcentra a cualquiera).

A los ejercicios deportivos se une la paz de una vida sana que hace muy grata la estancia en estos campamentos llenos de orden y alegría. Las muchachas como en una coreografía suben ordenadas las escaleras al recinto.

Las chicas organizan el comedor, llevando jarras de agua de un lugar para otro, colocándolas en las mesas, pareciera un musical de Broadway de lo bien coreografiado que está, y eso que casi no han tenido tiempo de ensayar.

El comedor, amplio y bien ventilado como todas las instalaciones de los albergues, se utiliza para algo más que para satisfacer el apetito, ya que las niñas aprenden a servir por turnos y también a servirse, es decir, se adiestran en todas las buenas reglas de la educación y crianza.

Hay que preparar a las madres serviles del futuro que siempre comen frío porque son las últimas en sentarse. Después recogen cómo las muchachas escriben cartas delante de las cámaras. Algunas, de hecho, han aprendido a escribir este verano.

A la hora de escribir contarán entusiasmadas sus felices impresiones, trasladando al hogar lejano la sensación de su contento.

En horario de actividades frenéticas de siete de la mañana a diez y media de la noche, ¿quién no lo estaría? Pero algunas echan mucho de menos a sus familias, nunca han salido antes de sus casas y lloran de madrugada tratando que nadie las oiga.

Ahora cosen al aire libre, lo que a veces dificulta enhebrar las agujas si hace algo de viento.

> La instrucción se realiza de tal forma que libertad y espontaneidad se armonizan perfectamente. Se procura afinar en las niñas el sentido estético que tendrá aplicación en las instalaciones hogareñas, como la selección y colocación de unas buenas flores.
>
> Todas las horas del día están en los albergues llenas de contenido, pero, tal vez, una de las más emotivas sea la de la llegada, reparto y lectura del correo que permite mantener el contacto familiar.

Las niñas en corro reciben de la instructora las misivas con su nombre. Pero no todas tienen suerte. Algunas se acercan a leer las cartas de otras y suspiran con la llegada del reparto siguiente.

> Ante la cruz de los caídos, la oración de la tarde, impregnada de la liturgia que señala toda la formación religiosa de la Sección Femenina.

Las niñas frente a una cruz construida a base de palos, rezan al unísono. Algunas se arrodillan, se clavan la hojarasca, pero no se quejan. Lo peor son las agujas secas de los pinos. Esas duelen más. Piden por los pobres. Algunas para que vengan pronto a buscarlas.

> Los días de estancia en estos centros serán siempre un recuerdo grato para estas niñas que en ellos vivieron unas horas dichosas y entablaron amistades

y relaciones que luego se mantendrán a lo largo de la vida con fino espíritu de camaradería.

La más trascendente de todas las tareas que realiza la Sección Femenina es, sin duda alguna, la formación de la juventud de la que dependen en todos sus aspectos el futuro de la sociedad y de la patria. Así es como los albergues cumplen su misión.

—¿Hoy tampoco has recibido carta? —Mencía sostiene la suya entre las manos mientras Carmen la observa preocupada tras el reparto. Su mirada se pierde entre las chicas que pululan de una litera a otra compartiendo las novedades de sus misivas.

—Estarán ocupados… o no habrán llegado aún mis cartas, en verano todo va más despacio —comenta Carmen de soslayo intentando consolarse.

—Si has escrito una cada dos días —comenta Mencía extrañada—. Seguro que estarán entretenidos con tu abuelo nuevo, ¿no crees? —Mencía se asoma desde la litera de arriba tratando de apaciguar los ánimos de su amiga, y descubre a Carmen con la mirada perdida, inquieta por el jugueteo que se trae con las manos—. A ver, tu madre muy contenta no estará con que al final te vinieras al campamento, y encima lo de la portada en *Teresa.* Cuando se entere de que vinieron los del NO-DO a grabarnos un reportaje… —Mencía se detiene un segundo a pensar, a lo mejor no la está consolando tanto como esperaba—. En unos días se les habrá pasado. Seguro que te están echando mucho de menos.

—Ya, sí, claro, seguramente.

Mencía salta de la litera y se sienta cariñosa junto a su amiga en la cama de abajo.

—Eres muy valiente, Carmen. Al final has conseguido lo que querías, lo mismo que tu madre, *po-pu-la-ri-dad*, y así darle una lección.

Carmen hace una mueca, no puede contarle la verdad a Mencía, ni el disgusto por tener que fundirse con la Sección a modo de castigo.

—Después de esto, tu madre se olvidará de sus aviones para siempre. En unos días volverá despavorida de Torrejón, ya verás.

—Tengo mis dudas.

—Tú reza dos Ave Marías y verás cómo en unos días te escribe arrepentida.

Mencía regresa a su litera con la acrobacia propia de la instrucción gimnástica recibida y Carmen vuelve a hundirse en sus pensamientos. ¿Será capaz de aguantar sin noticias de nadie? Su madre la perdonará algún día, imagina. Debería ser suficiente con que su hija aguante el curso intensivo de falangismo durante un mes y sus catorce horas de actividades, con su gimnasia, su música, su costura, sus trabajos manuales, la redacción del periódico, las clases de religión y de nacionalcatolicismo, las marchas por el bosque, la lectura de romances y poemas, los deportes, el Ángelus de las ocho y media, el fuego del campamento, los teatros y bailes al aire libre y el desmayo físico a las diez y media de la santa noche.

Carmen presiona con un dedo por debajo del colchón de Mencía que vuelve a asomar por el lateral de la cama.

—¿Y si no me dejan volver a casa? Que por eso no me contestan, porque ahora me repudian, cambian la cerradura, ¿y no me abren más? Como a esas chicas que se quedan embarazadas y ya nunca más las vuelves a ver.

—¿Sabes qué te digo, Carmen? Que te quedes tranquila. Si eso fuera así, siempre tendrás un sitio aquí. Te podrían dar un oficio, una salida. Yo me lo estoy planteando. Aparte de poder ir la universidad, podría convertirme en instructora de la Sección. Organizar actividades para las niñas, aprender de todo, estar siempre con amigas. Creo que me encantaría.

—¿Y lo de casarte?

Mencía bufa al aire.

—¿Tú has visto la vida que llevan estas mujeres? No paran, de un sitio para otro, tiene que ser divertidísimo. A lo mejor, no sé, nos podemos casar más tarde, ¿no? Ay, Carmen, la vida es muy corta. Imagínatelo, el verano entero viajando, de un sitio para otro, conociendo el país… Hay campamentos en el norte, en la playa, en la montaña. Podríamos hacerlo juntas.

—¿El qué?

—La formación de instructoras. El año que viene en Las Navas del Marqués. ¿Qué me dices? —La cara del revés de Mencía y su propuesta abren un nuevo abismo vital que Carmen no puede contemplar ahora mismo.

De pronto, Magüi, la instructora jefa, aparece en el quicio de la puerta y manda a todas las chicas a sus camas, que rápidamente obedecen y ocupan sus literas. Las luces se apagan y Carmen se queda a oscuras, mirando al infinito, suspirando. ¿Por qué otro motivo no habrían de contestar a sus cartas? Son casi quince días sin noticias de nadie, sin acceso a un teléfono, sin saber cómo estarán sus abuelos, sus padres, ni su hermano. Su nuevo abuelo. La incertidumbre se apodera de ella en la soledad de la noche en la que sólo se oyen ya las respiraciones de las niñas que han

sucumbido al cansancio. La luz de la luna se cuela por las ventanas abiertas para que pueda entrar algo del fresco de la sierra y, aferrada a su sábana, Carmen se encoge: sola, sin noticias, sin rumbo, sin destino.

—¿Y tú crees que yo valdría como instructora? —susurra Carmen a Mencía.

Carmen insiste presionando con el dedo el colchón de su amiga, pero ésta ya no la escucha, se ha quedado frita en dos segundos.

15

The undercover

Amelia debería haber imaginado lo que se le venía encima. Por eso debería haberle pedido su ayuda desde el primer momento, porque en apenas una semana habían colmado su paciencia. Así que, una vez más, frente a ella, se encontraba su salvadora, timbrando en la casa 147C: Marga, su ángel de la guarda.

Su hermana pequeña encaja una postura curiosa en el quicio de la puerta sosteniendo todos sus bártulos en un portentoso equilibrio: el bolso, la maleta y la máquina de escribir bajo el brazo.

—Gracias por venir tan rápido. —Llora Amelia, pero de emoción.

—No podía dejarte sola con este panorama —comenta socarrona.

Amelia, aunque aliviada por su llegada, no ha dejado de pensar en cómo va a esconderles a las abuelas su embarazo. Marga le resta importancia, ella ni siquiera se acuerda, le comenta mintiendo entre susurros. Amelia le arrebata rápidamente la maleta y la máquina de escribir para que no cargue peso y, adentrándose en el salón, avisa a las señoronas de su llegada. Sin embargo, las abuelas ni se levantan de la mesa camilla del salón, están muy entretenidas con un programa de radio de las Fuerzas Armadas: el *Casey Kasem's top 40*.

—Mamá, que ha venido Marga a instalarse también. —Ocultando que ha venido a salvarla, realmente.

—Qué bueno, hija, ven, siéntate con nosotras que están poniendo una música muy moderna —comenta Victorina, animada.

Ninguna de las abuelas les presta la atención requerida, andan leyendo algunas revistas y periódicos, haciendo las sopas de letras con música norteamericana de fondo. Marga, impactada por la estampa, empuja a su hermana hasta la cocina donde pueden hablar a solas.

—¿Y llevan así desde que llegaron?

—No salen de casa, atrincheradas, me toca ocuparme de casi todo. Bueno, al menos mamá se acerca a la frutería, una especie de ultramarinos y también cocina algo… pero ¡es que yo tengo que estudiar!

—No seas dramática, tampoco es tan radical el tema —resuelve Victorina escuchando la conversación de lejos—. Emilia ya saldrá cuando le apetezca. Al menos algo de inglés está aprendiendo con los pasatiempos de las revistas americanas que le he conseguido. ¡Hay que mantener la mente activa! Emilia necesitaba un cambio, que te estabas marchitando un poco ¿verdad, *Mimi*? —pronuncia con retintín sin que Emilia levante la vista del pasatiempo.

Marga y Amelia se acercan con desconcierto a las abuelas que parecen dos adolescentes en plena etapa rebelde y reaccionaria sin importarles el terremoto que han provocado al otro lado de la ciudad al abandonar no sólo a Martín, sino también a Luis, al padre de las hermanas, ahora amputado ante la soledad de su casa en toda su dimensión y totalidad, donde nadie le cuida ni le atiende.

—Mamá, como no vuelvas pronto a casa, papá se va a ir a vivir también con Armando y Martín. Me ha dicho que está comiendo de lata cada día. Bocadillos de sardinas. Hasta bocadillos de aceitunas —puntualiza Marga.

—Uy qué rico, un bocata de aceitunas —paladea Victorina—. Mira, eso sí que tendría guasa. Cuatro hombrecitos teniéndoselas que ver con el día a día. A lo mejor no ha sido tan mala idea venirse a los *Estates* —confirma para, acto seguido, subir el volumen de la radio dando a entender lo poco que le interesa seguir esta conversación.

La situación es peor de lo que imaginaba Marga. Las dos mujeres están convencidas y poco les importan las consecuencias de sus actos. Bajo estas circunstancias no hay más remedio que remar a favor y aceptar una rendición sin condiciones, esperando que la desidia les abra la puerta a las oportunidades que en la colonia se les ofrecen. La propuesta que Marga sopesa es no seguir presionando y aprovechar la coyuntura, ayudando a las abuelas a fluir con la nación americana.

—Piénsalo, en el fondo es lo mejor que nos podía pasar. Si les gusta esto a lo mejor se mudan con nosotras a Estados Unidos —susurra Marga frente a una Amelia que no deja de consultar su reloj, va a llegar tarde a clase. —Venga, vete pitando, cuando vuelvas ya planearemos algo. Conseguiré que salgan de casa. He traído bañadores para todas. Si no las saca el aburrimiento, que lo haga el calor.

Amelia sale besando a su hermana en la frente y casi sin decir adiós. La carrera es desesperada hasta la parada del autobús que lleva a la base. Pero cuando llega, el autobús se aleja dejando una espesa estela de humo. No hay piernas suficientemente rápidas para

alcanzarlo. No llegará a su clase a tiempo. Porque el siguiente autobús no pasa hasta dentro de veinte minutos. Y quedará fatal con Harris. Humillada, degradada, aniquilada moralmente ante Peter por el esfuerzo que supone para todo el mundo haberla traído hasta aquí. Y todo por dos sesentonas que no mueven su culo gordo de las sillas y de su cabezonería y su…

—*Do you need a ride?* —Un descapotable amarillo se detiene al lado de Amelia: una joven norteamericana va al volante. Sus grandes gafas de sol no le han impedido ver que se encuentra en apuros. Amelia se gira hacia la conductora que grácilmente le ofrece asiento—. ¿Vas a la base? —pregunta con una sonrisa sin poder esconder su acento norteamericano—. Yo te llevo.

Amelia ocupa el asiento del copiloto y se prepara para su primer viaje en descapotable (una experiencia irónicamente novedosa para alguien que ha surcado los aires). El coche avanza por la colonia sin que la conductora inicie la conversación, pero sin perder la sonrisa, mientras Amelia se debate en si lanzarse con preguntas en español o en inglés, dilucidando cómo agradecer el gesto, averiguar quién es, de dónde sale; ¿acaso sabe quién es ella? La mujer luce unas elegantes gafas de sol (claramente de importación), un peinado moderno, una diadema de flores rojas, traje de chaqueta a conjunto y falda estricta hasta la rodilla.

—Yo trabajo en la base —empieza a desvelar—. *My name is Bernadette, but you can call me Bernie.* —Y ofrece su mano soltando el volante—. Hablo bien español. ¿Qué tal tu inglés, Amelia? —Lo pronuncia como A-mi-li-a.

Asunto resuelto, sabe perfectamente quién es. Porque en Royal Oaks hay un grupo informado, cual servicio secreto, sobre quién se

ha instalado en el 147C, que no son otras que las amigas de la mujer de Harris que, antes de marcharse a Torrevieja, —mujer orgullosa de su marido, pero mujer, en definitiva—, les ha pedido que no les quiten el ojo de encima, porque Harris, por mucho que se haya encomendado a Dios por salvarlo del infarto, también es hombre, en definitiva. El grupito de amigas de Grace —que así se llama la mujer de Harris— ha seguido muy de cerca el aterrizaje de Amelia en Roaks y, aunque todavía no le han llevado ni tarta ni asado como suelen hacer en las películas, han reportado a Grace puntualmente cuando llama desde las cabinas de la playa, informando que no hay novedad ni acercamientos dudosos, calma chicha, le han dicho, para que esté tranquila mientras veranea sola con los niños (que menudo cuadro tiene la pobre como para encima tener que estar preocupada por lo que pasa en Madrid). Así que Bernie ha pensado, en el momento que ha visto a Amelia perder el autobús, que ya era hora de establecer contacto con la «infiltrada», como algunas la han denominado —*the undercover*, en inglés—, y darle una calurosa bienvenida, o en su caso, un *lift* o un transporte a la base y conocerla un poco más de cerca y entender cómo se ha convertido en la primera mujer española que está siendo instruida por un comandante estadounidense así por la cara, o *by the face*, si es que hay traducción posible para la expresión española.

A Amelia le cuesta reaccionar ante la confesión de inspección y aclara rápidamente —en una mezcla de idiomas curiosa y acelerada — que está casada, que tiene dos hijos, que ama a su marido — aunque no confiesa las dudas de que él lo siga haciendo—, que Harris está lo más alejado de lo que ella puede apreciar en un hombre —sin quitarle mérito como piloto y ser humano generoso,

por supuesto—, pero que ella ha venido a lo que ha venido y que, encima, se han instalado en su apartamento su hermana, su suegra y su madre, y que todas las mujeres del servicio secreto norteamericano pueden estar tranquilas que la explicación es sencilla:

—En España no me dejan pilotar aviones comerciales —concluye Amelia dando por terminado su *speech*.

—*I see* —concluye Bernie asomando por debajo de sus gafas modernas—. *It's a hell of a thing this dictatorship*, esta dictadura, *but we cannot say that in public, right?* —Pregunta que pilla por sorpresa totalmente a Amelia—. Entonces, te han dicho que podrías ser piloto en los Estados Unidos. Tampoco eso es fácil, pero más posible, *right?* —Bernie sonríe y la mira de nuevo—. *Amelia, like A-mi-lia Earhart.*

Amelia asiente, acostumbrada a la inevitable comparación con la aviadora más famosa, aunque no va a explicarle ahora que es el nombre heredado de su abuela. Bernie es rápida, locuaz, divertida y encadena una idea con otra vertiginosamente. Le ha caído bien de inmediato, aunque su libertad de expresión la ha sorprendido por completo. ¿Puede o debe hablar ella con esa ligereza? ¿Y si la han enviado desde el gobierno? Amelia se aferra al cinturón y mira hacia delante, admitiendo que, efectivamente, no pueden hablar en público de la dictadura, pero no desvela mucho más. Salvo que todos sufren las consecuencias. En especial todas. Amelia es cauta, y espera a que Bernie vuelva a hablar y revele algo más de información que la tranquilice, que coja la carretera hacia la base y no la lleve directa a la Puerta del Sol para que la interroguen. La norteamericana capta su recelo de inmediato e imagina lo

complicado que han debido ser para ella estos años, de silencio, de abnegación. Bernie es una mujer informada, sabe perfectamente dónde está y lo que sucede en el país, por eso suaviza su discurso y explica que, a pesar de la libertad de la que gozan los estadounidenses en la base, cuando llegaron recibieron toda una hoja de instrucciones de cómo debían portarse mientras vivieran en España: modos de vestir, prohibición de las mujeres de llevar pantalones en público, obligación de aprender español y contratar a una asistenta española para fomentar la economía.

—Se llama Rosalía, y yo también enseño *English* a ella.

—Hablas muy bien —comenta Amelia—. *You should be proud!*

La norteamericana ríe abiertamente, le encantan los idiomas y aprende rápidamente el que le toca cada tres años con el cambio de destino de su marido. Toda una proeza, recalca Amelia, que no duda en explicarle cómo aprendió inglés traduciendo la autobiografía de Amelia Earhart de adolescente. Un libro que encontró su padre en los mercadillos de aeródromos que había antes de la guerra, donde la llevaba a ver acrobacias y donde desarrolló su afición a la aeronáutica.

—*What a nice thing, your father did.* —Y es que siempre le agradecerá a su padre aquellas mañanas de vuelos y almendras garrapiñadas.

Bernie y Amelia hablan como si se conocieran de toda la vida, con esa familiaridad inmediata que se da entre algunas personas.

—Y qué haces en la base, ¿a qué te dedicas? —pregunta Amelia.

—Trabajo en la EES, *the European Exchange System*, la Spain Area Exchange, ¿te suena? —Amelia niega—. La oficina encargada de que los americanos nos sintamos *at home*, por decirlo de alguna manera.

Que no falten cosas americanas y productos que solemos tener *in the U. S.*

Es como un servicio de madre, piensa Amelia, pero para los ciudadanos: que a la familia nunca le falte lo que necesite. Que nunca echen de menos su hogar.

16

La sábana

—No queda café.

Armando está clavado frente al armario, ahora semilleno, agarrando el bote donde acostumbran a guardar el café molido, mirando los restos al fondo, apenas un hilillo negro que no da ni para una taza.

—¿Y qué pasa? Compramos más —comenta su padre, al que no le importaría bajar él mismo.

—Sí, claro, ahora voy —contesta Armando de forma mecánica, sin volverse siquiera, clavado en su pensamiento.

Es consciente de que es, quizá, la primera vez que se queda sin café. Que siempre hay alguien que previamente se ha ocupado de que nunca falte. Pero no un alguien cualquiera. Una persona en concreto a la que por primera vez echa de menos. No porque no haya café, sino porque cae con todo su peso la falta de su presencia, la falta de su hacer, su pensamiento, su orden, su sonrisa; todo su ser. Que por mucho que él haya planchado camisas, limpiado baños, ayudado en las tareas mientras Amelia estudiaba y atendía sus clases de vuelo, a él nunca le faltó el café. Ella siempre lo había

pensado antes. Nunca permitió que nadie se quedara sin desayuno, sin papel higiénico, sin azúcar.

Y ahora ya no la tiene para pensar por los demás. Ya nadie piensa en él.

—Papá, bajo yo, y ¿queréis que suba de paso unos churritos? —Quizá Antonio sí que piense en él, siempre con esa disposición característica que recuerda a su madre.

La aceptación por parte de todos es inmediata y el abuelo espera a que el chiquillo salga a hacer el recado para poder hablar con tranquilidad con su hijo.

—Te felicito. Bueno, os felicito. El chamaco es encantador, muy dispuesto, muy generoso. Evidencia una gran educación —elogia Martín con ganas.

Armando asimila despacio una a una sus palabras, como quien recibe un boletín de notas con un «progresa adecuadamente», «notable» y en este caso «sobresaliente» o incluso «matrícula de honor». Es tal el recibimiento del halago que le cuesta reprimir el rubor.

—Gracias. Sí, sí que lo es. —¿Era del todo consciente de que lo fuera?—. Lo cierto es que es Amelia quien ha hecho el trabajo más difícil —reconoce sin ambages—, todas las tardes con sus deberes y… Aunque… —Armando suspende el relato pensando repentinamente en su papel, analizando el recorrido vital de Antonio, buscando los momentos y eventos en los que él haya sido un punto de anclaje en su formación—. Yo también he procurado estar con ellos todo lo posible, pero… bueno… también he tenido que trabajar muchas horas, claro —se excusa mientras sigue hurgando en su recuerdo su papel decisivo—, pero los fines de semana hacemos

muchos planes juntos… —Ahora empieza a dudar si de verdad hay algún mérito suyo en la candidez de su hijo, aunque su voz se torna segura—. He procurado que nunca les faltara de nada. Que no tuvieran que vivir la escasez que tuvimos nosotros.

En un curioso contraataque no previsto, Martín se siente interpelado por esa escasez, inconscientemente atribuida a su marcha, y desvía la mirada para tratar de no sentirse culpable por el hambre de su hijo tras la guerra. Sin embargo, antes de su huida, su papel fue determinante para que Armando fuera como es.

—¿Te acuerdas de cuando tu madre tuvo que opositar? —El ceño fruncido de Armando evidencia su olvido—. Se pasaba horas encerrada en la habitación, estudiando, mientras que yo me inventaba la vida con tu hermana y contigo. Nos pasábamos las horas dibujando, pegando recortables, haciendo pajaritas de papel, yendo a dar de comer a los patos del Retiro… —Martín detiene momentáneamente el relato y amaga una sonrisa—. ¿Recuerdas que tu hermana casi se cae al lago de la emoción que le provocaban las ocas aquellas que había? ¿Unas grandotas muy tragonas? La chiquilla me arrancó el mendrugo de pan de la mano, echó a correr, lo lanzó con toda su fuerza y… —La ternura del recuerdo se refleja en su rostro—. Menos mal que la agarré de una piernecita antes de que se cayera al agua. Bueno, me habría lanzado igualmente tras ella. ¿Qué padre no lo habría hecho?

Armando asiente, claro, él también se habría tirado. La habría salvado. Lo haría por cualquiera de los suyos.

—Me quiere sonar la anécdota, que la recordásemos después, pero… debe hacer casi cuarenta años de aquello y… otros tantos que

ya no hablamos de ella…, de… —a Armando parece que le cuesta pronunciar su nombre— de Lucía.

Su nombre cae como una losa en la cocina, no importan los años transcurridos, Lucía era un ángel que tuvo que volver al cielo, así se lo explicaron a Armando, aunque él ya fuera mayor para entender que su hermana estaba enferma y que las enfermedades mataban. Y que las guerras también. Y los fascistas incluso después de la guerra. Martín también parece haberse quedado bloqueado en su recuerdo, el de su pequeña.

—Lo que sí recuerdo son los gritos, las broncas —confiesa Armando solemne.

Martín también: el dolor infinito, la negrura, el vacío. El silencio provocado por el recuerdo de la hermana es interrumpido por la llegada de Antonio con su cucurucho de churros empapado de grasa y un paquete de café en la otra mano.

—¡Hala! Ya podemos desayunar —anuncia con amplia sonrisa mientras Armando y Martín disimulan su nostalgia y recobran de forma forzosa su alegría inicial.

Las sábanas ondean con la suave brisa que se ha levantado al atardecer atenuando las altas temperaturas veraniegas. En una peculiar estampa, Antonio ayuda a su padre a tender la colada hundiendo, con disimulo, su rostro en la ropa húmeda para refrescarse y sofocar el calor. Mientras, Martín aprovecha para recorrer la azotea y redimensionar minuciosamente la ciudad desde las alturas; se sobrecoge al contemplar con detenimiento la

expansión de la calle Alcalá, la carretera de la Coruña e incluso el avance vertiginoso de la Castellana.

—Aquello debe de ser el Santiago Bernabéu, ¿verdad? Es increíble que se pueda ver desde aquí.

—¿Te gusta el fútbol, abuelo?

—Bueno, no especialmente. Me ha acabado entreteniendo, digamos. —La cara de decepción de Antonio le hace explicarse mejor—. Allá en el D. F. al final es de los pocos lugares donde todos los españoles emigrados pueden convivir en cierta paz durante noventa minutos. Y siempre es un fácil tema de conversación, si no se habla de fútbol parece que uno no exista. El resto del tiempo cada uno discute de lo suyo y poco más.

—¿Por qué lo dices?

—Ah, pues porque allá estamos enrocados con nuestro propio pasado, nuestros puntos de vista, las diferentes ramas políticas… Y eso tiene difícil solución, pero… estábamos hablando de fútbol, ¿no? ¿O prefieres que hablemos de política exterior y exilio? —La negativa de Antonio evidencia su preferencia.

Así que Martín se deshace en explicaciones sobre cómo los españoles se organizaron enseguida al llegar al país extranjero en equipos de fútbol para sobrellevar la distancia y el tiempo. En México ya había una larga tradición futbolera, con equipos como el Nexaca o el Atlante, y los españoles formaron el España y el Asturias. Jugaban en el estadio del Parque Asturias y los niños en el de Chapultepec. El problema es que cuando los refugiados llegaron en sus barcos, se encontraron con los otros españoles que habían marchado antes de la guerra, a comienzos de siglo, los gachupines, que habían emigrado al tener un pensamiento contrario a la República.

—Imagínate a todos esos españoles juntos —narra el abuelo—, saltaban chispas.

—¿Y qué pasaba cuando se juntaban en el estadio? —pregunta Antonio intrigado.

Y es que, curiosamente, bandos contrarios en el ámbito político eran capaces de juntarse para jugar contra los equipos mexicanos en perfecta armonía lo que duraba un partido —puntualiza—, pero el resto del tiempo las diferencias eran evidentes, incluso los gachupines lograron crear una mala prensa contra los recién llegados, pero al final tuvieron que aceptar su presencia.

—Yo creo que aquí pasa un poco lo mismo, cuando hemos ido al Bernabéu viene gente de todas partes, y la gente sólo está pendiente del juego, se olvida de su vida. ¿Te apetecería que fuéramos a ver los tres un partido?

Armando, que no es ajeno a la conversación entre nieto y abuelo, los espía entre las sábanas con cierta envidia. Y con emoción también, porque el único abuelo que tenía Antonio hasta ahora era Luis, convertido en un *suegro-padre* para Armando. Hoy asiste a una conversación tan común como maravillosamente extraordinaria. Conmovido de que sea con su padre y no con el otro abuelo, un nuevo abuelo del que ahora todos podrían *nutrirse* —pensando en un término vital emocional—, de su experiencia, de su saber, de sus poemas, anécdotas y, sobre todo, de su manera de vivir la vida, que en definitiva son los regalos que nos ceden nuestros seres queridos —y también los no queridos—: su pasado, sus perspectivas, sus aprendizajes, sus lecciones. A veces, también sus miedos y sus limitaciones.

—Entonces ¿cuál es el plan? ¿Un fútbol en familia? —pregunta entusiasmado Armando uniéndose a la conversación.

—Sí, por favor, papá. ¡Abuelo, voy a por mi balón y te enseño todo lo que sé hacer! —Antonio sale escopetado hacia la casa deseando mostrarle todas sus cabriolas.

—¿Trece años dices que tiene? —pregunta Martín, y Armando asiente—. Y todavía guarda esa ilusión de la infancia, qué poquito le queda ya de niño.

Armando se hace consciente de las palabras de Martín, como si de pronto Antonio hubiese salido de la azotea escaleras abajo y fuese a aparecer de nuevo hecho ya un hombrecito.

—Cuando te fuiste yo aún era un niño —suena a reproche, le ha salido así, sin pensar—. Era más pequeño que Antonio. Aunque no sé si has hecho ese comentario pensando en mí, porque… creo que nunca me viste hacerme mayor, o si quizá te refieres a algo que has vivido junto… —Armando carraspea—, junto a tu otra familia, ¿con los otros niños, o hijos *adoptivos* que has tenido?

Martín lo mira fijamente, extrañado por la deriva repentina de la conversación, pero consciente de que tarde o temprano habrá preguntas que responder que no serán fáciles.

—¿Quieres que hablemos de esto ahora? ¿Quieres hablar de ellos?

—En algún momento habrá que hacerlo, digo yo. Quiero pensar que no es culpa ni tuya ni nuestra, y que… debería ser fuerte, y… —Armando desvía la vista al horizonte, a los tejados de Madrid— aceptar tu nueva vida, saber cómo es, lo que habéis vivido. Sabiendo que otros te han disfrutado, que han aprendido de ti, que han… —pero es que sí que duele— crecido contigo. Quizá hasta te llamen papá, no lo sé…

Ahora no es capaz ni de mirar a Martín, porque se le cortaría la voz.

—No —responde solemne Martín, también incapaz de mirarlo—. Me llaman por mi nombre. Ellos siempre supieron quiénes eran mis verdaderos hijos y nunca os oculté a ninguno. Tampoco a tu madre.

Armando agradece en silencio la información. Martín añade que ninguno de ellos se fue jamás de su pensamiento, ni de su corazón, y que en ocasiones los pensaba, los imaginaba y fabulaba sobre cómo serían, cuánto habrían crecido, a qué se habrían dedicado si se hubieran hecho mayores. Normalmente no lo compartía con nadie. Pero era inevitable hacerlo, era un pensamiento que lo asaltaba de cuando en cuando. Que vivía crónico en él.

—A una familia no se la olvida nunca. —Martín se toma un segundo para matizar—. A una esposa quizá, a un hijo imposible.

Sus palabras caen con el peso de la verdad. Armando sólo había pensado durante estos años en su pérdida, en la eterna orfandad que él había vivido, y tal y como existía un término para definir a los hijos sin padres, cae en la cuenta de que no existe el correlativo para la persona que ha perdido a sus hijos. En ese proceso de análisis, se gira a mirar a Martín con la empatía del dolor compartido, valorando los años separados el uno del otro, entendiendo la angustia del hombre, de su sufrimiento, de su soledad, y se arma de valor para formular una pregunta terrible que evidencia la empatía con su pesar.

—¿Cómo es perder a un hijo?

A Martín le sobrecoge la pregunta, pero la voz de alerta de Antonio que aparece de nuevo con su balón bajo el brazo, rompe la solemnidad del momento.

—¡Cuidado papá! —grita Antonio.

Y es que el viento ha soplado con fuerza de repente y ahora, una de las sábanas que estaban tendidas al viento, ha salido volando y se pierde por el cielo; ya no la pueden alcanzar.

17

El Ala 16

No tiene claro si es un espejismo, el efecto del calor, los gases y el combustible mezclados flotando en el aire o si en realidad es producto del cansancio acumulado por la terminología y la rapidez con que la instruye Harris. Lo que Amelia vislumbra es una línea naranja, borrosa y difusa que intuye avanza diligentemente hacia ella.

El asfalto ardiente parece un espejo y la figura se asemeja a un dios flotando sobre las aguas. A medida que el espejismo naranja se acerca a su altura, confirma que no es un dios ni un fantasma, sino uno de los jóvenes pilotos del Ala 16, los pilotos de los Starfighters, vestido con su característico mono. Y no parece que se haya confundido de trayectoria, sino que viene decidido a hablar con ella.

—Vaya, vaya —comenta socarrón al llegar a su altura—. Así que eres de verdad. Amelia Torres. La mujer piloto.

—Qué curioso —contesta ella altiva acorde al tono del comentario —, yo también pensaba que eras de mentira hasta que has llegado.

El joven, esbelto, con unos ojos azules que invitan a no salir de ellos y que desprenden la seguridad de un piloto de élite, recorre con descaro el cuerpo de Amelia para verificar que, efectivamente,

está frente a la piloto española que se ha colado en la base de Torrejón.

—Ha sido a sorteo, ¿sabes? Hemos puesto los típicos palitos y me ha tocado el corto para venir a verte y… bueno, invitarte a que vengas al barracón de alarma.

—Y ahora me dirás que quieres que vaya a ordenaros las habitaciones y haceros las camas.

—Joder, qué seca. —El joven no se esperaba su crispación automática, pretendía ser simpático—. No, no era eso. Sólo queríamos conocerte, invitarte a un café.

—Claro, como aquí no hay chicas, ¿os aburrís?

El joven empieza a cansarse del tono distante y burlón de Amelia, totalmente a la defensiva.

—Oye, que si no quieres venir, no vengas. Y no te preocupes por las chicas, que tenemos de sobra. Mírame, esta cara y estos ojos, ¿crees que tengo algún problema para llevarme a las chicas de calle?

—De calle no sé, pero ¿decías al barracón de alarma? Es aquello del fondo, ¿verdad? —Amelia señala dos arcos inmensos donde a la sombra aguardan los aviones F104 al final de la pista, siempre dispuestos a despegar en caso de maniobra o invasión aérea. El joven se gira y apunta a un pequeño edificio en medio.

—¿Ves que entre los arcos hay como otro edificio más bajito? Ahí estamos.

Amelia asiente por inercia y sonríe de forma socarrona y curiosamente deliciosa para el piloto que no acierta a entender por qué le vacila de este modo.

—¿Te he molestado o algo? ¿He dicho algo que no debía? —pregunta ya con incertidumbre—. Sólo quería ser amable.

Amelia se desarma por un instante, no, no, para nada, es que le ha hecho gracia la manera tan… ¿descarada de dirigirse a ella, quizá? Que es una señora, y él tiene pinta de chaval. Amelia baja un poco la guardia y le menciona a sus antiguos compañeros de Cuatro Vientos. Fueron severos con ella al principio, le confiesa, pero le hacían gracia. Supone que por eso se ha puesto a la defensiva de primeras, por si él también venía con sus chistes de mujeres al volante, dispuesta a contraatacar.

La juventud del recién llegado piloto le trae al recuerdo a Enrique Salas. No, no volverá a encandilarse del joven piloto que la mira con ojos de mar en calma.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Rafael. Rafael de Madariaga. Pero todos me llaman Capi. De capitán. Me acaban de ascender —explica, orgulloso.

Rafael se despide con un vigoroso saludo militar desde la sien mientras se aleja con una sonrisa que no termina de desaparecer.

No. Definitivamente no.

No va a cometer el mismo error.

—Pero ¿qué le habéis hecho? ¿Qué le habéis dicho? Pobrecita mía. —Amelia no entiende cómo apenas cuatro horas después de su llegada Marga llora desconsolada en el salón.

Las abuelas se excusan, no tiene nada que ver con ellas: está así desde que habló con la editorial. Con la llegada de Amelia, Marga encuentra por fin el consuelo que necesita. Agarra a su hermana y se la lleva corriendo a la cocina para poder hablar en privado. Su rostro es el horror: toda la máscara de pestañas corrida, los ojos

inyectados en sangre y mocos por todas partes. Con apenas un hilo de voz entrecortado resuelve finalmente su desazón. Sus labios tiemblan al atreverse por fin a pronunciarlo.

—Me van a mandar un contrato para escribir una novela, Amelia, que los cuentos les encantan.

—Pero eso es buenísimo Marga, van en serio contigo.

—Que no, Amelia, que no tengo ni idea de qué escribir, no se me ocurre nada, no tengo ideas. Desde que estoy embarazada soy incapaz de hilar una idea con otra, se me olvidan hasta las palabras más básicas a veces, esto es demasiado grande, yo no… —Marga se queda sin voz otra vez—, no lo voy a hacer bien, ya verás. Les voy a decir que sigo como editora, que no quiero dar este paso al frente, que con los cuentos ya es suficiente.

Marga se cobija en el abrazo de su hermana, que ahora es inmenso, pareciese que Amelia pudiera cubrirla por entero con sus brazos, como si fuera una niña diminuta, escondiendo el rostro y manchándole la ropa de lágrimas negras y mocos que son de puro miedo. Por mucho que Amelia busque palabras de consuelo, no consigue apaciguar su congoja: sabiendo que era la oportunidad que merecía, riéndose porque no tiene ninguna duda del talento de Marga, sabiendo que hará un trabajo increíble y que es una gran noticia que debería celebrar con lágrimas, pero de alegría. Marga por fin confiesa que no sólo le agobia no saber qué escribir, sino si podrá escribir cuando haya nacido el bebé, si podrá entregar la novela si se marcha a vivir a otro país, y los cientos de miles de impedimentos que se centrifugan como una lavadora en su cabeza, incapacitando la aparición de pensamientos positivos, favorables o incluso creativos. Por mucho que Amelia verbalice alternativas y salidas a

todas sus preocupaciones, Marga no las escucha ni procesa, ahora no puede.

—¿Podemos contárselo ya a las abuelas para que no sigan con la oreja pegada a la puerta? ¡Que se les van a enganchar los riñones de estar tanto tiempo de pie! —grita Amelia para que la oigan—. ¡Que sabemos que estáis ahí! ¿No veis que la puerta es de cristal ahumado y os vemos perfectamente?

Emilia y Victorina asoman por la cocina y excusan su curiosidad (y su poca técnica de camuflaje) por la congoja en la que están sumidas. Afortunadamente no han oído nada del embarazo y está claro que han perdido facultades para el espionaje. Pero lo que no ha perdido ninguna de ellas son las ganas de merendar, y Victorina se ha animado hasta a hacer rosquillas para la ocasión porque tiene una nueva misión: ayudar a su hija pequeña a encontrar una idea para su primera —y exitosa en sus mentes— novela. Las cuatro mujeres se sientan alrededor del plato de rosquillas bien empapadas en azúcar y mientras unas y otras lanzan ideas al aire, Marga calma su ansiedad y su apetito engullendo una tras otra.

—Hija, si yo tuviera una historia interesante, pues estaría muy feliz de contártela. —Pero la vida de Victorina es de todo menos glamurosa para una publicación (a simple vista).

Emilia también propone lo suyo, pero con claras reticencias.

—Yo tengo historia para rato, pero no creo que en medio de esta dictadura te dejen publicar la historia de una republicana amargada. *Los amargos días de una maestra depurada*, eso la censura te lo para en cuanto teclees el título.

—A mí no me vuelvas con el rollo aquel de contar mi vida de ama de casa a aviadora —zanja Amelia—, que lo que me faltaba ahora es

publicar una biografía.

—¡Pues menuda ayuda me estáis ofreciendo entre todas! —proclama Marga antes de esbozar un puchero. Pero antes de que vuelva a llorar todas se disculpan por sus disparatadas propuestas.

—¿Y una autobiografía? ¿Tu vida, pero contada desde otra persona? ¿No dicen que lo mejor es narrar sobre lo que uno conoce? —propone dulcemente Amelia.

—Exacto, la historia de una escritora frustrada que se hunde en cuanto le dan la oportunidad de escribir su primera novela. Escritores hablando sobre el oficio de escribir, y no escribir, sus traumas, sus miedos, un éxito, ya lo veo. —Marga es cínica, pero las rosquillas no las suelta, a ver si con el estómago lleno se le ocurre una buena idea. Amelia le da un puntapié bajo la mesa, está comiendo muy por encima de lo habitual.

—A ver. —Emilia se pone seria—. ¿Qué es lo que a ti te interesa? De lo que tú lees. O de lo que te gustaría leer.

Marga se pone en pie, no sólo para pensar, sino para digerir las cuatro rosquillas que se ha zampado de una sentada. Camina en silencio mientras las demás callan, esperando que su mente creativa dé con una idea brillante.

—Mujeres. Mujeres fuertes. Valientes —pronuncia sin dejar de caminar—. Que sean ejemplo para otras. Creo que algo así es lo que me gustaría escribir.

—Muy buena idea —proclama Emilia dando un golpe a la mesa y haciendo tintinear las tazas—. Ya tenemos algo. Sigamos tirando del hilo.

—A ver, yo fuerte soy, que salir de Paredes de Escalona y hacerse una vida en Madrid fue todo un acontecimiento —apunta Victorina

levantando su dedo índice, pero comprueba que el tema no interesa —. Sí, quizá hoy lo del viaje del campo a la ciudad ya está muy visto. Pero no dejemos de reconocer el mérito de todas las que sobrevivimos la posguerra, ¿eh? —A lo que nadie tiene nada que reprochar.

—Pero ¿quieres hacer una biografía o una novela de ficción? —intenta averiguar Amelia—. Quiero decir que, si no se te ocurre nada inventado, seguro que puedes novelar la vida de alguien.

Marga se gira sobre sus talones ante la interesante propuesta de su hermana.

—Alguna artista, o pintora, o reina, aventurera, no sé —continúa Amelia—. ¿Alguien que no conozca mucha gente? ¡Ay, ya sé! Mercedes Pinto, la mujer que conocimos en la librería Maleta de Sueños, la poeta…

—¿Que se tuvo que exiliar por defender el divorcio durante la dictadura de Primo de Rivera? No veo muy claro que la editorial se arriesgue a publicarme un libro sobre ella. —Marga suena decepcionada, era una gran idea.

El silencio se apodera de ellas, el mismo al que ha sido sometida la historia de tantas mujeres que ellas desconocen, por eso no se les ocurre ninguna, porque no las recuerdan de sus libros de texto, de sus libros de ciencias, ni siquiera aparecen en los libros de Formación del Espíritu Nacional. Recuerdan a Isabel la Católica, santa Teresa de Jesús, Agustina de Aragón, Juana de Arco, la Virgen María o Juana la Loca. Algunas santas más y otras reinas no tan santas según como las pintaran, pero ninguna despierta el interés genuino que busca Marga.

—Dejadlo, no importa, ya se me ocurrirá algo —concluye Marga, e instintivamente se lleva una mano al vientre, como si la decepción de no encontrar una idea brillante no fuera solo para ella, sino para el futuro que la espera. Sus expectativas creativas no están ahora sólo en las mujeres presentes en la sala y en sus futuras lectoras, sino en quien está por llegar: el diminuto ser que se está formando en su interior y para quien desea convertirse en un referente. Quizá sea por eso por lo que quiere relatar la vida de una mujer fuerte, valiente, quizá para no flaquear, quizá para no perder de vista su objetivo inalcanzable: ser una madre que no pierda su libertad como bandera, porque sabe que, en el fondo, está a pocos meses de perderla para siempre.

—Espera un momento. —Amelia se pone en pie de repente captando la atención de todas—. ¿Recuerdas, mamá, que tú nos contaste que aquel día que volaste con papá, cuando os tocó el bautismo por sorteo de la revista *Motoavión*, conociste a una aviadora? Que también era instructora, ¿no?

—Ay, sí, claro que me acuerdo, tenía los ojos muy negros, muy distinguida era, pero no recuerdo cómo se llamaba. No me acuerdo de la tabla del siete como para recordar el nombre de aquella mujer. Con lo mal que lo pasé aquel día, claro, ya estaba embarazada de ti, y la avioneta haciendo piruetas en el aire. Tres días estuve vomitando, ¡tres! —Victorina lo vuelve a contar como si no se supieran la historia que ha relatado cientos de veces.

El entusiasmo se enciende en el rostro de Marga, a lo mejor no puede escribir la biografía de su hermana, pero sí podría hacerlo de otra aviadora.

—¿Y seguirá viva? —La pregunta de Emilia cae como una losa ahora que parecen haber encontrado un perfil que se ajustaría al interés de Marga.

—Pues tendremos que averiguarlo —propone Amelia muy dispuesta, disipando la angustia a esa posibilidad—. Y si no lo está, se me está ocurriendo otra posibilidad: Margot Soriano. Ella seguro que sigue viva. Es la mujer de José María Ansaldo, el piloto que me atendió en Iberia.

—El que te dijo que no podías volar. —La puntualización de Marga sigue haciendo daño.

—Con ella podremos contactar fácilmente —afirma Amelia con rotundidad—. Ella podría llevarnos al resto de las aviadoras. Y, no sé, ¿quizá hacer una colección de biografías de todas ellas? Las buscaremos a todas.

La mente de Amelia bulle con rapidez, con tal de ayudar a su hermana cree disponer de los recursos para averiguar dónde están: llamará a Iberia, contactará de nuevo con Ansaldo, irá a Cuatro Vientos, su instructor Daroca conocerá a alguna, podría incluso preguntar en la base de Torrejón, o en el aeródromo de Getafe, habrá algún tipo de archivo si es que no los quemaron todos. De súbito, se convierte en algo que despierta en ambas un genuino interés.

Y ahora Amelia cae en la cuenta: igual que a ella, las prohibieron volar tras la guerra. Se detiene a pensar en cómo debieron sentirse, el dolor, la rabia de no poder hacerlo nunca más. O quizá volaron de forma clandestina, o huyeron a otro país donde sí pudieron hacerlo. A lo mejor todas viven en el exilio y hasta tienen un club, como las Ninety Nines en Estados Unidos.[2] ¿Dónde *demonios* estarán esas

mujeres? Porque si dan con ellas, a lo mejor Amelia podría plantearse alguna otra opción, alguna otra salida laboral. Necesita localizarlas, saber qué ha sido de ellas. Contactará con Margot y mañana preguntará a los pilotos del Ala 16, quizá ellos también puedan ayudarla. Quizá no fuera un espejismo lo que vino a verla esta mañana. Quizá fuera una señal, un camino a seguir.

18

Playboy

Cuando los pilotos norteamericanos del escuadrón de caza abandonaron los espacios del barracón de alarma otorgando el control a la división española, dejaron varios regalos que los aviadores españoles atesoraron con la misma sorpresa y estupefacción que Cristóbal Colón y sus marineros cuando desembarcaron en las Indias. En primer lugar, dejaron a su paso una colección de mapas de Europa y del mundo entero, cartografiados hasta la extenuación, que ni siquiera los mayores mandos militares españoles habían podido ojear en toda su carrera militar, ejemplares imposibles de encontrar en territorio patrio y cuyo hallazgo fue comparado con el descubrimiento de la patata allá por 1492. Pero lo que ninguno de ellos había contemplado en esta vida, cegados por la moral nacionalcatólica y apostólica —y que para muchos de ellos fue un evento más importante que el mismísimo descubrimiento de América o casi, casi, del cacao—, fue el hallazgo de una torre de revistas *Playboy* que los militares norteamericanos abandonaron dándolas ya por sabidas, y aún peor, manoseadas. Como quien deja a sabiendas un pequeño tesoro para la plebe que aún no ha catado caviar, los norteamericanos otorgaron al pueblo español —más bien

una pequeña minoría de hombres que hacían cola puntualmente para tocar con las yemas de sus dedos alguna de sus páginas y algunas figuras femeninas en concreto—, el tesoro más prohibido de toda la Base Aérea de Torrejón de Ardoz y, seguramente, de todo el territorio español.[3]

Como el gentilhombre español es dado al fácil y grácil comercio clandestino, aquel pequeño escuadrón de caza que obtuvo los honores de atesorar tan estimables bienes, estableció pronto un estricto orden de visitas para que todo joven allegado o amistad cercana pudiera catar las mieles de las pieles de las norteamericanas fotografiadas ligeras de ropa (aunque ninguna de ellas cayese realmente en posturas o muestras de carnes muy arriesgadas porque los norteamericanos también tenían su ética, que no era poca, pero bastante más liviana que la moral de sotana a la que estaban todos ellos acostumbrados). Y aunque los mapas también supusieron un avance estratégico importante, no generaron tanta expectación y mucho menos turnos y colas.

Lo que ninguno de ellos se esperaba era que Amelia Torres les hiciera una visita sorpresa y les encontrase con las manos en la masa… de revistas.

—Perdón, estoy buscando a Rafael. —Una declaración simple que provoca un movimiento de placaje y ocultación de revistas rápido y sincronizado de los chavales que hace un instante estaban reclinados sobre la mesa—. ¿Interrumpo algo? Disculpad, a lo mejor estáis preparando una maniobra. Rafael me propuso acercarme a conoceros. Soy Amelia Torres. La piloto —concreta para más señas como si no fuera evidente por su atuendo verde de aviadora.

Amelia avanza despacio hacia ellos, intrigada por lo que ocultan y el apiñamiento paulatino entre los pilotos no hace más que acrecentar su interés.

—¿Pasa algo? Me dijo que podía venir…

—¡Amelia! —La cabeza de Rafael asoma por la puerta de uno de los despachos trayendo al presente algo de sensatez—. Adelante, pasa. Te presento al escuadrón del Ala 16 y no te preocupes, no interrumpes ninguna maniobra presente, aunque quizá futura —recalca irónico—. Venga, chicos, no seáis maleducados. Amelia Torres es tan piloto como vosotros y seguro que le interesa vuestro *plan de vuelo*.

Los pilotos la saludan entre la estupefacción, la vergüenza y la congoja de verse descubiertos ante algo que consideran lascivo, pero *necesariamente* masculino. Sin pensarlo, cumplen órdenes del capitán y se abren en abanico poco a poco para mostrarle el botín traído de las Américas.

Amelia no aparta la mirada de la sonrisa pícara de Rafael y avanza lentamente hasta la mesa donde la mercancía yace con la misma delicadeza que las señoras despliegan sus encantos sobre sus camas de satén. En un primer momento, Amelia no termina de reaccionar, como los indígenas que no vieron los barcos de Colón avanzar hacia la orilla, sus ojos nunca han contemplado otras portadas que no sean las de amas de casa, cantantes, reinas o actrices (o señoras de bien) coronando las revistas de los quioscos. Ni siquiera la lencería se mostraba con tanta ostentación en los escaparates de las mercerías. Amelia, pausadamente, desliza sus dedos hacia uno de los ejemplares y lo abre con delicadeza, quizá con pudor, pero también con fascinación, sin pronunciar palabra o emitir sonido

alguno mientras procesa las imágenes. Los jóvenes guardan un silencio sepulcral, descubiertos, como si la madre de alguno de ellos hubiera profanado su habitación. Pero lo que se plantean es más curioso e inesperado aún: ¿una señora mirando a otras señoras semidesnudas? ¿Dónde se ha visto? Esperan algún tipo de manifestación o reacción por parte de la piloto que se ha quedado clavada en la revista escudriñando con minuciosidad las páginas del ejemplar. Aguantan la respiración aguardando un veredicto, algún tipo de improperio, hasta una regañina, pero Amelia sigue inmersa en el descubrimiento durante un largo y silencioso minuto.

—Qué barbaridad —exhala Amelia al fin, y calla unos instantes para después recorrer el rostro de los jóvenes—. Nunca hubiera imaginado que existían publicaciones así.

Algunos jóvenes carraspean, otros miran al suelo, alguno incluso silba haciéndose el despistado, pero es Rafael el que arquea las cejas dejando intuir un «somos hombres, ¿qué esperabas?» que Amelia asume con cierta naturalidad.

—En verdad yo venía a preguntar por otro tipo de señoras. —Amelia se muestra seria, determinada—: Estoy buscando a todas las aviadoras que pilotaron antes de la guerra. Las que volaron durante la República. Sé que una de ellas se llama Margot Soriano, la mujer de José María Ansaldo, un grandísimo piloto que trabaja en Iberia, es posible que os suene. Y sé de otra que trabajaba en Getafe, hacía bautismos de aire en los años treinta, pero no sabemos más. ¿Alguno de vosotros conoce el nombre de alguna o sabe qué fue de ellas?

La revelación entra por los oídos de los jóvenes pilotos con la misma sorpresa que los colonos descubrieron con sus propios ojos a

los indígenas a los que después robaron sus tierras. Como si se tratase de otra civilización, aprenden en ese mismo instante de la existencia de estas aviadoras (incluso alguno secretamente lo pone en duda, pero calla). Los rostros de confusión y miradas perdidas entre ellos revelan que ninguno posee información privilegiada al respecto, cayendo en la cuenta, además, de que Amelia no es, entonces, ninguna pionera, acaso de segunda generación.

Ella prosigue con su explicación:

—La dictadura no les permitió seguir volando, puede que alguna de ellas viva en el exilio o tal vez coincidieron con sus padres, imagino que alguno de vosotros viene de tradición aeronáutica. Si sois buenos chicos y preguntáis en casa, no le contaré a nadie lo de vuestras revistas. —Su amplia sonrisa, cual madre chantajista, no les deja mucho margen.

Algunas cabezas asienten por compromiso y apenas dos de ellos confirman que preguntarán a sus padres. Rafael da un paso al frente confirmando que harán todo lo posible por apoyar su investigación, no tiene pinta de que quiera desaprovechar la ocasión de acercarse un poco más a la atrevida piloto y descubrir qué se trae entre manos.

—Cuenta con nosotros, en un par de días o tres seguro que tendremos algo más de información —confirma, seductor.

—Seguro que sí. Y como sé que vais a ser chicos obedientes y responsables, me voy a llevar esta revistita, que ya veo que tenéis de sobra, porque me va a hacer falta y ninguno me lo vais a impedir. —Y con gesto firme les roba un ejemplar de *Playboy* y se lo engancha bajo el brazo.

Su personalidad arrolladora no pasa desapercibida para ninguno, en especial para Rafael, consciente de que nunca se había cruzado con nadie como ella, con ese desparpajo y seguridad, quizá por la edad, quizá por el mismo hecho de ser aviadora. Amelia era diferente a todas las mujeres que había conocido hasta la fecha. Seguramente por eso es incapaz de reaccionar de primeras. Al igual que los conquistadores robaron las tierras de los nativos sin defensa alguna posible ante la invasión, ninguno de los presentes mueve un músculo ante el expolio que acaba de realizar Amelia Torres con genio y determinación. Algunos hasta agradecen no tener que enfrentarse a ella en una simulación de combate. Están convencidos de que no tendrían opción alguna de victoria. Todos menos el capitán. Un capitán nunca falla una misión.

—Santa María madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. —Se santigua Emilia ante la extrañeza de todas.

—Pero ¿qué haces, Emilia? —pregunta estupefacta Victorina.

—Rezar por ti que te has quedado muda al ver la revista —confirma la republicana—, antes de que empieces a decir que todo es pecado o incluso pecado mortal y nos condenes por toda la eternidad.

Ahora son las abuelas y Marga las que contemplan con los ojos como platos el tesoro traído de las Américas que Amelia ha depositado sobre la mesa camilla.

—¿Y se la has robado en su cara? —A Marga no deja de sorprenderle el atrevimiento de su hermana que crece por días.

—Todo con tal de ayudarte. Con esta revista siempre se nos pueden abrir puertas permanentemente cerradas. No sé cuáles, pero alguna seguro.

—Y estas señoras, ¿se prestan a posar así sin más? —Nadie hubiera apostado dos perras gordas a que Victorina sería la que no soltaría el ejemplar—. Menos mal que mi Luis no puede ver estas cosas, no me extraña que exista la censura, encarcelarían a las chiquillas estas.

—Y a los hombres por mirarlas, no, ¿no? Es que siempre igual, Victorina, culpando siempre a las mujeres. —Emilia se enerva enseguida con estas cosas y le arranca el ejemplar de las manos, desplegando toda su retahíla sindicalista sobre la explotación, la prostitución, pero sin dejar de pasar las páginas, exacerbada por su contenido, declamando sus arengas en defensa de la igualdad y llevándose el ejemplar a su habitación. En cuanto desaparece, Victorina encuentra el espacio de confesión que necesitaba frente a sus hijas:

—Emilia está muy mal. Nunca la había visto igual, es desagradable, todo le parece fatal, apenas come e incluso está descuidando su higiene —enumera sin tomar aire—. Socorro. —Pero la petición pilla de brazos cruzados a sus hijas, bastante tienen con lo suyo—. Me da mucha pena, tenemos que levantarle el ánimo, que se reconcilie con Martín, ¡que haga algo con su vida!

Marga y Amelia se entienden sin hablar y casi deciden en silencio quién debe decírselo directamente.

—Mamá. —Amelia adopta un tono solemne—. En esta ocasión no vamos a poder ayudarte. Vas a tener que hacerlo tú. Tienes todo un

mundo nuevo aquí alrededor. Igual que ella te ha ayudado a ti, ahora es la ocasión de devolverle el favor. Algo se te ocurrirá.

—Yo necesito la casa para escribir e investigar —acentúa Marga—. Tómatelo como unas vacaciones, pero en el exterior. Hay piscina, hay para pasear, ir de compras… Hasta podríais ir a la bolera. O al cine.

Las hermanas se miran de refilón y confirman que han sido suficientemente claras y expeditivas con su madre, ahora son ellas quienes marcan el ritmo.

—Si no lo hacéis, os mandaremos de vuelta a Madrid —sentencia Amelia.

19

Margot Soriano

—Estás nerviosa. No lo puedo creer. —Marga sacude a Amelia que asiente con una sonrisa de medio lado.

—Es la primera aviadora a la que voy a conocer.

—Más peligroso es despegar, ¿no crees? Venga, no la hagamos esperar —dice Marga pulsando con emoción el telefonillo de la residencia de Margot Soriano.

La clase y la distinción de la que fuera la segunda mujer en conseguir su licencia de vuelo es evidente en cada gesto, palabra y ademanes con los que recibe a las hermanas en su elegante piso de Madrid, y sus bellos ojos azules acogen a Amelia con un cariño inusitado, desprenden una admiración mutua que se funde en un abrazo largo entre las desconocidas.

—Tenía muchas ganas de conocerla, Amelia —pronuncia Margot con emoción.

Porque aquella tarde en la que Amelia acudió a Iberia a pedir trabajo y el comandante jubilado José María Ansaldo tuvo que darle la mala noticia de que nunca podría ser piloto comercial en España, el hombre llegó abatido a su casa. Porque durante el camino de vuelta a casa recordó la trayectoria de su esposa Margot, la valentía

con la que se subía a las aeronaves a finales de los años veinte, la soltura con la que manejaba su Havilland Puss Moth y la simpatía con la que se manejaba con todos los varones que pululaban por los aeródromos y cuya carrera enterró para siempre de un día para otro. José María, que acabó tremendamente enamorado de la pupila a la que enseñó a volar y con la que ahora llevaba casi cuarenta años casado, se sentó en el sillón de su casa para narrarle a su mujer el encuentro con Amelia Torres y la congoja con la que tuvo que comunicarle la terrible noticia a la famosa figura televisiva. Había estado reflexionando después de tantos años en la peculiar realidad en la que vivían, cuestionándose casi por primera vez por qué Amelia no podría trabajar como piloto, qué injusticia era esa tras todo lo que había vivido la pareja en sus tiempos, épocas de bautismos, viajes comerciales, hazañas aeronáuticas y bélicas, llevados a cabo en aquella época tanto por hombres como por mujeres. Después de tantos años de dictadura, casi habían olvidado cómo era todo antes. Y había llegado con un peso tremendo sobre los hombros por haber permitido que borrasen a las mujeres de su propio universo; por no haberlo evitado. Casi le pidió perdón a su propia esposa, que lo besó con todo el cariño y admiración que aún le profesaba, tratando de restarle culpabilidad al hombre, asumiendo que la dictadura los afectaba a todos, incluida la gente más privilegiada, aunque en su caso no fue por la dictadura que ella había dejado de volar, sino por sus hijas preciosas.

Aquella noche Ansaldo y Margot charlaron largamente de sus vidas pasadas, rememorando infinitos momentos apoyados por los recortes de los periódicos y revistas que habían acumulado en su biblioteca particular, desempolvaron los mismos álbumes de

fotografías de las estanterías que ahora Margot había dispuesto sobre la mesa del salón para que tanto Amelia como Marga los pudieran hojear.

—A José María le ha hecho mucha ilusión saber que no te has rendido. Estoy segura de que en Estados Unidos podrás tener tu gran oportunidad —comenta mientras Amelia aprieta los dientes, consciente de que es un camino que apenas acaba de empezar—. Entonces, contadme, Marga, mi tocaya, ¿quieres escribir un libro sobre aviadoras españolas? Yo no tengo mucho que contar, me retiré pronto de la aviación con el nacimiento de mis hijas. Bueno, y por la guerra. Marga traga saliva, consciente una vez más del impedimento laboral con la maternidad.

—Sí, la editorial me ha dado la oportunidad de publicar mi primer libro. Además, llevo tiempo colaborando con un grupo de mujeres muy emprendedoras con las que tratamos de fomentar los logros de tantas mujeres que no se conocen, que son invisibles, de las que nadie ha oído hablar, para impulsar a las mujeres que quieran aventurarse a desarrollar una pasión o una vida laboral —explica Marga sin revelar el nombre del grupo de mujeres que conocieron en la librería Maleta de Sueños, integrantes del Movimiento Democrático de Mujeres, porque no dejaba de ser algo clandestino —. Mucha gente cree que mi hermana ha sido la primera aviadora y aunque ella ha insistido mucho en sus entrevistas que no ha sido así, creemos indispensable dar a conocer vuestras vidas y hazañas.

—Y sería tu primera novela, qué honor, muchas gracias —contesta ruborizada.

—La idea es completarlo con más aviadoras, pero lamentablemente no sabemos el nombre de ninguna de las

españolas. Nuestra madre participó en un bautismo y nos contó que había una aviadora en el aeródromo de Getafe, muy distinguida, pero no recuerda cómo se llamaba, ¿sabe de quién podría tratarse? —pregunta a Amelia.

—Claro que lo sé. Pero no creo que podáis contar con ella.

—¿Ya murió? —pregunta Amelia intrigada.

Margot sonríe sosteniendo cierta amargura.

—La llamaban Miss Golondrina —zanja—. ¿Os puedo servir un café?

Los recortes de la prensa evidencian el estatus que vivió la joven Margot Soriano durante su juventud, hija del general Jorge Serrano, jefe de la Aeronáutica Española, gozaba de una vida llena de oportunidades y contactos en las altas esferas. El diario *Área Madrid* redactaba así su presencia en actos de sociedad con apenas veintiún años, como en la fiesta aeronáutica que se celebró en Getafe en diciembre de 1929:

> El verdadero «clou» de la fiesta lo constituyó la participación de la encantadora Margot Soriano, que se prepara a obtener el título de piloto y que, como pasajera del avión de Pepe Ansaldo, sufrió toda clase de acrobacias.[4]

El Imparcial de Madrid dio cuenta el viernes 11 de enero de 1929 del futuro enlace de la aviadora con el famoso piloto de familia aeronáutica:

> Margot Soriano, la intrépida aviadora y ornato de la buena sociedad de Madrid, hija del presidente del Consejo Superior de Aeronáutica, general don Jorge Soriano, se ha prometido oficialmente con el ingeniero y aviador don José María de Ansaldo.[5]

—En aquella época era normal que los diarios hablasen de los enlaces, las pedidas de mano, todo era muy distinguido y ceremonioso. Comprenderéis que para la época sólo la gente que veníamos de clase alta teníamos acceso a la educación y a los sueños, nunca mejor dicho —confirma Margot ahora, recordando esos eventos de postín ante su colección de recortes que las hermanas hojean fascinadas—. Mi padre tenía una posición muy distinguida, y yo era su ojito derecho, nunca me impidió volar —confirma con amplia sonrisa.

Amelia y ella se encuentran en la confluencia de los padres permisivos y enseguida se enreda en narrar con fruición aquellas mañanas cuando Luis la llevaba de pequeña a ver vuelos y acrobacias a todos los aeródromos de la geografía madrileña: Getafe, Cuatro Vientos, Estremera, no dejaron de ir a ninguno.

Margot saca algunas fotos en las que las hermanas constatan su belleza y su constante simpatía, una de cuando trabajaba como administrativa, frente a su máquina de escribir, publicada en el *Crónica*; otra sonriendo mientras sube a su aeroplano con la ropa reglamentaria y zapatos de tacón, o con su profesor, Ernesto Navarro. También tiene un original de la fotografía con Ruth Elder, del día en el que la mítica aviadora llegó al aeródromo de Getafe procedente de Lisboa. Todo un acontecimiento en el que Margot pudo participar entregándole uno de los tantos ramos que recibió.

—Fueron años increíbles —rememora—, cuando todo empezaba, cuando la ciudad estaba por construir y la aviación era un espejismo de lo que es ahora. A veces me olvido de lo que pasó ayer, de lo que comimos, pero recuerdo a la perfección algunas de aquellas jornadas, cuando todo era el doble de emocionante que ahora.

Margot calla un instante, sosteniendo una sonrisa amarga, consciente de la propia traición de su memoria, de lo mucho que realmente lo ha echado de menos. Las hermanas se miran entre ellas compartiendo su melancolía, pero Margot aparta enseguida ese sentimiento y se levanta de un respingo para espantar sus fantasmas. Se acerca a su estantería a por algunos libros, más recortes y otras revistas en las que figuran más aviadoras. Porque la historia de la aviación femenina no es exclusiva de Amelia Earhart, expone, no deberían olvidar a Harriet Quimby, Adrienne Bolland, Bessie Coleman o a Amy Johnson. El recuerdo la lleva a ir de un lado a otro de su estantería rememorando sus nombres, sus hazañas. Mujeres pioneras en cruzar el canal de la Mancha, o los Andes, la primera mujer de color en convertirse en aviadora o la primera en volar desde Londres hasta Australia. Mujeres tremendamente valerosas que merecerían también sus propias biografías o incluso novelas enteras. En definitiva, ella sólo fue la segunda en conseguir la titulación, nunca alcanzó gestas tan impresionantes como estas otras aventureras.

Marga carraspea, se reconoce en sus palabras, siempre traicionándose a sí misma pensando que hay alguien mejor y más talentoso que nosotros, y la interrumpe insolentemente.

—Aunque usted no fuese una pionera ni lograse un vuelo histórico, para mi hermana volar es lo más importante de su vida, ha

puesto patas arriba su familia entera por cumplir su sueño… Estoy segura de que era su gran pasión. ¿De verdad usted abandonó toda esa aventura para cambiar pañales? —pregunta con descaro Marga, por lo que recibe una patada por debajo de la mesa por parte de su hermana, roja de vergüenza.

—Discúlpela, por favor. Es que no lleva muy bien saber que… está embarazada —resuelve Amelia para amortiguar la falta de respeto.

Marga baja la mirada, culpable, y se disculpa con un gesto que Margot entiende a la perfección. Su mirada se pierde en el infinito, rememorando su propia vida, pensando en qué decir a esa joven futura madre que se enfrenta al conflicto de todas.

—Supongo que me refugié en la excusa de la guerra para no volver a pensar en volar. La llegada de mis hijas fue también una pequeña bomba donde mi marido fue el único que casi salió ileso. Amelia le conoció cuando fue a Iberia, tiene un historial impresionante y yo… —se toma un instante para evaluar— me siento muy orgullosa de él. —Margot suspira un segundo y apura su café—. Como la mayoría de nosotras, hicimos lo que teníamos que hacer, lo que se nos pedía y lo que nos exigió la época, y después, en fin… como ya no nos dejaron volar, y yo, pues… preferí olvidarme de todo aquello. Fueron tantas las fiestas en las que tuve que rememorar que tras nuestra boda en Cuatro Vientos salimos juntos en el avión rumbo a la luna de miel y que intercambiamos los mandos durante el viaje, que hasta agradecí el paso del tiempo para dejar de contarle a todo el mundo esa maldita anécdota. Salió en todos los diarios de la época y parecía que nuestra vida se reducía a eso, a que habíamos compartido el vuelo. Todo aquello se terminó en cuanto me quedé embarazada, ya nunca más hubo intercambios de

mandos. —Margot sonríe amargamente y entienden el trasfondo de sus palabras. Se acompañan de un silencio que dura más de lo esperado. —Supongo que es como dejar de fumar. Dicen que es mejor no volver a probarlo porque entonces se vuelve con más ganas aún.

Marga aprovecha la pausa de Margot para tomar notas de forma vertiginosa en su libreta sin levantar la vista, pero porque está a punto de llorar, presa de la empatía y su revolución hormonal. Mientras, Amelia y Margot se miran y se reconocen en las mismas circunstancias.

Margot no prosigue su relato, se detiene un instante al percatarse de lo poco que le han preguntado por aquellos años durante su vida. Como un tiempo remoto y fugaz ya olvidado, en esa opulencia ya perdida y desvanecida por el tiempo, la anécdota de que la abuela volaba había quedado en eso, en anécdota, como si hubiera tenido una mercería o un ultramarinos, porque habían pasado tantos años que tampoco había mucho más que recordar. No es que sus hijas no estuvieran orgullosas de su madre, o el resto de su familia. Ahora la vida era tan vertiginosa que no interesaban los recortes y revistas antiguas de la abuela, la gente andaba más pendiente de sus propias vidas, de sus viajes, de los colegios y horarios de los niños y las fiestas con amigos que de los inicios de la aeronáutica. Sobre todo porque al ser su marido una figura distinguida de Iberia, todos podían volar con libertad de un destino a otro gracias a las condiciones favorables que se ofrecían a los familiares de los pilotos. Nadie, ni siquiera en pleno vuelo a Mallorca, le había preguntado a la abuela si no echaba de menos coger los mandos de la aeronave, o si de pronto el aparato sufría alguna avería, o el piloto se sentía

indispuesto, ella sería capaz de agarrar el volante y aterrizarlos a todos. Nadie se había planteado rescatar a Margot y sus recuerdos y dejar constancia de la intensidad de sus hazañas remotas en un libro o entrevista. Salvo, quizá, aquellos días cuando Amelia Torres se hizo famosa de la noche a la mañana tras el concurso de Televisión Española y el teléfono no dejó de sonar en casa de los Ansaldo, llamando a Margot ilusionados por la mujer anónima que deseaba convertirse en aviadora. «Como tú», le decían, pero apenas fueron cuatro los días en los que estuvo recordando en esas llamadas y visitas su trayectoria aeronáutica, porque el de los viajes históricos era José María, el condecorado, el que había estado en la cárcel, el que había inaugurado Iberia, el jefe de Tráfico, el que había transportado a Franco y había recibido todas las medallas que se podían entregar a los pilotos.

Margot intenta espantar esta reflexión y vuelve a la realidad de su salón, escrutando con ternura a Marga, sabiendo el miedo al que se enfrenta la futura madre y hace acopio de toda su sabiduría para animarla y prometerle que ella lo vivirá de otra manera, asegurando que las circunstancias de ahora son distintas, que será más fácil compatibilizar su actividad de escribir y que, aunque suene descorazonador porque ella no volvió a volar, no se arrepiente ni un segundo de la familia que formó y de la vida que ha podido disfrutar, sin obviar, y con razón, el estatus del que siempre disfrutó sabiendo que era una privilegiada. En el caso de otras aviadoras que la siguieron, Pilar San Miguel o África Llamas, ambas también dejaron de volar en cuanto se casaron, tampoco sus maridos vieron con buenos ojos sus actividades y todas claudicaron. En su caso fue una decisión personal, José María nunca la obligó a dejar de volar.

—Deberíais entrevistar a Dolors Vives, en Barcelona, incluso quizá a Mari Pepa Colomer, que aunque se exilió al Reino Unido creo que veranea en Cataluña, por lo poco que sé. Puedo intentar conseguiros los contactos.

—¿Y qué me dice de la aviadora que nos comentó antes, la que llamaban Miss Golondrina? —pregunta Amelia—. No nos ha vuelto a comentar nada de ella. ¿Falleció?

Margot cierra los ojos, apenada, y niega con la cabeza.

—¿Quién es? —insiste Amelia.

—Mi amiga, María Bernaldo de Quirós, pero todo el mundo la llama Eca. Fue la primera de todas nosotras, la que vuestra madre conoció en el aeródromo casi seguro. Pero olvidaros, hace años que no da entrevistas a nadie.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntan las hermanas, intrigadas.

Margot suspira apenada.

—Es una larga historia.

20

Miss Golondrina

El término «golondrina» se quedaba corto para definir a un ser que soñaba con ser un halcón, quizá incluso un águila imperial, seguramente porque nació en cuna de aristócratas. A caballo entre Madrid y Llanes, María de la Salud Bernaldo de Quirós, nacida en 1898, hija de los marqueses de los Altares, supo desde su más tierna infancia que no había nacido para bordar, lucir corsé o cumplir órdenes de nadie. Su belleza y talante eran innegables, y desde pequeña recibió el apodo de Eca, diminutivo de «muñeca».

Tras la muerte de su madre, cuando María apenas tenía quince años, supo que tendría que exprimir la vida al máximo. En aquella época visitaba mucho a su familia paterna, y uno de sus primos se convertiría en su primer y gran amor: Ramón Bernaldo de Quirós y Argüelles, con quien se casó una vez superada la mayoría de edad y obtenidos los permisos pertinentes.

Ya todos les habían advertido a ambos de lo peligroso que resultaría una descendencia entre primos hermanos, pero ellos hicieron oídos sordos y al año recibían a su primera hija, María de la Salud. Sin embargo, a la pobre de poco le serviría llevar la inmunidad inherente en su segundo nombre, la maldición de las

uniones entre familiares cayó sobre la pequeña, quien se fue apagando poco a poco a los meses de nacer.

Mientras en Europa se libraba la primera de sus más crueles guerras, Eca vivía su propia batalla en Madrid, su hija enfermaba por días y su amado Ramón había contraído lo que más adelante se conoció como gripe española. Hija y padre murieron con apenas unos días de diferencia. Ramón falleció sin saber que María estaba encinta de su segundo hijo, al que también llamó Ramón, y que correría la misma suerte que su hermana. Sin el amor de su vida y habiendo perdido a sus dos hijos, María se sentía morir. Sin embargo, Madrid la ayudó a salir de su abismo.

A principios de los años veinte, Europa se reconstruía de la guerra y comenzaban las primeras emisiones de radio, los primeros coches, motocicletas y aeronaves; la carrera por la tecnología acababa de empezar, y María ansiaba bucear en ella. Con el pelo corto, abandonado el corsé y recortada la falda, Eca pisó Cuatro Vientos para asistir a una carrera de globos aerostáticos contra automóviles, una actividad celebrada durante la Semana Deportiva Municipal de Madrid: su pasión por la aeronáutica acaba de nacer. Sorprendentemente, y aun arrastrando el dolor de su pérdida, el amor volvió a llamar a su puerta y María accedió a casarse con José Manuel Sánchez Arjona, quien, unos años más tarde, acabaría siendo alcalde designado de Ciudad Rodrigo durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Y como el destino de Eca estaba escrito en el cielo, las nubes le trajeron su deseo más preciado: el viento quiso que unos pilotos tuvieran que hacer un aterrizaje forzoso en la Dehesa de Cantarinas, a las afueras de Ciudad Rodrigo. Eca tuvo la oportunidad de hablar

largamente sobre aviación con uno de aquellos pilotos, Antonio Rueda. Cuando descubrió que aún ninguna mujer española había conquistado aún el cielo patrio, declaró con rotundidad:

—Yo seré la primera.

Decidida a separarse de su marido, con quien no tenía ninguna afinidad, María puso rumbo a Madrid, que era la única ciudad que inicialmente podía ofrecerle la posibilidad de instruirse. No fue fácil, la negativa llegó de primeras: la Escuela de Aviación Civil en Getafe, dependiente del Real Aéreo Club, no admitía mujeres —más bien ni se lo habían planteado—, pero nadie era consciente de la testarudez de la Quirós. Finalmente convenció al comandante Pepe Rodríguez Díaz de Lecea, y tras enumerar la presencia de mujeres en la aviación europea y los logros históricos que estaban alcanzando, el propio Pepe acabó encumbrando a las aviadoras Amelia Earhart, Harriet Quimby o Amy Johnson hasta persuadir al director de la escuela de que instruir a la primera mujer piloto del país les otorgaría una gran publicidad y prestigio. El director acabó dando su brazo a torcer con una sola condición: Pepe se convertiría en su instructor.

La noticia cayó como un jarro de agua fría en Ciudad Rodrigo, pero José Manuel conocía a su mujer, nada la retendría a su lado, ni siquiera la obligación de ser su esposa. Ante su negativa de dejarla volar, Eca decidió resolverlo a través de sus abogados. Años más tarde, en 1932, aprobado el divorcio durante la Segunda República, se convertiría en la segunda mujer en hacer uso de su derecho en España, pero para ello debía demostrar una separación documentada de tres años que, afortunadamente, selló en 1928, días antes de comenzar sus clases de aviación.

Libre al fin de ataduras, Eca se subió por primera vez a una avioneta en junio de 1928 enfundada en el mono de aviador con sus zapatos de tacón. Junto con el gorro, las gafas y los guantes era difícil pasar desapercibida en el aeródromo. Durante su primer vuelo confirmó que no se había equivocado de destino, cada mañana se levantaba deseando tocar el cielo, y pronto su instructor y compañeros normalizaron su presencia —y su talento aeronáutico— y empezaron a llamarla Miss Golondrina, seguramente por su pelo oscuro y su pequeño tamaño. No tardó en encontrarse en el mismo aeródromo con Margot Soriano, con quien enseguida trabó una gran amistad. En octubre María ocuparía la portada del diario *Estampa* al convertirse en la primera mujer piloto de España, con su pelo corto, sus brillantes ojos negros y sus eternos zapatos de tacón con hebillas.

Fueron años entregados a la aviación por completo, María dedicaba su vida a probar y promocionar aviones, como el Havilland Gipsy Moth y a realizar bautismos de aire a todo aquel que lo podía costear o que conseguía un vuelo por sorteo en la revista *Motoavión*. Fue en una de aquellas mañanas que María Bernaldo de Quirós se cruzó con Victorina, la madre de la futura Amelia Torres. Antes que ella, María había protagonizado entrevistas y portadas de revistas que animaron a decenas de mujeres a acercarse a la aviación. Fueron famosas sus declaraciones a Unión Radio cuando aseguró que «volar no era nada difícil, sino todo lo contrario, más femenino que el automóvil y menos cansado que el tenis». Quedaron para la posteridad impresas sus palabras en el diario *Estampa*, aquel ímpetu del que nunca renegó:

> Que se vaya acostumbrando la opinión pública, verán que las mujeres servimos para algo más que bordar. Hay ciclistas, tenistas, conductoras de automóvil. ¿Por qué se van a asombrar de que una deportista se dedique a la aviación?[6]

Tras Eca y Margot, cuatro mujeres más lograron su licencia en Madrid, pero todas ellas sufrirían el estallido de la Guerra Civil y sus consecuencias vitales. Una vez acabada la contienda, Franco prohibiría a las mujeres volver a subirse a los mandos de un avión. El caudillo y su mujer tenían clara la hoja de ruta para las mujeres de este país. Sin poder volar, y forzada a estar casada de nuevo con su ex marido al derogarse la ley del divorcio, se encerró en su vida personal y apenas volvió a dar entrevistas. Los más allegados seguían disfrutando de su arrolladora forma de ser y, a veces, en algunas meriendas, le gustaba desempolvar su carpeta con recortes de prensa y fotografías del pasado que le recordaban, algunas tardes, que años atrás, su país la había reconocido como «la gran dama del aire».

A pesar del calor sofocante del verano, Amelia y Marga caminan con frío en los huesos, es una impresión que ambas sienten sin compartirlo.

—¿Qué? —pregunta Marga, y Amelia simplemente niega—. Ya…

Nada que aclarar, la pena y el silencio forzoso para estas mujeres les arrebata igualmente el habla. Desde que han salido de casa de Margot y escuchado los relatos de su vida y la de su amiga Eca, Amelia sólo ha podido verbalizar la impresión de las coincidencias

vitales entre la pionera y ella misma aun tratando de deglutir tanta información.

—Qué importante va a ser tu libro, Marga —declara con admiración.

—Y todavía nos quedan las pilotos catalanas. ¿Has pensado cómo podremos ir?

Amelia niega y contesta con lo primero que se le ocurre.

—Hablaré con Harris, a ver si le apetece darse una vuelta por Cataluña. Y tú, ¿vas a hablar con mamá de tu embarazo en algún momento?

—¿Tú crees que a mamá le va a hacer ilusión tener un nieto sin que yo esté casada y con un pie en Estados Unidos? ¿Tú realmente quieres que yo pase por ese trance ahora en estas semanas?

—Ya… tenemos que ponérselo fácil, pero yo estoy convencida de que le va a hacer mucha ilusión.

—Igualmente, en estos días la veo muy acelerada, no sé qué trama, pero casi no pisa la casa, desde que le dijiste eso de que o salían de casa o las mandabas de vuelta a Madrid.

Marga se detiene de pronto ante una ocurrencia.

—¿Quieres que vayamos a ver a Armando y Antonio ahora aprovechando que estamos en Madrid? Hace días que no os veis ni habláis. —Amelia trata de procesar el cambio de tema y se encoge de hombros—. Entiendo que ahora estés volcada conmigo y el libro, pero tú tienes que resolver con Armando el futuro, encontrar tu escuela en Estados Unidos y decidir qué vais a hacer.

Amelia esquiva su mirada y busca cualquier otro punto de la ciudad para centrar su atención: un chaval que pasa corriendo, una mujer mayor que camina pausadamente con bastón, un señor

asomado a su balcón fumándose un pitillo o una moto que cruza a toda velocidad calle abajo.

—Te lo estás pensando, ¿verdad? ¿No quieres venir conmigo? —pregunta Marga angustiada—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Tirar tu carrera, desaparecer como estas aviadoras? —Amelia sigue con la mirada clavada en la señora mayor que no consigue acertar con la llave para abrir el portal—. Me lo has prometido —sentencia Marga.

—Lo sé, pero no es fácil, tú estás sola con Peter, y yo tengo dos hijos y aún creo que tengo un marido. Tengo que estar segura de que lo que les voy a ofrecer es mejor de lo que tenemos, eso lo entiendes, ¿verdad? Yo sé que aún es pronto porque todavía no sientes nada en tu tripa, pero cuando empieces a notar las patadas entenderás que llega un momento en el que ya no puedes pensar sólo en ti. Por mucho que coronar los cielos suene a música celestial, y trascendental, que pueda marcar un hito en la historia de nuestro país, lo más habitual para el ciudadano común es desear que todo vaya bien, que sus familiares estén bien, y eso a veces pasa por hacer ciertos sacrificios, muchas veces personales o profesionales.

—Pero es que tú ya pasaste por eso, Amelia. No pretendo que seas historia de este país, eso ya lo hiciste tú solita. Yo sólo quiero que seamos felices haciendo lo que más nos gusta hacer. Y si puede ser en un sitio que no nos esté censurando a cada paso que damos, mejor.

Amelia vuelve la vista hacia la mujer del portal que por fin ha conseguido abrir la puerta que ahora se cierra tras ella dando un fuerte golpe metálico.

—Está muy lejos, Marga. —La angustia se abre paso en su voz.

—El problema no es el lejos, el problema es cuando el infierno está tan cerca.

Marga agarra el rostro de su hermana y le habla con ternura.

—Todo saldrá bien, Amelia, te lo prometo. Vamos paso a paso. Sigamos con las entrevistas. A lo mejor conocer a estas aviadoras es justo lo que necesitas para salir de dudas. A veces las piezas del puzle van encajando por sí solas, por mucho que nosotros nos empeñemos en colocarlas como nos gustaría. —Amelia sonríe de medio lado y acepta su propuesta—. Deberíamos intentar hablar con la Quirós —propone Marga—. Pobre mujer, esa sí que se merece un homenaje.

—Ya has oído a Margot, hace tiempo que ya no da entrevistas.

—Me extraña mucho que no quiera saber de ti, estoy segura de que te vio por televisión y de que ha leído sobre ti.

—Pues tendrá un buen cabreo la mujer, cuando la prensa me señaló como la primera aviadora de este país. Lo que le faltaba es que ahora la ladrona del título llamase a su puerta.

—Pues con más razón, le diremos que con mi libro aclararemos el asunto para siempre.

Amelia suspira, cansada, demasiada heroicidad para una sola tarde.

—¿Te parece si eso lo dejamos para otro día? No te lo vas a creer, pero tengo ganas de volver a la colonia. —Sonríe Amelia sorprendida de sí misma—. Te invito a una *cheeseburger* de esas grasientas, que tu futuro bebé se tiene que ir acostumbrando.

Marga estalla en una sonora carcajada antes de agarrar a su hermana por el brazo y tirar calle abajo hacia su coche.

—Recuérdame que apunte esto para cuando escriba tu biografía.

21

La tiza

—¿No pretenderás que me suba a eso? —Emilia se agarra como una niña pequeña a la barandilla de la casa, determinada a no salir.

—Mira, Emilia, o sales de casa o nos mandan a Madrid y te tocará vértelas con Martín, así que baja ahora mismo esas escaleras —le ordena Victorina blandiendo su dedo índice.

Con una gracia inusual, Victorina sostiene un tándem entre sus manos, de color rojo brillante y algo desgastado en el que pretende llevar a Emilia por la colonia.

—Pero ¿tú sabes manejar esto? —pregunta Emilia levantando una ceja.

—Me hice cientos de kilómetros en bici yendo a la tintorería, Madrid-Villaverde, Villaverde-Madrid. ¿Por qué te crees que tengo mal las rodillas? ¡La vuelta a España me he hecho! —Victorina pone los brazos en jarras y adopta un aire señorial—. Arrejúntate las enaguas y súbete. Encima he conseguido uno de color rojo. ¡Como tú! —se carcajea.

—No pienso llevarte al hospital si te caes —refunfuña Emilia antes de iniciar un levantamiento suave de rodilla.

Emilia ni pregunta de dónde la ha sacado, ya sabe que Victorina se ha adaptado mejor a la colonia norteamericana, que se ha dado sus vueltas, ha hablado —por llamarlo de alguna manera— con las vecinas, con la gente de la frutería, con el señor que viene a cortar el pelo, con el alfarero que vende tinajas a precio de norteamericano pudiente e incluso con el señor que viene con el burro a dar vueltas a los chiquitos extranjeros que no han visto un animal *salvaje* de estas características en su vida. «Qué poco mundo tienen algunos», piensa al saber el asombro y emoción con el que los niños viven algo tan popular y común. «Mira que pagar por dar una vuelta en burro, ya hay que ser tonto». Y es que Emilia sigue enrocada en detestar todo lo norteamericano, aunque le hayan proporcionado el asilo «político» que necesitaba. Y por mucho que Victorina le cuente las bondades de lo que ha ido conociendo en sus visitas fugaces, no piensa abrir su mente. Son esas cosas de la edad, no va a ceder, ni abrir un ventanuco. Tiene su pensamiento perfectamente configurado (y sellado) como para que alguien venga a abrirle una grieta y decirle que los americanos han venido a hacer el bien, en son de paz.

Nadie puede evitar mirar de refilón a las abuelas que circulan de esta forma peculiar por la colonia, pedaleando sincronizadas, subidas a su tándem con sus vestidos de verano, con la media hasta casi la rodilla, con ningún tipo de glamour, evidentemente, lejos de la moda que visten jóvenes y madres norteamericanas en Royal Oaks. Si querían pasar meramente desapercibidas, esta ha sido la peor opción de todas. Ni siquiera pueden descartar que alguien les haya sacado una foto que estamparán en sus álbumes de recuerdos y algún día enseñarán a sus vecinos en Oklahoma junto con fotos de

Segovia y la plaza de toros de Las Ventas y recordar este momento como una estampa (a)típica española.

—Ya hemos llegado —dice Victorina.

Las abuelas descienden de su *carruaje* y bordean el edificio de ladrillo hasta llegar a la puerta de acceso.

—¿Dónde me has traído, Vito?

—Ay, calla un poco, de verdad, que no se te puede dar una sorpresa.

—No tengo edad para sorpresas, que ya bastante he tenido con la llegada de Martín que casi me mata, el médico me ha dicho que lleve una vida tranquila. ¡Nada de sobresaltos!

Victorina niega, teniendo que resignarse a aceptar cómo es su consuegra, y accede al edificio por la puerta principal. En letras grandes se presenta el lugar, aunque ninguna entiende lo que pone: ELEMENTARY SCHOOL. Victorina se mete por los pasillos y llega hasta una puerta llena de mariposas de papel que abre con seguridad.

—Aquí es. —Muestra Victorina abriendo ampliamente los brazos.

—Un aula, un colegio, sí, ¿qué? —contesta Emilia, seca y distante.

—Tu nuevo colegio, tu nueva clase —sonríe Victorina, entusiasmada ante el aula ahora desocupada en verano, pero aún llena de cadenetas de colores, dibujos y abecedarios por las paredes.

Y es que en esas pequeñas rondas de tarde en las que Victorina se escapaba por la colonia, ha hecho amistad con algunas de las asistentas de los norteamericanos, y le ha caído en gracia a Gema, la encargada de la famosa Frutería de la colonia, y tirando del hilo han encontrado también a unos cuantos trabajadores norteamericanos con ciertos problemas idiomáticos, y entre todos

han armado un grupo de adultos para que Emilia vuelva a darles clase y refuerce su español.

Victorina ha tenido fácil convencerlos de que Emilia era la persona ideal para esta labor altruista por la que nadie debería pagar —aunque necesitó traducción simultánea para los extranjeros—, explicando que era una firme defensora de lo público, y que recibirían todas esas enseñanzas de forma gratuita (algo que, evidentemente, ha hecho sospechar a los norteamericanos que ya estaban echando la mano a la cartera, acostumbrados a pagar por todo). Algunas de las asistentas, poco convencidas por esta estratagema urdida por la consuegra, se convencieron finalmente conmovidas por la historia de amor truncada de Emilia, al saber que el amor de su vida pudo seguir dando clases en el extranjero mientras a ella le arrebataron esa posibilidad, y que esta era, en el fondo, una historia de despecho, de venganza. Fue tan dramática la escenificación de Victorina, que algunas futuras alumnas echaron mano hasta del pañuelo para sostener una lágrima, y dos de ellas se apuntaron sólo para conocer de cerca a Emilia por la fuerza y valentía con la que la retrató —evitando, en todo momento, revelar su ideología más de izquierdas por si alguna se iba de la lengua, aunque no había que ser muy avispado para saber de dónde procedía la señora si es que la habían apartado de la enseñanza—. Para rematar la faena, por si alguien quedaba por convencer, Victorina dio muestras de su nueva caligrafía y sus conocimientos adquiridos, ya que, desde hacía unos meses, ella misma había sido instruida por la maestra —así es como les ha pedido a todos que la llamen en el aula— porque, si nada lo impedía —especialmente el carácter cambiante de Emilia según los acontecimientos—, esta

misma tarde, a partir de las cinco, la clase se llenaría de almas hambrientas de conocimiento pendientes de lo que tuviera que enseñarles.

Emilia se ha quedado boquiabierta ante el relato, aun procesando la capacidad organizativa de Victorina en la sombra, su talento para la ocultación de información y el cariño tan inmenso que le ha cogido a esta mujer que siempre le pasó tan desapercibida durante los años de convivencia familiar. Si hacía tiempo que ya no tenía dudas acerca de su amistad, este gesto lo superaba todo.

Victorina se ha quedado detenida en esa amplitud de brazos tras la explicación de su regalo, esperando una reacción por parte de Emilia, pero esta es incapaz aún de pronunciar palabra. Sus pies han tomado el camino directo hacia la pizarra, avanzando entre los pupitres, deslizando suavemente por ellos las yemas de sus dedos, acariciando las vetas de la madera y dejándose impregnar aún por el olor de los lápices y los carboncillos aún suspendidos en el aire de las últimas clases de junio. Un olor que la transporta al pasado directamente, mezclados con la cola y las acuarelas de antaño, incluso puede apreciar de lejos el olor de los orines infantiles que ahora le parecen hasta dulces y reconfortantes. Como si reconociese el aroma de estar de vuelta en casa. Emilia llega hasta la pizarra donde descansan las tizas y el borrador, a los que se acerca con respeto, como quien se aproxima a un arma poderosa, con capacidad de disparar también: el pensamiento, las ideas, la creatividad. Si las armas de la guerra habían matado y cercenado las mentes de sus alumnos, ahora podía recuperar entre sus dedos la amalgama de yeso blanco capaz de unir sus neuronas de nuevo. Despacio, agarra una tiza, se la lleva delicadamente hasta la nariz y

aspira su olor seco, rotándola entre los dedos, manchándose las yemas de nuevo con placer, dejándose impregnar por el polvo blanco de la sabiduría, como solía llamarlo; tanto poder en un objeto tan pequeño, casi insulso. Y con el pulso aún tembloroso por el reencuentro entre los amantes, Emilia dirige la tiza hacia el encerado donde escribe lentamente su nombre: «Emilia Domínguez», y debajo, en letras mayúsculas —muy despacio, como si estuviera paladeando el momento, degustando cada grafía, como si tuviera miedo a equivocarse—, perfila la caligrafía más bonita y precisa que puede dibujar para transmitir el mismo amor que siente ante su futura nueva «CLASE DE LENGUA ESPAÑOLA». Y, como si tuviera miedo de despertar del sueño, se queda detenida en el instante en el que ve su nombre junto a su asignatura favorita esperando, quizá, que un golpe de viento lo borre, como en sus pesadillas; temiendo que entren los grises con borradores en vez de con armas para impedirle de nuevo transmitir su saber, que era lo único que ella atesoraba en esta vida. Pero no, no entra nadie en el aula, no se oyen tanques en la puerta, salvo quizá un poco de aire fresco que se cuela por una de las ventanas y que golpea las persianas metálicas haciéndola regresar a la realidad: que está en un aula de verdad, que no es otro de sus sueños, y que detrás de ella está su amiga, que tampoco necesita ya que la abrace, ni le dé las gracias por su hazaña, porque comprende sin palabras su emoción, que se traduce en la sonrisa temblorosa de Emilia, sostenida entre el llanto y la alegría. No suelta su tiza ni un instante. Deslizándola y puliéndola entre los dedos es consciente de su forma, afilada y pequeña, como una bala, casi igual de letal.

Y al fin es suya, de nuevo.

22

Cartas desde el exilio

Hoy las instructoras han querido dar una sorpresa a todas las niñas y han cancelado las actividades vespertinas. Tras la cena ya no habrá el clásico fuego del hogar, hoy no. Hoy es un día especial. Esta noche hay cine de verano. Las muchachas se han vuelto locas, llevan más de veinte días danzando sin parar por el bosque agotadas de actividades, y el reparto de pipas las ha despertado de su letargo y les ha devuelto el riego sanguíneo a las mejillas; ya sólo queda una semana de campamento y pronto volverán a sus hogares. A descansar, quizá, si sus padres no las ponen a cuidar de hermanos menores, abuelos, o a dar rienda suelta a las manualidades y costuras que han aprendido. La emoción de ver una película esta noche se refleja en los rostros de todas, que harán lo imposible por no sucumbir al sueño. Es cierto que podrían haber elegido un título más desenfadado, juvenil y moderno, pero las instructoras de la Sección Femenina sólo han conseguido unas bobinas en perfecto estado de *Santa Teresa de Jesús*.

Todas colaboran llevando sillas frente al muro blanco donde se va a proyectar la película, peleando por ponerse en las primeras filas sin derramar una sola pipa de sus cucuruchos. Carmen, más

discreta, ocupa un asiento en uno de los extremos de las filas intermedias mientras busca desesperada a su amiga.

—¿Habéis visto a Mencía? —repite reiteradamente sin éxito.

El proyector lanza su potente luz e ilumina la pared llenando la noche y las almas de las asistentes. Las muchachas aplauden entusiasmadas. La magia del séptimo arte. Algunas, tristemente, no han acudido al cine en su vida, vienen de rincones remotos de España, algunos de ellos tan desfavorecidos, que esta oportunidad que les brinda la Sección de aprender y disfrutar no la olvidarán en su vida. Los altavoces se llenan de poderío con los tambores y las trompetas que anuncian el comienzo de los títulos de crédito. Algunas instructoras ya piden silencio a las niñas que no callan por la emoción, mientras otras devoran ya sus pipas. La película arranca vertiginosamente agarrando las almas de todas las jovencitas cuando la Santa Inquisición aporrea la puerta del convento de clausura de las clarisas en busca de la madre priora. Seis miembros del Santo Oficio entran por la fuerza en su habitación y la someten a un duro e intenso interrogatorio que recibe de rodillas en el suelo:

> —¡Abran a la Santa Inquisición! Mírenos la madre. Díganos si es la priora de este convento de clarisas. ¿Se llama sor Anunciación de la Cruz? Por el bien de nuestra sacrosanta fe, ¿responderá con la verdad a lo que le preguntemos? Dícese que ha recibido la singular merced de la impresión de las llagas de Cristo en sus manos y sus pies. ¡Conteste la madre! ¡Diga si es cierto! Abra su alma al Santo Oficio y diga si es verdad tan señalado favor. ¡Niéguelo si es mentira! ¡Responda la madre! ¡Mírenos y responda! ¡¡¡Responda!!!

—¿Carmen? —Una de las instructoras hace botar a Carmen del susto cuando le toca el hombro—. ¿Puedes acompañarme, por

favor?

Carmen parpadea, sobrecogida aún por la secuencia del interrogatorio sin entender por qué la llaman. Junto con la instructora, abandona el patio y es dirigida hasta las oficinas de dirección donde se encuentra con un grupo de instructoras y dos miembros masculinos de Falange. En una esquina descubre a su amiga Mencía, que completa la peculiar estampa que no termina de interpretar.

—Toma asiento, Carmen, por favor —le indica Magüi, la instructora jefa.

Carmen se agarra a su cucurucho de pipas, que es lo único que ha podido transportar consigo hasta la oficina y lo retuerce al igual que lo hace su estómago. Mucho se teme que vaya a sufrir algún tipo de interrogatorio parecido al que acaban de someter a la madre priora (y que posteriormente se ha revelado como una impostora y, por tanto, detenida por la Inquisición). Carmen recorre los rostros de los presentes que la miran con cierta gravedad y lo primero que piensa es que haya fallecido un familiar y vengan a comunicárselo, pero ¿qué hacen aquí los de Falange? ¿Y por qué está Mencía?

—¿Pasa algo? ¿Le ha sucedido algo a mi familia? —se atreve a pronunciar.

Magüi despliega sobre la mesa el conjunto de cartas que ha escrito durante estas semanas, todas abiertas y requisadas, jamás enviadas, y por las que ahora parece que va a tener que responder. La instructora las empuja sutilmente hacia ella y entrecruza los dedos de las manos para hablar, torciendo el gesto y tratando de encontrar el tono más adecuado para esta situación.

—Te hemos hecho venir porque nos preocupa el contenido de las cartas que has escrito a tu familia.

Maldita sea, por eso nadie la había respondido, ninguna de sus cartas había llegado a abandonar la residencia de Rascafría, ahí estaba la primera de sus cartas, la del segundo día, la del cuarto, la del quinto. Todas. Carmen lanza una mirada inquietante a Mencía, aún no se explica qué hace su amiga ahí.

—Por lo que hemos leído, parece que hubieras venido a este campamento por la fuerza. Se desprende de tus palabras un descontento generalizado. No te engañaré cuando te digo que es algo habitual, sobre todo los primeros días, es lógico y de esperar que se eche de menos a la familia. —Magüi se toma una pausa—. Me sorprende, ciertamente, y me apena que, después de tres semanas, no estés totalmente integrada y disfrutando como el resto de las niñas.

—Nunca había estado tanto tiempo separada de mi familia —responde Carmen con un hilo de voz—. Lo siento.

Magüi asiente, sonríe incluso cariñosa, comprendiendo su desasosiego, han pasado tantos miles de jovencitas por sus manos, con sus dramas y sus pasados, que está muy entrenada en este tipo de coyunturas; ha podido ayudar e ilustrar a tantas muchachas que hasta mantiene el tipo incluso en esta ocasión tan peculiar.

—Lo que nos ha desconcertado más de tus cartas no es sólo tu falta de integración, sino tus insistentes preguntas acerca de tu abuelo…

Otra de las instructoras, Adelaida, se adelanta unos pasos para coger una de las cartas señaladas y completar el discurso.

—Un abuelo que supuestamente ha vuelto de México inesperadamente y al que por lo visto dabais por muerto, ¿no es así? —A Carmen se le retuerce el alma mientras aprieta con rabia el cucurucho de pipas que ahora se clava en la palma de su mano, porque esa es una información que sólo había compartido con Mencía y a la que es incapaz de mirar ahora—. Entendemos que tu abuelo paterno habría entrado con otra identidad porque nunca saltaron los avisos en la frontera. Sabemos que muchos exiliados se cambiaron el nombre para poder huir.

A Carmen los segundos se le hacen eternos mientras el corazón se le acelera y se va quedando paulatinamente sin respiración. Las ventanas abiertas del despacho permiten que los diálogos de la película lleguen con nitidez y llenen la estancia con su contenido, tan apropiado para este instante: la disputa por el amor de Teresa de Ahumada entre su primo y un apuesto caballero.

> —¿Buscáis algo, caballero?
> —Lo único que podía buscar es mi espada y la tengo en el cinto.
> —¿Debo tomar vuestras palabras como un desafío?
> —No, debéis tomar mis palabras como una contestación.

Carmen es incapaz de levantar la mirada de sus propias cartas en las que sabe que ha traicionado a su familia. Uno de los miembros de Falange da un paso al frente y se dirige hacia ella, sosegadamente, con una parsimonia propia de quien ha vivido esta situación en numerosas ocasiones. Lleva un cigarro entre los dedos, ya amarillentos por el exceso de nicotina, y se reclina despacio hasta acercar amenazante su rostro al de Carmen. Tranquilamente, le pega una última calada al pitillo de Bisonte y lo apaga en el cenicero,

danto pequeños toquecitos al cigarro hasta extinguir las pequeñas brasas sin despegar la mirada de la joven, sin duda porque sabe que Carmen puede deducir que, en cualquier otro momento, esos mismos cigarros acabaron en las pieles de muchos torturados, como le contaba su abuela. El hombre arranca su discurso y la peste a tabaco de su aliento hace rebotar a Carmen en su silla.

—Si lo que dices en tus cartas es cierto, y no veo motivo por el que mentirías o inventarías una historia así, tu abuelo paterno estaría vivo. Hemos comprobado en nuestros archivos su verdadera identidad, que sería la de Martín Suárez Guillén y sobre el que pesa una orden de detención como traidor a la patria aún vigente. ¿Sabías que a tu abuelo se le condenó a pena de muerte por comunista? Nunca pudo ejecutarse porque nunca se le encontró con vida. Con tu testimonio entendemos que el condenado debió huir del país y ha regresado con nombre falso. ¿Es eso cierto? ¿Qué nombre usa ahora?

> —Os advierto que mi apellido es el que lleva el dueño de esta casa.
> —Os confieso que entre mis gloriosos apellidos no cuento con ese honor.
> —¿Podéis decirme con qué derecho estáis aquí?

Las lágrimas brotan sigilosas de los ojos de Carmen incapaz de retenerlas, ¿cómo va a poder mentir ahora, inventarse otra realidad? ¿Cómo sabe ella qué figura en el pasaporte? Y qué más da si ya lo saben todo. Falange, gobierno, policía, la Social; todos. Los ha condenado a muerte: a su abuelo al paredón o al garrote vil y al resto también por encubridores. Vivirá el resto de sus días entre barrotes.

—No lo sé, no sé qué nombre pone en el pasaporte —balbucea.

—Lo que más nos sorprende —interrumpe Magüi—, es el interés que tu compañera Mencía nos ha trasladado, de convertirte en instructora de Sección Femenina. Entendemos por tanto que, interiormente, puedas repudiar esta situación de tu familia de la que tú está claro que no tienes culpa. Uno no elige a su familia, por supuesto, y puede retractarse de sus errores y elegir el camino de Dios y de José Antonio. Y si tú quieres salvarte, tienes esta oportunidad ahora. Colabora, admite ante la autoridad que todo es como dicen y podrás salvarte, Carmen; aquí tienes tu casa, aquí tienes tu hogar. Puedes empezar una nueva vida entre nosotras, lejos de la ideología que eligieron tus familiares. —Carmen levanta el rostro lleno de lágrimas y mira a Magüi con desconcierto—. Eres la elegida por doña Pilar, además. Tú nos buscaste a nosotras, tú quisiste recibir el abrazo de la Sección y sólo puedo decirte que ese abrazo sigue aquí, esperándote, y que puedes refugiarte en él. No tienes que ser víctima del pasado de tus seres queridos. O ya no tan queridos, eso depende de ti.

—Sólo tienes que confirmarnos la dirección en la que se encuentra —prosigue el falangista que sigue desprendiendo un repugnante olor a sudor y tabaco—. Es tu deber como española. —El tipo se acerca a una distancia que la violenta.

—A mí me dijo que su madre se iba a Torrejón de Ardoz y que el abuelo estaría viviendo en su casa con su padre —confirma Mencía, hasta ahora su única amiga; confesora y delatora a la vez. Carmen gira su rostro desencajado hacia ella y si las miradas matasen, Mencía se estaría desangrando en este mismo instante en el suelo, sin salvación posible.

Sin respaldo, sin defensa, rodeada, acusada, delatada y sentenciada, Carmen se enfrenta a su propio tribunal de justicia. Sin derecho a réplica, sin tortura física pero sí moral. Condenada ella misma por sus escritos, por la confianza absurda que puso en el anonimato de sus cartas, abiertas, profanadas, su intimidad violada, expuesta ante la Inquisición que podría sentenciarla o salvarla en función de su confesión, si levemente asintiese, cerrase los ojos y bajase la barbilla, daría el pistoletazo de salida a la caza, captura y muerte segura de todos sus familiares en un instante. No ha sido necesaria la paliza, ni las descargas, ni la quema de cigarros, ni la falta de agua y de alimento para obtener la información que necesitaban. El despojo humano que es Carmen ahora en la silla, agarrada a su cucurucho de pipas y el rostro tapado por su melena para ocultar la propia vergüenza que siente de sí misma, es el detonante de la llamada que se produce en directo y que le revienta el corazón sin necesidad de bala.

—Menéndez. Confirmado el objetivo. Acudan a la dirección indicada. Sí, el domicilio familiar.

El silencio agranda la herida que sangra a borbotones y la hace palidecer.

—Deténganlos a todos.

—Lo has hecho muy bien, Carmen. Era tu deber. —Sonríe Adelaida mientras Carmen se desangra, pierde el pulso—. A partir de ahora nos tienes a nosotras. Este será tu hogar. No tienes nada que temer. Aquí está tu nueva familia. Ahora tienes por delante un futuro prometedor.

Encerrada, apartada de los suyos. Por traidora, por egoísta. Arrancada para siempre por una injusticia impuesta a traición. Ahora

lo ve claro, aunque las lágrimas y su propia melena le nublen la visión, no le cubren ni emborronan la clarividencia con la que ahora entiende el discurso de su abuela Emilia. Sobre sus piernas siente el camino helado de las nieves de aquellos que atravesaron los Pirineos, el agujero de sus estómagos, los cuerpos pesados e inertes sobre sus hombros, los de los fallecidos huyendo de esta patria que también era la suya, expoliada en nombre de Dios. ¿Y este se suponía que iba a ser su nuevo refugio, su nueva patria, en el nombre del Señor? Castigando a los suyos, enaltecida por los otros por su bravura. No, no es la patria que soñó, no es el mundo que imagina. Ella no les pertenece, no es como ellos, no aspira a ese exterminio del otro. No encuentra maldad en el pensamiento y la vida de sus abuelos; ella bebió de las enseñanzas de Emilia, eran buenas, generosas, recuerda su vocación, el amor a sus alumnos. No comprende el repudio ante sus principios de igualdad, ¿en qué momento pudo cuestionarlos? Se maldice por su flaqueza, que por su rebeldía los haya mandado directamente a la picota. Y algún día ella pagará por esta traición. No habrá Falange ni Sección Femenina que impida que la justicia divina sea implacable con ella. Porque, si Dios es justo como dicen, buscará a Carmen en los rincones más ignotos de la geografía y la condenará para siempre a los infiernos.

Pero si le reza a Dios con la pureza y el arrepentimiento que ahora se agolpan en su corazón, el Señor evitará que esa pareja de policías que ahora se dirigen a su casa logre su cometido. No detendrán a su abuelo, no apresarán a su padre ni a su hermano. La divina providencia acompañará a los justos y salvará del fuego eterno a Carmen Suárez Torres, cuyos apellidos ahora siente con orgullo y gracias a los cuales reunirá el coraje suficiente para salir de ese

despacho sin condena, pero con un plan de fuga claro. No pegará ojo en toda la noche, encontrará el resquicio, la puerta abierta, la salida más oculta y el despiste oportuno para lanzarse al bosque y perderse entre la maleza y la oscuridad. Se promete a sí misma que pondrá a todos sus familiares a salvo.

Aunque sea lo último que haga.

23

Cuestión urgente

Hoy ha sido un día especialmente activo para el grupúsculo masculino en la capital. Por la mañana Armando los ha llevado a ver las obras de Torres Blancas, resaltando el desafío arquitectónico y de ingeniería que supone, un símbolo de modernidad para la ciudad y una fortuna para todos aquellos que vivan en las tripas del edificio, seguramente en un intento de sonar algo más que como el director financiero de Huarte, la empresa constructora encargada, como si Armando fuera el artífice de todo aquello, como si este constructo fuera el resultado de su desarrollo vital hasta la fecha, esperando, quizá, que su padre lo aplaudiese en la línea de meta, en una necesaria búsqueda de reconocimiento, de orgullo por su parte.

Después han recorrido la ciudad en tranvía, por eso de hacer un poco el turista en su propia ciudad, aunque han sentido que el hombre se cansa, que tose con facilidad y, aunque no lo diga, sus ojos no mienten: no es la ciudad que conoció y se siente un extraño, un extranjero, expulsado de los entornos que lo vieron crecer y que ahora pertenecen a otros. En un intento de entretener al hombre, detectan su desarraigo, su desazón, como si su ciudad se hubiera

desvanecido para siempre. La que fue sólo existe en su memoria, espacios ya colonizados por otros, más modernos, más anónimos.

Tampoco quiere ir al encuentro de antiguos conocidos porque ya no son los amigos de entonces, la vida los habrá arrollado y quiere mantener intacto el recuerdo de esas personas. Tampoco quiere que sepan de él, tener que responder preguntas que le incomoda revelar. El anonimato como *modus operandi* —«nunca sabe uno con quién se puede reencontrar y qué pensará ahora»—, explicando cuánta gente cambió de chaqueta al terminar la guerra y quizá no dudaría en pasarse por la comandancia a dejar constancia de su vuelta. Le basta con *estar* con los suyos.

Por eso Martín descansa mentalmente al saber que está a punto de llegar a casa, a relajarse de tanta actividad. No se queja, pero sí pide un minutito para poder sentarse a respirar, a calmar la tos seca que tiene y reposar los pies hinchados por el calor.

—Papá, ¿puedo ir yendo a casa? Es que me hago pis —solicita Antonio, y Armando le entrega las llaves sin saber que está condenando al chiquillo a encontrarse con los falangistas que acaban de ir en su búsqueda.

—Ahora vamos, que el abuelo tiene que parar un poquito de tanto tute —se excusa Martín, que va recuperando la respiración poco a poco mientras se afloja los calcetines.

Antonio sale corriendo y Armando se acomoda en el banco con su padre, inquieto por esa respiración ronca que manifiesta.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, preocupado.

—Estoy un poco cansado, nada más —contesta Martín ahogando una tos repentina—. Y tú, hijo, ¿estás bien? No haces más que trabajar y proponerme planes, no paras un segundo. Las veces que

uno no sabe parar es porque no quiere detenerse a pensar. ¿Puede haber algo de eso también?

Armando desvía la mirada, frente al banco, en el bar, una pareja joven se hace carantoñas, discretas, algo más evidentes que las que se profesaban las parejas de antaño, siendo ahora cada vez más libres de mostrar su amor, no como él, que tardó más de un año en besar a Amelia en los labios. Un beso que recuerda ahora y que parece acariciarle de nuevo, con su dulce calor.

—Nunca he estado tanto tiempo separado de mi mujer —pronuncia Armando al aire.

Martín respira profundamente, si alguien estuvo alejado de los suyos fue él, y dolía, y mucho. Quizá por eso Armando ha podido revelar por fin de dónde nace su desazón; sabe que su padre no le juzgará. Martín quiere pensar que el caso de su hijo es distinto, la separación es temporal, no es definitiva; circunstancial. Si fuera vital, como una muerte, una huida, esa melancolía tendría otra intensidad. Duelos de diversas envergaduras, por etapas, por días, a veces por horas.

—Quizá sea por lo muy enfadado que estás con ella, pero aún no entiendo por qué, hijo. Por lo poco que pude estar con ella, me pareció un encanto, y gracias a ella nos hemos vuelto a encontrar.

Armando reúne la fuerza para decirlo en alto.

—Por eso mismo.

Está cabreado por no haber sido él quien lo trajo de vuelta, por no haberle buscado, quizá por haber creído a su madre a pies juntillas y por haberse dejado llevar por las circunstancias de Amelia, por su impulso de volar, por su fama, su presencia televisiva, en las revistas, sus horarios, la falta de atención a su persona. Tampoco es

que él buscase una notoriedad social, ni un reconocimiento, era más bien un sentimiento de desplazamiento, una descolocación terrenal, vital, de posición, de liderazgo, que en el fondo debería repeler —porque mentalmente sabe que está mal, que no debería sentirse así —, pero que aún le agarra muy dentro, sin saber cómo soltarlo, sin saber siquiera por qué lo poseía de esa manera tan genuina, pero algo visceral lo movía a comportarse así.

—No me he portado bien con ella —revela desde ese razonamiento mental y no desde el corazón—, pero no sé muy bien por qué. Me poseyó la rabia, pero no sé de dónde nacía. —Ahora traga saliva y se prepara—. Estuve a punto de pegarla —confiesa al fin, como si tuviese delante al párroco del que necesita la absolución.

Martín entiende la gravedad del asunto, aliviado de saber que la mano de su hijo no terminó su recorrido, tratando de escuchar sin juzgar e ilustrando una realidad a través de ejemplos y casos que ha conocido en vida.

—He coincidido con muchos hombres a los que les costaba ver a su mujer como un ser completo, que no estuviera a su servicio. Creían estar por encima de sus compañeras. Cuando estuve trabajando en la Institución Libre de Enseñanza, tuvimos que *reeducar* a muchos jovencitos que venían con conceptos muy poco adecuados para nuestro ideario basado en la igualdad. Y nos esforzábamos en visibilizar el papel de la mujer, tan denostado a lo largo de la historia. Costaba mucho, te lo puedo asegurar. Y tampoco te creas que era cosa de todos los maestros. En esto tu madre y yo íbamos de la mano. Pero no todos estaban dispuestos a darle ese hueco a las mujeres, hoy en día aún menos, y eso que cada vez es

más evidente que son igual de capaces que nosotros en tantos campos, a veces incluso mejores, no nos engañemos. —Martín aguarda unos segundos y toma aire—. Madre mía, parezco ahora un político dando un discurso, perdona hijo.

—No, no, por favor sigue. —A Armando estas clases se las dio su madre, nunca en la escuela, pero quizá se le habían diluido con el paso de los años.

—Hijo, los hombres están atemorizados si se salen del camino, por si pecan de femeninos, enseguida los pueden tachar de homosexuales, mira cómo acabaron con Lorca, o si lloran, entonces se los ridiculiza, que si son como niños, o «nenazas» como dicen allá en México. Es universal y es terrible. Pero algún día podremos liberarnos de eso. Y a ti no te costará llorar si lo necesitas ni te dolerá tanto si tu mujer sale a pasear con amigas, si la entrevistan, si vuela o si es feliz trabajando fuera de casa. Espero que sea cuestión de tiempo. Y lo más triste es que para contarte todo esto debo bajar la voz si no quiero que alguien me detenga por mis ideas. Qué triste, ¿no crees?

Armando asiente tímidamente, asumiendo poco a poco sus enseñanzas.

—Vayamos a casa, allí podemos seguir charlando más tranquilos.

Carmen ha solicitado un cambio de litera y de ubicación para poder rezarle a Dios con vocación, con vistas al cielo y las estrellas porque tenía mucho de lo que arrepentirse y ninguna de las instructoras se lo ha negado, comprenden su desazón. Después se ha arrodillado frente a su nueva cama y, mientras el hilo del rezo salía de sus

labios, su mente se iba llenando de estrategias y posibilidades, de pasos a seguir. Pero no ha tenido tiempo de elucubrar demasiado, sabía que el tiempo corría en su contra.

La residencia del monasterio de Santa María del Paular sólo se levanta en una altura y eso, unido a la gimnasia de todas estas semanas, la anima a saltar por la ventana en cuanto la dejan sola. Ha metido una almohada dentro de su cama para simular que estaba acostada y ahora camina con paso acelerado hasta la puerta de salida. Aún puede oír de lejos la proyección de la película. Tiene margen. Corre veloz hasta el puente de madera que cruza el arroyo de Santa María buscando el camino hacia la salvación (si es que aún está a tiempo) con un objetivo: alguna casa remota con un teléfono, alguien con una camioneta que quiera poner rumbo a la capital para avisar a los suyos; para encontrar el perdón de Dios. Quizá por ese motivo echa a correr hacia el puente del Perdón, para encontrar el suyo propio. Ahí se detiene, para mirar hacia atrás por primera y última vez, para recuperar el aliento, para calcular bien sus pasos antes de que se den cuenta de que ha huido y salgan a por ella.

A su izquierda se abre el camino que la llevaría hasta la población de Rascafría, allí tendría más opciones de encontrar un teléfono, pero intuye que sería el primer destino al que acudirían a buscarla. Los lugareños no tardarían en avisar de su presencia, alguien dispuesto a delatarla por un par de perras gordas. Seguirá de frente, hacia el bosque. Presiente que, por la presencia de moscas y la calima que arrastra olor animal, no habrá lejos una vivienda, una granja seguramente. Tiene que haberla.

La noche se arremolina a su alrededor como una prueba más a desafiar, lejos de las escasas farolas del monasterio, hoy la luna

todavía no ha salido para alumbrar su camino. Hasta que sus ojos se adaptan a la luz que dan las estrellas, su paso es lento y temeroso, aún prudente en la huida. No deja de pensar en los suyos, imaginando la detención, recreando la escena en su mente, la sorpresa, quizá los golpes para abatirlos, el intento de su padre y de Antonio de evitarlo, los vecinos asomados a las barandillas ante el alborozo, preguntándose quién había estado viviendo realmente todos estos años tras la puerta, qué secretos habían guardado que desconocían. Aunque las lágrimas vuelven a aflorar de sus ojos, paulatinamente se va envalentonando y acelera el paso. El olor, cada vez más presente, la guía en la dirección correcta hasta la granja que había imaginado. Apenas a un kilómetro del monasterio, una tenue luz brilla en la noche y se convierte en toda su esperanza.

—Que tengan un teléfono, por Dios —pide al cielo, esta vez de verdad.

Antonio no sabe qué es mejor para su vejiga, si subir los escalones de dos en dos ejerciendo una mayor presión en el abdomen o de uno en uno corriendo como una lagartija para no hacerse pis en los pantalones. Pero cuando llega al rellano de su casa nada de eso tiene importancia, ninguna importancia, porque hay dos hombres llamando insistentemente al timbre. Dos hombres a los que nunca ha visto, que no conoce de nada. El pis y la respiración se le cortan en cuanto lo descubren observando.

—Chaval, ¿vives aquí? —El tono no es amenazante inicialmente, pero Antonio es astuto, ha nacido con este don y ha escuchado mucho a los mayores también.

—No, en el cuarto.

—¿Y qué haces ahí parado? Tira para arriba.

—Venía a ver si había vuelto mi amigo Antonio, que vive ahí. ¿Ya han llegado?

Uno de los hombres se acerca lentamente hacia él.

—¿Conoces a la familia Suárez?

—Sí, claro, bien majos que son. —Por favor, que no lleven ninguna foto de él ni que le reconozcan—. ¿Por qué los buscan? Estaban de vacaciones.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde? —insiste el segundo tipo.

Piensa rápido Antonio, ¿adónde podrías mandarlos?

—Creo que en Caborana, el pueblo de su abuelo, van todos los años. Dicen que es muy feo pero muy fresquito en verano.

—¿Caborana? No lo he oído en mi vida. —Ahora le agarra de la solapa—. ¿Y tú has visto que haya venido alguien nuevo por aquí? ¿Otro abuelito suyo quizá?

Antonio empieza a encajar las piezas y trata de no perder la voz.

—Ni idea, señor, no sé a qué se refieren, yo sólo conozco a un abuelo suyo. Y ahora que lo preguntan, ¿quiénes son ustedes y qué hacen llamando a la puerta de mi amigo?

—Nos ha salido contestón el zagal —se jacta uno de ellos—. Anda tira, vete para tu casa.

Antonio corre escaleras para arriba y sube casi de tres en tres, hasta el rellano del último piso donde contiene el aliento. Se asoma entre los barrotes hasta que ve marchar a los hombres. Se toma unos instantes para pensar en una solución a esta situación, rápida, eficaz, para evitar que se encuentren con su abuelo porque sabe que vienen a por él. Lo sabe porque tanto su abuela Emilia como su

padre le hablaron alguna vez de los registros que sufrieron, de la discreción con la que tuvieron que vivir y ahora había podido reconocer a esa policía encubierta en la mismísima puerta de su casa. Una policía de la que creía estar a salvo, como cosa del pasado, un pasado que no acababa nunca.

Debe actuar con rapidez, no puede demorarse mucho, avisar cuanto antes. Quizá hasta se hayan topado con ellos en el portal, doblando una esquina, quizá los hayan detenido ya. El terror le invade, pero no puede dejarse llevar, tiene que salir de ahí. Antonio baja de nuevo de tres en tres y sale con cautela del edificio. No corre para no delatarse, y piensa muy bien el camino que habrán tomado su padre y su abuelo por si se encuentra con ellos, girándose discretamente hacia atrás como en las películas, para detectar si lo están siguiendo y deteniéndose a cada rato, por si acaso. Y tras la esquina se da de bruces con su padre y su abuelo, asombrados al verlo tan asustado, con la respiración acelerada. Le cuesta calmarse hasta que estalla con la información.

—No podemos volver a casa —jadea Antonio—. Abuelo, te han descubierto.

Y el chiquillo, tras su acto de valentía, delega por fin la responsabilidad de la huida en los mayores. Y su vejiga, igual de gallarda y portentosa —pero adolescente, al fin y al cabo, en huidas clandestinas—, se deja vencer y se relaja sin remedio, mojando lentamente y sin freno los pantalones del joven Antonio.

El granjero apura su vaso de vino tras escuchar la historia de Carmen y lo deja sobre la mesa pegando un golpe. Su mirada

desafiante atraviesa incluso la oscuridad en la que está sumida la cocina de la granja, iluminada tenuemente por unas pocas bombillas.

—¿Y por qué habríamos de creerte? —pronuncia con voz seca.

—Vas vestida como ellas, ¿por qué tratas de engañarnos? —comenta la esposa, temblorosa.

Carmen ha relatado una cierta versión de los hechos frente a los granjeros, una familia compuesta por un matrimonio curtido por el sol y un hijo de unos veinte años, de manos recias, que tampoco le quita el ojo de encima a Carmen. Por mucho que ella argumente que ha huido, el yugo y las flechas bordadas en su camisa la delatan.

—Por favor, necesito un teléfono, necesito llamar a mi familia en Madrid.

Pero la pareja niega en silencio, ni tienen teléfono ni parece que la quieran ayudar. Se miran sin hablar, sabiendo a lo que se exponen, traduciendo su miedo en gestos, como si pudieran hablar mentalmente de las posibles represalias si ayudan a la joven falangista que dice que ha huido.

—No soy falangista se lo juro —se defiende cuando ve que el hijo tiene la mirada clavada en el símbolo—. Mis padres, mi madre, bueno, mi abuela, en fin, da igual —tartamudea—, me inscribieron como castigo. —Carmen trata por todos los medios de encontrar el mensaje que ablande su desconfianza, pero no encuentra el resquicio—. ¿A lo mejor les suena mi madre? Amelia Torres, ganó el concurso de televisión del año pasado de *La mujer ideal*, por favor, tienen que saber quién es, España entera vio ese programa. La que quería ser aviadora, seguro que les suena de algo.

—Nosotros no tenemos televisión. —El hijo habla con voz profunda por primera vez.

—También salió en todos los periódicos, la conoce todo el mundo, por favor.

Carmen se desespera aún más, como si estuviera tratando de hablar con un extranjero cuyo idioma no entiende, gesticula histéricamente pidiendo un teléfono o un transporte hasta una cabina. De pronto, el hijo toma la iniciativa.

—Yo me encargo. No os preocupéis.

Y en un gesto rápido se abalanza sobre Carmen, que es incapaz de reaccionar. La agarra con fortaleza, acostumbrado a tratar con las reses, la sostiene por los brazos, la saca de la casa y la lleva en volandas hasta el granero. Dan igual los gritos y súplicas de Carmen, sus patadas y sus razonamientos totalmente sensatos, pidiendo clemencia, pidiendo incluso que la devuelvan al monasterio. El joven deja a Carmen en el granero y sale a toda velocidad. El cerrojo cae con todo su peso sobre el portón retumbando en la soledad de la noche. Carmen no entiende esta reacción desproporcionada. Quizá esperan alguna recompensa, un precio por su cabeza, así que no deja de chillar que por favor la dejen salir, pero no hay piedad al otro lado, y Carmen se limita a golpear la madera seca hasta casi reventarse las manos. Esperando, seguramente, que las autoridades vengan a detenerla.

El timbre de la puerta sobresalta a Luis, que se ha vuelto a quedar dormido en el sofá frente al televisor viendo *Cuestión urgente*. Hoy el famoso programa de reportajes ha versado sobre «Matrimonios en

crisis» y, aunque lejos de pensar que Victorina y él lo están, ha procurado concentrarse todo lo posible y tomar nota no vaya a ser que su «exilio americano» les pase factura.

—Qué sorpresa. —Y qué ilusión, claro, tan solo como está, como para no agradecer una visita, aunque sea a altas horas.

Los Suárez han entrado en tropel en casa de Luis sin decir ni siquiera un «buenas noches, suegro». Han cerrado la puerta vertiginosamente y echado el cerrojo con un golpe seco. Después, Armando se ha acercado a la mirilla y luego ha ido corriendo hacia las ventanas que dan a la calle y el portal. Escrutando a través de los visillos, ha afirmado con contundencia:

—No nos han seguido. —Y acto seguido se ha desplomado en el sillón.

Luis se ha quedado clavado en la puerta de entrada mirando fijamente a Martín y ha preguntado con los ojos como platos:

—¿Tú sabes lo que está pasando?

Y el pobre Martín, culpable de su propio descubrimiento y persecución, indica el camino hacia el comedor donde le podrán explicar qué sucede. En el televisor, el presentador Arsenio Corsellas da paso a don Juan Coder, psicólogo especializado en matrimonios, que explica claramente cuáles son las razones por las que el amor no pasa por sus mejores momentos:

> Las causas de la ruptura y fracaso matrimonial son numerosas y complejas, cabe citar la inmadurez de uno o ambos esposos, la cual da lugar a que el amor, cuando existe, sea un amor infantil de dependencia, de posesión, en lugar de un amor de entrega y enriquecimiento mutuos. Además, los conflictos emocionales producen una distorsión de la imagen matrimonial, la cual es vista como un escape ante los propios problemas interiores. La

realidad desgraciadamente se encargará, después, de demostrar lo falso y erróneo de tal ilusión.[7]

Armando, derrotado en el sillón, se queda clavado mirando al psicólogo con marcado acento catalán. Su mirada atraviesa la pantalla como lo hacen las palabras del experto que, una vez interiorizadas y llegadas al lugar donde duelen, le hacen levantarse y apagar el televisor con virtuosa rapidez. Mientras, Luis y Martín se sientan a la mesa para proceder a las explicaciones de la inesperada visita y el terrible descubrimiento que ha hecho la Brigada Político-Social. A pesar de darle vueltas a todo tipo de conjeturas, todos han concluido en creer a Antonio y felicitado por su astucia y rapidez en reconocer y esquivar a la secreta. De no ser por ello, ahora estarían todos en el calabozo.

Nadie se explica quién ha podido dar el chivatazo o cómo han dado con su paradero, Martín no se ha visto con nadie precisamente por mantenerse a resguardo. En su pasaporte figura otro nombre, no ha podido saltar la alarma en el control de entrada del aeropuerto. Sin embargo, estas cuestiones ahora no tienen mucho sentido, zanja Armando, necesitan un plan de ocultación e incluso un plan de huida, no tienen ni ropas ni mudas, las llaves del coche quedaron en la casa. Sobre la mesa se plantean las distintas estrategias a seguir. Pero la conclusión a la que llegan no tiene mucho más misterio: han de sacar a Martín del país, no queda otra si quiere salvar la vida. Deberán ocultarlo mientras trazan un plan seguro de exilio que lo ponga a salvo. No cabe duda de que la policía registrará los domicilios de todos los allegados y conocidos. Bajo esta dictadura nada prescribe. Ya tendrán tiempo, una vez a salvo, de poner nombre y cara al delator.

Carmen se ha quedado dormida cuando oye el cerrojo abrirse e, instintivamente, se levanta de un respingo. Apenas un poco de luz se cuela entre las grietas de la madera, lo justo para que pueda agarrar la horca que había encontrado y alzarla, temblorosa, en un intento de defenderse del visitante: el hijo de los granjeros, que entra despacio, sosteniendo un farolillo en una mano y un cuenco en la otra.

—No tengas miedo por favor, te he traído algo de comer —dice el joven alargando la comida hacia Carmen.

Pero Carmen no afloja, sino todo lo contrario, se encara con el tipo y le amenaza con los dientes de la horca, envalentonada.

—Te lo dejo aquí —comenta calmado mientras se agacha a dejarlo en el suelo.

—¿Por qué me has encerrado? Necesito irme.

El chico se gira de nuevo y alarga el brazo del farolillo para observar mejor a Carmen, más bien para contemplar lo mucho que tiembla la pobrecilla, aunque sostenga el aparejo con toda la determinación de la que es capaz de hacer acopio en este momento. Después sonríe de medio lado y resopla.

—Te pido disculpas, pero mis padres… tienen mucho miedo, deberías entenderlo. Buenas noches.

El chico se aleja y con él la única posibilidad para que Carmen salga airosa de esta fuga.

—Por favor, no te vayas. Lo siento, no tendría que haberme puesto tan nerviosa antes. Pero… tienes que creerme. Lo que os dije antes era cierto. Necesito contactar con mi familia. Si no lo hago… —Carmen aún sostiene el tridente, sopesando si contarle algo más—.

Podemos hacer como que me he escapado, no se lo diré a nadie te lo juro, jamás mencionaré esta granja.

—Por carretera te encontrarían, y con esas ropas no llegarías mucho más lejos de Rascafría —sentencia—. Venga, tómate eso. Es un poco de leche con pan.

Carmen sabe que tiene razón. Baja la horca lentamente hasta dejarla en el suelo y se sienta para agarrar el cuenco de leche.

—¿Por qué me ayudas, entonces?

El joven se sienta frente a Carmen y deja el farolillo en el suelo. A diferencia de los chicos de su edad, el tipo tiene el rostro cansado de trabajar bajo el sol, el pelo algo descuidado y las uñas ennegrecidas. Parece incluso mayor de lo que es, pero en sus ojos cree ver una ternura casi infantil cuando le pregunta con inesperado interés:

—¿Es verdad eso que has dicho de que tu madre era piloto?

Carmen se queda impactada por la pregunta, de todo lo narrado, su madre vuelve a sobresalir con sus alas.

—Todo lo que os he dicho es cierto. —El joven asiente levemente, y Carmen cree encontrar un pequeño resquicio, un hilo del que tirar —. ¿Te gustan los aviones?

El joven amaga una sonrisa y con ella su frustración entera.

—Me llamo Carmen, ¿y tú?

—Juanjo.

—No hemos tenido un buen arranque. —Carmen intenta sonar cercana mientras se lleva el pan con leche a la boca, que le sabe sorprendentemente delicioso.

—El pan y la leche son nuestros, ¿no te resulta familiar? Lo llevamos cada día al monasterio. Mis padres reparten por todo Rascafría. Les he dicho que te he devuelto al monasterio. Para que

no se preocupen. Si te ayudan, podrían perder su trabajo, y seguro que algo más —comenta con seriedad.

—¿Qué significa algo más? —pregunta Carmen sin entender.

—Mi padre está sordo de un oído, y también le faltan dos dedos. No los perdió trabajando, precisamente. —Juanjo levanta la mirada, aunque la luz del farolillo es débil, es suficiente para que sus miradas se encuentren y se entiendan—. Y ahora tiene que servirles. Lo entiendes, ¿no?

Carmen asiente, sabe de lo que habla, ese miedo inicial a verbalizar los secretos de tantos, los pasados de cada familia, en especial de los represaliados, los que todavía han de callar. Por eso se adentra despacio y con tiento a compartir lo suyo primero.

—Mi abuela me contó cientos de historias terribles, creo que incluso las suavizaba porque no quería aterrorizarme. Ella no quería que se olvidaran y me decía que tenía que saberlo, que tenía que conocerlas y recordarlas. Que la gente callaba y que ese silencio nos mataría a todos en el futuro, porque la gente olvidaría el horror de la guerra y el olvido era lo que nunca permitiría que volviésemos a estar unidos. Escribía cartas para los vecinos, porque la mayoría no sabían escribir, y también les enseñaba a leer, y así se enteraba de lo que pasaba en la ciudad, en los pueblos, en las cárceles. Yo sé que ella sólo me contó una parte, pequeña, con la que yo pudiera vivir para no olvidarlo, pero…

—¿Pero? —pregunta Juanjo cuando Carmen interrumpe su relato.

A Carmen se le quiebra la voz.

—Me olvidé, lo olvidé por completo. Y por eso ahora visto estas ropas… como castigo.

Carmen rompe a llorar, culpable, impotente, y comienza a hablar consigo misma.

—Y ahora van a detener a mi abuelo, y no van a tener piedad, y lo van a matar, y es todo culpa mía, es mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa —repite golpeándose el puño en el pecho—. Por imbécil, por estúpida. —Carmen de pronto empieza a abofetearse el rostro y tirarse del pelo agresivamente, incluso a chillar hasta que Juanjo le tapa la boca y le pide que baje la voz, los van a descubrir.

—Juanjo, necesito llegar a Madrid cuanto antes. Ayúdame, por favor. Si lo haces, te juro que buscaré la manera de que puedas volar en avión. Le diré a mi madre que me salvaste. Lo hará encantada, seguro. No podrá negarse.

A Juanjo le explota el alma en ese momento. Porque claro que ha oído hablar de su madre, porque él ama los aviones y busca debajo de las piedras cualquier noticia, publicación, radionovela o revista que trate de ellos. Los ama con todo su corazón, como lo hacen todas las almas que sueñan con surcar los cielos, generalmente de forma innata, a veces aprendida, a base de ver piruetas, oír motores y oler gasóleo. En otras ocasiones es un sueño que nace del deseo de volar hacia lo desconocido, hacia lo ignoto y remoto, lo que está lejos y no asusta, cuando lo conocido se ha convertido ya en pesadilla, cuando los hedores no se quitan ni con jabón, cuando los rostros desatan odio por el hastío, cuando las palabras se han evaporado porque ya no queda nada que decir, ni aprender, porque todo es repetir. Cuando el día y la noche son tortura, es ahí cuando uno pierde el miedo a volar.

—Pero yo no tengo coche para llevarte, y andando no llegaríamos a tiempo —comenta denotando cierta emoción y nerviosismo.

—Piensa, corre, algún amigo de confianza, ¿alguien con coche? —Ahora ya es cuando Carmen sabe que está a punto de salir por esa puerta, ya sólo falta la llave que encienda el motor para despegar a toda velocidad.

—¿Es verdad que Madrid es tan bonito como dicen? —pregunta Juanjo con ilusión.

—¿No la conoces? —se asombra Carmen, como si no contemplase la posibilidad de que Juanjo nunca haya salido de su pueblo—. Es la ciudad más bonita del mundo —decreta mientras sólo piensa en la huida—. Te va a encantar.

Juanjo abre los ojos, pensando en su avión, a punto de elevarse en el cielo y levanta tímidamente las cejas.

—¿Y crees que podremos entrar con un tractor?

24

Flying sisters

Harris no ha dudado ni un segundo en llevar a las hermanas Torres hasta Reus para encontrarse con las famosas aviadoras catalanas para que prosigan con su investigación novelística. En el fondo es un romántico empedernido de la aviación, de las mujeres y de las aventuras en particular, pero también lo es de su esposa (no olvidemos que esta mujer está cumpliendo su *misión* de criar a sus hijos mientras él instruye libremente a la nueva aviadora contemporánea).

Así que ha diseñado un itinerario conveniente para todos: un viaje de larga distancia para comprobar que su pupila se maneja más allá de los alrededores de Torrejón y, una vez depositada junto con su hermana en el correspondiente aeródromo, repostará e irá a hacerle una visita sorpresa a su mujer a Torrevieja, dedicarle un par de carantoñas a los niños, poner su contador sexual a cero y finalmente salir disparado una vez soliviantado para recoger a las *flying sisters*, como cariñosamente las ha apodado, de vuelta a Madrid. *Amazing*. Ni cuando servía en el ejército le salió una operación tan impecablemente redonda.

De lo que nadie se ha percatado hasta casi el momento de subir a la avioneta es de que Marga jamás ha montado en avión y así se lo hace saber a Amelia instantes antes de tomar asiento en la cabina. Amelia es la primera en quedarse helada al no haber caído en la cuenta y se siente terriblemente mal, a la par que emocionada, por ser ella misma la que realice su bautismo, tanto a su hermana como, secretamente, a la criatura que lleva dentro.

—¿No te das cuenta? —le revela Marga—. Todo se repite. Como cuando mamá voló por primera vez embarazada de ti.

—Se me ha hecho tan cotidiano volar que me olvido que no está al alcance de cualquiera. —Amelia coloca las manos en la diminuta barriga aún inapreciable de su hermana y se agacha a susurrarle con convicción—: Vas a ser una niña, seguro que sí. Tan valiente como tu madre y como yo. Os prometo que este vuelo nunca lo olvidaréis. Y ahora sabréis por qué siempre quise volar.

Cuando vuelve a mirar a su hermana, Marga ya recoge grácilmente con la lengua la lágrima que ha brotado de uno de sus ojos.

—No me hagas llorar ahora, leches —solloza Marga.

—Venga, vamos a conocer a esas aviadoras para tu novela.

El vuelo le sirve a Marga para entender esa pasión, esa intuición que despierta las ganas de volar: la presión en el estómago, la sensación de indefensión, la ligereza de flotar, las vistas inverosímiles de imaginar ni por el alma más soñadora. En su mente se agolpan términos y sensaciones que procurará contrastar y verbalizar con las expertas —descubriendo la terminología que se emplea

profesionalmente y que nutrirán su texto: verbos como alabear, cabecear, contrarrestar o encabritarse. El vocabulario siempre inagotable para cada profesión, para cada disciplina. Un lenguaje infinito y hermoso; siempre.

El alma se le encoge al divisar los campos y ciudades desde el aire, como si un ser superior hubiese abierto el plumier, sostenido regla y cartabón y se hubiera entretenido en dibujar rectángulos y parcelas en asombrosa armonía, coloreando cada una a su antojo, combinando cantidades de un tono y otro hasta alcanzar la perfección de la obra de arte. Marga intenta sostener las emociones que se desatan por su cuerpo al planear a más de setecientos metros de altura. Siente cómo esas impresiones se transmiten a su vientre, entendiendo, casi por primera vez, el valor trascendental que tienen, en una suerte de transfusión madre-hijo no de alimento, sino de conocimiento e incluso pasión, como si su propia experiencia pudiera calar y adherirse a los huesos del ser que se está formando. ¿Sería posible que la experiencia que vivió Victorina en aquel bautismo fuera inducida a su hermana Amelia? ¿Cuánto había de la vivencia de su madre convertida en vocación en ella? ¿Acaso era todo fruto de la enseñanza de su padre llevándola a los aeródromos?

Marga se retira las discretas lágrimas que siguen aflorando de sus ojos al contemplar la belleza del mundo desde el aire, sobrevolando los montes como halcones, escrutando las cimas de las cordilleras que nunca escalarán, imaginando la vida apacible de las reses y personas que divisan a su paso, con la simpática sombra que los acompaña, alargada por el sol de la mañana. Los cientos de miles de árboles y bosques que nunca atravesarán, pero cuya hermosura llena el alma con su paleta de colores innombrable, como una

maqueta infinita. Los minúsculos vehículos y seres que discurren por el paisaje, cada uno de ellos con su propia historia, que ahora se torna insignificante en la distancia, pero que Marga imagina, preguntándose adónde irán, de qué estarán hablando o qué problemas les acechan, dimensionando su propia pequeñez en un mundo tan inmenso, que a veces tomamos por diminuto en la importancia y trascendencia que damos a nuestro particular universo.

Amelia se gira para comprobar lo que ya imaginaba: su hermana pequeña está sobrecogida por la perfección del mundo, que se muestra insondable. Y en esta exaltación emocional, Marga, por primera vez, acaricia con ternura y determinación su barriguita incipiente y acepta su presencia, su redondez, la bondad de una vida que se abre camino y que se asemeja a la de la propia naturaleza que ven sus ojos, que no necesita de la acción humana, sino que casi requiere de su inexistencia para seguir brillando y desarrollándose. Marga revisa la tensión de su cinturón de seguridad en cuanto ve la pista de aterrizaje del aeródromo de Reus, de hecho, la revisa dos veces, una por ella misma y otra por el futuro, como empezará a hacer de aquí en adelante, a pensar en dos, en una especie de inesperada bicefalia que se le acaba de instalar durante el viaje. El descenso de la avioneta es vertiginoso, pero la fortaleza y seguridad de ver a Amelia y Harris al mando la tranquiliza. Casi quiere cerrar los ojos para no ver el impacto de la aeronave contra la pista, pero ya es tarde, las ruedas rozan furiosamente contra el suelo y su cuerpo se vence hacia delante. Su respiración recupera su ritmo habitual cuando por fin la aeronave se detiene y los pilotos se giran para comprobar la reacción de su tripulante:

—*Amazing, isn't it?* —afirma Harris preguntando. Tan increíble que Marga sólo asiente con la cabeza, a pesar de ser la dotada de lenguaje en el grupo, ahora no le salen las palabras, todavía está asimilando las emociones.

La cita con las aviadoras ha sido milagrosamente fácil de coordinar gracias a la mediación de Margot y la disposición y disponibilidad de las viejas amigas cuyos rostros desconocen, pero que intuyen serán fáciles de reconocer en la cafetería del aeropuerto, donde se van a encontrar. Colocadas de forma estratégica al lado de las pistas donde pueden ver los aviones despegar y aterrizar, como si las pioneras tuvieran un foco de iluminación cinematográfica sobre la mesa en la que se han instalado, las hermanas Torres las reconocen de inmediato, por su aura, quizá por su vibración vital, como si no existiera nada más en la cafetería, por banal e intrascendente. Casi les parece un sacrilegio llegar hasta su mesa e interrumpirlas, porque sus gestos y sonrisas son un espectáculo digno de presenciar.

Sin embargo, son las aviadoras las que rompen su propia magia al percatarse de la llegada de las hermanas, paradas a unos metros, observándolas sin querer molestar. Amelia y Marga se acercan pausadamente hacia la mesa, queriendo grabar en su memoria esa lenta llegada de forma ceremoniosa, como si se tratase de un encuentro con estrellas cinematográficas. A pesar de que ninguna de las mujeres llega a los sesenta años, no parecen mucho mayores que Amelia y Marga, seguramente por esa vitalidad que recorre sus poros. Con rostros sonrientes, las reciben con un caluroso abrazo y un reconocimiento inmediato a la trayectoria de Amelia, haciéndola

sonrojar una vez más. Ella no es nadie en comparación a ellas dos, se excusa con candor.

En las retinas de Amelia y Marga se quedan para siempre los rostros de las mujeres cuyos actos heroicos sucintamente les había relatado Margot, los suficientes como para admirarlas desde aquel instante. Las hermanas están ansiosas por escucharlas de viva voz, sobre todo sus inicios y su actividad durante la guerra, pero antes se detienen a presentarse e interesarse por los avatares de las llegadas de cada una de ellas, y lo absurdo de llevar tanto tiempo sin verse.

—Aunque nos seguimos llamando por los cumpleaños y nos mandamos postales —confirma Dolors sonriendo a su eterna amiga que tanto echa de menos—. Pero la vida a veces no afloja, ¿verdad? Aunque ahora que somos abuelas, tenemos algo más de libertad —ríe irónicamente.

—Pues ya me sorprende que tuvieras tiempo de venir Lolita, que yo tengo ocho nietos y dos hijos, pero tú, querida… —Las cejas de Mari Pepa están a punto de salirse del rostro antes de terminar la frase—, ¿cuántos nietos tienes ya?

A pesar de que tener una familia numerosa no es algo fuera de lo habitual en 1967, Amelia y Marga han de sostenerse las mandíbulas para no hacer el ridículo por la sorpresa de la información: Dolors se había casado con un hombre viudo con diez hijos.

—No sé, Pepa, he perdido la cuenta, a mí me los van trayendo y al final los llamo *nen* y *nena*, así no me equivoco con los nombres —confesión que las hace reír a todas.

Pronto las mujeres se turnan para hablar y preguntar por las realidades presentes de cada una antes de zambullirse en sus pasados, como si tuvieran que calentar para entrar en ese mar de

recuerdos. Amelia les relata su avance en Torrejón y les revela la idea de una futura marcha al extranjero para poder ejercer como piloto comercial, sabiendo las aviadoras de su nulo futuro presente. Marga también les confiesa su embarazo y Amelia detecta que no lo comunica con esa pesadumbre habitual en ella, sino que ha brotado en su rostro una sonrisa de ilusión. Ambas comprenden, además, sus ganas de salir del país y criar en otro tipo de libertad, lejos de la dictadura y la tradición, y la necesidad de la escritora de ponerse a escribir cuanto antes.

—En cuanto salga de ti esa criatura, ya no serás dueña de tu tiempo nunca más —apunta Dolors, que relata cómo pasó de cuidar a sus padres al terminar la guerra a convertirse, de la noche a la mañana, en madre de diez criaturas—. *Això sí que ha estat una aventura.* Una aventura de las buenas.

Marga echa mano de su cuaderno para no perder detalle de todo lo que relatan, saltando de un tema a otro, porque tendrá que dar forma a esas anécdotas y datos biográficos. Sacando su hoja de preguntas, les solicita empezar por el principio:

—¿De dónde nacieron sus ganas de volar? —pregunta con fascinación.

Mari Pepa se ríe y se muerde el labio inferior, revelando esa niña que aún sigue viviendo en ella, esa niña adicta a las emociones y la adrenalina que irradian sus ojos azules. No duda un segundo en subirse un poco el vestido y mostrar las cicatrices, ya casi inapreciables, de sus piernas.

—Tenía siete años cuando me lancé por el balcón de mi casa a la calle, apenas sostenida por un paraguas.

Amelia y Marga aguantan la respiración: están a punto de escuchar la apasionante historia de dos de las aviadoras más fascinantes de su época.

25

Llamando a las puertas del cielo

—Yo sólo quería volar —cuenta Mari Pepa apurando su té—, así que utilicé lo único que se me ocurrió que me podría sostener. Pero las varillas del paraguas vencieron, caí al patio del vecino de la planta baja y me rompí las dos piernas. Tuve que usar una silla de ruedas durante un mes. Aunque no lo parezca fue divertido y, además, vino mucha gente a visitarme.

Era 1920 y la delicada salud de la madre de Mari Pepa, «realmente me llamo Maria Josep, aclara, pero todos me lo cambiaron rápido a Pepa», hacía que su padre la sacara a ella y a su hermano un poco más de lo habitual de casa a pasear por la Rambla de Barcelona, a cafés como Els Quatre Gats, llenos de artistas que su padre conocía —y de hecho financiaba—, como Picasso, Iturrino, Dalí o Miró. Algunos de ellos les regalaron incluso bocetos, pero la mayoría lamentablemente se perdieron en la guerra.

—El único que se salvó fue un retrato que me hizo Francisco Iturrino con cuatro años —se lamenta Mari Pepa—. De no haberlos perdido, habríamos vivido algo mejor en la posguerra, pero así es la vida. Irónicamente, mi padre se dedicó a ayudarlos y después acabó con algunos problemas financieros.

Aunque nació en Sabadell, Mari se mudó enseguida a Barcelona junto con su familia. La ciudad les ofrecía un abanico más amplio de posibilidades y aventuras vitales. Siendo ya una adolescente, un amigo suyo entró en contacto con la aviación y enseguida supo que aquel era su destino. Y así fue como Mari Pepa apareció subida en la parte trasera de una moto en el aeródromo de Canudas, en honor al piloto que fomentó su creación en los terrenos del Prat, Josep Canudas. Aquel fundador pronto apreció la devoción y pasión que mostraba Mari Pepa cada día que se acercaba a ver los biplanos de cerca y fue el primero en ofrecerle un vuelo de prueba, lo que cambiaría su vida para siempre.

A espaldas de su madre y gracias a la complicidad y fortuna de su padre —en aquel momento su negocio textil era uno de los más importantes de la Ciudad Condal—, Mari Pepa se matriculó a los pocos días de su primer vuelo en la Escuela de Aviación «Barcelona». No importaba que no cumpliese los dieciocho años reglamentarios, en octubre de 1930 empezó su curso a razón de doscientas pesetas la hora, una auténtica fortuna para la época, y se las ingeniaría para sacar el dinero de debajo de las piedras. El instructor asignado no fue otro que el que se convertiría en su futuro marido: Josep Carreras, más conocido como Jep. Aunque él se enamorase al poco tiempo de la joven, ella estaba centrada en lograr su licencia de vuelo, algo que lograría en ocho meses y sin haber cumplido aún la edad exigida, con sesenta horas de vuelo y una hazaña memorable: una travesía nocturna desde Sabadell con aterrizaje incluido. Se convertía así en la primera aviadora catalana un 19 de enero de 1931.

Apenas tres días después, el 22 de enero, Mari Pepa estuvo a punto de perder a su madre de un infarto, cuando Maria Encarnació vio la foto de su hija ocupando la totalidad de la portada del periódico *La Vanguardia.* El diario relataba con todo lujo de detalles su hazaña, su trayectoria y alababa sus habilidades aeronáuticas, descubriendo a la pobre madre que su hija llevaba meses instruyéndose a sus espaldas con el respaldo del padre. Quizá por eso el matrimonio no tardó en diluirse y los enfrentamientos entre madre e hija fueron notables, pero la determinación de Mari Pepa de ganarse la vida como aviadora terminó por convencerla. Además, su madre también valoró que aportase económicamente al hogar entonces mermado por la marcha del padre. Mari Pepa enmarcó para siempre aquella portada y también guardó la simpática fotografía que se publicó en páginas interiores en la que sostenía un paraguas roto en la mano para recordar su primer —y accidentado— bautismo de aire. Había vencido a ese paraguas: había logrado su sueño.

Marga interrumpe de repente el relato, se acaba de acordar de algo: el experimento que realizó Amelia en su niñez. Casi lo había olvidado: el de las polillas. Durante algo más de dos semanas, Amelia con apenas once años, se dedicó a cazar todas las polillas y mariposas que pudo y las guardó en un bote hasta casi llenarlo.

—Mi hermana estaba convencida de que si se untaba los brazos con su polvo echaría a volar. —Un episodio que Marga comparte rescatándolo de los años de posguerra.

—Restregué las alitas de todas ellas por mis brazos hasta hacerlos brillar. —Amelia recupera los detalles del episodio.

—¡Qué asco, por Dios! —exclama Dolors, riendo.

—En aquel momento estaba convencida de que podía volar, como los niños de Peter Pan con el polvo de Campanilla. Menos mal que no probé a saltar desde nuestro piso, vivíamos en un tercero —confiesa mirando a Mari Pepa, que ríe con compasión—. Perdón, que hemos interrumpido el relato. Acababa usted de sacarse la licencia de piloto.

—*Cert*. Pero como tú, yo también quería más: aún podía conseguir la licencia de piloto comercial, instruir a pilotos jóvenes y llevar pasajeros —un dato que ilusiona a Amelia sintiendo el paralelismo con la mítica aviadora.

Para ello, Mari Pepa tenía que realizar aún más horas de vuelo, con alto coste, así que todos se volcaron con ella para que lo consiguiera: los mecánicos necesitaban que alguien probase los aviones y siempre se lo ofrecían a ella, o realizaba vuelos para lanzar panfletos de propaganda o volaba con anuncios publicitarios. Incluso los taxistas no le cobraban la carrera hasta el aeródromo deseosos de un autógrafo suyo. Se había convertido en uno de los rostros más populares de la Ciudad Condal cuando en septiembre de 1933 logró su licencia comercial, haciendo historia al ser la primera mujer en lograrlo en España.

En este momento del relato, Amelia tuerce el gesto sin querer. Con lo aparentemente asumible que era lograr una licencia comercial en 1933 y ahora ella no tenía ni la más remota posibilidad, lo tenía incluso prohibido, forzándola a mudarse de país. ¿Cómo habían permitido tal disminución de derechos para las mujeres en estos treinta y cinco años? Mientras Amelia vive internamente esta contradicción, Mari Pepa sigue narrando cómo se ganaba su sueldo instruyendo a jóvenes pilotos y transportando pasajeros, incluso

transportaba a niños con tos ferina hasta los cielos porque decían que volar a determinada altura facilitaba la desaparición de la enfermedad.

—Llamando a las puertas del cielo —matiza Dolors recordando aquellos vuelos con nostalgia y los rostros de aquellos niños que alucinaban al subir tan alto—. Y ahí es cuando aparezco yo en esta bonita historia —comenta con una amplia sonrisa.

Mari Pepa la mira cómplice; sus ojos brillan al recordar aquella época.

—*Aquella dona, amb la seva* melena rubia al viento y sus dedos largos de pianista —recuerda Mari Pepa con cariño—. La primera vez que coincidimos ella vino a presentarse, a decirme que ella también iba a sacarse todas las licencias… Que me admirabas mucho me dijiste. *Ja veus tu.* Yo, que no había hecho nada del otro mundo.

Dolors frunce el ceño negando.

—Pero se lo estás contando mal, Mari. Nos habíamos visto antes —apunta con convicción.

—*Què dius? Quan?* —pregunta reticente Mari.

—No tienes edad para fallos de memoria, *que jo soc més gran que tu*. *>No te'n recordes?* Con lo del zepelín.

—¿Qué zepelín? ¿Cuando sobrevoló Barcelona? Pero, Lola, ahí no había empezado yo a volar.

—No, el Graf Zeppelin no, el otro, el que llegó al Aeronaval. Pero ¡si tú entraste dentro! *Collons!* Si estaba yo entre los asistentes —insiste Dolors.

—¡Ah! Vale, vale, ya, ya me acuerdo cuando dices —se disculpa Mari Pepa—. *Perdó. Cert.*

Amelia y Marga tratan de seguir su peculiar álbum de recuerdos sin perder el hilo. Marga no sabe si apuntar o dejarse fascinar.

—Disculpen, ¿qué era el Graf Zeppelin? —pregunta Marga con su bolígrafo detenido unos instantes en el aire.

—Pues un globo de estos inmensos, que luego los alemanes usaron en la guerra. Creo que era 1929; trajeron uno que surcó los cielos de Barcelona por la Exposición Universal —explica Dolors—. Pero luego vino otro, en 1932, el Oraff, y a Mari Pepa la invitaron a verlo desde dentro y los novatos pues lo vimos desde tierra firme. Allí fue cuando nos presentamos por primera vez, aunque ella no se acuerde.

—*Que sí que me'n recordo,* leñe.

—Yo sí que te recuerdo, pizpireta y joven como ninguna —continúa cariñosa Dolors—. Yo creo que ese día fue cuando yo le confesé a mi padre que también quería volar. Y él no lo dudó ni un instante, nos inscribió a mí y a mis hermanas en la Aero Popular, porque además sorteaban becas anuales para chicas…

—¿Y la vida quiso que le tocase a usted una de ellas? —deduce Amelia correctamente.

—Mi padre siempre quiso que fuéramos valientes —recuerda Dolors—. Que no tuviéramos miedo. Casi nos obligaba a subir a los árboles cuando éramos crías. Nos había hecho estudiar en el Institut de Cultura i Biblioteca Popular de la Dona, un espacio que, imagino que no conocéis, pero para la época fue muy revolucionario, fomentaba la independencia de las mujeres y ofrecía una formación enfocada a la industria y el comercio. —Información que no deja de fascinar a Marga y que recibe con cierta envidia sana—. Ilustró a

muchas mujeres catalanas de la época. También estudié piano y violonchelo en la *Escola* Municipal de Música.

Porque Lolita Vives, como muchos la conocían, no dudó en abandonar su carrera de profesora de piano para surcar los cielos como lo hacía su futura amiga, y no tardó en lograr su licencia de forma vertiginosa en 1934, en tan sólo tres meses, con veinticinco años. Después, en 1935 se convirtió en la primera aviadora en lograr el título de piloto de vuelo sin motor, aunque su licencia nunca llegó a materializarse debido al estallido de la guerra. Durante la contienda, ambas desempeñarían un papel muy relevante durante los tres años que duró.

—La carta oficial para unirme a filas llegó a nombre de mi padre —recuerda Mari Pepa—, don Mariano Colomer Luque. Me movilizaron en la milicia como parte del escuadrón militar.

—Y luego, ya en otoño, se creó la Escuela de Pilotos Militares de la Generalitat, y ahí es cuando nos convertimos en verdaderas amigas, instruyendo a jóvenes pilotos. —Dolors lo cuenta como si fuera algo absolutamente normal, común, casi sin relevancia.

Mari Pepa también comprobaba bombas, pilotaba aviones ambulancia, transportando heridos a los hospitales y lanzando octavillas en apoyo de la República durante los primeros días de la contienda.

—Yo pilotaba un DH-84 Dragon al que llamábamos Dragonambulancia —prosigue Mari Pepa—, ahí llevaba personal y suministros al frente aragonés y traía de vuelta a los heridos. *Te'n recordes que jovenets eren?* —Dolors asiente, recordando también los rostros de todos los *nens*, como ella los llamaba, que tuvieron que combatir y sacrificar sus vidas.

—Demasiado jóvenes, sí. Mari Pepa tuvo una actividad más combativa, yo en cambio me dedicaba a hacer vuelos de inspección, localizando barcos sospechosos y también de vigilancia. Yo volaba entonces un hidroavión, el Savoia-Marchetti S-32, por si lo queréis apuntar, Savoia con uve y Marchetti con dos tes, de la Aeronáutica Naval. En el Prat también controlaba la entrada y salida de aviones. Nunca estuve cerca de las bombas, yo odio todo lo militar y aún más la guerra. Tenía muchos ratos libres. Aquí la más valiente fue la Mari, ella salvó a docenas de refugiados —añade mirando con orgullo a su amiga.

Porque Mari Pepa y su futuro marido, Josep Carreras, evacuaron el mayor número posible de refugiados que pudieron al otro lado de los Pirineos, hasta que ellos mismos tuvieron que exiliarse en febrero de 1939, cuando ya no había esperanza, cuando Cataluña había caído en manos de los nacionales.

—Realizamos un último vuelo desde la playa del Estartit y nos arriesgamos llenándolo con toda la gente que pudimos salvar, muy por encima de la capacidad del avión. Necesitábamos llegar a Toulouse antes de que nos detuviesen los nacionales.

La participación de Jep y Mari Pepa en la guerra no arrojaba dudas; seguro que, si hubieran sido capturados, habrían sido detenidos y ejecutados. Hasta Queipo de Llano en sus retransmisiones llegó a decir que quería hacerse un bolso con la piel «de aquella mujer que se hacía llamar piloto».

Los rostros de todas las asistentes enmudecen ante tal información y se genera un silencio incómodo que dura unos segundos. Por suerte, Dolors no fue represaliada y pudo quedarse al cuidado de sus padres, comenta sucintamente, para después

conocer a su marido y formar su familia numerosa. No volvió a volar, se dedicó a la familia y a dar clases de piano y violonchelo y a trabajar en la consulta con su marido, lo que también la hizo muy feliz. No lo comenta con pena porque lo que más le costó fue la separación forzosa a la que tuvieron que someterse las amigas.

El exilio de Mari Pepa, por el contrario, no estuvo exento de complicaciones, pero también se llenó de aventuras emocionantes, como su inminente boda tras cruzar la frontera en la ciudad de Toulouse. Como Jep hablaba inglés con fluidez volaron al Reino Unido, donde pudieron unirse al ATA, la compañía británica de transporte aéreo auxiliar, perteneciente a la Real Fuerza Aérea británica. Ella se quedó sola en Londres, en una pequeña habitación aprendiendo el idioma y adaptándose al país, mientras Jep volaba por todo el territorio enganchando un contrato con otro. Por desgracia, pronto estalló la Segunda Guerra Mundial y de nuevo se encontraron en medio del conflicto. Y para complicar aún más las cosas, Mari se había quedado embarazada.

—Así es la vida —comenta irónicamente con una sonrisa de medio lado—, la gente tiene hijos incluso durante guerras mundiales. Gracias a nuestros contactos con lord Beaverbrook, que fue nuestro benefactor y amigo durante aquellos años —Mari Pepa se inclina hacia Marga tocándola con cariño en el antebrazo y apuntando que luego le dirá cómo se escriben todos esos nombres para su libro—, conseguimos mudarnos a Surrey, lejos de las bombas, donde me compré un perro y una bicicleta para ocupar mi tiempo mientras él estaba volando por todo el país.

—A veces una avioneta puede convertirse en algo peor que una amante —insinúa Dolors guiñando un ojo y haciéndolas reír de

nuevo—. Pero, Mari, *explica'ls això del part. Que és molt fort.*

—¿El qué? —Amelia no ha entendido esta intervención en catalán.

—Ah, nada, el día que me puse de parto. Estaba sola, claro. Podía oír los bombardeos desde mi casa, pero la naturaleza no entiende de explosiones. Cuando los niños vienen, vienen. Agarré mi bicicleta y fui desde Bookham, donde vivía, hasta una *nursing home* que llaman, una especie de residencia de ancianos convertida en hospital para todo tipo de emergencias médicas. Tuve que pedalear unos quince kilómetros…

—¡Ay, qué dolor! —exclama Amelia recordando de pronto las contracciones de parto e imaginándose en equilibrio sobre una bicicleta.

—Pero ¿tanto duele? —Este tipo de informaciones no le vienen bien a Marga ahora, precisamente.

—No sabría decirte con *exactitud* —frivoliza Dolors para destensar haciendo reír a las presentes.

Mari Pepa prosigue su relato revelando que al final, a eso de las cuatro de la mañana, nacía un precioso niño al que llamó Richard, pero menos mal que también tenían prevenido un nombre para una niña, ya que diez minutos después asomaba la cabecita Mary-Montserrat; no sabía que estaba embarazada de gemelos.

—En aquella época los niños nacían y sobrevivían de milagro. Nadie me había seguido el embarazo y yo era muy delgadita. Jamás imaginé que pudieran ser dos.

Gracias al lord, la familia entera pudo trasladarse a vivir a Epsom en Escocia, donde vivieron sus primeros años, lejos de las bombas. Pero aquello también apartó a Mari Pepa para siempre de los aviones. Con el nacimiento de sus hijos terminó su carrera

aeronáutica para siempre. Aunque por fortuna pudo trabajar un tiempo como traductora para los prisioneros italianos que eran enviados a Escocia.

—¡Joder! —Marga pega un puñetazo sobre la mesa que desconcierta a todos los comensales que tienen a su alrededor. Sus acompañantes entienden su reacción y de nuevo es Dolors la que intenta animar a la futura madre tomándola del brazo con cariño.

—*Noia*, *no et sulfuris*, es la historia que nos toca vivir. Los cuidados siempre han recaído sobre las mujeres. Pero seguro que para ti va a resultar más fácil poder escribir, pero volar… Volar es *molt complicat* cuando se tienen *nens*. ¿Quién se arriesga a morir y dejar a esos niños sin su madre?

A Amelia se le atraviesa repentinamente la saliva, incapaz de tragar, e intenta disimular su súbito ahogo dándole un trago a su bebida. Morir. Estrellarse. Hacía tiempo que no pensaba en ello, a pesar de que siempre que volaba la posibilidad estaba ahí. Salvo su aterrizaje forzoso con Daroca, su instructor, lo cierto es que nunca había vivido una experiencia cercana a la muerte; pero los pilotos morían, así era. Y todos asumían ese riesgo.

—Entonces, si ustedes dejaron de volar…, ¿qué fue de sus vidas? ¿No lo echaron de menos? —pregunta Amelia con un hilo de voz.

Las aviadoras vuelven a mirarse la una a la otra, como preguntándose y respondiéndose «¿qué le contestamos para no desanimarla?».

—Bueno, yo he vuelto a volar alguna vez —comienza Mari Pepa—. Mis hijos me han regalado algún vuelo por mi cumpleaños. También vuelo con mi marido, claro, de viaje… Al final se trata de cambiar una aventura por otra. —Mari Pepa intenta animar su relato

sabiendo que su testimonio calará hondo en el mensaje que querrá dejar por escrito Marga—. Cierto es que cambiar pañales no es tan vertiginoso como despegar, pero en mi caso decidí cambiar el cielo por la tierra y mi aeroplano por un buen coche: un Mini, que corre que te las pelas. Y me he dedicado a recoger niños, vecinos y compañeros de mis hijos y llevarlos a sus colegios por toda la ciudad. Me he convertido en una taxista casi profesional, aunque no cobro por ello.

—*La superàvia.* —«La superabuela», traduce de inmediato Dolors —. Así la llaman, no es broma, la conocen en todos los colegios del condado.

—Calla, calla, *que no t'he comptat.* —Mari le da unos toquecitos en el brazo a su amiga con emoción, su complicidad sigue siendo digna de presenciar—. Hace unos meses iba con mis nietos en el auto y me paró un tipo con una pistola.

—*Què dius!*

—Nada, necesitaba un transporte, así que se lo di.

—Pero ¿cómo es posible? ¿La paró a punta de pistola? —Marga y Amelia alucinan.

—¿Qué iba a hacer? No tenía pinta de que fuera a hacernos daño. Eso sí, mis hijos, me echaron una buena bronca. Pero como saben que yo no pierdo los nervios fácilmente… Pues estuvimos hablando de caballos y del tiempo, un tema recurrente con los ingleses. ¿Os he contado que mi hija Montse se dedica a la cría de caballos? Montar a caballo también es maravilloso. Cuando galopo, vuelvo a sentir que formo parte de un todo. Con las riendas en la mano, agarradas con fuerza, como si fuera mi nuevo volante, dirijo al caballo. Siento la fuerza del aire en mi rostro… —Mari Pepa se toma

un segundo buscando las palabras—. Y así recuerdo durante un rato las sensaciones que viví en aquellos Havilland Moth con los que aprendimos a volar…

La mirada de Mari Pepa se pierde en el infinito, en la memoria, y un sabor agridulce se apodera del aire. La pequeña burbuja de la que han formado parte todo el día las hermanas y las aviadoras se volatiliza en un instante, como quien estalla una pompa de jabón. La pequeña esfera se disipa y se llena de los sonidos propios de la cafetería del aeródromo, los motores de los aviones en la pista y las conversaciones ajenas.

La sensación del paso del tiempo también se ha relativizado, inconscientes de todas las horas que han transcurrido en la cafetería, Amelia y Marga comprueban que deberían acercarse al punto de recogida de Harris para volver a Madrid. Sienten que las amigas aún quieren estirar las horas para contarse y recordar algunos momentos que a ellas no les van a revelar porque forman parte exclusiva de su esfera privada, y está bien que así sea. Han escuchado más que suficiente. Se prometen seguir en contacto, quieren saber qué será de sus vidas en Estados Unidos, su instrucción en Torrejón. Han decidido que ya son amigas para siempre. Las invitan también a visitarlas, tanto Dolors a su piso de la calle Mallorca de Barcelona como Mari Pepa al condado de Surrey, al oeste de Londres, o quizá a Reus y Mas del Valls, donde pasan siempre las vacaciones de verano desde que obtuvieron la nacionalidad británica.

—*Quan vulguis*, el año que viene o el que queráis —propone Mari Pepa—. En mi casa siempre habrá sitio para vosotras.

—Pero ¿no tiene ningún problema para venir a España? —pregunta Marga recordando la promesa de Queipo de Llano, aunque ya no siga vivo.

—Al principio corrimos nuestros riesgos, ciertamente, pero como los niños tenían nacionalidad británica los trámites han resultado más sencillos. Tuve que renunciar a mi nacionalidad española una vez que conseguí la británica. Al menos ahora puedo venir siempre que quiero y reunirme con los míos, en mi tierra. *La meva terra.*

Marga saca de su bolso una pequeña cámara de fotos, un encuentro como este merece ser recordado para siempre. La foto no hará más que avivar, una vez revelada y positivada, la cantidad de experiencias y vivencias que hoy han relatado las aviadoras y que estremecerán siempre a las hermanas al recordarlas. Es sorprendente que ninguno de los viajeros que pulula con prisas por el aeropuerto sepa con quién se está cruzando, con periódicos bajo el brazo y revistas de actualidad que leerán en sus vuelos, nadie repara en las figuras de Mari Pepa Colomer y Dolors Vives, con sus apasionantes biografías y trayectorias. Nadie ha oído sus nombres ni sus hazañas. Pasan a su lado en la cafetería como si fueran dos señoras más a punto de embarcarse de vuelta a sus lugares de residencia. Amelia mira con estupefacción a toda esa gente que viene y va, ajena a las pilotos que acaba de conocer y cuyas historias de vida guardará muy dentro. Le gustaría tener la valentía de subirse a una de las sillas, alzar la voz, pedir que paren las máquinas de café y las parrillas y enmudecer todas las conversaciones. Solicitar que todos los ojos se posen sobre las pilotos porque ante los viajeros se encuentran dos de las mujeres más valientes del país, dos aventureras que dieron su vida por la

aeronáutica, por su país en guerra y, después, por sus familias. Que su legado debe ser recordado, que calles y plazas deberían llevar sus nombres, incluso aviones, para recordar sus hazañas. Que nadie debería olvidar sus biografías y proezas, y que cientos de flores deberían caer a su paso a medida que abandonen el aeropuerto al caer el sol.

Que ningún reconocimiento jamás les hará justicia.

26

Diente de león

El trayecto de vuelta ha sido lo bastante corto para que las hermanas apenas hayan tenido que hablar sin parecer groseras. Se han dejado abrazar por el silencio y la reflexión mientras Harris se explayaba en describir la jornada con su santa e hijos, mientras Amelia y Marga le sonreían y asentían puntualmente fingiendo interés. En realidad intentaban asimilar poco a poco el relato de las aviadoras, aún sobrecogidas. Al aterrizar, cada una de ellas había tomado rumbos diferentes manteniendo esa solemnidad adquirida por la pesadumbre. Marga se había marchado a su piso con Peter —a poner todo en papel para no olvidar nada, ni un detalle— y Amelia ha vuelto al Encinar de los Reyes con el corazón en un puño.

No puede frenar el bombardeo de emociones y escenas que proyecta su imaginación, abrumada por las vivencias que han relatado las aeronautas. Seguro que por eso no distingue a Bernie sentada, esperándola en las escaleras de su apartamento con una bandeja en las manos. Porque sus ojos no miran hacia fuera, están orientados hacia dentro. Hace días que la norteamericana se ha convertido en un rostro amable en la colonia, desde que la llevó a la base en su descapotable, Bernie ha sido muy hospitalaria con toda la

familia, y no ha dudado en acercarle algunos productos norteamericanos del *commissary*, al que los nacionales no tienen acceso, para que vaya acostumbrando el paladar.

—*Are you OK?* Pareces estar en nubes —acierta Bernie sin conseguir que Amelia aterrice de su pesadumbre.

Amelia se disculpa por su propia desidia y se hace un hueco a su lado, aún con la mirada perdida. La norteamericana no trata de desvelar qué la inquieta de inmediato, así que le ofrece cándidamente la bandeja que descansa en su regazo: tiene que cumplir con las tradiciones cinematográficas de las vecinas norteamericanas cocinando un pastel a los recién llegados, no quiere desmentir los clichés y por fin consigue que una mueca se dibuje en el rostro de Amelia.

—Tienes que ir acostumbrando a comida norteamericana, no es tan rica como española. *But, don't worry*, yo no lo he cocinado, ha sido Rosalía con mi receta, yo soy una *terrible cook* —confiesa Bernie, pero Amelia sigue consternada—. *Hey, seriously*, ¿qué te pasa? *Something wrong?*

Amelia trata de verbalizar y encontrar las palabras adecuadas que filtren sus impresiones y poner en palabras lo que le preocupa.

—El mundo está al revés, Bernie. Pero no sé por qué ni desde cuándo. Fíjate en mí, yo realmente no he hecho nada importante, ¿el qué?, ganar un concurso de televisión y aprender a volar. La gente me reconoce por la calle, sabe quién soy, me han pedido autógrafos, ¡es absurdo! Lo que yo he hecho no tiene ningún mérito. Pero después, ahí fuera, hay, ¿cuántas? Cientos, miles de heroínas que han llevado a cabo auténticas proezas y nadie sabe quiénes son, nadie las conoce y, además, luego tienen que dedicarse a sus hijos y

abandonarlo todo, adaptarse, cuidar y olvidarse de sus sueños. Y nadie las recordará, a veces incluso teniendo que dejar su país y aprender otros idiomas, empezar de cero. Solas, terriblemente solas. Olvidadas.

Bernie se contagia sin remedio por esa desidia porque la entiende, la comparte; lo sabe. Es un esquema que se perpetúa en el tiempo desde que el mundo es mundo, y no tiene fin. Por mucho que enumere nombres de mujeres *reconocidas* o *memorables* —algunas escritoras, una científica y varias cantantes—, termina la lista y aún le sobra algún dedo de las manos para seguir contando.

—Pero eso cambiará. *Things are happening in the U. S.* ¿Has oído hablar del NOW? —pregunta Bernie—. Hay una pequeña revolución en *U. S.* con las mujeres ahora. *Precisely*, con este tema. —Marga se lo ha contado, sí—. El NOW es el *National Organisation for Women* y la loca de mi hermana Penny está metida ahí. Me cuenta que se visten de brujas, van a conferencias, manifestaciones. Con mujeres de color también, *amazing*, *all kinds of women everywhere*. Se han manifestado en el concurso de Miss America, y lo sacaron por *national television* y todo. Llevan *banners, how do you say banners?* —Amelia niega, no sabe a qué se refiere—, *banners* que dicen MATRIMONIO = ESCLAVITUD y cosas por el estilo. Pelean por *abortion*. *Abortion?*

—Aborto —traduce Amelia en voz baja.

—Aborto libre, sí. Porque mueren muchas mujeres allí. *I don't know, but…* Están pasando cosas en el mundo. Yo creo que va a cambiar. Como dice Bob Dylan, *For he times they are a-changin'* —tararea—. Así que ahora cuando vayas a Estados Unidos puedes ir a estas manifestaciones y luchar tú también.

Amelia resopla, parece que quiera sacar en esa explosión de aire toda la congoja que se le está acumulando, casi desde que se acercó a aquel micrófono de Televisión Española y verbalizó que quería aprender a volar. Porque la aventura no termina, no acaba la lucha para ella tampoco. Poder marcharse, instalarse en un nuevo país, conseguir antes una escuela que le dé ingresos y le permita hacer horas, luego una invitación de una línea aérea para trabajar, tramitar el visado, acompañar a su hermana, convencer a su familia para abandonarlo todo, ¿en qué momento se complicó tanto la vida?, ¿y qué pasará con su marido? No sabe si la acompañará, ni el futuro de su suegro, ni nada, ni si su hija volverá a dirigirle la palabra o se hará de Falange. Cada noche se duerme con esa maraña de inquietudes en su mente. A veces no entiende ni cómo consigue dormirse; muchas noches no lo consigue. Echa de menos esa rutina que le daba cierta estabilidad, pero también sabe que no quiere dejar de vivir su aventura y después del relato de las aviadoras, siente que desea experimentar algo parecido y ser capaz también de vencer su miedo; hacer algo memorable de verdad. ¿Abrir caminos para las que vienen detrás? Si pudo volar, ¿podrá vencer el miedo a abandonar todo lo que ya conoce?

Bernie comprende la lógica de los miedos de Amelia y le asegura, por experiencia propia, lo poco que le durarían. Precisamente Amelia tiene ejemplos al alcance de su mano: está viviendo en una colonia donde las familias cambian de destino cada tres años, entendiendo «destino» en todo su esplendor lingüístico. Reconoce que, ciertamente, hay mujeres a las que les cuesta más adaptarse a los traslados, seguro que porque pensaban que, cuando se casaron, sus maridos se quedarían en territorio norteamericano. Al final la

mayoría de ellas se ha inventado una nueva vida, cada tres años, a veces incluso menos, y sus hijos también, aprendiendo el idioma, mezclándose y abandonando amigos y romances, con el corazón herido y recompuesto en cada nueva ubicación. Pero también, dejando amigos para toda la vida en muchas ciudades del mundo. Es la historia de los *military Brats.*

—Deberías hablar con Nicky Benjamin, su padre era militar, estuvo en dieciocho colegios distintos. Su padre trabajaba en Air Force. Vive en el 221A, *but…* no la encontrarás nunca en casa. *Ever.*

Porque su vecina no sólo participaba en la liga de bolos, hacía cerámica y jugaba al tenis y en 1960 estuvo a punto de clasificarse para entrar en el equipo olímpico de esquí. Era una de las mujeres más llamativas de Roaks, le asegura, siempre haciendo asados e invitando a todos los vecinos, para narrar sus aventuras y escuchar de los demás los países y destinos que debe visitar, y así planificar su próximo viaje. Sin embargo, Amy Nichols, del 97B, lleva un año en España y la pobre no se adapta, por mucho que la hayan invitado a unirse al grupo de esposas de militares. Eso de que Franco no le deje poner su bandera norteamericana en la puerta de su casa y estar lejos de Indiana la tiene consumida. Los Nix, los del 132D, por ejemplo, viajan a menudo para practicar el *noble* arte de cazar perdices. A Becky le ha dado por ahí, y eso que en Estados Unidos jamás había sostenido un arma, ahora es capaz de viajar con su marido hasta Francia o Portugal imitando —y desafiando si contasen el número de ejemplares, aunque ella no lo sepa— al mismísimo Caudillo; quién sabe si coincidirán algún día en una cacería. Otras mujeres trabajan en la base, en la biblioteca, en la radio, de camareras en el bar La Cita, la mujer de los Walker, por ejemplo, ha

abierto con su marido un restaurante en el centro que se llama El Chalet Suizo, y Cindy, a quien no le permiten trabajar porque es irlandesa, da clases de danza del vientre en su casa. Es más, Lisa Worsnop, que descubrió sus raíces protestantes recientemente —y a la que no le permiten practicar su religión en territorio español—, ha conseguido reunir a un grupo de fieles y, a veces, se encuentran en su casa para poder profesar su religión de forma clandestina. Y así ella se ha encontrado a sí misma y es feliz.

—*Everybody survives*, Amelia. Los tuyos también lo harán. Se inventarán una vida nueva, harán amigos. Pero entiendo que tengas miedo. —Bernie piensa por un momento—. ¿Sabes lo que es un *dandelion*? Esta flor, o plantita, con espinitas blancas que soplas y salen volando…

—Ah, sí. Diente de león.

—Es la flor que representa a los hijos de militares, porque es una planta que crece viajando, volando, dura, difícil de destruir, sobrevive siempre. A veces sola, en medio de pradera. Siempre preparada para ser arrancada, lista para volar con el viento, donde tenga que ir. Creo que es importante salir de casa, y tus hijos te darán las gracias. Cuando viajamos, aprendemos. Abrimos mente.

Amelia sonríe, esperanzada, animada por el relato de Bernie.

—¿Y crees que alguna podría ayudarme a contactar con escuelas o aerolíneas americanas? No sé ni por dónde empezar.

—*Sure!* Oh, me encanta ayudar. *Don't worry*. Déjame a mí mover eso.

—*Thank you, Bernie.* Me has hecho sentir mejor.

—*Peace is our profession!* Y ahora abres apetito con mi *banana nut-bread. Yes?* Bizcocho de plátano y nueses. —Misión cumplida,

piensa Bernie, y se lleva la mano a la sien en claro gesto militar antes de emprender el regreso a su casa y prometerle a Amelia que todo irá bien.

Amelia entra en casa con el bizcocho en las manos y Victorina adquiere rápidamente una cara de disgusto.

—Ay, hija, qué rabia, acaban de llamar Armando y papá. —Maldita sea, piensa Amelia, con las ganas que tiene de hablar con su marido.

—¿Y qué han dicho?

—Poco, un poco secos los dos, que se iban unos días a Paredes de Escalona.

—¿A Paredes? —¿Y qué demonios se les ha perdido en el pueblo de su madre?, piensa Amelia—. Pero si hace años que no vamos, estará la casa hecha un asco.

—Eso mismo les he dicho yo, pero si se quieren poner a limpiar… A lo mejor querrán enseñarle Toledo a Martín, no se me ocurre otro motivo.

—Qué raro. ¿Y Armando no quería hablar conmigo, te ha dicho si me volvería a llamar?

—No, hija, lo siento. No me ha preguntado mucho por ti. —Victorina se podría haber ahorrado esta información, amortiguar el desamor. Se da cuenta en cuanto los ojos de su hija se llenan de tristeza y cambia rápidamente de tema—. Era para que no nos preocupásemos por si llamábamos a casa y no contestaban, pero seguro que te llama pronto. Ya verás.

—¿Y de Carmen han dicho algo, ha llamado o escrito?

—Nada, hija. Seguimos sin noticias. Suerte tendrás si esa niña te vuelve a hablar después de lo que le habéis hecho. Pobrecita mía.

Victorina se marcha a la cocina dejando a Amelia doblemente preocupada. Supone que, habrán querido aprovechar estos días para llevar a su suegro a conocer Toledo, pero lo de Carmen empieza a ser alarmante. Conoce a su hija, por muy enfadada que esté con ella, tarde o temprano habría escrito.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no hemos salido todavía? —recrimina Carmen a Juanjo en cuanto este abre la puerta del granero —. ¡Se supone que íbamos a salir anoche, ¿qué hora es? ¡Está a punto de ponerse el sol! ¡Estoy muerta de sed!

Juanjo la insta a bajar la voz para poder explicarse y le entrega una botella de agua que Carmen bebe con ansia. Le explica que, justo cuando anoche fue a coger las llaves del tractor, su padre se levantó de la cama y tuvo que acostarse para no levantar sospechas. Por la mañana ha tenido que disimular y seguir trabajando hasta que se ha puesto el sol. Lo lamenta, pero no tenía otra opción.

—Pero ¿no entiendes la urgencia que tengo? ¡Tengo que salvar a mi familia! —clama envalentonada—. Se me acaba el tiempo.

—¡Escucha! Escúchame bien. —La determinación de Juanjo rebaja enseguida los humos de Carmen—. Estoy poniendo a toda mi familia en peligro por ti, ¿entiendes? Tenía que dejar todo atado. Saldremos en cuanto anochezca y mis padres se hayan acostado.

Carmen se va tranquilizando, comprendiendo que no tiene otra salida que confiar en él, esperar. Juanjo le extiende un paño con pan y algunos embutidos que Carmen devora con avidez. Nunca había estado sin comer tanto tiempo. Juanjo observa cómo pierde sus maneras civilizadas, ahora azotada por el hambre y el calor. Carmen

reacciona al verse a sí misma masticando de forma animal. Descubierta por la mirada de Juanjo, empieza a comer algo más pausada.

—He pensado en una ruta alternativa —prosigue el joven—. Viajaremos por caminos de tierra, para que no puedan interceptarnos por la carretera. Te prometo que mañana a primera hora estaremos en tu casa. —Juanjo se gira para sacar algo de un saco de rafia—. Toma, ponte esto.

Juanjo le entrega unas ropas de su madre, camisa y falda holgadas, de colores tierra, gastadas por el tiempo, el uso y el sudor. No puede pretender escapar vestida con el uniforme de fugitiva de un campamento falangista de verano. A pesar de que Carmen no se reconoce vestida de campesina, entiende que es la única manera de pasar desapercibida. Se despojará de su disfraz de la Sección Femenina para meterse en la piel de una humilde chica de campo.

—¿Te puedo pedir un último favor? —pide Carmen.

—¿Otro?

—¿Podrías llamar por teléfono a mi casa? Por favor. Quizá acercarte al pueblo, llamar desde una cabina, alguna habrá, ¿no? Sólo por saber que siguen ahí, que están bien. Que no los han detenido aún.

—Pero podría avisarles, entonces, para que puedan huir.

—Claro, pero ¿y si no te creen? —Carmen piensa—. Si les dices que llamas de mi parte deberían hacerlo.

—Entonces descubrirían que has sido tú la que lo ha delatado.

A Carmen se le atraganta la comida en ese instante y sopesa su culpabilidad, pero está empezando a detectar qué es lo vital.

—Es más importante que mi abuelo se salve. —Para su propia condena ya habrá tiempo.

—Si me creen, no haría falta ir a Madrid —sopesa Juanjo.

Carmen detecta en su voz que esa llamada podría detener su viaje, su posible vuelo en avión, su promesa de aventura. Hasta podría mandarla de nuevo para el campamento y quitarse de problemas. Pero Carmen es también una vía de salida hacia un lugar que desconoce, no es sólo por los aviones, es una luz que ilumina un pasillo de su existencia que desconocía y que le invita a explorar.

—No iba en serio. Me has prometido un vuelo en avión, y me voy a asegurar de que cumples con tu palabra —remata con media sonrisa que contagia a Carmen—. Si te devuelvo al monasterio no sé qué podrían hacer contigo. Voy a la plaza. Vístete, saldremos en cuanto vuelva.

Juanjo se marcha y deja que Carmen se cambie de ropa sumida en una congoja que no afloja. «Que estén en casa, por favor», pide al cielo una vez más.

—Nadie ha cogido el teléfono. Lo siento —sentencia Juanjo minutos más tarde, nada más volver—. Debemos salir cuanto antes.

El joven no puede evitar pensar que Carmen tiene razón, que esta gente es implacable y que han podido ser más rápidos que ellos. Carmen, en cambio, intenta atemperar sus nervios, plantear que quizá hayan podido ir al cine, a dar una vuelta, comprar un helado, todo menos esposados, en el calabozo, todo menos en un interrogatorio; pero la duda le retuerce el estómago.

—¿No te habrás equivocado al marcar? —El gesto de Juanjo evidencia que no y la apura a salir rápidamente. Ahora él también está preocupado.

El cielo ofrece ya sus primeras estrellas cuando los jóvenes salen con sigilo del granero en dirección al tractor, al que Carmen se sube con brío. Escruta el interior con la curiosidad de la primera vez: las marchas, el volante inmenso, los cristales panorámicos, un transistor colgando y el polvo depositado por toda la cubierta. Carmen se deja inundar por el olor a tierra impregnado en la tapicería y descubre el principal inconveniente.

—Sólo hay un asiento —indica con apuro.

—Tendrás que ir medio de pie, o lo compartimos. Tú misma.

Carmen niega enérgicamente e intenta ubicarse en el lateral de la cabina, tratando de evitar un contacto tan prematuro y tan intenso con su acompañante que la ruboriza con sólo pensarlo.

—Arranca, ya me las apaño —afirma contundente agarrándose a una barra de sujeción que encuentra como solución.

Juanjo se sienta y lo primero que hace es encender el transistor que cuelga de la barra y cuya música los acompañará por el camino, así se les hará más amena la noche. Después introduce la llave de contacto y la máquina cobra vida. Y es en ese rugido de motor cuando a Carmen se le viene todo encima. De pronto y sin avisar. Entre la congoja y el miedo que la asolan, Carmen se hace consciente de la fuerza, de la vibración poderosa. Súbitamente comprende lo que debió sentir su madre al subirse a un avión por primera vez. Se le agarra al estómago un nervio y unas cosquillas que descubre que le agradan, que activan todo su cuerpo, aunque la dimensión no pueda compararse con la de un avión. A pesar del

miedo, en su rostro se dibuja una sonrisa nueva que brota en ella de forma inesperada, al enfrentarse ante lo nuevo y desafiante, ante la oscuridad del bosque por el que se adentra el vehículo, sintiendo que por el camino va dejando parte de sus miedos y creencias, como si dejaran de ser suyas, despojándose de ellas a medida que avanza, resquebrajando y abandonando esa capa rígida que la cubría para quedarse desnuda, figuradamente, vulnerable. Desvía la mirada para observarse reflejada en el espejo retrovisor con las ropas de otra y que ella nunca vestiría, preguntándose cómo habría sido su vida de haber nacido en otro entorno, en otra familia con menos posibilidades y oportunidades, siendo capaz de empatizar, por una vez, con otra realidad, de sentir esa piel postiza unos instantes y, así, agradecer todos y cada uno de los pasos que la han llevado hasta este instante, al ser consciente de la suerte que ha tenido. Como si su destino hubiera estado marcado para cometer todos y cada uno de los errores que la han traído hasta aquí. Para entender por fin quién es o cómo quiere ser. Creyendo, seguramente por primera vez, en sí misma.

27

El silencio de los grillos

Si no fuera porque la guerra ya terminó hace años, pareciese que Armando es comandante del ejército de tierra y que está planificando sus próximos movimientos para pillar desprevenido al bando contrario. Volcado del todo sobre la mesa de la cocina de la casa de Paredes, escruta al detalle varios mapas del país y de Europa en los que intenta encontrar y trazar el plan de fuga perfecto: la ruta a un nuevo exilio que ponga a salvo a su padre definitivamente.

No tiene intención de quedarse por mucho tiempo, no se fía de nadie, de ningún vecino, ni de Madrid ni de Paredes, que no vaya a avisar a las autoridades. ¿Una nueva ruta por Pirineos? Su padre ya no tiene la agilidad de entonces, y duda que quiera repetir la extenuante experiencia. Fronteras y puertos estarán vigilados. Seguro que estarán al corriente de la nueva identidad que usa, no serían capaces de cruzar ningún control nacional. Baraja la opción que le ha comentado Luis de esquivar los controles de entrada en Chamartín usando los túneles paralelos que hay para la carga de los trenes. Pero después, hasta el mismo Luis se ha acordado de la intensa revisión que sufren a veces los pasajeros en los coches-cama

para rematar el viaje con un férreo control de pasaportes en Perpiñán. Quizá podrían llegar a Portugal en coche, atravesando Galicia. Alguna carretera comarcal habrá sin vigilancia que permita el acceso libre al país luso, y de ahí hasta Oporto, donde un buque lo llevaría de nuevo hasta el continente americano. Pero ¿qué carretera?

—Papa, ¿te ayudo? —Antonio consigue que su padre despegue los ojos del mapa topográfico en el que Armando está trazando algunas líneas a lápiz, rutas posibles que no encuentran una salida exitosa.

—No hijo, muchas gracias.

—He pensado que podría ir al bar y comprar unos bocadillos para cenar, ¿te parece? —Porque si tiene que esperar a que su padre tome la decisión de comer, lo lleva crudo.

—Me parece genial. —Y vuelve la vista a los mapas.

—¿Me dejas dinero?

—Claro, perdona, qué despistado. Ten, cómprate lo que quieras, unas patatas. Tómate un refresco, ¿has visto si están los Cañadilla? Siempre te llevaste bien con el pequeño.

—Ahora miro si están —contesta Antonio recogiendo el billete que le ofrece su padre—. Papá, una cosa… —Antonio carraspea, no quiere molestar, pero es evidente que está preocupado. No sólo por su abuelo, sino también por su padre. —¿Crees que va a acabar bien? —pregunta con tiento.

—¡Claro que sí! —Armando miente a su hijo como cualquier padre asustado—. No lo dudes por un momento. El abuelo va a estar bien. —Ante la congoja del pequeño adolescente, se hace consciente de lo poco que ha estado pendiente de su hijo estas semanas, centrado en su padre—. Perdóname. No… Yo no te he felicitado lo suficiente

por lo astuto que fuiste con la secreta. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. De lo atento y dispuesto que estás siempre. Te estás convirtiendo en todo un hombrecito.

Antonio se ruboriza, no se esperaba tanto reconocimiento repentino, pero efectivamente necesita que estas palabras broten de su padre, para que no sea siempre su madre la que reconforte su autoestima y su camino, que tantas veces pasa desapercibido porque siempre se comporta bien. Pero Antonio no se refiere sólo al devenir y futuro inmediato de su abuelo, sino a la totalidad de su familia, su presente y su futuro, atomizada en este momento, repartida por la geografía y distanciada como nunca, como si a un cuerpo humano le hubieran sacado los órganos y los hubieran desperdigado en distintas habitaciones, apenas conectados por unos cuantos nervios y venas que laten con pulso débil.

—Pero… ¿mamá y tú vais a estar bien? —Ahora Armando no responde con tanta inmediatez, pero intenta colocar un movimiento de afirmación en su cabeza para tranquilizarlo—. Y si se va a trabajar a Estados Unidos, ¿nosotros qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a quedar?

Armando procesa la pregunta y lo piensa unos instantes. Vuelve la vista a los mapas: en ninguno de ellos aparece el continente americano.

—No lo sé. Ahora lo que más me importa es poner al abuelo a salvo.

Antonio lo entiende, claro, aunque apenas conoce a su abuelo de estas últimas semanas y, a pesar de que le ha cogido mucho cariño y entiende la prioridad de su padre, también considera vital salvar a su familia.

—Es que, mientras veníamos hacia Paredes… A ver cómo lo digo. —A medida que Antonio empieza a hablar también va hilando sus pensamientos y deducciones, tratando de expresarse lo mejor posible y sin hacer daño—. Yo sé que la abuela nos ha contado muchas cosas de la guerra, y de la República, y que a veces se ha puesto muy pesada, y que siempre parece que está triste y enfadada. Pero… durante el viaje… pensaba que si al final, si mamá se va… no sé si nosotros querremos seguir viviendo aquí, en un país donde aún persiguen abuelitos por cosas que pasaron hace tantos años. Yo siempre he prestado atención a la abuela y la creía, claro, pero hasta ahora no me he dado cuenta de que tenía razón. Porque tú nunca cuentas nada, siempre es ella la que habla. Tú siempre dices que fue una época muy difícil, que ya pasó, que hay que olvidarlo. Pero, si me hubiera olvidado de verdad, nunca habría sospechado de esos hombres y habrían detenido al abuelo. Cuando consigamos que salga del país, ¿cómo sabes que nosotros vamos a estar a salvo? ¿O que no nos van a acusar de algo?

Armando se queda muy quieto, procesando los argumentos que Antonio tan inteligentemente ha expuesto, casi opacando los mapas de salida. Y resopla, quizá porque esto no se lo esperaba y Antonio le ha hecho dudar. Sintiendo que con su hijo ya no tiene nada que demostrar, baja la guardia, ya que podría estar en lo cierto.

—Tienes razón, hijo. Lo pensaré.

Antonio sonríe desde el quicio de la puerta, pero no de alegría, sino porque siente una fluida conversación con su padre que hace tiempo que no tenía.

—¿Dónde están los abuelos? —pregunta Armando.

—Salieron a dar una vuelta, ahora les avisaré para la cena. Voy al bar.

Antonio está a punto de marchar cuando su padre lo detiene.

—Espera. ¿Puedes acercarte?

Antonio se vuelve algo extrañado y camina despacio hacia él, mientras Armando abre pausadamente los brazos para recibirlo en un abrazo. Antonio se acopla sobre su pecho y, en ese aprieto, Armando se da cuenta de lo mucho que ha crecido, encontrándose los rostros casi a la misma altura. Un abrazo que dura más de lo habitual.

—Me da un poco de pena que te estés haciendo mayor. Para lo bueno y para lo malo, ya no eres un niño.

Antonio se separa de su pecho y mira a su padre con ternura. Al borde de la adolescencia, Armando siempre lo verá como si fuera pequeño, aunque despunten ya cuatro pelos del bigote, se vaya chocando contra el mobiliario cuando camina y pase más tiempo a solas en el baño.

—Encontraremos la salida entre todos, ya lo verás, papá.

Armando agradece la ternura y serenidad que siempre ofrece su hijo, y mientras Antonio se aleja, vuelve la vista a los mapas sobre la mesa esperando que, por arte de magia, estos le enseñen el camino a seguir.

—Lo último que esperaba era meter a nadie en problemas, y menos a mi hijo —le confiesa Martín a Luis asumiendo cómo su plan de reencuentro se ha convertido en un inesperado quebradero de cabeza para todos—. Volver después de tanto tiempo para tener que

marchar de nuevo… Yo pensaba que este país había cambiado. Por lo que contaban algunos en el D. F. la cosa estaba más tranquila, pero ya veo que esta gente no perdona. No pararán hasta derrotar a todos aquellos que no piensan como ellos.

Luis se detiene a analizar las palabras de Martín mientras siguen paseando, alejándose del pueblo por la calle José Antonio. Calla porque no tiene mucho que añadir, porque para algunos la dictadura es una dictablanda cuyos tentáculos no les alcanza, de ahí la falta de perspectiva de muchos a la hora de valorar la represión y la suma de años sin la capacidad de participar en decisiones políticas, asentados en la comodidad de no pensar, ni opinar, en la aceptación sin más. No es el caso de Luis, que siempre ha sido un hombre de letras, incluso de letra pequeña, y siempre en su contrato estuvo la cláusula de salvar a sus hijas por encima de todo, incluso de sus convicciones o principios. La supervivencia como *modus operandi*, evitando conversaciones reveladoras y faltas de honestidad, por temor al de enfrente, al que realmente nunca se conocía a fondo, del que nunca se sabía cómo pensaba o de dónde había venido, por si salía corriendo al cuartelillo a chivarse.

—Algún día eso tendrá que cambiar y aprenderemos a vivir los unos con los otros —sueña Luis—. Este país tendrá que recuperar a toda la gente buena que se fue. Incluso la que no es buena o la que piensa diferente, porque este es su lugar también. Yo me marché de Asturias muy joven y, aunque he hecho toda mi vida en la capital, la tierra siempre se echa de menos: su verdor, su humedad, las gentes. No puedo ni imaginar lo que debe ser estar tantos años fuera.

—De allá se volvió mucha gente, y otros tantos no se han adaptado, ni a las costumbres ni a las comidas ni a la realidad.

Siguen viviendo del recuerdo, siguen enfadados, esperando que alguien, en algún país, aparte a Franco de su trono para poder regresar a sus ciudades de origen, como si a alguien de fuera de España le importase lo que sucede aquí dentro. Algunos cortaron por lo sano nada más llegar y decidieron apartarse por completo de todo lo español, rehicieron sus vidas creando nuevas familias y sin mezclarse con el resto de los exiliados y otros, como yo, pues tenemos el corazón dividido por el océano, con una mitad en cada país.

Los hombres siguen conversando mientras caminan hasta el cementerio, donde ya no quedan casas ni calles que ver. A pesar de ser casi de noche, Martín se acerca a abrir la portezuela, quiere ver el camposanto por dentro. En México es una costumbre muy habitual, y eso que éste es muy pequeño, casi insignificante, ni siquiera una gran hilera de cipreses marca el camino. Luis marcha detrás, acompañando la curiosidad de su consuegro. En pleno verano apenas nadie lleva flores frescas, los pocos ramilletes brillantes que hay son de flores de tela ahora quemados y desgarrados por el sol del verano.

Martín le señala que hacía mucho tiempo que no acudía a un cementerio español, la última vez, le cuenta, fue en el entierro de su hija, sobre cuyo ataúd depositó flores blancas, crisantemos, margaritas y rosas, todas las que pudo reunir hasta agotar las existencias de la floristería, como si acaso pudiera embellecer de algún modo su dolor. La estampa seca y aséptica del cementerio de Paredes nada tiene que ver con los rituales y creencias que celebran en México. Y le relata a Luis cómo el día de los muertos las calles y camposantos se llenan de flores, calaveras, alimentos y bebidas, en

altares de colores para celebrarlos y honrarlos, sintiendo que siguen entre los vivos. Pero por mucho que se celebre la muerte como parte de la vida, Martín nunca ha podido celebrar a sus muertos en México porque allí no estaban los suyos.

—Es cuando te das cuenta de lo solo que estás, de lo lejos que han quedado todos. Con todo lo que me he perdido, y ahora me voy a tener que ir. Y no quiero irme, Luis. No quiero —confiesa con un nudo en la garganta mirando hacia las lápidas.

Luis asiente levemente, asimilando su penar, colocándose por un momento en su piel, visualizando la tesitura de escapar de nuevo, cuando parecía que todo se volvía a colocar en su sitio.

—Tendré que confiarte de nuevo a mi familia.

—¿Cómo? —Luis no parece entender y Martín procede a explicarse, pero una tos repentina lo interrumpe y lo obliga a sentarse en un banco del cementerio, con vistas a las lápidas.

—Todos estos años, te has ocupado de los míos, has ejercido de abuelo, del único abuelo. Has visto crecer a mi hijo, quien seguramente te pediría consejo como a un padre, y después viste nacer a mis nietos, los llevarías al parque, pondrías voces tontas y caminarías de la mano con ellos… Incluso te tocó lidiar con Emilia. Y ahora voy a tener que volverte a dejar solo. —Martín chasquea la lengua con honda pena y le dirige una mirada de cariño—. Tengo la sensación de que podríamos haber sido buenos amigos.

Luis se siente abrumado, no esperaba este repentino halago a algo que entendió como evidente, ser soporte de los suyos, su obligación, independientemente de quien faltase. Trabajando sin descanso y procurando a todos una vida mejor. Pensando en la cantidad de familias en las que faltan tantos abuelos, abuelas, hijos

o nietos y donde cada uno ha cumplido el papel o los papeles que les correspondían. Entiende que Martín ha vivido algo parecido con los hijos de su viuda. Padres postizos, quizá, pero padres, al fin y al cabo.

—Tu hijo siempre fue una gran compañía para mi hija. Aún recuerdo que eran unos chiquillos cuando se conocieron, la cantidad de tiempo que estuvieron haciéndose pasar por católicos tanto él como Emilia para caerles en gracia a Victorina… —Luis se ríe al recordar lo estrambótico de su suegra haciéndose la creyente—. Siempre tuvimos buena conexión. Una mujer de conversación interesante, punzante y muy ácida, me hacía reír, sacando de quicio a Victorina… Madre mía la de agarradas que tuvieron las dos estos años y ahora, míralas, viviendo juntas en el Encinar de los Reyes y nosotros aquí, de fugitivos. Cómo se ha dado la vuelta a la tortilla.

Martín se ríe de la ocurrencia, ciertamente, menudo viaje accidentado e inesperado. Nunca imaginó que Emilia lo rechazaría de tal modo a su vuelta.

—Digo yo que podréis normalizar la relación antes de que marches.

—No albergo muchas esperanzas, Luis. Emilia siempre fue muy suya, y con la edad eso sólo va a peor. Al menos poder despedirme de ella —comenta con pesadez, con la mirada perdida—. Me quedo sin conocer casi a mi nieta ni a Amelia. Me quedo con tantas ganas de poder pasar aquí más tiempo, e intentar recuperar… —ahora que lo piensa—, más bien crear algún tipo de relación. Voy a ser la figura más volátil que han tenido en su vida…

El silencio de los muertos no acompaña para suavizar la conversación, ni la realidad tan cruda. Porque así es, su aventura

tiene fecha de caducidad.

—Seguro que conseguirás volver con tu mujer y tu otra familia… Y tarde o temprano… —Luis quiere sonar esperanzador—. Franco no durará toda la vida, aunque parezca eterno… podrás regresar, dejarán de perseguirte. Allí al menos estarás a salvo.

Martín fuerza una sonrisa. Clava su mirada en los crucifijos de las lápidas, en las fotografías de los fallecidos cuyos familiares enmarcaron para la eternidad. Algunos miran sonrientes a los que los visitan, otros guardan expresiones serias que serán la única carta de presentación para aquellos que no los conocían, dejando testimonio del paso del tiempo a través de sus ropas y sus peinados ya pasados de moda. Otros aguardan la llegada del resto de la familia porque en su lápida sólo hay un nombre y dos fechas con espacio para los demás; a veces hay hasta una frase de cariño. Pero otros, sin embargo, seguirán esperando en soledad por toda la eternidad porque finalmente los suyos no murieron en su tierra, o no quisieron volver a reunirse bajo la misma tierra, aunque la sepultura estuviera ya pagada.

—Hay algo de lo que nunca se está a salvo, Luis —asevera Martín mirándolo directamente a los ojos—. Da igual el color del que se sea.

Luis siente, de pronto, un escalofrío y traga saliva, abrumado por el silencio de los muertos que yacen bajo las lápidas a los que ya sólo acompaña el sonido de los grillos recién despiertos con la noche.

28

¿Qué harías si pudieras volar?

Por mucho que el rugido del motor del tractor pudiera empoderar a Carmen a sentirse como su madre en la cabina de un avión, la velocidad ridícula a la que avanzan atravesando el oscuro bosque la está desquiciando por minutos. Sin poder comprobar el camino, sin saber adónde demonios se dirigen y ni si la ciudad aparecerá tarde o temprano frente a ellos. Prefiere no hablar, confiar y dejarse llevar por la música que suena a través del transistor colgado del techo. Las canciones del verano se suceden una tras otra acompañando el silencio incómodo en el que se han instalado nada más salir. Mari Trini y el alma que no venderá, Los Stops recordando las tres cosas por las que hay que dar gracias a Dios: salud, dinero y amor, y después Raphael, que, tras su paso por Eurovisión, no deja de encajar grandes éxitos. Ahora con su «Verano» y sus tiempos para «descansar y abandonar la gran ciudad» ameniza las tardes y noches de todos aquellos que no huyen de la justicia, de la Sección Femenina o de ellos mismos.

Carmen y Juanjo llevan ya más de veinte minutos atravesando el monte cuando la canción de los Brincos, «Nadie te quiere ya», se le agarra a Carmen por dentro. A pesar de la poca luz que entra en la

cabina proveniente de los faros del tractor, está claro que Juanjo es capaz de intuir esa congoja en su copiloto cuando la mira de reojo al ritmo de las preguntas lapidarias del tema musical.

—¿Quieres que quite la canción?

Carmen niega con la cabeza de forma enérgica, pero sí, internamente tiene serias dudas de que alguien de su familia la quiera todavía. Lo mínimo habría sido preocuparse por el silencio postal de estas semanas, ¿no? Podrían haber llamado, o escrito ellos ahora sabiendo que sus cartas nunca llegaron. ¿Acaso alguien habrá avisado a su familia de su fuga? ¿Estarán al tanto? ¿Habrán salido en su búsqueda? Quizá su madre esté ahora mismo de camino al monasterio del Paular preguntándose adónde habrá huido su niña; si es que aún quiere saber algo de ella, claro, si acaso le importa.

—¿Quieres conducir un rato? Así seguro que dejas de pensar.

La propuesta la seduce de inmediato, a ver si puede pisar un poco más el acelerador, distraerse mínimamente. Tras una sucinta explicación, Juanjo le cede el sitio con cariño a Carmen, quien instintivamente agarra el volante con fuerza, esperando, quizá, una sensación de vértigo que no llegará, acaso una vibración poderosa. Pero lo que al principio imaginaba como una sensación prodigiosa, se torna en una risa contagiosa al verse a sí misma a la carrera en un vehículo de tracción lenta cuyo avance es ridículo. Y por fin se relaja. Un rato, consigo misma, con la situación, girando el voluminoso volante y recordando cómo apenas hace un año su sueño era tener una moto, y ahora resulta que tiene un tractor.

—¿De qué te ríes? —pregunta Juanjo, risueño.

Carmen suspira. Tardaría un buen rato en explicarle cómo se fueron concatenando los acontecimientos tras el éxito televisivo de

su madre: el desvanecimiento inmediato de su deseo de tener una moto, la desaparición repentina de su primera cita con Lucas —aquel chaval que pudo haberse convertido en su primer novio—, el desplante posterior que le hizo a su grupo de amigas por no estar de su lado, su tonteo con Falange a través de Mencía o el desafío al que sometió a sus familiares con sus insolencias constantes. Pero también le hablaría de su despertar tardío, aquella tarde en la que su padre estuvo a punto de abofetear a su madre, cuando se dieron cuenta que la familia había llegado al límite. Cuando entendió que debía haber apoyado a su madre desde el principio y defenderla del abismo al que había caído su padre cuando los roles en casa se fueron desdibujando. Fue entonces cuando Carmen asumió que era responsabilidad suya haberse acoplado a la nueva realidad de su familia, que tendría que haber remado a favor del sueño de su madre, ayudando a articular una nueva realidad en casa, donde las responsabilidades se debían repartir entre todos. Y que ahora estaba pagando las consecuencias de no haber sabido quién era y que todo pasaba, posiblemente, por conducir un tractor verde a treinta y cinco kilómetros por hora por la sierra de Guadarrama para hacer por fin las cosas bien.

—Mi madre lo era todo para mí. Mi ejemplo, mi camino a seguir. Y un día ella se desvaneció… todo lo que era… Se hizo famosa y sabía lo que quería. En el fondo lo había sabido siempre y nunca lo había podido hacer. Y yo creía que quería una moto para parecer alguien y un novio porque era lo que tocaba. Ni siquiera tenía una respuesta clara cuando me preguntaban si iba a ir a la universidad.

Juanjo escucha atento su narración, imaginando esa vida tan alejada y ajena a la suya.

—Eso te pasa porque puedes elegir. Cuando naces con una azada en la mano y una ubre en la otra, no se tienen tantas dudas.

La lapidaria respuesta de Juanjo deja a Carmen sin habla, con la mirada fija en el camino de tierra.

—¿Y tú nunca has pensado en dejar la granja e irte a la ciudad? ¿O ir a la universidad…? Digo yo que a tus padres les haría… ¿ilusión?

—Mis padres lo único que quieren es que la granja quede en la familia. Como no tengo hermanos me toca quedarme al cargo, tanto de las vacas como de ellos cuando se hagan mayores. La granja era de mi abuelo y es lo único que tenemos, que ya es bastante —explica tratando de no sonar muy distante.

—Pero te encantan los aviones, no sé, podrías intentar estudiar, trabajar o pedir una beca… Vosotros los chicos lo tenéis más fácil para estudiar lo que queráis.

—Los libros han sido una gran escapatoria, sí. Mucha gente se ha ido de Rascafría porque allí no hay mucho que hacer, pero… cuando la tierra es tu vida… el cielo es sólo un sueño, Carmen. Tienes que darte cuenta de toda la suerte que tienes… ¿O tú te has quedado sin sueños ahora?

Carmen suspira y afloja un poco el acelerador instintivamente.

—Con no meter más la pata, me conformo.

—Seguro que tienes hasta un tocadiscos, chica de ciudad —A Carmen no se le escapa la ironía detrás de sus palabras, pero no quiere seguirle el juego por ahí.

—Mi padre tiene uno, sí, le gusta mucho la música, pero si lo que intentabas decir es si tengo uno para mí sola, pues no, no lo tengo, pero me dejan usar el del salón. ¿Pretendes hacerme sentir mal por

lo que tengo o dejo de tener? Yo tampoco tengo la culpa de haber nacido en la ciudad. De hecho, no sé ni cómo estoy viva, porque mi familia no se movió de Madrid durante la guerra y si no murieron bajo los obuses fue porque Dios no lo quiso, eso me dicen siempre, que muchas veces tenían que refugiarse en el metro por los bombardeos y vieron morir a mucha gente. Que yo no naciera bajo los escombros no significa que no sea capaz de darme cuenta de la suerte que tengo —culmina con determinación.

Parece que las palabras de Juanjo han despertado en Carmen una cierta firmeza, quizá hasta un poco de seguridad, para aceptar quién es.

—Ahora voy yo, chico de campo. —Carmen sigue contraatacando —. Y si de pronto todo esto que estamos haciendo sale bien, llegamos a Madrid, conseguimos poner a mi abuelo a salvo, la Falange no pone precio a mi cabeza y mi madre te puede ayudar con los aviones… —Ahora se gira hacia Juanjo y le sostiene la mirada, dispuesta a cuestionarle, pero también ocultando una feliz propuesta—. ¿Te quedarías para siempre en la granja? Dime, ¿qué harías si pudieras volar?

La cara de terror de Juanjo es instantánea.

—¡¡¡Cuidado!!! —Pero el grito llega tarde y el tractor, desviado por el giro de cabeza de Carmen, se estampa con violencia contra un roble de grandes dimensiones.

Amelia lleva un rato sentada junto al teléfono a la espera de que la telefonista ponga su conferencia con Paredes. Tiene la agenda abierta por la letra uve, en la página con los datos de «VICTORINA

SUEGRA PAREDES», con el número del bar del pueblo, esperando comunicar con su marido y acercar posiciones. El silencio en el que se ha instalado la pareja la carcome por dentro. Lleva semanas imaginando cómo sería su vida en Estados Unidos, sin Armando, lejos el uno del otro, planteándose si eso es lo que quiere realmente, si es el peaje por ser feliz, si debe dejarlo atrás, sintiendo que él es quien se aleja un poco más cada día que pasa, entendiendo que tal vez no quiera formar parte de su vida. Si tiene suerte, a lo mejor puede hablar con su hijo, quien seguramente aceptaría de mejor grado una aventura en un nuevo país. Se adaptaría porque es de naturaleza maleable, complaciente, un camaleón de las circunstancias.

Sumida en su disertación, Amelia pega un respingo en cuanto suena el teléfono y la telefonista establece la conexión con el pueblo.

Lo más mágico es localizar a Antonio precisamente en el bar cuando estaba comprando los bocadillos de la cena. La conversación salta de un tema a otro, comidas, salidas, calores veraniegos, actividades variadas con el abuelo (cuya estrategia de ocultación Antonio mantiene en secreto magníficamente), repaso de circunstancias peculiares de abuelos y abuelas y estados emocionales varios, en los que tanto madre como hijo fingen estabilidad y alegría con asombrosa maestría y cuyo intercambio de información finaliza cuando Amelia siente que ha reunido la fortaleza suficiente para preguntar por Armando.

—¿Podrías avisar a papá? ¿Crees que se podrá poner? — Esperando que el auricular no se quede colgado, abandonado, que

Armando esté localizable y que Antonio no tenga que fingir cualquier excusa porque no quiera ponerse.

—Claro, voy a casa y le aviso. Te quiero mamá. —Amelia da gracias a la vida por regalarles a Antonio, agarrándose a lo único que siente que está bien, que es estable, no voluble, y que no le supone un quebradero de cabeza constante.

La espera al aparato se hace eterna y, mientras, Amelia puede escuchar a través del auricular el jaleo del bar, el repiqueteo de los platos y los vasos, los golpes de las fichas de dominó al ser golpeadas contra la mesa, las risas y voces de los vecinos a los que intenta reconocer para hacer la demora algo más entretenida hasta que, por fin, escucha cómo alguien levanta el auricular con inquietud.

—Amelia. —Ni cariño ni mi amor ni cielo, sólo su nombre de pila, como cuando la maestra pasaba lista, sólo le ha faltado pronunciar el apellido.

—Armando —contesta de forma automática y dejando que pasen unos segundos antes de romper el silencio con cordialidad—. ¿Cómo estás?

La conversación, a diferencia de la ternura de Antonio, es seca e inexplicablemente distante por parte de él. Amelia trata de centrar el diálogo —monólogo a ratos— en su suegro: si está contento, cómo está siendo el reencuentro, de qué temas han hablado, qué lugares han visitado y de nuevo, tajante y seguro, Armando oculta los verdaderos motivos por los que están en el pueblo —sobre todo ahora en el bar delante de todos los parroquianos que podrían delatarlos—. Amelia escucha y espera a que, en algún momento, le pregunte por ella. Pero no muestra interés acerca de sus clases, ni

de su estancia en la colonia norteamericana o el estado de las abuelas, por eso ella misma se aventura a relatar, sin que él se lo pida, algunos retazos de su día a día, de sus clases y actividades, de la simpatía de Bernadette, de las entrevistas con las aviadoras republicanas para el libro de Marga, pero enseguida se da cuenta de que es un tema espinoso para Armando, que no entra en apreciaciones ni profundiza en nada. Así que Amelia deriva la conversación hacia las abuelas, explicando que su madre ha empezado a dar clases de español en el colegio a un grupo reducido de adultos, que la ve más entera, incluso preparada, para volver a verse con Martín, para perdonar quizá y empezar un nuevo tipo de relación y que no convendría demorar ese encuentro, invitándolos abiertamente a venir a verlas, a disfrutar de estar un día todos juntos, hacer una barbacoa, darles un paseo por la base, incluso jugar a los bolos o al golf, o darse un baño en la piscina. Si les apetece, mañana mismo podría gestionar los permisos de entrada. Pero nada del *American way of life* atrae a Armando y se aferra a su plan inventado de llevar a su padre a visitar Toledo, argumentando que realmente a ninguno de ellos les interesan las barbacoas, ni las hamburguesas, ni jugar a los bolos ni al golf, pero que se alegra mucho de saber que ella está *en su salsa*, dice literalmente, frustrando cualquier plan de acercamiento que Amelia hubiera previsto.

—En mi salsa —carraspea Amelia—. Vale, ya entiendo. No te preocupes, Armando, no te molesto más. Y no dejes de llevar a tu padre al puente de San Martín. —Porque ya hay que ser un santo para aguantar a un hijo tan desagradable como tú, piensa para sus

adentros—. Que las vistas son bien bonitas. Estuvimos hace unos años, ¿te acuerdas? —Cuando aún me querías, le ha faltado añadir.

—Descuida, iremos al puente de tu parte. Venga, vamos hablando.

Y cuando siente que Armando está a punto de colgar para despedirse, Amelia pega un último bocinazo.

—¡Oye, espera! No me cuelgues, dime, ¿ha llegado alguna carta de Carmen a casa en estos días? Empiezo a estar muy preocupada, me extraña mucho que no haya escrito nada. Ella no es así.

—No, no ha llegado nada. ¿Y no puedes llamar tú al campamento? Así te quedarás más tranquila. —Pues también es verdad, piensa Amelia. Mañana mismo.

—¿A ti no te preocupa, Armando?

—Seguro que está bien. Creo que ya tiene edad para saber cómo resolver su vida.

—No llores más. Carmen, por favor, no te preocupes. Se puede arreglar. —El destrozo del tractor no es demoledor, pero no podrán seguir circulando ya que parece que la transmisión se ha dañado—. La culpa ha sido mía por dejarte conducir.

—Lo siento, lo siento. Con todo lo que estás haciendo por mí. Es que no valgo para nada, ¡por Dios! ¡Ni para llevar un tractor! Debería subirme al árbol y colgarme ahora mismo. Perdóname, por favor. Por favor. —Carmen junta las manos y poco le queda para ponerse de rodillas.

Sin embargo, algo ha dicho que ha hecho que Juanjo se quede descolocado. Por su expresión, Carmen nota que está tratando de espantar algún tipo de pensamiento que le ha asaltado de repente.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho ahora?

Juanjo niega, restándole importancia. Aparta suavemente las lágrimas que caen por el rostro de Carmen y le ofrece una mano.

—Nada. Venga, no debe quedarnos mucho para llegar a Miraflores. Ahí veremos cómo hacer para llegar a Madrid.

—Pero ¿qué he dicho?

—Nada. No te preocupes, de verdad —repite echando a caminar. Carmen le sigue poco decidida e insiste, pero Juanjo no aclara—. Venga, camina, chica de ciudad rompe tractores… Decididamente el campo no es para ti.

Carmen esboza una sonrisa y lo deja estar. Pero a medida que avanzan el silencio y pesadumbre de Juanjo se le hace cuesta arriba. Carmen le para en seco e insiste. Afortunadamente ya ha salido la luna, que brilla en lo alto y permite a los jóvenes verse cara a cara con nitidez.

—Es por lo que has dicho antes… —Juanjo suspira antes de explicarse—. Mi abuelo se colgó de un árbol. Pero tú qué ibas a saber.

Juanjo vuelve a caminar con decisión y Carmen corre detrás de él para disculparse de nuevo, volviendo a enzarzarse en diatribas y casi le ruega que vuelvan a la granja, que la deje ahí en medio del bosque antes de que todo acabe peor, pero él enseguida trata de apaciguarla.

—Tranquila, yo no lo conocí —aclara—, pero es de lo poco que conseguí averiguar. Tú tienes una abuela que no ha dudado en transmitirte todo lo que sabía, lo que podía, pero a mí no. De pequeño, recuerdo a mi padre quedarse mirando con fijeza el árbol. Supongo que tendría grabada la estampa en su memoria, como si

acaso pudiera alguien olvidar una imagen así. Años después el árbol enfermó y hubo que talarlo.

Carmen sigue caminando a su lado, escuchándolo con atención y empleando apenas monosílabos y palabras de ánimo mientras asume la dureza de su relato.

—¿Y tampoco te han contado lo que pasó con el oído de tu padre o por qué le faltan dos dedos?

—Cuando acabó la guerra, mis padres eran apenas unos adolescentes, sólo sé que les quitaron casi todo, que sus tierras eran mucho más extensas. Por suerte pudieron conservar la granja. Supongo que les pegarían, que esperarían que denunciaran a alguien y no lo hicieron. Al menos no los encerraron. Pero todo esto me lo he imaginado yo. Tampoco sé si mi abuelo se colgó porque no tenía casi para dar de comer a su familia, por haber denunciado a alguien, o si fue alguien quien lo denunció a él.

—Y tu abuela se quedó sola, imagino.

—Tampoco la llegué a conocer. Sólo he visto una foto de ellos, muy serios, una foto que sigue en el salón y que es el único testimonio que demuestra que mis abuelos existieron, poco más. Mi padre tenía varios hermanos y entre ellos sacaron la granja adelante, alguno de mis tíos se fue, otro murió… En mi casa no se habla de nada de eso. Y por parte de la familia de mi madre tampoco, aunque ella viene de otro pueblo, Buitrago. Es como si pretendieran que la guerra no hubiera existido.

—¿Y tú no has preguntado alguna vez?

—Y me han callado de inmediato. Alguna vez traté de rebuscar por casa algo de información y encontré algunos libros dedicados, creo que mi abuelo luchó con un médico famoso en Rascafría, Gonzalo

Pando se llamaba, pero no he averiguado mucho más, que era un buen hombre, un buen médico, que enseñó a las gentes a leer… es posible que entre sus alumnos estuviera mi abuelo y le regalara esos libros. Creo que lo mataron en la guerra… No sé mucho más.

—Y de la historia de tu madre, ¿qué sabes?

—Es una mujer llena de miedos. Y tampoco sé mucho de su historia. Se fue de Buitrago buscando trabajo. No pudo tener más hijos que yo, supongo que por eso no quiere que me vaya de la granja, claro.

—Pero eso no es culpa tuya. Si hubieras tenido hermanos, a lo mejor sí que podrías haberte ido a estudiar fuera… a la ciudad, aunque no… no te he preguntado cuántos años tienes.

—Tengo veintiuno, y por mucho que yo quiera salir, pues… mi destino está bastante escrito. ¿Tú cuántos tienes?

—Casi diecisiete. Entonces me vas a decir que te encantan los aviones porque estás decidido a quedarte en la granja, ¿no?

Juanjo para en seco y se aproxima a Carmen, clavando su mirada serena en sus ojos atemorizados, pero a la vez envalentonados.

—Me conformo con acompañarte en esta aventura. —Juanjo respira muy cerca de su rostro y, de repente, se gira y señala a lo lejos—. Mira, chica de ciudad, allí está Miraflores.

A lo lejos, algunas luces titilan en medio de la noche, anunciando que han llegado a una nueva población. Carmen aguanta la respiración, y no es sólo porque espera que por fin puedan encontrar una salida rápida hacia la ciudad, sino porque Juanjo se ha quedado muy cerca de ella, mirándola, y ella está tratando de entender qué es ese hormigueo que la ha asaltado, que recorre todo su cuerpo, y que la hace sentir tremendamente vulnerable.

—Hija, ¿qué te pasa? Cuéntaselo a tu madre que, aunque sea una anciana con un pie lejos de la tumba, todavía sé reconocer un mal de amores. —Y es que Amelia no ha pronunciado palabra desde que colgó con Armando. Lleva unos cinco minutos con la mirada perdida dándole vueltas a una manzanilla mientras Victorina da cuenta del bizcocho que les ha regalado Bernie.

—¿Otro desplante de mi querido hijo? —interrumpe Emilia metiendo los dedos en el bollo y robando también un pellizco—. Desde que llegó su padre, se le ha olvidado hasta de quién lo crio. Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me llama. Y no digo que no esté enfadado conmigo también, que lo estará, pero… vamos… —Emilia se atiza repetidamente en el rostro con el dorso de la mano—. Que con lo que has tenido que aguantar tú todos estos años, qué menos que llamar o interesarse un poco por su mujer.

Amelia recibe sus palabras con ternura, pero hace tiempo que Armando está desconocido, desorientado, sus reproches y desplantes empiezan a ser tan ofensivos que Amelia teme seriamente por su futuro.

—Mira, hija mía, yo entiendo que lo de tu concurso y lo de echar a volar nos pilló a todas de nuevas, a mí la primera —argumenta Victorina mientras rasca un poco más de bizcocho—. Pero a lo mejor esto ha ido demasiado lejos, cariño, y tendrás que valorar si quieres que todo reviente por los aires. Que no está bien que marido y mujer estén al borde de la separación. A mí, sé que me vas a llamar anticuada, pero un hombre cuando no encuentra en casa lo que necesita, lo acaba encontrando fuera. —Victorina está a punto de mirar a su consuegra para que le siga la corriente, pero se da

cuenta, en cuanto ve su cara de reproche, que ha metido la pata hasta el fondo.

—Pues a mí me vas a perdonar, Vito, pero no estoy nada de acuerdo contigo y pensaba yo que todo esto lo habíamos aclarado ya durante tu instrucción emocional los últimos meses, que lo mío me ha costado. La niña tenía todo el derecho a ponerse a volar, que para eso se ganó su cheque del concurso, y mi hijo tendría que haberlo asumido, aceptado y haberse acoplado. Y si ahora resulta que la pobre tiene que irse con los americanos para poder trabajar, pues que se vaya, ¿no prospera mucha gente lejos de este país? La culpa fue nuestra por no habernos ido a tiempo —zanja Emilia.

—Bueno, a ti ahora al menos los extranjeros te han dado la oportunidad de rehacer todo lo que no hiciste, ¿eh? —sugiere Victorina aguzando la mirada—. Que no lo digo sólo por las clases de español que estás dando.

—¿Qué insinúas?

Victorina ladea la cabeza y esboza una sonrisa picarona.

—Me vas a decir que no te has dado cuenta…

Amelia mira a una abuela y otra tratando de entender.

—¿No se lo vas a contar a Amelia? —pregunta Victorina.

—¿El qué?

—Lo de James.

—¿Qué James?

—Que te hace ojitos.

—Pero ¡qué ojitos ni que ocho cuartos! —reprocha Emilia.

—Si está todo el día con la mano levantada, dando la respuesta, que el tipo se nota que está entregado al conocimiento de la lengua castellana, que apenas deja participar a los demás. ¿Por qué será?

Amelia sigue descolocada.

—Pero ¿qué sugieres, mamá, que al tal James le gusta Emilia?

—Vamos, no me cabe la menor duda. Blanco y en botella. Bueno, blanco no. Todo menos blanco.

—Ay, por Dios, Victorina, de verdad. —Emilia da hasta un golpe en la mesa—. Qué falta de respeto.

—Estáis muy mal vosotras dos y me vais a volver loca a mí —clama Amelia alucinando.

—Yo lo único que digo es que, a lo mejor, Emilia, para que termines ya de vengarte del todo de Martín, pues que deberías… tener un romance y ya sellamos la paz y santas pascuas. ¿No crees? Que a lo mejor un poco de ganas de volver a mi casa o irme a mi pueblo sí que me han entrado, estoy un poco saturada de salsa barbacoa.

—Olvídate de eso, Victorina. No va a pasar —concluye Emilia tajante.

—¿Dejar de tomar salsa barbacoa?

—¡No! Algún tipo de historia con James —responde enérgicamente.

—Ah, me vas a decir ahora que a ti no te atrae un poco, ¿eh? Si estás todo el día acercándote a su mesa a corregirle. Si hasta he notado que te perfumas más y sales a la terracilla esta que tenemos a ver si pasa por delante. ¿O es que tienes reservas? Con lo liberal que has sido tú siempre, ahora te va a parecer raro tener una cita.

—Pero ¿qué raro, qué reservas, pero de qué romance estás hablando? —Emilia bulle por dentro y alza la voz estrepitosamente —. Alcahueta, celestina, trotaconventos, chismosa, yo no tengo edad para tus tejemanejes.

—¿Ahora eres tú la que no tienes edad para disfrutar de tu cuerpo serrano?

—¿Qué me he perdido? —Amelia no sale de su asombro—. Pero ¿este James trabaja en la base?

—Claro, hija, no me he enterado bien si en algo de administración o en el *commissary* ese de la base. Es muy majo, a veces nos trae botes de sopas y conservas americanas que no hay quien se las coma. Yo lo único que digo es que le dé una oportunidad y a Emilia se le quite el resquemor que tiene. Y tú, hija mía, a lo mejor deberías hacer lo mismo para recuperar a tu marido. Los celos siempre han sido un arma infalible, conmigo ha funcionado. Cuarenta años llevo al lado de tu padre sin moverme de su lado, y nunca he sabido si le he atraído más yo o un tren de mercancías.

Amelia intenta encajar la propuesta amorosa entre proclamas políticas y sociales no tan propias de su madre, sin entender cuál es problema de tener una cita con el tal James.

—Ningún problema hija, yo no le veo ningún problema, será Emilia. Porque yo soy una mujer moderna y tolerante. Abierta al mundo y a las culturas.

Emilia mira fijamente a Amelia y contesta con hastío.

—Lo que tu madre quiere decir es que James es negro.

—*Afroamerican!* —matiza Victorina en perfecto inglés y alzando su eterno dedo índice.

—Negro —repite Amelia.

—Como el carbón, hija mía.

29

Cortar las alas

Carmen no recuerda haberse quedado dormida. Juanjo sólo le dijo que lo esperase un rato mientras hacía una ronda por el pueblo y ahora es él quien la despierta divertido frotándole la nariz con una pluma de gallina, haciendo que se le contraiga el rostro y obligándola a rascarse la nariz.

—No me habías dicho que roncabas. —Eso sí que hace a Carmen despertar de sopetón—. Es broma, mujer. Te hacía falta dormir.

Es posible que Carmen hasta haya descansado más que cualquier otro día en la litera del campamento. Extrañada, pregunta si ha pasado la noche sola, pero no, Juanjo también ha dormido con un ojo abierto. Carmen recuerda enseguida lo del tractor, como si acaso hubiera podido ser un sueño —pesadilla concretamente—, y vuelve a pedir disculpas. Ahora más que preocuparse por la máquina pregunta por los padres de él, estarán preocupados, por la falta del hijo y del tractor. Juanjo la tranquiliza enseguida, dejó una nota, aunque le caerá una buena bronca que recibirá con entereza. Pero ahora no es momento de pensar en esto, sino de salir cuanto antes para Madrid. La gran novedad es que ha localizado una moto. Está

en un callejón donde podría intentar arrancarla sin que nadie le vea. Y, además, ha traído unos higos recién cogidos para desayunar.

—Te rompo el tractor, te arranco de tu casa, y encima me traes higos para desayunar, ¿qué está pasando? No entiendo que no me odies. —Carmen está nerviosa, porque Juanjo está a su lado, y piensa que ha dormido junto a él, y que no hace más que espantarlo como si fuera lo único que sabe hacer.

—Quizá haya un motivo por el que te he traído higos… y vaya a robar una moto por ti… y tenga que… —Juanjo se acerca peligrosamente hacia Carmen y su corazón empieza a bombear más rápido de lo normal, ¿va a pasar?, ¿la va a besar además? Sin avisar, ¿después incluso de arruinarle la vida? —Tengo que darte una mala noticia: hay algunos carteles por el pueblo… Y no te lo vas a creer, pero… juraría que llevan tu cara.

—¡¿Cómo?!

Juanjo saca del bolsillo una de las octavillas que ha arrancado por la calle. Es un retrato de Carmen que reproduce fielmente la fotografía de la portada de *Teresa*, con su nombre y apellidos y un reclamo para avisar a la Guardia Civil. DESAPARECIDA, reza el cartel en mayúsculas. La respiración de Carmen se acelera. Entonces habrán avisado a su familia, ¿o es que la Sección pretende encontrarla antes de avisarlos? ¿Cómo la están buscando? ¿Por las carreteras, por el bosque? ¿Se darían cuenta nada más terminar la película? ¿Avisaron a las autoridades de inmediato? ¿Qué sabe su familia? Sería raro no haberlos avisado, pero… a lo mejor no lo han hecho porque precisamente siguen buscando a su abuelo, pero avisarlos, por otro lado, ayudaría a dar con sus familiares y localizar al abuelo. Si encima les habrá venido bien que se escape. Se maldice por ello, no

ha hecho más que acelerar la persecución y encima estarán todos muy preocupados, pero ¿quién lo puede saber? Carmen levanta el rostro, cientos de preguntas sin respuesta; implorando una salida, esperando que Juanjo haya pensado en una escapatoria.

—Ten, he encontrado esto. —Juanjo le entrega unas tijeras de podar oxidadas—. Deberías cortarte el pelo, al menos así pasarás más desapercibida.

Carmen observa las tijeras que ahora parecen un arma amenazante.

—¿De verdad crees que hace falta? —pregunta con un hilo de voz.

Juanjo se encoge de hombros, no sabe la magnitud del riesgo que corren, pero… ¿por qué arriesgarse? Carmen agarra las tijeras y las observa con detenimiento: sucias, con restos de savia y tierra restregados por las hojas. A punto de cortarse el pelo como una salvaje, la herramienta asoma como una salvación, un salvoconducto. Acaricia su melena despacio, a la altura de los hombros, en un ademán que suena a despedida.

—¿Quieres que lo haga yo? No soy un experto, pero he practicado con algunas ovejas. —Una vez más, Juanjo la hace reír—. Volverá a crecer. Lo importante es que salgamos antes de que salga el sol.

Carmen asiente y lentamente se gira para darle la espalda, así cuando oiga el filo de las cuchillas juntarse al seccionar sus mechones, él no la verá llorar.

Victorina sacude con cariño a Amelia, no es habitual que duerma hasta tan tarde, y la urgencia en el rostro de su madre la espabila rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Hija, yo sabía que daba buenos consejos, pero nunca te los habías tomado al pie de la letra tan rápido. —Amelia entrecierra los ojos, ¿a qué se refiere?—. Ha venido un chico, con muy buena planta todo sea dicho, preguntando por ti. Está en la puerta esperando.

A Rafael no le ha costado mucho averiguar el paradero de Amelia en la colonia y, a pesar de lo mucho que le gusta verla vestida de piloto, no le disgusta divisarla con cara de recién levantada y un vestido veraniego, que es lo primero que ha encontrado para aparentar ser (aún) una mujer razonablemente decente.

—Qué sorpresa, capitán Madariaga. Le hacía de maniobras.

—¿Eso va con doble sentido? —pregunta irónicamente—. Vengo a recuperar mi revista.

—Que yo sepa, eso pertenece al ejército español y ahora está bajo custodia.

—Muy graciosa. Vengo con el dinero del pago. —Rafael saca un papelito del bolsillo—. Te he conseguido la dirección de María Bernaldo de Quirós, la primera mujer que se sacó su licencia de vuelo. Me ha costado unos días, pero he cumplido, ahora quiero mi ejemplar de vuelta.

—Lo siento capitán, ese ejemplar seguirá requisado por las autoridades morales. —Rafael no da crédito, ¿se lo ha llevado al comité de censura? Su cara desencajada anima a Amelia a aclarar el asunto—. Es broma, lo tiene mi madre bajo llave. La mujer está indignadísima y alucinada a la vez. —Dato que alivia al joven capitán.

—Entonces ¿no vas a bajar a por esto? —Rafael agita el papel en el aire, esperando a que su presa baje a picar el anzuelo.

Amelia tampoco se hace de rogar, desciende con pies descalzos uno a uno los escalones de la estrecha escalera que baja del apartamento, mirando al apuesto piloto y empezando a valorar el consejo de su madre. Rafael realmente deseaba frenar esa atracción inmediata que le había azotado el día que se ofreció voluntario a saludarla, pero había fuerzas, como la gravedad, que no se podían evitar. Igual que las condecoraciones y premios, seducir a la aviadora se había convertido en un reto más en su vida. Así que cuando Amelia llega a su altura, juega a guardarse el papel a la espalda para que ella intente atraparlo y se quede peligrosamente cerca.

—¿No me vas a dar dos besos de cortesía o me vas a decir que tampoco puedes por estar casada? —Amelia lo piensa un instante y niega repetidas veces.

—No hay nadie que me lo impida. —Pero justo cuando va a besarle con ternura en la mejilla, Rafael la esquiva, descolocándola por completo.

—Tenemos público.

Amelia se gira a toda prisa y mira hacia las ventanas: tras las cortinas, Emilia y Victorina se esconden cómicamente.

—Toma, anda, no quiero que nadie llame a la policía por traerte una dirección. —Rafael le entrega los datos de la aviadora, que Amelia lee con pena, explicando enseguida el ostracismo al que ha llegado la pionera tras sus primeras averiguaciones gracias a Margot Soriano.

—¿Llego tarde entonces?

—Llegas perfectamente, de todos modos intentaremos que nos conceda una entrevista, muchas gracias.

—¿Cómo va tu investigación? —Amelia alza la mirada al cielo y rebusca en su mente las palabras más adecuadas, por lo que tarda unos instantes en responder.

—Interesante, muy interesante y reveladora. Pero no te voy a aburrir ahora con las vidas de mujeres que dejaron la aviación por sus familias, que todavía no me he tomado ni un café.

Rafael esboza una sonrisa, tierna.

—Es gracioso —apunta Rafael.

—¿Él qué?

—Pues que tú estés a punto de hacer todo lo contrario, dejar a tu familia por la aviación.

De nuevo, un sentimiento amargo aflora en el rostro de Amelia, que necesita sujetarse a la barandilla y, después, sentarse en las escaleras para recibir otro envite de realidad. Rafael se acopla a su lado, rellenando el estrecho escalón.

—Me gustaría no tener que elegir. Pero no hago más que constatar que todas tenemos un precio que pagar. ¿Sabías además que María fue la segunda mujer en divorciarse en este país durante la República, pero después con Franco le anularon el divorcio? ¿Qué tipo de país puede hacerle eso a una mujer? O a un hombre, me da igual, qué manía de forzar a la gente a quedarse en caminos en los que no quiere estar.

Rafael se para a pensar en esta realidad y la lleva a su terreno.

—¿Y qué opina tu marido de tu futuro con los americanos?

Amelia no responde, y desvía la atención a sus uñas, porque Rafael le ha recordado su propia coyuntura, como si acaso pudiera

olvidarla de vez en cuando, un rato cada día. Amelia se limita a encogerse de hombros y da la callada por respuesta.

—Es que eres todo un terremoto, Amelia Torres. Yo porque soy hijo de madre casada con militar y eso es una raza aparte de mujer, pero contigo nunca sé por dónde vas a salir. No creo que seguirte los pasos sea tarea fácil, pero estoy seguro de que tu marido no es un mal tipo.

—No, no lo es. Creo que no. —Porque también hay mucha gente que cambia por el camino del altar a la casa. Muchos, de hecho—. El tema de marcharme no es sólo porque quiera hacerme piloto comercial… —Amelia se gira de nuevo hacia las ventanas y comprueba que las abuelas siguen apostilladas tras los visillos, así que baja la voz para confesar—: Mi hermana está embarazada, nadie lo sabe todavía, y quiere que su bebé nazca fuera de España. Me ha pedido que la acompañe y se lo debo, sin ella yo no habría llegado hasta aquí. Nadie de la familia lo sabe. Esperamos que quieran venir con nosotras.

—Nadie te avisó que ser piloto no era una vida fácil, ¿verdad?

—Es posible que me dejara llevar por la emoción.

—¿Y crees que hubiera sido mejor no probarlo jamás?

—Creo que ya no tiene mucho sentido preguntar eso. —Amelia se queda seria, recordando una vez más las vidas de las aviadoras—. Sin embargo, he cogido miedo a otra cosa…: a no poder volar nunca más. Aunque las mujeres a las que entrevisté no siguieron pilotando y, risueñas, me contaban cómo habían rehecho sus vidas, una conduciendo, otra criando los doscientos hijos de su marido…, me parece que ninguna fue del todo sincera conmigo. Suena muy gráfico eso de que digan que «te cortan las alas» pero así es, es una

sensación horrible. Yo dejé de volar durante un tiempo, creyendo que la situación en casa mejoraría, pero me hundí. Esa vida ya no es para mí. Y desde entonces vivo pendiente de estos miedos, como si hubiera una cuenta atrás, como si todo esto que me está pasando fuera a desaparecer, y tú en cambio, ni te lo planteas, tienes todo un futuro prometedor, capitán de aviación y lo que se te ponga por delante.

—No te equivoques, que yo también tengo mis miedos. —Rafael respira hondo, y se torna serio—. No recuerdo si salió en las noticias, pero en marzo del año pasado se estrelló una avioneta, una AISA I-115, pilotaba un brigada que yo conocía, Antonio Cegarra se llamaba… tenía mi edad. Al menos, su cabo de reemplazo sobrevivió. Y luego, al mes siguiente, otro, un L12 con dos sargentos, en Guadalix. Fallecieron en el acto. ¿Y sabes qué hice las dos veces? Subirme a un avión. No queda otra. Tenemos que hacerlo.

Es un pulso instintivo, que comparten, que se transmite en la mirada que se aguantan, que dura apenas unos instantes pero que está llena de una energía que los envuelve por completo, sentados uno junto al otro en los estrechos escalones. Se entienden, comparten la pasión, que se transmite en un silencio que no necesita más calificativos. Pero Rafael rompe la magia y se acerca a ella, divertido.

—Al final no me has dado dos besos.

—Ahora te los doy, de despedida.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente. ¿Tienes algo que hacer hoy?

—Es domingo. ¿Sacar a mis espías a pasear? Seguro que siguen en la ventana.

En el rostro de Rafael se dibuja despacio una sonrisa cautivadora.

30

Amore appassionate

Lo que le sorprende a Armando al levantarse no es ser el último en hacerlo, sino darse cuenta repentinamente de que es Antonio el que lleva el ritmo de la casa, organizando la cocina, tomando decisiones, abriendo y cerrando armarios. Es muy pequeño, ¿o no? Cuando Armando tenía su edad ya trabajaba y también llevaba cierto peso de la casa con su madre, ¿de qué se puede sorprender?

Pero Antonio no ha crecido viendo a su padre entre fogones, a él le ha visto *trabajar*, bueno, figuradamente, le he visto salir por la puerta y llegar a mesa puesta. A veces ni llegar, con los terribles horarios de tener dos trabajos. Si ha bebido del ejemplo de alguien habrá sido el de su madre, aunque no recuerda haber visto a Amelia limpiando el suelo con dos paños en los pies y danzando por las estancias.

—Hijo, ¿qué haces?

—Limpiar el suelo. Es muy divertido —comenta mientras sigue contoneándose—. La pena es que me falta la música de Adriano Celentano.

—¿Perdón?

—La abuela Victorina y yo siempre limpiamos el suelo juntos así, cantando «veinticuatro mila bachi» —Pero ¿desde cuándo a su suegra le gusta el cantante italiano? Es más, ¿desde cuándo su suegra sabe poner el tocadiscos?

Lo cierto es que Antonio se divierte haciéndolo, argumentando que la casa estaba muy sucia de tanto tiempo cerrada, que los abuelos habían ido a tomar café al bar a primera hora de la mañana y que no tenía nada mejor que hacer.

—¿Lo quieres probar, papá?

La repentina alegría de Antonio no se le contagia de primeras. Está muy preocupado como para ponerse a seudobailar, demasiados pensamientos, rutas y calles cortadas en su cabeza. Asaltado por su propia desidia y enfado constante, responde rápida y automáticamente a su hijo, casi sin pensar.

—No, gracias. —Cómo va a divertirse sacando el brillo del suelo, ¿él? Un director financiero de una obra arquitectónica de renombre, que pasará a la historia. ¿Cómo va a ponerse a bailar el twist de los trapos mientras su hijo tararea la famosa canción cuando él tiene cosas mucho más importantes que hacer?

El chico sigue avanzando y cantando a la vez, puliendo para adelante y para atrás, acompasando con los brazos rítmicamente.

—Venga, papá, que es divertido —¿Qué pretende el crío? Él ya tiene una edad.

—¿Y tú desde cuándo hablas tan bien italiano?

—No sé, de escucharla, imagino. No sé ni lo que dice, sólo que habla de veinticuatro mil besos. Y amor *appasionateeeeee*. Todo el mundo escribe sobre el amor, menos las canciones esas de la moto y de jugar al tenis.

Antonio se mueve por la casa con su simpatía habitual y Armando se queda al margen. Y ahora, mientras patina, Antonio cambia de canción creyendo que, como es una afición de su padre, le cautivará definitivamente.

—¿Y si cantamos «Estoy loco por el tenis»? A ver si algún día me llevas a mí también a jugar al tenis... Para triunfar.

—Como siempre andas con el fútbol, pensaba que no te gustaba.

—Es que nunca me lo has preguntado.

—Bueno, a lo mejor porque eras más pequeño. Pero ya podrías venir a jugar conmigo.

—¿Y tú no puedes venir aquí a jugar conmigo? —Súbitamente, sus trece años se derrumban como un castillo de arena dejando aflorar al niño que aún lleva dentro y que demuestra que echa de menos a su padre. Es un pensamiento que impacta en Armando sin avisar: ¿hace cuánto que no juega con él? Es más, ¿acaso recuerda la última vez? Se estanca en este intento de recordar mientras, al fondo, el niño lo espera, con brazos abiertos figurados. ¿Por qué le cuesta tanto volver a contagiarse de esa inocencia del juego, de la niñez?

Antonio no afloja, está determinado a sacar a su padre de esa burbuja de amargor que lo tiene consumido y antes de que su padre se dé cuenta, ha agarrado dos trapos más y se los ha tirado contra el pecho, como quien lanza un balón para comprometer al juego. El rostro suplicante de Antonio no permite margen alguno y Armando los deja caer al suelo para posar sus pies sobre ellos, y como si se calzase unos patines o unos esquís, empieza a deslizar torpemente sus pies con ellos, con desgana. Al principio no se entrega al desliz —nunca mejor dicho—, por ser un señor de corbata diaria, de

balances, números y planes financieros; lo último que desearía es que nadie lo viese de esta guisa, con el pijama aún puesto moviéndose con trapos en los pies por la casa del pueblo de su suegra. Pero poco a poco sus pasos cortos se convierten en zancadas algo más gráciles a medida que va ganando seguridad y, por qué no decirlo, entusiasmo en la propia liberación de su ser, de su reprimida alegría, que no ha sido súbitamente creada, no. Si hasta cuando Amelia empezó sus clases de vuelo y le tocó planchar en casa se ponía discos también y movía las caderas, porque esa alegría ya existía, él ya la tenía, pero la ha ido relegando durante estos meses hasta el punto de casi aniquilarla; sin éxito. Estaba ahí guardada, reposando, adormilada por si en algún momento Armando volvía a sonreír. Y es ahora cuando aflora de nuevo, liberada al fin de su cautiverio.

Antonio recibe ilusionado la incorporación de su padre a la tarea, a la diversión y la limpieza, como si hubiera saltado al campo de juego. Antonio canturrea una canción tras otra imprimiendo entusiasmo a la labor, tanto que contagia a su padre, que se descubre a sí mismo arrancando el «Quisiera ser», del Dúo Dinámico.

Armando se coloca frente a Antonio y bailan cantando a dúo, imitando las voces de Manuel y Ramón, exagerando movimientos, meneando cadera y dejándose llevar, alegres, sonrientes. Armando ya no piensa en su padre, en la huida, sino que consigue estar presente y disfrutar de su hijo, libre de preocupaciones, al fin.

Pero la liberación dura poco. Justo cuando Armando se ha desatado del todo, ha hincado rodilla, cantando eso de conseguirte las estrellas y la luna y ponerlas a tus pies, se hace consciente de la

presencia de Martín y Luis, detenidos en el quicio de la puerta del salón, disfrutando de observar, aunque sea con angustia, la simpática estampa del padre bailando con el hijo. Y como si a Armando lo hubieran descubierto haciendo una chiquillada, como si se hubiera despistado de su labor principal, se levanta como un resorte y da explicaciones al respecto, como si no tuviera permitida la diversión. Pero ninguno de los abuelos lo reprende, todo lo contrario, se alegran de verlo al fin relajado, aunque lamentan la interrupción por la mala noticia que traen.

La alegría momentánea se desvanece, y como si una nube cargada de tormenta se hubiera colocado encima de la casa oscureciendo el sol, Luis le comunica su mayor temor: acaban de ver llegar al pueblo a una patrulla de la Guardia Civil.

Juanjo no sólo ha tenido la picardía de robar la moto a plena luz del día —Carmen ni va a preguntar cómo sabe robar motos—, sino que, además, ha tenido el temple de preguntar la ruta hasta Madrid por carretera sin levantar sospechas. Carmen se ha quedado rezagada en una esquina, acariciando los restos de pelo que aún quedaban en su cabeza, mirando los despojos de su melena en el suelo, desperdigados, huérfanos ya, evitando verse reflejada en ventanas o ventanillas de coches para no enfrentarse al esperpento. Prefiere imaginarse desde fuera con un corte chic, tipo francés, a lo *garçon*, que lo llaman, sin más lamentos. Ahora tiene que ser valiente, lo tiene al alcance de su mano. Por fin va a llegar a la capital y nadie la reconocerá con *esas pintas*, se dice a sí misma.

Carmen salta a la parte de atrás de la moto y aparenta experiencia, como si no fuera la primera vez. No va sentarse de lado, como ha visto a tantas chicas circulando por la ciudad grácilmente con sus novios porque no pueden encajarse con sus faldas estrechas, sino que viajará de forma más auténtica, y más segura. Así que arremangándose la falda larga se sienta a horcajadas y salen pitando. Juanjo ha memorizado la ruta: recto hasta Soto del Real, luego hasta Colmenar Viejo siguiendo las indicaciones hacia la capital. Una vez allí, tendrán que pararse a preguntar cómo llegar hasta Torrejón.

Inicialmente Carmen se hace la prudente y se agarra al sillín por detrás, evitando un roce y un contacto indecente. Sus rodillas ya están pegadas a las de Juanjo, así que procura echarse hacia atrás todo lo posible. Sigue perturbada con la idea de haber dormido a su lado sin ser consciente, y que sus cuerpos hubieran descansado uno pegado al otro. El sonido estridente de la moto los acompaña y el viento golpea fuerte su rostro, por eso tiene que esconderse tras la espalda de Juanjo, para poder abrir los ojos. Se fija en el paisaje, con la cabeza ladeada, siente al fin esa sensación de velocidad que esperaba vivir en el tractor.

Por mucho que quiera evitar el contacto, la vida tiene sus planes, y no conviene a veces enfrentarse a ellos, basta un pequeño bache de la moto para que Carmen salte del asiento e inmediatamente se abrace a Juanjo con firmeza para sentirse más segura. Y esta vez no le da miedo ese abrazo, en cierto modo es su manera de agradecer al chico todo lo que está haciendo por ella. Sorprendida de haberle cogido cariño en tan poco tiempo.

Carmen vuelve a ladear la cabeza y de pronto piensa en su madre, en la alegría y posibilidad de poder compartir con ella estas sensaciones, emocionantes, vibrantes y peligrosas a la vez. Cuando vuelvan a estar juntas, cuando por fin sellen la paz para siempre —porque está convencida de que así será—, podrá hablarle de este momento, en un intento de acercarse a ella y compartir emociones. Que es capaz de intuir la emoción, la descarga; que hasta le han entrado ganas de volar de verdad, descubrir cómo se ve la vida desde el aire.

Pero la recreación de su conversación imaginaria con su madre se desvanece fulminantemente de su mente cuando una sensación aún más potente la agarra por dentro y se concentra en un lugar inesperado: bajo su falda. Es ardiente, es incontrolable y le dispara el corazón y la respiración: Juanjo ha soltado una mano del manillar, ha buscado la mano de Carmen y la ha entrelazado con la suya, acariciando su pulgar contra el suyo delicadamente. Carmen se plantea por un instante apartarla, soltarlo, agarrarse de nuevo a la parte de atrás… pero no lo va a hacer, porque la sensación es eléctrica, intensa, la agarra por dentro y no quiere que termine nunca. Por un instante ahora intuye lo que se siente al volar de verdad.

31

Diario de Amelia Torres

Sólo algunos elegidos saben lo que se siente. Los que tienen el privilegio de llegar a lo más alto, a la élite. Quienes verdaderamente pueden sentir la gracia de Dios; afortunados ellos de casi poder tocarlo. Hoy me han concedido este privilegio y soy testigo de primera categoría. Voy sentada en la parte frontal del doble mando del Starfighter y hoy seré yo quien llame a las puertas del cielo. Bajo la coraza del motor las conducciones del queroseno se dirigen hacia las cámaras de combustión; allí el aire comprimido se libera para que el motor responda ante la voluntad del piloto de arrancar su máquina del tiempo. Ese aire a presión llega hasta la turbina y su rugido me atraviesa todos los poros de la piel. El flujo de aire ya ha llegado al compresor y se activa el encendido eléctrico. El calentamiento del motor provoca un cambio en los sonidos, ahora puedo distinguir que el zumbido ha pasado a ser una sinfonía de metales; todos los instrumentos están preparados para este concierto. Rafael va detrás de mí y se ocupa de realizar todos los controles, yo tengo duplicado el panel de mandos y puedo ver lo que hace: sé que está verificando la presión, los generadores, la temperatura del aceite y la presión del combustible.

Yo ya solo quiero despegar, todo mi cuerpo lo pide a gritos. El coloso rueda por la pista. Él acciona el posquemador y la potencia se multiplica. Yo no lo puedo ver, pero lo he visto cientos de veces desde que estoy aquí y cada vez que lo veo y lo oigo me estremece el alma: la tobera de escape se transforma en fuego voraz, azul, rojo y naranja, y el avión acelera. Mi nariz se llena del JP4, el queroseno que utilizan los aviones militares, es dulce y agrio a la vez, se me adhiere a las fosas nasales y al alma; lo recordaré para siempre. Ojalá pudiera convertirlo en un perfume. El calor que sale de la cola distorsiona el aire, parece que estuviera dentro de una olla a presión, rodeada de agua hirviendo. Podría quemarme, estoy a punto de abrasarme, pero no quiero dar marcha atrás. Estoy preparada y quiero hacerlo. Siento cómo se liberan los frenos y la aeronave acelera. Nunca he sentido nada igual, mi cuerpo y mi asiento se convierten en un todo. La fuerza de la aceleración me ahoga la nuca contra el respaldo, mi cabeza ya no es mía, podría desprenderse si no llevase el casco. Respiro gracias al oxígeno que me entra por el tubo. Mis piernas están agarradas al asiento, podría quedarme sin ellas si tengo que salir volando con el asiento de emergencia. El morro se eleva con firmeza desde el suelo en lo que dura el latido de un corazón, y se separa de la tierra con un golpe sordo. La nave sigue acelerando en el aire, y oigo cómo se guarda el tren de aterrizaje con un chasquido seco. Pasamos de cero a doscientos nudos, casi cuatrocientos kilómetros por hora, en menos de veinte segundos. La máscara me pesa veinte kilos sobre el rostro. La presión de la gravedad se multiplica por dos. Todo pesa el doble. No sé si voy a aguantar. La sangre me baja al abdomen, a las piernas, que agradezco llevar sujetas, siento que podrían reventar.

Llevo un minuto en el aire y ya estoy a treinta y cinco mil pies. Nunca había estado tan lejos del mundo. Me mareo. Sabía que me podía pasar, intento aguantar la presión, pero empiezo a perder la visión periférica; visión gris lo llaman. Tengo que bloquear el aire, tensar el abdomen y las piernas durante tres segundos. Exhalar y volver a repetir. Así se llenará de oxígeno el cerebro. Siento que recupero parte de la visión. Rompemos la barrera del sonido. Todo se ha suavizado, ya no siento la presión. Siento que floto. Pero no sé si sigo viva. Creo que estoy en el paraíso.

32

Un plan de fuga perfecto

—Quizá no hayan venido necesariamente a buscarte. —Los cuatro hombres de la casa vuelven a estar reunidos alrededor de la mesa camilla valorando la llegada de la patrulla de la Guardia Civil—. Han podido parar en un recorrido rutinario, incluso a ver a unos familiares, qué sé yo. No tiene sentido que hayan dado con nosotros. ¡Es imposible! —Armando pega un golpe a la mesa que asusta a todos.

El hombre que hace un minuto estaba bailando el Dúo Dinámico no encuentra explicación a esta alarma repentina y la incapacidad inmediata de no poder salir a la calle con libertad. No puede haber tanto interés en encontrar a un maestro republicano, por mucho que tuviera contactos con el comunismo, o el socialismo, su padre nunca fue una figura destacada para que ahora pongan tanto empeño en encontrarlo. Debe de ser una casualidad, pero no puede evitar que la angustia se le agarre por dentro.

—¿Os importaría dejarnos solos? —solicita Martín a Luis y a Antonio—. ¿Podéis intentar acercaros al bar y averiguar a qué ha venido esa patrulla? Así saldremos de dudas.

Antonio y Luis salen de la casa enseguida, dispuestos a cumplir su misión y se santiguan figuradamente esperando que sea sólo una casualidad. Martín necesita hablar con su hijo directo al corazón. Eso no evita que le cueste horrores verbalizar lo que ronda por su cabeza. Tiene que respirar hondo y se toma unos instantes para verbalizarlo.

—Lo mejor será que yo mismo me entregue. Hijo, no quiero causarte más problemas. Suficiente has hecho ya.

—Pero ¡qué dices! —Armando se levanta como un resorte y pasea por la estancia nervioso. No, otra vez no, no va a perder a su padre si él puede impedirlo. Sólo necesita un poco más de tiempo para pensar, para trazar el plan perfecto.

—Desde que llegué no he hecho más que complicar tu vida, yo sólo fantaseaba con la idea de reencontrarme contigo… Tendría que haber descartado la fantasía y quedarme en México. No deseo que nada de esto os salpique; si acabases acusado de encubrimiento, no podría perdonármelo nunca. Y esta gente nunca se sabe por dónde puede salir. Su odio no tiene fin.

—No tiene ningún sentido que dediquen tantos recursos a un maestro republicano. —Ahora Armando le habla y le mira con suspicacia—. ¿Tú nos has contado toda la verdad? ¿Por qué te persigue esta gente?

Martín se revuelve en el asiento. En aquella época educación y política estaban mezcladas, quien tuviera algún tipo de inquietud se metía en todo tipo de organizaciones y eventos, todo lo que pudiera tener repercusión y supusiera un avance para las clases sociales. Los pensamientos se parcelaron hasta tal punto que era imposible distinguir entre los republicanos, los socialistas, los marxistas, los

comunistas, los trotskistas, los anarcosindicalistas y muchas más listas y listos que no lograron sostener sus ideas en un país devastado por una única línea de pensamiento que era, básicamente, arrasar con el resto de los pensamientos.

—Yo siempre fui un hombre de paz. Quizá por eso me persiguen los hombres de la guerra.

Donde más quisieron hacer daño era en las escuelas, porque ahí preparaban a las generaciones del futuro. Controlando la educación podían controlar el pensamiento. Es más, el pensamiento del futuro. Para perdurar, para no perder su poder. Sembrando. Para infiltrarse en los cerebros de tantos que veneraban su ideología y que la transmitirían a sus descendientes, incluso a aquellos que nacieran fuera del tiempo de represión y que aún clamarían, ignorantes por falta de experiencia, por tiempos de gloria pasados, por su propia incapacidad de análisis, sin una mínima capacidad de buscar la verdad, sin interés por el rigor, enajenados por la necesidad de delegar la voluntad y el esfuerzo de raciocinio a un ente pensante superior.

—Encontraré la manera de salvarte, y si hace falta, pues nos vamos todos a México contigo. ¿Qué te parece esto? —propone casi sin pensar—. Allí podremos seguir estando juntos.

—Pero tu trabajo, tu familia, tu mujer…, tu madre.

—Todos. No sé, me da igual. Pero no quiero volver a perderte.

Martín se emociona al escucharlo, consciente de que, a pesar del tiempo, uno sigue siendo parte del otro. Martín tampoco desea pasar el resto de su vida entre rejas, ni perderla frente al paredón o el garrote vil. Quiere seguir viviendo, el tiempo que le quede. Claro que no quiere entregarse, pero suficiente daño ha hecho ya. Y Martín no

puede evitar sentirse responsable por la situación actual de la familia, desperdigada desde su llegada, aunque Armando puntualiza y explica que él ya había convenido con Amelia separarse; lo único que hizo Martín con su llegada fue acelerarlo. Tampoco entiende este distanciamiento de la pareja, de algún modo tendrían que poder soñar juntos, vivir juntos, crecer juntos. Esto mismo que le acaba de proponer, de marcharse a México, ¿la dejaría atrás?, ¿volvería a pedirle a ella que se encargase de la casa? Incluso Armando tendría que volver a empezar, todos tendrían que buscarse su camino. Si algo aprendió al juntarse con Maricela y empezar de nuevo, es que siempre fueron equipo, algo que dejó de suceder con Emilia. Cuando su pequeña falleció, todo se desvaneció, la unión, la cordura, la comprensión. Perdió a su hija y también a su compañera, y ahora tiene miedo de que a su hijo le pase lo mismo. Todo lo que enfrentan tiene solución si cada uno sabe que tiene algo que sacrificar priorizando lo que los une.

—Eso es. —El entusiasmo repentino de Armando descoloca a Martín—. Tienes razón. Cómo no me he dado cuenta antes. —Una inmensa sonrisa de satisfacción se instala en el rostro de Armando —. Gracias papá, eres un genio. Sólo te voy a pedir una cosa, no salgas de casa hasta que yo vuelva.

Armando enfila la salida a la calle cuando se estampa con Antonio y Luis que vienen del bar. Su propio hijo le hace ver que aún va vestido en pijama. Vuelven con grandes noticias: no hay nada que temer de la patrulla, están de paso, sin misión ni persecución inminente, aliviando a todos de inmediato. Una señal de que todo va a salir bien.

Armando corre a vestirse en un santiamén y sale pitando por la puerta como un hombre decente. Preguntado por su suegro a qué viene tanto alboroto y prisas, Armando no puede esconder su emoción. Esa alegría que surgió mientras bailaba con su hijo, vuelve a aflorar de nuevo y una sonrisa ilumina su rostro.

—Ya tengo el plan de fuga. Y es perfecto.

A ella nunca le darán un pin conmemorativo por haber superado la barrera del sonido, pero a Rafael sí. Lo recibirá años más tarde por haber alcanzado dos de Mach, es decir, superar el doble de la velocidad del sonido. Pero Amelia no desea medallas, sólo necesita que alguien la despierte de este sueño para confirmarle que es verdad que está volando en un caza, que el paisaje que ve desde la cabina panorámica es real y que en menos de veinte minutos han llegado al norte de España. Que, a lo lejos, donde nunca ha llegado ni con sus pies ni con vehículo alguno, se divisan los Pirineos y que un poco más allá, está Francia. El interfono le permite comunicarse con Rafael; el problema es que no le salen las palabras. Él es quien se comunica con fluidez, acostumbrado físicamente al esfuerzo de volar bajo esas condiciones.

—Por un instante pensaba que te perdía Amelia Torres, y que no me lo ibas a perdonar. —No sería la primera vez que alguien pierde el conocimiento. Sus monosílabos verifican que sigue viva—. Imaginaba que te quedarías sin palabras. Y ahora eres, sin duda ninguna, la primera mujer que se sube a un Starfighter en territorio español y, aunque ni la prensa ni los libros de historia vayan a dejar constancia de ello, porque me estoy jugando el pellejo por ti, será

para siempre nuestro gran secreto. Prométeme que cuando escribas tu libro de memorias yo ya estaré retirado. O trabajando en Iberia, que no es mal plan de jubilación.

—¿Crees que acabarás cansándote del ejército? —pregunta Amelia maravillada por lo que ve.

—¿De qué? ¿De poder hacer esto? —De repente la palanca que tiene entre las piernas se tuerce ligeramente y el caza vira con brutalidad; cualquier mínimo movimiento se traduce en una acrobacia monumental.

Rafael escucha a través del interfono cómo ella se ríe y se emociona y reduce sensiblemente la velocidad para darle su regalo definitivo:

—¿Qué? ¿Te atreves?

La mera idea la aterra. Ese coloso se ha puesto a quince mil pies en menos de veinte segundos, como se le vaya la mano puede acabar en Mallorca en diez minutos. Pero es incapaz de decir que no. Lo desea más que nunca. Rafael instruye a su pupila más aventajada de forma dulce y didáctica, jugando con ella, aumentando su deseo, retrasando el momento de que Amelia asuma el mando tratando de seducirla a través de las palabras que recibe en el oído.

—No quieras correr tanto Amelia Torres, a ver si no vas a querer bajarte nunca de mi avión. —Y expresiones similares que a ella le aceleran el corazón.

—Esto es lo que querías, ¿no? Tenerme encerrada aquí contigo. —Porque ha caído rendida por completo al juego. Comparte con él una pasión que no compartirá jamás con Armando, por mucho que él se esfuerce, por mucho que sea comprensivo o quisiera serlo. Y porque a veinte mil pies se acelera todo, no sólo los latidos del corazón, sino

la intimidad y el deseo. Y a siete mil metros del suelo nadie oye conversaciones que no podrían producirse en la tierra.

—Exactamente —responde Rafael.

A Amelia no le da tiempo ni asimilar su confesión, Rafael tira de la palanca y efectúa un *Split-S* en el cielo, y cambia la dirección del avión en un segundo para pasar rápidamente a invertir el avión y volar bocabajo.

—Quizá aquí arriba no sea el mejor lugar para decirte lo que siento por ti, pero necesitaba traerte hasta el cielo porque en la tierra no dejo de ser uno más, pero aquí arriba nadie puede alcanzarme. Y quería decirte que… si quieres volar lejos, quizá puedas hacerlo conmigo. Yo sí que podría acompañarte.

Amelia aguanta en posición invertida, el estómago vuelto del revés, el alma en los pies; la declaración de amor se le atraganta. ¿Dejar a Armando e irse con Rafael a Estados Unidos? Casi no le da tiempo ni a pensar, Rafael dibuja medio *loop* en el aire y la nave vuelve a colocarse horizontalmente.

—No hace falta que me contestes ahora —prosigue el piloto.

Le habría gustado ver su reacción. Lleva días planeando cómo conquistarla. Porque él nunca imaginó que encontraría una compañera con la que compartir su pasión.

—Te toca. Ya has visto todo lo que se puede hacer aquí arriba. Procura hacerlo con suavidad.

Amelia se apodera de la palanca, pero no sabe si está más nerviosa por pilotar el Starfighter o por la presencia de Rafael.

—Te odio —le confiesa—. Te odio muchísimo.

—Lo sé. —Ríe él—. Ahora tendrás que volar con ese odio. Sólo espero que cuando aterricemos ese odio se haya convertido en otra

cosa.

La excitación de Amelia crece por momentos y ahora, dueña de la palanca, decide los movimientos a su antojo, con cuidado, sabiendo la delicadeza con que debe accionarla.

—Siente el avión —le indica Rafael—. Y disfruta.

Y así lo hace, con elegancia, pero con firmeza, probando lentamente a maniobrar, virar, lo que ella quiere, lo puede hacer. Quizá llevar ese avión se asemeje a su propia vida, cada vez que desvía un poco la palanca todo se trastoca vertiginosamente, en contra de la gravedad, en contra de las convenciones; en contra del mundo. Pero si empuja, si acelera, puede hacerlo aún todo más excitante y apasionante.

Ahora, el capitán le indica que suba hacia el cielo en picado, que busque la velocidad cero, cuando el avión deja de acelerar y alcanza su cenit y cae en pérdida. Es como si el avión se hubiera roto, sin resistencia, sin potencia, dotándolo de una sensación de ingravidez. Amelia flota, una vez más en ese mar de emociones donde su estómago ya no es suyo. El avión roza con el morro el punto más álgido del cielo y cae de lado. Es lo más próximo a convertirse en un ser divino, aquí las aves ni pueden llegar. Ahora Rafael se adueña de los mandos, acelera vertiginosamente y el avión cae en picado, aproximándose a la tierra a un ritmo frenético, peligroso, temerario.

—Si no quieres que nos estrellemos, prométeme que me vas a regalar un beso en cuanto tomemos tierra.

Amelia se marea, ahora su estómago no responde, su corazón tampoco, demasiada maniobra junta, demasiados cambios de presión y fuerzas G invertidas. Por un instante recuerda la secuencia de respiraciones que le ha enseñado para no perder el conocimiento,

aguanta el aire, lo suelta, poco a poco. Siguen cayendo en picado. No se encuentra bien.

—Prométemelo.

Pero Amelia no es capaz de responder y, de pronto, toda la osadía del piloto se invierte en su contra. No pueden contrarrestar la caída en barrena. Pierden sustentación y las turbulencias se aceleran.

—No funciona la palanca. Hemos arriesgado demasiado. Mierda —grita Rafael.

Amelia sujeta la palanca entre sus piernas, ciertamente está bloqueada, no responde. Las instrucciones de Rafael se aceleran, nota su propio nerviosismo. Su visión se nubla, se marea, no puede hablar, no puede contestar. No quiere desmayarse, pero está a punto. Siente la presión del traje en las piernas, siente el miedo a perderlo todo, pero también la posibilidad de alcanzar por fin la libertad, acaso un tipo de liberación, poniendo fin a todo, como si pudiera salir eyectada con su asiento y dejar el avión atrás; todos sus problemas atrás. Su salida sería como tirar de esa palanca, si tomase la decisión de hacerlo. Se salvaría, soltaría lastre y estabilizaría sus constantes vitales. Para sobrevivir. Y para vivir. Pero no tiene ni fuerza para tirar de la palanca de eyección. Quizá todo pase por abandonar lo conocido, y empezar de nuevo, en otra dimensión. Amelia toma aire, lo sostiene en sus pulmones, uno, dos, tres segundos, y con un hilo de voz susurra al fin:

—Un beso.

A punto de estrellarse contra el suelo, Amelia pierde el conocimiento.

Hace más de cuarenta y siete kilómetros que Juanjo apartó su mano para sostener el manillar de la moto y Carmen lleva otros cuarenta y seis sosteniendo su cuerpecillo al suyo con entereza para que él no descubra que está hecha un flan. La imposibilidad de hablar con Juanjo, que no ha detenido la moto en todo el trayecto, la sume aún más en sus pensamientos: ¿ahora qué va a pasar con él cuando lleguen? ¿Cómo va a convencer a su madre de subirlo a un avión? ¿Lo detendrán también las autoridades por cómplice en la huida de Carmen? ¿Podrá acaso volver a su granja en Rascafría? Sus padres lo matarán cuando se enteren de lo del tractor. Podría acogerlo en su casa como un exiliado político para evitar esa paliza monumental que le podría caer por su culpa. Pero ¿realmente le gusta Carmen? ¿A qué ha venido lo de la mano? ¿Y si le propone dejar la granja, abandonar Rascafría, empezar otra vida en la ciudad?

Una nueva interacción la despierta de su ensimismamiento, son un par de golpecitos en la pierna que la avisan de que ya están cerca: Madrid se divisa a lo lejos. Carmen respira aliviada, ya llega a salvarlos. Juanjo acelera un poco, alimentado por la adrenalina de pisar por primera vez la capital. Tras el recorrido por carreteras de tierra y ahora por asfalto, los vehículos se multiplican y el ritmo de la ciudad enseguida los abruma. Aunque Juanjo nunca ha conducido entre tantos coches, procura mantenerse concentrado. Pero la ciudad los arrolla. A pesar de ser verano y que el flujo ha disminuido, en cuanto llegan a la civilización buscan un lugar para aparcar la moto y pensar en una alternativa que los lleve hasta la base con seguridad.

Plantados el uno frente al otro de nuevo, después del roce de sus manos, de todo el trayecto abrazados, Carmen no sabe cómo

comportarse, si hacer ademán con algún gesto, cariño, u optar por quedarse petrificada esperando a que él lleve la iniciativa, confirme algún tipo de interés, arrumaco, palabra comprometida, cariñosa, cómplice, pero Juanjo se comporta como si nada hubiera pasado y eso la descoloca aún más. Él está fascinado por el hecho de estar en la capital, hechizado por la dimensión de los edificios, el fluir de los vehículos que milagrosamente no se chocan y el devenir de la gente. Tanta gente. Sus ropas, los autobuses, los taxis, las motos, el ritmo. El ruido, las bocinas. Y el calor; un calor seco que no molesta.

—¿Te gusta? —pregunta Carmen.

—Me encanta. Es igual a como me la había imaginado, por lo que había visto en los noticieros, y en las películas. Qué suerte tienes de vivir aquí —comenta con un tinte amargo—. Bueno, ¿y ahora qué, chica de ciudad? Yo ya te he traído. Ahora te toca.

—Creo que lo mejor sería coger un taxi, ya veremos cómo lo pagamos.

Tienen suerte de que el taxista no haya desconfiado de ellos —con las pintas que llevan—, eso de ir a la base de Torrejón de Ardoz ha sonado muy solemne, como para intuir que no llevan ni una perra chica encima. Pero ahora hay un abismo entre lo que es vital para cada uno de ellos: Juanjo no aparta la vista de la ciudad desde la ventanilla de atrás y Carmen no aparta la vista de Juanjo, deseando que sus manos vuelvan a rozarse, ahora sentados en la parte de atrás. Aunque viendo el nulo interés del chico, Carmen vuelve la vista a la ciudad para intentar olvidarse del asunto. Pero justo cuando trata de olvidarse de su inocencia, de lo pusilánime que está siendo, pensando que pasaría algo más entre ellos dos, él vuelve a hacerlo, alarga su mano y busca la suya. Entrelaza sus dedos con los

de Carmen y, clavando su mirada en los ojos de la pobre chica, clama con fascinación:

—¡Qué maravilla, Carmen! —Como si no creyese que fuera verdad lo que está viviendo, como si al tocarla pudiera constatar que todo es real. En un instante, Juanjo mira de soslayo hacia el conductor para comprobar que no los vigila por el retrovisor y, sin que a Carmen le dé tiempo a reaccionar, la agarra del rostro y la besa impulsivamente, con ternura y profunda emoción a la vez.

Un beso.

Su primer beso.

No habrá otro primero.

Y lo recreará.

Una y mil veces.

Y que termina en el mismo momento en que el taxista pega un volantazo para evitar chocarse contra otro taxista, clavando la mano en el claxon, atronando y asustando a media ciudad. Pero Carmen no oye nada de eso, se le han taponado hasta los oídos, se ha quedado flotando en una especie de ingravidez donde el mundo exterior ha dejado de existir, por unos instantes que, afortunadamente, se dilatan. Como si alguien le hablase bajo el agua y no pudiese distinguir las palabras. Sus ojos se fijan en los labios de Juanjo, ahora carnosos y encendidos, mínimamente alejados de los suyos, y su mente busca detenerse para siempre en esta imagen. Hasta las bocinas de los coches se transforman en sinfonía, como si se tratase de cientos de violines tocando al unísono.

—¿Y a qué vais a la base americana, si se puede preguntar? —Ya era raro que el taxista no hiciera alguna consulta de interés—. ¿A

pedir trabajo? —Por la pinta que traen raro sería que no pensara mal de ellos.

Los jóvenes despiertan de su propia realidad, forzados a contestar, interrumpidos en su instante perfecto sin soltarse de la mano. Antes de que el conductor dude de su liquidez, Carmen contesta de forma automática.

—Mi tío trabaja ahí, en el hospital —afirma con seguridad y despejando todo atisbo de duda ante el cobro—. Nos va a hacer una visita guiada.

Juanjo la mira risueño, orgulloso de su respuesta, mientras que el taxista arquea una ceja y vuelve la mirada a la carretera. Juanjo ahora sí que no le quita ojo a Carmen, aún sorprendida por esta inesperada conmoción que ha acaecido en su vida.

33

Vuelta a la vida

La inminente orografía del suelo, la nitidez de los caminos y de la superficie terrenal, ha desaparecido repentinamente para convertirse en un mar de nubes que parecen pertenecer a otro mundo. El sol brilla por encima del algodonado conjunto que invita a creer que se ha pasado a otra dimensión, universo, o hasta un plano divino. «Quizá este sea el preámbulo a encontrarse con Dios. Esto es lo que pasa cuando se muere», piensa Amelia. Pero cuando se lleva la mano a la cara y toca la máscara de oxígeno es consciente, a los pocos segundos, de que sigue entre los vivos.

—¿Qué ha pasado? —logra verbalizar aún recuperándose.

—Te has desmayado, Amelia Torres. Vaya decepción, ¿y todo por un beso?

—¿Por qué has hecho eso con el avión? Nos podíamos haber matado.

—¿Crees que sería capaz de estrellar una belleza así? Bueno, dos bellezas, el avión y tú. —Rafael suspira tras la máscara—. Nunca conviene olvidar la suerte que tenemos por estar vivos. Espero que me des las gracias. Ahora tienes la oportunidad de empezar una nueva vida.

—Quiero que me pidas perdón —consigue articular Amelia.

Consciente de haber rebasado un límite que puede traer consecuencias muy negativas a su plan romántico, Rafael claudica y se disculpa, y no vuelve a comunicarse con ella durante largo rato, intentando que el enfado se diluya. Pero en algo tiene razón, a Amelia le ha dado tiempo a visualizar este último año, a verse a sí misma desde lejos, como si fuera un fantasma dentro de su propia obra de teatro, y apreciar el desgaste que ha acumulado por intentar llegar a todo. Pero también de visualizar el cambio que se ha producido en ella. Apenas se reconoce tras este intenso año. Pero no sólo ella se ha transformado, sino toda la gente a su alrededor. Como una onda expansiva, como la deflagración de una bomba, las consecuencias de sus actos habían activado procesos más allá de lo imaginable: había reunido familias, había despertado muertos, había removido conciencias, había reventado cimientos, había incitado a la rebelión. Se acuerda de todas esas chicas que escribían cartas confesando que se habían replanteado su vida tras verla en televisión, tras leer sus entrevistas. Todas aquellas a las que querían llegar las componentes del Movimiento Democrático de Mujeres con su arsenal comunicativo: las revistas y panfletos. Todo ese ajetreo promovido por sus amigas realmente había funcionado. Le habían regalado además conversaciones y gente memorable que habían tranquilizado su conciencia, que la habían arropado desde el inicio para afrontar el duro papel que le había tocado asumir. Y ahora, tras su inminente salvación ante la muerte, por primera vez, no se siente culpable de nada, sino liberada por fin de ese yugo. Lo que hizo estuvo bien. Fue atrevido, pero fue honesto.

Si alguien se le ha aparecido con más claridad en el túnel que ha atravesado hacia la muerte no han sido todos sus familiares, ni todas esas mujeres anónimas, ni sus amigas, ni siquiera su marido o sus hijos: ha sido una niña pequeña. Una que le ha costado identificar hasta que ha reconocido el pequeño avión que tenía entre las manos —un modelo de madera y papel que construyó con su padre— y automáticamente ha sabido de quién se trataba. Era la niña que comía pipas en el aeródromo los domingos mientras se imaginaba a sí misma haciendo las piruetas que dibujaban las avionetas en el cielo, la misma que tuvo que correr de la mano de su familia para ponerse a salvo de las bombas y dormir en el metro. La que, para entretenerse entre los refugiados, adivinaba los modelos de aviones de combate que surcaban los cielos mientras caían obuses sobre Madrid, la que sobrevivió a la falta de alimento; a la que no le permitieron seguir soñando tras una guerra cuyas consecuencias nunca tendría que haber pagado pero que ahora, por fin, reía feliz. Porque se había salvado de la muerte. Porque se había vengado de su destino. Porque se había salido con la suya.

El cabo Elías aún puede paladear el regusto de la sal del mar en su boca porque no hace ni veinticuatro horas que ha puesto fin a sus —cortas, siempre cortas— vacaciones. Ya echa de menos el murmullo del mar, los bocatas de chorizo en la playa e incluso a sus tres pequeños reclutas. Es curioso que se sorprenda a sí mismo echándolos de menos, cuando parecía que estaba deseando descansar del griterío diario y la organización marcial de su querida esposa. Pero es que el control de la base anda muy tranquilo en el

mes de agosto, tanta gente huyendo del calor y tan poca maniobra internacional que tiene la mente todavía flotando fuera de allí. Pero al pobre le dura poco el ensimismamiento, la llegada de un taxi lo saca rápidamente de sus pensamientos, y acude raudo a registrar a los recién llegados. Casi le falta abrir las puertas de los pasajeros como si fuera el botones de un hotel (a Elías servir a la patria es lo que más le llena el alma), pero en esta ocasión casi tarda menos en llevarse la mano a la cintura para empuñar el arma pensando que se trata de dos atracadores en cuanto Carmen y Juanjo salen con su apariencia campesina del automóvil. Antes de que llegue un destacamento internacional al puesto de control para interrogarlos, Carmen se apresura a identificarse como la hija de Amelia Torres y la sobrina de Peter Lang, cardiólogo del hospital, pareja de su tía Margarita.

El cabo Elías, muy perspicaz, se acerca a escrutar el rostro de la joven: es innegable el parecido con su madre, aunque a la pobre parezca que le ha comido el pelo una cabra. Que Elías recuerde no ha visto a su tío venir en toda la mañana, al ser domingo, hoy no trabajará. Sin embargo, sí que tiene registrada la entrada de Amelia en el automóvil de uno de los pilotos de caza más prestigiosos del ejército (siempre le gusta hablar bien de las fuerzas armadas patrias en constante comparación con el personal petulante y altanero de los miembros de la *U. S. Air Force*).

—Hará un par de horas que llegaron —concreta el joven Elías.

—¿Nos deja pasar? ¿Cómo llego hasta ella? —suplica Carmen.

—Y a mí, ¿quién me paga la carrera? —interrumpe el taxista.

Juanjo mira preocupado a Carmen que asimismo interpela con inocencia al cabo.

—Perdón comandante, piloto…

—Cabo. Cabo Elías. Inminentemente cabo primero, pero de momento sólo cabo.

—Cabo Elías, ¿no tendrá unas pesetillas que dejarnos para pagar a este buen hombre? Le aseguro que se lo devolveremos todo, con intereses si hace falta. En cuanto localice a mi madre.

Tras exhalar un suspiro, Elías se echa la mano al bolsillo y paga los honorarios al conductor que, además, encuentra a un nuevo pasajero que necesitaba transporte en la mismísima puerta de la base aérea; una jugada redonda. Elías mira fijamente a la joven pareja tratando de dilucidar qué se traerán entre manos.

—Como no podéis entrar por vuestra cuenta, tendré que acompañaros. Necesito vuestra identificación.

Una vez más el ingenio se hace virtud en la escasez de Carmen.

—Elías, don cabo Elías. Esto es una emergencia nacional. Hemos salido con lo puesto —Carmen dirige una mirada a su ropa—, aunque yo habitualmente no vestiría así, como se puede imaginar. —Mira a Juanjo y, si bien no quiere sonar irrespetuosa, también lo excluye de su origen humilde—. Todo tiene una explicación. Por favor, debo encontrar a mi madre —suplica Carmen a modo de rezo ablandando al joven padre.

Elías recuerda ahora aquella otra llegada fulminante, la de la madre y la suegra de Amelia, también en clave de «emergencia nacional». Algo le pasa a esta familia, y eso sí que es urgente de resolver, piensa para sí mismo. Y como, además, pensaba aprovechar el rato del bocata para sacar unas fotos de la base para el archivo fotográfico, se la va a jugar llevándose a los jovencitos sin identificación y pasando por alto el control norteamericano. Algo le

dice que son buena gente. Y como su colega internacional le debe algún favorcillo, hoy se lo va a cobrar. (Alguien debería condecorarlo por estas relaciones internacionales tan fructíferas). Así que agarra la cámara de fotos, las llaves del coche y clama con energía:

—Maldita sea, venid conmigo.

Un avión de combate Lockheed F-104 G Starfighter no se aterriza, se detiene. Así se lo ha explicado Rafael durante las maniobras de aproximación en las que Amelia ha podido intervenir ligeramente. Como aterrizar un misil con alas, su potencia es tan superior que no existe pista suficientemente larga para detenerlo, de ahí que haga falta desplegar un paracaídas de cola que ayude a frenarlo. Quizá el que tampoco supo echar el freno a tiempo fue Rafael, que constata la frialdad de Amelia por sus —casi inexistentes— comunicaciones por radio desde hace un buen rato.

La aventura para ella concluye al fin cuando se apagan los motores y su cabeza y su flujo sanguíneo vuelven a estar bajo la presión normal de la gravedad. Los compañeros de Rafael acercan enseguida una escalerilla para que puedan bajar los pilotos. Rafael no tarda ni un segundo en pegar un salto, poner un pie en la escalera y ofrecer una mano para ayudar a Amelia a salir de la cabina, desplegando todos sus encantos de caballero que ella rechaza automáticamente. Rafael insiste y extiende aún más la mano para ayudarla, pero Amelia ignora su galantería. Lo primero que hace es quitarse el casco y respirar aire fresco y tratar de dimensionar los acontecimientos aéreos.

En tierra, los secuaces de Rafael esperan inquietos el desenlace de este romance aeronáutico del que les había avisado, pero la actitud de Amelia no deja sombra de dudas: está cabreada, y mucho. Él intenta disimular su fracaso frente a sus compañeros interceptándola a mitad de la escalerilla en cuanto ella empieza a bajar.

—Perdón. Te pido disculpas de nuevo. No tendría que haberlo hecho.

—Creí que nos íbamos a matar.

—Me he pasado. Ya no hace falta que me beses, ese puede ser mi castigo. Y me lo merezco. —Tampoco parece que una escalerilla sea el mejor lugar para besarse, precisamente, y más con los técnicos esperando a revisar la nave.

—¿Me vas a dejar bajar?

—Cuando me digas que me perdonas. —Rafael se agarra con firmeza a las barandillas de la escalera y sube un escalón, acercándose aún más—. Por favor.

Amelia lo mira desafiante desde su posición privilegiada en altura y no tiene más remedio que perdonarlo si quiere salir de ahí. Una vez lograda la absolución, Rafael la deja tocar tierra, pero vuelve a acercarse seductor.

—Yo te perdono lo del beso, pero confiesa que volar conmigo ha sido lo más acojonante que has hecho en tu vida. —Rafael acerca peligrosamente su rostro al de Amelia. Ella no puede negar que ha sido una experiencia transformadora, y que tenerlo cerca acelera su respiración.

—Podríamos decir que así ha sido, capitán —contesta jadeante.

—Pues entonces… podrías darme un beso para agradecérmelo —propone con media sonrisa.

Sea como fuere no va a deshacerse de él tan fácilmente. A pesar de que le ¿odia? con todas sus fuerzas, es innegable que ese viaje la marcará de por vida. Si ha superado la barrera del sonido, podrá superar la vergüenza de besarle a pesar del público presente, a pesar del calor, a pesar de la pesadez de las ropas y del sudor que poco a poco se ha ido formando en sus rostros. Amelia comienza a acercarse al piloto, lentamente, dispuesta a concederle ese beso cuando de pronto sufre una caída en barrena, un choque frontal, una rotura de motor que frena el flujo sanguíneo y espiritual de un mazazo.

—¡¡¡MAMÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ!!!

Lo que sigue es un esperpento de conversaciones superponiéndose una por encima de otra, explicaciones y preguntas en orden dispar en las que cada una de las intervinientes trata de averiguar quién es quién y qué hace cada una allí. Que de dónde sales, y qué pelo es ese, y quién es ese joven, y quién ese piloto, cómo que te has escapado del campamento, por qué andas vestida como una campesina, y tú con ese mono naranja que pareces una calabaza, y tú qué pintas me traes, por qué no has escrito en todo este tiempo, cómo has llegado hasta aquí, y dónde está papá, que estabas a punto de besarle, y tú no eres quién para decir nada, pues yo tengo que hablar urgentemente con papá y que si han detenido al abuelo.

—¿Detenido al abuelo? ¿Por qué habrían de detener al abuelo?

El público masculino presente se ha quedado petrificado ante el griterío hasta que las mujeres se dan cuenta de la envergadura de lo que están hablando. Automáticamente los pilotos se dispersan en labores propias; Juanjo, curioso, va con ellos, y el cabo Elías pone

rumbo a la torre de control asumiendo que nadie le reembolsará el taxi. Amelia y Carmen, ajenas al movimiento de los demás, se apartan a una esquina tratando de aclarar la situación.

—Claro que he escrito mamá, cientos de cartas, cada día. ¿Cómo pudiste mandarme a ese lugar? En mis cartas preguntaba por el abuelo, y me las requisaron. Y ahora Falange está persiguiendo al abuelo, que si tiene una causa pendiente, que si tenía una condena, que si… —pero Carmen empieza a llorar hecha un despojo humano —. Que van a ir a por él, mamá. Por mi culpa, he delatado al abuelo, mamá, que lo van a detener seguro o peor…

Amelia abraza a su hija que se resquebraja entre sus brazos. Y ahora todo cobra sentido. Su silencio desde el campamento, la partida repentina de los chicos a Paredes, la frialdad de Armando. Debieron averiguarlo, de alguna manera cree que lo saben. Se salvaron, y así se lo comunica a Carmen para que se quede tranquila. No han detenido a nadie. Carmen llora entre sus brazos, aliviada mientras resume su huida entre lágrimas, explica su corte de pelo y la posibilidad de que ella misma se encuentre en búsqueda y captura.

—La culpa es mía, hija, siento haberte mandado allí. —Haber estado a punto de morir le ha aclarado mucho las ideas—. Estaba tan enfadada por lo de tu portada, la llamada de la Primo de Rivera, porque te hubieras mezclado con esa gente…

—No sabía que fueran tan peligrosos… Lo siento mucho. Papá va a matarme. —Carmen se va tranquilizando poco a poco, sin embargo, al desviar la mirada buscando a Juanjo entre los pilotos es presa de otra inquietud—. ¿Y quién era ese piloto, mamá? Estabas a punto de besarle. ¿Ya no quieres a papá?

—¿Y ese chico que venía contigo? —pregunta Amelia incisivamente—. Tú y yo vamos a hacer un pacto. —Amelia agarra de los hombros a su hija y puede verse a sí misma en su rostro—. Tú no vas a decir nada de lo que has visto y yo no diré nada de tus cartas, ¿me entiendes? —Carmen asiente, pero teme algo aún más peligroso que a su propia detención—. Diremos que te perdiste y que este chico te acompañó hasta Madrid, yo qué sé. Y lo de tu pelo, pues… que tenías piojos. Ya está.

—Pero ¿qué va a pasar con papá? ¿Él lo sabe? Es más joven que tú.

—Tu padre y yo… lo vamos a resolver, ¿vale? Te lo prometo. Y ahora, vamos para el Encinar con las abuelas a ver si conseguimos aclarar algo de todo lo que está pasando.

—¿Las abuelas también están allí? Pero ¿qué ha pasado mientras he estado fuera?

Nadie entiende la compleja carambola del destino que ha traído sana y salva a Carmen de nuevo al regazo de sus abuelas. Estupefactas ante su presencia, relatan cómo nada más irse Amelia con Rafael, una patrulla de la Guardia Civil llamó a la puerta para dar aviso de la desaparición de Carmen del campamento, sumiendo a las abuelas en una desazón infinita, ya temiéndose lo peor.

—Histéricas aquí las dos, sin poder hablar con nadie, tú volando, los otros en Paredes, no les íbamos a llamar, encima, para darles un disgusto. Ay mi nietecita, ay mi niña que está bien. —Victorina se deshace en abrazos y besos con su nieta, aún con el susto en el cuerpo y la congoja en el alma—. Santa María madre de Dios,

gracias, gracias Señor mío. Tenemos que avisar a los guardias de que estás bien. ¿Dónde has estado? ¿Te perdiste? ¿Qué pasó?

—Me escapé —contesta Carmen con orgullo.

—¿Y este pelo? —pregunta intrigada Victorina.

—Cogí piojos, abuela —su primera mentira suena convincente.

Amelia, preocupada, mira a su hija y ambas entienden que no sólo estaban informando de la desaparición de Carmen, seguro que querrían saber si Martín se podría estar ocultando con ellas. Amelia enseguida pregunta a las abuelas si han comunicado a la Guardia Civil que el resto de la familia estaba en Paredes de Escalona, recibiendo, afortunadamente, una negativa por respuesta. No les había dado tiempo a reaccionar, azoradas por una rápida inquietud.

—Sólo nos dijeron que nos quedáramos tranquilas, que seguramente en cuarenta y ocho horas estarías de vuelta, y que estaban poniendo todo su empeño en traerte de vuelta a casa —completa Victorina.

—Ahora me acercaré al cuartel de la entrada y les explicaré todo, para que dejen de buscarte —planifica Amelia clavando los ojos en Carmen y transmitiéndole con su mirada que ella se ocupará de resolverlo todo.

Emilia, por mucha reticencia que tuviera hacia su nieta, no puede más que alegrarse de tenerla de vuelta y se emociona al escuchar de boca de Carmen su versión más republicana de los hechos, justificando su huida y echando pestes del campamento.

—Hiciste muy bien en escaparte, no me extraña que salieras huyendo de ese lugar. Así no volverás a juntarte con esa gente —manifiesta socarrona Emilia mientras abre rápidamente sus brazos

en son de paz. La lección y el perdón quedan aprendidos en el largo abrazo que se profesan nieta y abuela.

Al cabo de un buen rato de explicaciones, abrazos y reencuentros, alguien repara en Juanjo y Rafael, que se mantienen de pie, en el quicio de la puerta, expectantes ante tanto revuelo.

—A ti te hemos visto antes, pero no te has presentado como Dios manda —puntualiza Victorina con su dedo índice e intuyendo alguna intención pícara por parte del piloto hacia su hija.

—Yo soy Rafael de Madariaga, señora, capitán y piloto de las fuerzas aéreas españolas, mucho gusto —se presenta mientras empieza a ofrecer su mano, incluso a Juanjo; no han tenido tiempo de presentarse correctamente desde que volvieron de la base.

—Y yo Juan José Gómez Soler, oficial raso de las fuerzas granjeras españolas —contesta con ironía al estrechar la mano del piloto—. Un placer.

Porque el secreto de las chicas es también el secreto de ellos.

—Yo he invitado a su hija Amelia a volar en un caza del ejército. Quiero que sepan que todos la admiramos muchísimo.

—Ya, claro. Tú vas a ser también el de las revistitas, ¿no? —El ojo clínico y suspicaz de Emilia calla la fanfarronería del piloto de inmediato.

Juanjo siente que está fuera de lugar y hace ademán de irse.

—Yo he acompañado a Carmen desde Rascafría… y ahora que ya está sana y salva, pues creo que ya me puedo ir.

Pero Carmen lo intercepta rápidamente y lo lleva al exterior para poder hablar de forma privada. Ninguno de los presentes pasa por alto que entre los jóvenes hay algo más que un viaje de vuelta desde que se fugó del campamento. Ella insiste en la necesidad de

su ayuda para poner a su abuelo a salvo y su promesa de hacerlo volar. Cualquier excusa con tal de retenerlo a su lado. Pero Juanjo siente que su papel en esta historia ya ha terminado y lo primero que deberían hacer es avisar a sus padres, no fuera a ser que la Guardia Civil lo buscase a él también. Carmen quiere participar en la reparación del tractor, al menos, darle la oportunidad de intentar devolverle toda su generosidad. Ha sido todo tan vertiginoso desde que llegaron a Madrid que ni Juanjo ha podido verbalizar las impresiones que se ha llevado: la voracidad de la ciudad, la inmensidad de la base, el trabajo de los pilotos, la majestuosidad de los aviones y los cazas, los jeeps, el personal norteamericano, las tiendas… Verbalizado en boca de Juanjo suena a que todo ello ha sido suficiente para él. No necesita más, ni volar tampoco, aunque fantaseara con ello. Ver las aeronaves de cerca ha sido más que suficiente.

—Mis sueños de campo no son tan grandes como los de ciudad.

—Quédate, por favor, unos días. Conseguiré que te dejan volar en alguno de ellos, es lo menos que puedo ofrecerte por todo… —a Carmen le tiembla la voz, quiere besarlo de nuevo, pero no se atreve, aunque no puede evitar acercarse lentamente—, por todo lo que ha pasado. Te lo debo.

Juanjo también se muerde el labio inferior, también quiere besarla, pero no puede. Ella puede sentir ese mordisco como si fueran sus propios labios.

—Por favor. Aunque no tenga nada que ofrecerte. Salvo… yo misma. —Una petición que acompaña con una sonrisa y con los brazos tímidamente abiertos.

Juanjo sonríe de medio lado y desliza una mano hacia la suya. Está a punto de rozarla cuando una bocina empieza a tronar por toda la calle. El resto de la familia sale a la terraza en tropel interrumpiendo a la pareja. Amelia, Victorina, Emilia, Carmen, Rafael y Juanjo se agolpan en el estrecho espacio para comprobar quién se acerca pegando esos bocinazos y vociferando el nombre de Amelia.

—El que faltaba —sentencia Emilia.

34

Confesar es de valientes

El ambiente mínimamente distendido que había hace unos minutos en el apartamento se ha congelado en un instante ante la llegada del patriarca —aunque él jamás usaría ese término—. Su entrada se acompaña de un sonoro silencio que evidencia la solemnidad de su persona. Casi sin tiempo a digerir y explicar la presencia de cada uno de los miembros que se encuentran allí y, una vez aclarado el sorprendente encuentro con su hija, a la que ubicaba en otro espacio-tiempo, Armando se dirige a hablar cuanto antes con Amelia sobre la gravedad de la situación de su padre.

Tiempo es, precisamente, lo que no hay —ni necesidad— para explicar la presencia de los dos varones a los que no conoce. La correspondencia de sus edades es suficiente para entender automáticamente quiénes son o suponer qué hacen ahí. Aunque el zarpazo es doloroso y la suspicacia es automática entre Armando y Rafael —que se ha presentado educadamente como un mero compañero de la base—, ahora no va a entrar a valorar el papel o el tiempo que lleva formando parte de la vida de su mujer. Nadie duda en dejarlos a solas para que padre, madre e hija puedan explicar la urgencia de la visita.

Amelia y Carmen ocultan con maestría conocer el verdadero motivo por el que Armando ha acudido a verlas, y se sorprenden como actrices de reconocido prestigio cuando describe la terrible situación en la que se encuentra Martín. Saben a ciencia cierta que las autoridades andan tras ellos y que deben encontrar un plan infalible de fuga cuanto antes. Lo que ninguna imaginaba es que Armando necesitase a Amelia para poner a su padre a salvo. Una escapatoria que se sobreentiende inmediatamente: en avión. Algún tipo de aeronave que pueda salir del país sin que nadie se entere, sin tener que cruzar ninguna frontera, sin pasar ningún control.

—Y sólo tú puedes ayudarme con eso —suplica Armando con la mirada.

Se produce, a veces, un fenómeno curioso en la vida, cuando confluyen dos almas que se encuentran en el espacio-tiempo entre el odio y el perdón, en el que no es necesario hablar, ni pronunciar monosílabos siquiera, incluso un pestañeo es parte del lenguaje; el de la aceptación, o de la asunción de realidades y conceptos, de momentos e intenciones que han tenido que ser procesados, o incluso procesos que han tenido que ser intencionados, para eclosionar en un momento clave.

Este es uno de esos momentos.

Se podría analizar —en el universo microscópico de partículas que atraviesan el aire de sus miradas llenas de peticiones, entendimientos, rencores y perdones sin necesidad de palabras— un flujo invisible, un lenguaje único entre ellos, un diálogo que nadie escucha salvo los interlocutores. Se podría hasta dibujar esa realidad como una parábola de cálculos matemáticos en el que se establece un camino de inicio (el deseo de volar), un punto de inflexión (el

distanciamiento a consecuencia de la transformación familiar implícita por ese deseo irrefrenable) y una salida por la tangente de la ecuación por inesperada (la vuelta de un padre por un efecto colateral del destino). Una eventualidad que, en el caso de no haber existido el deseo y la posibilidad de volar, no habría sucedido jamás. Ni Martín se habría reencontrado con los suyos, y, para más inri, de no haber vuelto, tampoco existiría la urgente necesidad de ponerlo a salvo. Como en la paradoja del gato de Schrödinger, el padre de Armando estaba muerto y vivo a la vez, y el catalizador de ambos posibles universos era el mismo: Amelia, que, paradójicamente, lo había condenado a muerte, pero también lo podía salvar.

—Tengo que pensar muy bien cómo hacer esto que me pides, Armando. Los controles en los aeródromos son también exhaustivos. Déjame darle una vuelta. Ya se me ocurrirá cómo. Pero… —Carmen aguanta la respiración un instante, temiéndose lo peor y deseando lo mejor—. Por supuesto que puedes contar conmigo.

Esto es lo único que Armando necesitaba para poder volver a respirar sin que la congoja mantuviera sus pulmones a la mitad de capacidad. Y la mejor respuesta que Carmen podía escuchar de labios de su madre, sellando algún tipo de paz y colaboración.

—No sé de cuánto tiempo disponemos —prosigue Armando—. De momento creo que podemos seguir en Paredes un tiempo, pero imagino que no tardarán en dar con nosotros. Aún no entiendo cómo han sabido de su regreso, no nos hemos visto ni hemos hablado con nadie.

Amelia evita con pericia desviar la mirada hacia Carmen, aunque la intuye por el rabillo del ojo. Sabe que está ahí sentada, encogida, sintiendo una enorme responsabilidad que la retuerce por dentro,

aterrada por la situación que ha provocado. Al fin y al cabo, nunca quiso hacerlo a propósito. Ella sólo quiso conocer a su abuelo y ni eso la han dejado. Lo van a sacar volando del país y no le ha dado ni tiempo de contarle quién es o averiguar cómo es él, ni preguntarle cómo es el mundo ahí fuera o que él abuelo le pregunte por sus intereses, su música o libros favoritos, o a qué tiene miedo en esta vida, para que pueda consolarla con su experiencia. No podrá aprender nada de él, ni retendrá recuerdos ni vínculos ni cuentos ni canciones, sólo una losa de culpabilidad que la acompañará de por vida. Si esa era la lección que su abuela quería que aprendiera juntándose con el enemigo, lo hizo; a fuego.

—Armando, esta gente tiene tentáculos en todas partes —interviene Amelia—. Basta con que algún vecino haya escuchado algo por el tabique y haya avisado a la Brigada…

—He sido yo —confiesa Carmen para sorpresa de todos, incluida ella misma—. Lo siento. Ha sido sin querer, papá. En el campamento leyeron mis cartas, preguntaba por el abuelo. Nos investigaron y descubrieron sus antecedentes. Le había pedido a mamá que me guardara el secreto porque sabía que te ibas a enfadar conmigo, porque no hago más que estropearlo todo… Pero ahora me gustaría poder ayudar.

Armando se ha quedado sin habla, asume la noticia a la vez que traga saliva. Carmen quiere llorar, pero de algún modo siente que ha perdido la culpabilidad por el camino, en algún punto de la ruta ha dimensionado la configuración del presente político en el que viven. Entre la rabia y el arrepentimiento se muestra indefensa, pero dispuesta a enfrentarse a lo que tenga que llegar. Determinada como nunca antes ante la inquietud lógica de sus padres. La valentía

que arroja impide a Armando explotar, quizá porque la verdad calma más que las suposiciones. Hoy no hay culpables opacos. Ni siquiera su hija lo es. Sólo víctimas.

Armando toma una bocanada de aire atemorizando a las presentes, pero no, no reacciona de una manera violenta, sino todo lo contrario. Agradece la sinceridad de su hija y promete que la revelación quedará entre ellos tres, para que nadie pueda culpabilizarla de ahora en adelante. Amelia siente un orgullo inmenso hacia la fortaleza repentina de su hija y recuerda cuántas veces ocultaron al padre travesuras o roturas para evitar enfados posteriores, en esa complicidad que a veces se establece con las madres. Hoy, sin embargo, esa protección desaparece ante su acto de valentía. Tratando de encontrar palabras conciliadoras y constructivas, Carmen coloca una mano en el hombro de su padre y sus palabras consuelan como nunca antes.

—Te prometo que vamos a encontrar la manera de ponerlo a salvo. Juntos.

—Seguro que sí. Gracias por tu sinceridad. —Armando abraza a su hija con fuerza y sostiene la mirada a Amelia. Por un instante parece que todo saldrá bien.

Tras exponer ante los demás presentes la realidad a la que se enfrenta la familia Suárez Torres, Armando besa a Amelia en los labios antes de salir, ritualmente, como siempre, como esposa suya que es, aunque intuye por la presencia de Rafael que ella haya podido emprender una aventura o similar, tampoco puede culparla por ello. Él mismo la había alejado de él, hasta suena comprensible. Hoy toda su realidad está desdibujada y ya nada sigue los patrones habituales. Armando se despide educadamente de todo el mundo y

dedica los últimos minutos para hablar con su propia madre en la calle, tratando de hacerle ver la insensatez de su comportamiento. ¿Qué demonios hace ella ahí con los norteamericanos si los ha odiado siempre?

—He vuelto a dar clases, y estoy muy contenta, hijo. Siento mucho lo de tu padre, y que tenga que huir de nuevo. Quizá lo que no tendría que haber hecho nunca es volver, y así nos habríamos quedado todos con un bonito recuerdo de quién era.

—Pero ¿tú te escuchas? Lo has exagerado todo de una forma desproporcionada y te vas a arrepentir de no hablar cordialmente con él. Pero eres mi madre y no seré yo quien te diga que lo estás haciendo mal. Terriblemente mal.

Emilia se aguanta las ganas de responderle porque sabe que tiene razón, pero no lo va a admitir ahora, es tan cómodo seguir encerrada en su versión y su propia venganza que hasta se está pensando eso de concederle una cita a su alumno afroamericano, a ver si con esas puede devolverle a Martín el mismo dolor que él le ha provocado.

—Lamento no poder ir a verlo, estoy muy ocupada con mis clases, igual que él lo estuvo en México, sabrá perfectamente a qué me refiero. Preparación de clases, corrección de ejercicios… Y, además, no creo que le guste saber que voy a verme con alguien, bueno, nada serio, tanto tiempo pensando que debía guardarle un respeto que, oye, a lo mejor es el momento de cambiar de pensamiento, ¿tú qué dices?

Pero a Armando todo le suena a corazón roto y venganza absurda, y no encuentra argumentos que resquebrajen el muro que ha

construido su madre para protegerse, sólo se le ocurre susurrar con ternura un pensamiento.

—Le están persiguiendo de verdad, madre. Puedes seguir haciendo todo lo que te parezca, pero quizá nunca más tengas la oportunidad de despedirte de él antes de que se vaya. Piénsatelo.

Y dicho esto, besa a su madre en la frente y se aleja con pesadumbre hacia el coche, dejando a Emilia presa de cierta congoja. Porque las palabras de su hijo son certeras, podría no volver a verlo y, quizá, dentro de toda esta patochada, festival de la exageración y la venganza, verlo es lo único que de verdad desea por mucho que trate de ocultarlo. Porque en el fondo, incapaz de revelarlo ni verbalizarlo, lleva muchos años queriendo pedirle perdón.

El sofocante calor de agosto no ayuda a pensar en planes de huida, ralentizando neuronas y abrasando sus conexiones, más bien invita a salir huyendo, buscando una salida al sofocante salón, pero la determinación de Amelia obliga a todos a quedarse alrededor de la mesa hasta que encuentren una solución. Pensamientos y propuestas se acompañan con la sincronía de los abanicos que las abuelas aterrizan sobre sus pechos en un curioso ejercicio de percusión. Por mucho que Rafael esté a su lado elucubrando y proponiendo opciones, ya han descartado todo tipo de estrategias para llevarse a Martín de matute saliendo del aeropuerto de Torrejón. Serían muchos los elementos en juego y riesgos que deberían evitar. Empezando por un control en la garita de entrada que lo encontrase escondido en el maletero (descartado de

inmediato, ya que, por su edad, podría morir antes asfixiado por el calor). Encontrar una valla abierta que le permitiera el acceso a la pista no descartaría un control posterior en el hangar. Además, tendrían que contar con el beneplácito de Harris, que para eso el aeroplano es suyo, y el norteamericano nunca participaría de una huida política que lo comprometiese. Y en un caza del ejército tampoco: Amelia nunca pondría en ese aprieto al reciente capitán. Y desde Barajas es técnicamente imposible, incluso los contactos de Rafael en Iberia tampoco se jugarían ni la plaza ni el pescuezo por un desconocido.

—Sólo nos queda un sitio que conocemos —apunta Amelia, agotada—: Cuatro Vientos. Pero la problemática es similar, aunque es más pequeño, más accesible, más familiar, diría. Tendría que acercarme a hablar con Daroca y con mis antiguos compañeros, a lo mejor sería más fácil.

—Si les dices que planeas sacar a tu suegro perseguido por el régimen en un aeroplano tampoco creo que te vayan a dar el visto bueno —zanja Rafael.

De pronto, Emilia dirige una mirada severa a su nieta.

—¿Tú no eras la que iba a encontrar la solución? De los que estamos aquí eres la única que ha escapado del «régimen» —pronuncia con retintín—, por decirlo de alguna manera, digo yo que alguna idea tendrás.

Todos los ojos se vuelven hacia Carmen, que se hace pequeñita, como cada vez que es el centro de atención. Sin embargo, es cierto, ha dado esquinazo a Falange y a su Sección Femenina, ha sido capaz de verbalizar su implicación a su padre, no debería dudar de

sus capacidades y menos de su ingenio, aunque fue más bien destreza y la oportunidad del momento.

—Aproveché que estaba todo el mundo viendo una película y me escapé. No tiene más misterio. Y al rato llegué a la granja de Juanjo, que enseguida se volcó en ayudarme. —La ironía sólo se comparte entre los participantes de aquel encuentro.

—Pues como no pongamos a todo el mundo a ver una película mientras sale el avión… —suspira al aire Victorina—. Y mejor si sale la Ava Gardner o Sofía Loren, ninguno de los señores apartará la mirada de la pantalla. Podríais invitarla, incluso, ¿no vivía Ava Gardner por aquí cerca en la Moraleja?

Amelia, que andaba deambulando por el salón, se gira sobre sus talones y se lleva una mano a la boca.

—Pero, mamá, ¡eso es una grandísima idea! Es la mejor idea que has tenido en tu vida.

—Pues, hija, normal. Si es que yo siempre he estado en la sombra, pero lista siempre fui un rato, ¿de dónde te crees que salís tu hermana y tú? Que ahora dicen que la inteligencia se hereda de las madres, ¿sabías?

—Pero ¿en serio vais a hablar con Ava Gardner? —se interesa Rafael despertando del letargo inmediatamente, igual que Juanjo.

—¿Lo ves? Míralos —recalca Victorina con su índice—. Estaban medio dormidos, ha sido decir «Ava Gardner» y empezar a babear como perrillos. Si es que, de verdad, qué previsibles sois los hombres. —Emilia se troncha, adora a su consuegra.

—La actriz no pinta nada en esto —afirma enseguida Amelia desinflando la ilusión de los varones—, pero se me está ocurriendo que… Eso sí que tendría sentido. Mucho más. De hecho, mataríamos

dos pájaros de un tiro, sería increíble, pero tienen que venir todas ellas, e incluso podría salir en las noticias, no podrían impedirlo delante de todo el mundo y mientras hacemos eso… Saldríamos volando. Lo malo es el tiempo para organizarlo, tenemos poco tiempo… Es cuestión de empezar cuanto antes y avisar a todo el mundo.

Los presentes esperan a que Amelia termine su exposición y confiese su idea, su plan maestro que nadie entiende, aunque traten de hilar su pensamiento inútilmente.

—Y eso sería. Ahora sólo tiene que salir bien —concluye Amelia, emocionada.

35

Cuatro Vientos

La última vez que Amelia pisó el suelo de Cuatro Vientos fue para no volver. Ya lo tenía decidido. Iba a dejar la aviación, así se lo había requerido su marido y era la única vía para recuperar algún tipo de equilibrio familiar. Fue el día de su *suelta*, la primera vez que voló sin Daroca, sin su instructor. Y procuró recordar cada segundo de aquel vuelo pensando que jamás volvería a estar a los mandos. Su sueño de volar en Iberia había fracasado, ni por edad ni por género podría volar en el país que la había visto nacer. No, aún no, quizá dentro de unos años, pero todavía no.

Pero lo hizo mal. Debería haberse despedido correctamente de Daroca y de sus compañeros, explicarles por qué, después de tantos meses, abandonaba su instrucción. También por Julián, el de la garita de entrada, con quien tanto había congeniado hablando de suegras y series de éxito televisivas, y sobre todo por Enrique Salas, que fue el único que la visitó en su casa tras su marcha, aunque el pobrecillo viese lo peor de ella, al descubrirla dentro de la espiral de autodestrucción en la que se sumió tras el golpe de realidad. Cuando le abrió la puerta, el ser enajenado que era, acrecentado por algunas bebidas de más, le besó sin miramientos, porque sabía que

ella le gustaba. No sabía lo que hacía. Porque estaba perdida y eso la hizo sentir más viva que nunca. Pero Enrique era un niño, en comparación, y él supo enseguida que no tenía sentido enamorarse de Amelia Torres.

Y ahora ella rehace el camino de aquellos días esperando llegar como si no hubiera pasado el tiempo, cuando todo aún iba bien, cuando creía que se convertiría en una piloto más y obtendría la misma licencia comercial que sus compañeros. Ahora, sin embargo, trae buenas noticias: podrá hacerlo, pero en otro país.

Ella no será Ava Gardner, ni Rocío Durcal, ni Sofía Loren, pero el revuelo que se monta en el aeródromo en cuanto llega, no tiene nada que envidiar al aterrizaje de estas estrellas en cuanto ponen un pie en suelo patrio al bajarse del avión. Entusiasmo por verla de nuevo, por saber dónde se había metido, por qué los había abandonado *miserablemente* —Cristóbal Aguirre siempre ha sido un poco dramático en sus exageraciones, de ahí que también forme parte de un grupo de teatro en su barrio—. Sin esperárselo, sin haber avisado, ahí vuelven a estar casi todos reunidos de nuevo —menos a los que les ha dado la paga para irse de vacaciones, o los que se han ido con sus padres, entre ellos Enrique (lo que agradece) o Navajo—, mientras los demás se han quedado haciendo horas de vuelo para ir sumando, como Marcos Alguacil, que no duerme en el aeródromo de milagro. Incluso Daroca que, afortunadamente se encontraba allí de regreso de sus vacaciones, lo que describe el viejo comandante como una «enorme fortuna» al haberse reencontrado con su alumna favorita, hoy convertida en una extraordinaria aviadora.

Amelia da paso a describir pormenorizadamente su experiencia en la base de Torrejón de Ardoz y la estancia en la colonia norteamericana, respondiendo a todas y cada una de sus preguntas curiosas y sorprendentes, y le lleva un tiempo encontrar el momento para compartir con ellos su secreto más preciado. Agachándose, con un hilo de voz y la promesa jurada de guardar silencio al respecto, Amelia libera a las bestias con su confesión:

—He volado en un Starfighter F-104 —susurra, orgullosa.

La locura se desata en Cuatro Vientos, el sueño de todos se hace presente en la narración escrupulosa de Amelia, en cada una de sus palabras, en los tecnicismos, en la descripción de las sensaciones, del traje, de la velocidad, en los controles de la nave por dentro y de su desmayo final. Son tantas las preguntas y la envidia sana que, con la algarabía que se monta, nadie se percata de la entrada de alguien muy especial que ni se ha planteado irse de vacaciones. Se hace el silencio nada más entrar en la estancia, como si hubiera descubierto a los pilotos haciendo alguna trastada, algo que tuvieran que ocultar, pero nada más alejado de la realidad. Pero para todos ellos es como un choque de trenes. Enrique ya se lo había avisado cuando fue a verla a su casa, pero Amelia no había tenido tiempo de comprobarlo, ni de ir a conocerla, sólo había tenido tiempo de admirarla y alegrarse por ella en la distancia, por su juventud, por su determinación, pensando, incluso, que ella misma podría haber sido inspiradora de su vocación; pero no, su pasión era anterior a la irrupción de Amelia en la aeronáutica nacional.

Y allí estaba ella: rubia, delgada, con sus penetrantes y determinados ojos azules, preguntándose qué se traían los chicos

entre manos. Daroca tiene la gentileza de acercarse y presentar a las pilotos que por fin se conocen.

—Amelia Torres, te presento: esta es Bettina Kadner, nuestra nueva aviadora. Lleva ya unos meses con nosotros, está estudiando a las órdenes del comandante Matres y, mientras, ha suplido el vacío que nos dejaste.

Amelia y Bettina se dan la mano con cariño y admiración. No necesitan decirse nada, salvo que el placer es mutuo, adornado con palabras de admiración.

—¡Bettina no nos hace galletas! —grita Aguirre desde el fondo.

—¡Para eso ya tienes a tu madre! —replica Bettina, divertida.

No, esa joven no está para hacer galletas. Está para comerse el mundo, determinada desde chiquita a no dejarse arramplar por nada ni por nadie. Alemana de origen, los valores con los que creció eran diametralmente opuestos a la sociedad española del momento. Se había enamorado de los aviones a los doce años, cuando su madre —que tenía una empresa de señalización de carreteras y aeropuertos— fue a pintar el aeródromo de Getafe. Tuvo la certeza de que el resto de su vida transcurriría dentro de uno de ellos. Sólo tenía diecinueve años, apenas unos más que Carmen, un dato que sobrecoge a Amelia, que se detiene a pensar en cómo habría sido su vida si en vez de buscar marido, hubiera tenido la valentía de Bettina y hubiera buscado salida a su vocación.

Así que después de las presentaciones y una vez descrito —hasta la extenuación— su vuelo en el F104, Amelia por fin puede desvelar a qué ha venido.

—No puede pasar ni un solo día más sin que estas mujeres tengan un HOMENAJE. —En mayúsculas. Así lo ha expuesto Amelia taxativamente y lo ha acompañado con un gesto dramático.

Qué tipo de aviadores, qué tipo de sociedad queremos para nuestros hijos, incluso hijas —ahora que había dos mujeres en el aeródromo y se habían comprobado *suficientemente* sus talentos—. Qué mundo íbamos a dejar si las dejaban marchitar en el olvido. ¿Estaban dispuestos a que la historia las omitiese? Amelia se erige entre sus compañeros como una oradora y conferenciante nata, y con maestría revela los detalles de las vidas de las mujeres que ha conocido este verano: Margot Soriano, María Bernaldo de Quirós, Mari Pepa Colomer y Dolors Vives. Apenas cuatro de todas las que fueron. Todas ellas merecen un homenaje en vida y ellos serán los encargados de semejante prodigio; mostrarán sus respetos y las tratarán con la distinción que merecen.

Ni Daroca ni ninguno de los muchachos presentes ha oído hablar de ellas, pero los datos que Amelia enumera son incontestables, esas mujeres son leyenda viva de la aviación y un sentimiento de culpabilidad y vergüenza se apodera de ellos inevitablemente. Después de que el país entero venerase la figura de Amelia por considerarla una pionera, es necesario reparar el error cuanto antes. Mucho antes que ella, diosas del cielo escribieron la historia de la aviación. Una vez establecida la misión, Amelia da paso al problema.

Y el problema es la inmediatez necesaria de la ejecución del evento por las necesidades particulares de Amelia que ha encontrado la excusa perfecta: que Mari Pepa Colomer volverá en unos días a Reino Unido, donde reside, y que deben organizar el homenaje antes de que se marche de Reus. Deben convocar a todas

las autoridades aeronáuticas del país, a todos los pilotos, padres, abuelos y niños, aunque estén de vacaciones. Hay que llenar Cuatro Vientos. No faltará ningún medio especializado. Han de recuperar aquellos ambientes de los años treinta donde jóvenes y mayores disfrutaban del espectáculo de la aviación.

—¡Pondremos hasta puestos de garrapiñadas, si hace falta! —añade Daroca, emocionado hasta la lágrima, ya que él también vivió aquel ambiente y lo recuerda con añoranza.

Sería volver a colocar a la aeronáutica como el prodigio que es, siendo los pilotos —tanto mujeres como hombres— los ejecutores de semejante fenómeno.

—Somos nosotros, los pilotos, los magos del aire, quienes daremos a conocer a estas pioneras —con esta frase Amelia se lleva a todo el mundo de calle—. Marcaremos este día para siempre en el calendario de la historia, porque será el día en el que ellas volverán al cielo, después de que las autoridades les prohibieran volar para siempre. ¿Cómo os sentiríais si de la noche a la mañana os prohibieran hacer y disfrutar de lo que más amáis? Pues esto mismo es lo que les pasó a ellas.

Y pasa a describir al detalle cómo fue el cambio en sus trayectorias vitales, la injusticia de la vida: de surcar los cielos a cambiar pañales, a vivir encerradas en casas sin ventanas, sin conexión con la vida, más bien a sobrevivir, incluso en el exilio, abandonadas, como si lo que se aplaudió mayoritariamente se hubiera convertido en algo reprobable; salir a la calle sin el reconocimiento del público. Olvidadas después de jugarse tantas veces la vida. Incluso por sus propios alumnos. ¿Cómo puede ser

que paseen por la calle sin que la gente las detenga al caminar, sin que nadie les pida un autógrafo?

Amelia para un segundo y, rodeada ahora de un aura poderosísima que le confiere un talante de convicción inmenso, pasa al plan de ataque.

—Por eso es vital que preparemos lo siguiente: pondremos a su disposición varios aviones de la flota para que esas golondrinas vuelvan a surcar el cielo —aprovecha el sobrenombre de María Bernaldo para unificarlas a todas—. Es más —y aquí viene la estrategia—, sortearemos un bautismo de aire, como antaño, para que alguno de los asistentes —su suegro, en definitiva—, pueda saber lo que se siente allá arriba. No todo el mundo ha tenido aún el privilegio de subir a un avión. Acercaremos de nuevo a la ciudadanía, como cuando yo era apenas una niña, el verdadero arte de volar.

Su audiencia se ha quedado muda, con el corazón encogido. El discurso y la organización de Amelia son prodigiosos. Embrujados por la magia de su aviadora favorita, les falta tiempo para empezar a organizarlo.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —pregunta Daroca.

Amelia se toma unos segundos para pensar y aguza la mirada, calculando y ocultando la falta de seguridad en sí misma. Pero no hay tiempo para inseguridades: el tiempo apremia.

—Para ayer —contesta con determinación.

¿Qué puede salir mal?

36

La gran ovación

Victorina aún no puede creerse que Emilia no vaya a venir. Lleva dos días intentando hacerle ver lo absurdo de su comportamiento, pero no hay manera, no escucha, no cede; es un bloque de hormigón armado. ¿Cuánto dolor acumula esta mujer, cómo puede ser que no lo quiera liberar, que no se quiera despedir? Emilia ya ha contestado cien veces a esa pregunta, que ya se ha despedido, que ya ha cerrado todo lo que tenía que cerrar, incapaz de ver su propia sangre brotar desde las heridas, desparramarse por el suelo, pareciera que es la única que no ve el reguero que va dejando a su paso.

Nadie entiende que no quiera dar su último adiós al padre de sus hijos, al amor de su vida y al que posiblemente no vuelva a ver una vez que su avión haya cruzado la frontera para después poner rumbo a México.

Martín se lo ha tomado con la mayor tranquilidad posible, igual que desde que llegó y ella renunció a verse con él. Le ha pedido a su hijo que, simplemente, se despida de Emilia de su parte, que lamenta su postura, del todo irracional. Que le habría gustado haber forjado algún tipo de amistad o relación afectuosa con ella antes de marcharse, «de irse para siempre», dijo en concreto, pero sabía que

Emilia era muy suya, y que quedaba poco margen de negociación. Para él lo más emocionante de su regreso había sido el reencuentro con su hijo y después haber conocido a sus nietos, con quienes estaba aprovechando al máximo sus últimas horas en territorio español.

La respuesta al evento propuesto por Amelia, aplaudido por todos los participantes —tanto por los que sabían de sus verdaderas intenciones como por los que no—, logra reunir en pocos días a más personas de lo inimaginable en un tiempo récord. Todas las aviadoras habían respondido con profunda emoción a su propuesta. Gracias al marido de Margot Soriano, José María Ansaldo, la flota de Iberia había ofrecido un vuelo de máxima categoría para traer a Dolors Vives y Mari Pepa Colomer desde Cataluña junto con todas sus amistades y allegados, que no podían faltar a este evento histórico. Margot se había encargado, personalmente, de contactar con toda la red de amistades y familiares que alguna vez formaron parte de su mundo aeronáutico. No faltaría nadie. Bueno, eso no era del todo cierto: aún no había llegado la confirmación de la más importante de todas ellas, su amiga María Bernaldo de Quirós.

Margot la había llamado en reiteradas ocasiones y hasta Marga había acudido a su domicilio en la calle Hermosilla, 46, para invitarla al evento, pero a María no le apetecía exponerse. Aunque su eterna cuidadora, Fina, recibió el mensaje y prometió transmitírselo tal y como Marga se lo había descrito:

—No puede faltar, que ella es la más importante. La primera de todas, que es vital para nosotras que venga. Por favor, dígale, además que hace muchos, muchos años, mi madre coincidió con ella en el aeródromo de Getafe, y siempre recuerda que fue encantadora

con ella. Ella estaba muy nerviosa y María la tranquilizó. Era la primera vez que volaban mis padres. ¿Y sabe qué más? Estaba embarazada de mi hermana Amelia. La mismísima Amelia Torres, la del concurso de televisión. La aviadora. Por favor, tiene que decirle que la esperamos en Cuatro Vientos a mediodía, y que no es inconveniente venir a buscarla.

Pero como Greta Garbo, que abandonó el mundo del cine en la cúspide de su carrera, Miss Golondrina vivía su vida igualmente, lejos de los focos, con discreción. Nadie podía asegurarles que aparecería.

Un gran número de coches y personalidades va haciendo su entrada en el aeródromo para la desesperación de Julián, porque no puede controlar el acceso como debería. Así que abre la barrera y permite la entrada libremente a decenas de asistentes, entre ellos Armando y los suyos en un coche, y Martín, en el coche de Peter. Por si acaso.

Y mientras llegan todos los invitados, Armando le ha pedido a Amelia que lo acompañe a un aparte. Resguardados bajo la sombra de uno de los pinos que adornan la entrada al hangar donde va a comenzar la «celebración-plan de huida» —como lo han denominado internamente—, Armando toma sus manos entre las suyas. Un gesto que se convierte, de pronto, en algo extraordinario y anodino en los últimos tiempos. Le habla directamente a los ojos (y al corazón) con inesperado cariño, pero, sobre todo, con mucho respeto. Pareciese que lleva días armándose de valor, preparando las palabras, el tono y la concatenación de valores y errores que tiene la delicadeza de unir uno tras otro, admitiendo humildemente lo injusto que ha sido su comportamiento, su incapacidad de haber visto lo grandiosa que

era, lo inteligente y astuta como para montar algo así para su padre —para él, en definitiva—, sabiendo que pone en riesgo su propia carrera aeronáutica al llevarse a Martín lejos de allí, cruzando la frontera sin permiso. Y, por primera vez, cruzar esa frontera suena hasta metafórico, incluso, como un mensaje en clave del que él mismo tuviera algo que aprender. Le cuesta atinar con las palabras exactas, confesando tiernamente que lleva unos días pensando y articulando el discurso en su cabeza, deseando encontrar el coraje para decírselo frente a frente. Que cree haber encontrado la manera de ser honesto con ella, y que, tras pensarlo hasta agotar su cerebro en busca de una alternativa, acepta de buenas que ella se marche, que elija el camino que le dicta su corazón, porque tal vez él sea el que no tiene la capacidad, o incluso el derecho, de pertenecer a ese camino, de ir a su lado después de cómo se ha comportado con ella… Que, quizá, él no esté a la altura. Y siempre, siempre, recalca, estará en deuda con ella.

—Gracias a ti he recuperado a mi padre. Y aún no te había dado las gracias. Estaba tan enfadado… tan confundido. Hoy sé que nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Amelia se emociona con sus palabras, aunque lleguen tarde. Llevaba tanto tiempo esperando a escucharlas que no se había preparado internamente para que no le afectaran; palabras que suenan a caricias sobre una herida a punto de cicatrizar.

—Ya tendremos tiempo de hablar de todo esto, Armando. Hoy va a ser un día muy intenso, muy difícil. Sé que tendremos la ocasión de hacerlo a la vuelta. Con calma. Pero… gracias.

Amelia hace un amago de irse cuando Armando afronta su pregunta más difícil.

—Quería preguntarte… —Traga saliva y mira al suelo—. Ese piloto…

—No, Armando, ahora no es el momento —contesta de forma automática y Armando no insiste—. La prioridad de hoy no somos ninguno de nosotros dos.

Amelia marca el ritmo de la conversación y, una vez zanjada la parcela personal, hacen un último repaso del plan: Armando saldrá hacia Francia en cuanto el avión haya despegado y el evento haya terminado. Se reencontrarán en Burdeos, donde Amelia planea aterrizar. Desde el aeropuerto ella resolverá cualquier incidencia con las autoridades con respecto a los motivos de su salida, alegando un fallo de motor, pérdida de visibilidad, desorientación o lo que se le ocurra y, después, gestionará su vuelta en el mismo aeroplano. Armando se encontrará con ellos allí y, después, marcharán a París desde donde su padre podrá volver de vuelta a México de forma segura.

—Todo saldrá bien, tu padre se va a salvar. —Armando se fija que no se han soltado las manos en todo este tiempo y se alegra—. Te lo prometo. Y ahora… vamos a por ello.

La excusa de Emilia es que ha decidido que hoy, precisamente hoy, era el mejor día para concederle esa comida a James y conocerse «un poquito más», pensando que Victorina quizá tenía razón, que no hay edad para el amor y que, si Martín había formado una nueva familia y amado a otra mujer, ella también podría probarlo. No ha pensado mejor lugar para el encuentro que el restaurante más famoso de la base: el *Caza y pesca.* Todo un homenaje a su

queridísimo caudillo. Suena a venganza en toda regla, pero en una venganza absurda contra sí misma, ¿qué le puede importar o doler ahora a Martín que Emilia quede con un señor cuando está en riesgo su libertad, su propia integridad? Parece que Emilia haya perdido totalmente el rumbo. Sola, en el apartamento del Encinar de los Reyes 147C, se ha quedado esperando en la terraza a que su cita venga a buscarla en su automóvil, ahí, sentada en el banco, después de haber visto salir a todo el mundo hacia el homenaje, casi sin decirles adiós, como si fueran al cine, a disfrutar de cualquier plan irrisorio sin trascendencia. Una hora de espera, mirando al infinito, mientras su orgullo iba haciendo su trabajo, desintegrándola por dentro, hasta que el coche de James ha aparecido por la esquina.

Sin duda son la pareja más peculiar del lugar, o al menos así se siente Emilia creyendo que todas las miradas van hacia esa mujer entrada en años que se ha sentado con un hombre *de color*, y más joven —pelín más joven, para su conciencia—, aunque para los norteamericanos sea algo habitual. El *Caza y pesca* es un terreno seguro, nadie va a opinar sobre ellos ni les va a juzgar, ni va a analizar su conversación tan peculiar e inexplicable, donde tanto al uno como al otro les cuesta hacerse entender. Más simpático y menos arisco que Emilia —que trata internamente de justificarse a sí misma qué hace ahí—, James se ha traído un diccionario de bolsillo inglés-español por si no encuentra la palabra adecuada o término concreto para hacerse entender.

La buena mujer lo tiene embelesado con su carácter seco de la meseta —en el fondo Emilia desprende carácter militar y eso al norteamericano le gusta— y porque les manda muchos deberes con lecturas de García Lorca, Miguel Hernández, Antonio Machado y otra

serie de escritores represaliados que desconocía y que le han encantado —aunque Emilia se ha cuidado mucho de entrar en terrenos escabrosos sobre la represión y paradero de estos escritores, bastante feliz le hacía haber vuelto a sacar a sus alumnos a la pizarra como para ganarse un exilio ella también—.

—¡Al enserado! —James imita a Emilia para romper el hielo, después de haber tratado de explicarle, a su manera, lo divertido y educativo de sus clases, lo interesante de los poetas, pero también la disciplina con la que imparte—. Mi gusta cómo das clase, Mrs. Emilia. Tú… buena profesora.

Emilia no se deja adular tan fácilmente, pero le sonríe, ¿qué va a hacer, negarle los piropos al pobre hombre —al que ni presta atención— porque algo la está devorando por dentro? Lo mejor en estos casos es sonreír mucho y hablar poco, permitir que el de enfrente desvele sus cartas, asentir de forma puntual y acompañar la escucha con términos como «ya», «claro», «vaya», «vaya por Dios», y si la cosa se pone más tensa un «Oh, my God» —que es de lo poco que ha aprendido en inglés—, o un clásico «normal» que, además, vale para los idiomas, y así se hace creer al interlocutor que se le está escuchando de verdad. Funciona para que uno pueda seguir sumido en sus propios pensamientos obsesivos y destructivos sin que nadie interrumpa, desarrollando la capacidad de abrir sólo uno de los oídos y dedicándole al otro todo el espacio sonoro mayoritario para escucharnos principalmente a nosotros mismos: deteniéndonos en nuestros juicios, nuestros miedos, en nuestra valoración sesgada del momento, en nuestra manipulada conciencia; en nuestro propio verdugo.

Hacía años que Cuatro Vientos no se veía tan bonito, tan luminoso. El impresionante equipo que ha formado Amelia de colaboradores es multitudinario y heterodoxo y entre todos han dispuesto un espacio acorde a la envergadura del evento. En un lateral del hangar han colocado un escenario rematado por un faldón azul y blanco perfectamente dispuesto, por donde desfilarán todo tipo de personalidades que hablarán desde un atril con micrófono: desde los expertos en aviación —que han dado un paso al frente para narrar las biografías y aventuras de las homenajeadas, algunas aprendidas e investigadas en tiempo récord—, pasando por algunos familiares que no han querido dejar de participar y contar su propia versión de la historia; aviadores que han venido incluso desde San Javier y, por supuesto, las protagonistas. La propia Amelia Torres, como no podía ser de otra manera, hará de maestra de ceremonias junto con Marga.

Banderines de colores, banderas e insignias aeronáuticas engalanan el lugar junto con los retratos de las aviadoras que, cándidamente, Darío Pozo, un aficionado a la aviación y famoso retratista del momento, ha hecho de ellas a contrarreloj. Hasta ha venido una pequeña banda que amenizará con música de swing la velada. Daroca será el primero en dirigirse al público ahí presente, mientras Amelia pasa revista a los compañeros de Cuatro Vientos: todos han ido al barbero y visten sus mejores galas. Como no podía ser de otra manera, los pilotos del Ala 16 de Torrejón han acudido con sus condecoraciones y trajes naranjas; no pasan desapercibidos. Amelia se divierte viendo cómo sus antiguos compañeros y los de Torrejón enseguida se arremolinan para conocerse. También se fija en Bettina, que guarda más interés en conocer a las pioneras que a

los pilotos de Torrejón. La complicidad entre ellas es inmediata, sus caminos, dificultades y tesituras son inherentes a todas ellas.

A Armando tampoco le pasa desapercibida la presencia de Rafael entre ellos, luciendo sus insignias y condecoraciones. Aunque intenta no establecer contacto visual con él resulta inevitable hacerlo y, por otro lado, también debe agradecerle su implicación con el plan de huida, aunque su orgullo nunca le permitirá reconocérselo. Se respira una cierta sensación de empate entre ellos, y así queda el asunto, en tablas figuradas, cuando, curiosamente, ninguno conoce la verdad y emociones de la mujer que los conecta.

Los miembros de la familia Suárez Torres, felices y emocionados —pero tensos hasta el tuétano hasta que vean a Martín salir volando —, se sientan en las primeras filas de sillas colocadas frente al escenario mientras Martín ocupa un asiento lejos de los suyos, por si acaso, toda precaución es poca.

Convencida de que toda la energía en torno a este día afectará de una forma definitiva al pequeño ser que crece en su útero, Marga se abraza a Peter con emoción, consciente de lo increíble de su gesta, de lo logrado en tan pocos días y de lo trascendental de su recorrido, desde que decidieron entrevistar a las aviadoras hasta este impensable desenlace rocambolesco. Incapaz de soltar su cuaderno donde quiere apuntar hasta el más mínimo detalle —sensaciones, miradas y encuentros—, Peter frena su vertiginosa mano y la mira directamente a los ojos. La quiere tanto que cree que va a explotar, de orgullo, al verla trabajar y escribir sin descanso, creyendo por fin en su destino, convencida, en definitiva, de su talento. Le susurra al oído que está seguro que será una madre extraordinaria, que aún no se puede creer la suerte que

tiene. Se cuidan de que Victorina y Luis, sentados a su lado, oigan algo al respecto, están esperando el momento adecuado para contarles que van a ser abuelos. Pero ahora eso a los padres de Marga les importa poco, están muy nerviosos esperando que el evento se desarrolle con normalidad y que el consuegro logre cruzar la frontera sano y salvo. Les cuesta apartar la mirada de la puerta de entrada, esperando que las autoridades entren de un momento a otro. ¿Cómo no se van a haber enterado de un evento de estas dimensiones?

En distintas esquinas, Antonio, Carmen y Juanjo desempeñan distintas labores de organización. Se miran entre ellos, coordinados, emocionados, pero también divertidos, y sensiblemente responsables. Y una pregunta flota en el aire a la que ninguno quiere responder, ¿qué pasará entre ellos cuando esto acabe? ¿Qué pasará con su amor veraniego? El tiempo de estos días se ha dilatado hasta la extenuación, pero en algún momento alguien vendrá a despertarles del sueño.

La orquesta toca una divertida pieza de Glen Miller mientras entran las aviadoras y Amelia las acompaña a las sillas reservadas para ellas y sus familiares: Margot Soriano se sienta junto a su marido, José María Ansaldo, y familiares, casta de aviadores que bien merecerían ellos solos otro homenaje; Mari Pepa Colomer se sienta a su lado, ha acudido con su marido, Jep (que también ha revolucionado el aeródromo con su presencia) y con sus hijos, Montse y Richard, y sus nietos, gracias a que Iberia les ha proporcionado un viaje exprés desde Inglaterra. Dolors Vives y su marido han tenido la deferencia de no traerse a los diez hijos, sus parejas y toda su descendencia para no saturar el evento. Los que

han podido acudir están realmente emocionados de ver a su *madrastra* ser hoy la importante de la familia.

Sin embargo, el asiento de Eca sigue vacío. Su nombre en un papel, colocado en el respaldo de la silla, espera su llegada, pero nadie la ha confirmado, nadie sabe seguro si vendrá. Deciden esperar unos pocos minutos más confiando en que lo hará, pero ni siquiera Margot ha logrado convencerla. Mucho se temen que hoy tampoco se dejará ver.

Transcurrido un tiempo prudencial, Amelia decide comenzar el acto, no hay tiempo que perder, y justo antes de subir al escenario sonríe a su suegro en la distancia y se guiñan un ojo, cómplices. Martín parece tranquilo, asombrado por todo lo que se ha montado a su alrededor. Halagado y también responsable, disfruta de la consecuencia indirecta de homenajear a estas increíbles aviadoras en la contingencia de su huida. Encaja con aquel ideario que defendía en sus años jóvenes en la escuela, lo que le lleva a recrear en su mente algunos momentos en su querido instituto. Y, sin querer, en ese desvarío de los recuerdos, una sensación le pilla desprevenido: echa de menos a Emilia, le habría gustado que ella hubiera estado aquí para presenciar esto. Súbitamente, se maldice por no haber intentado acercarse más a ella, quizá. Intentado entender algo más la congoja de la mujer al haber sido revelada su otra vida. Qué poco empático ha sido con ella, en realidad, lo ha dejado todo en sus manos. Dando un paso atrás y centrándose en su hijo, ha dejado que ella corriera con todas las consecuencias de su nuevo presente, ni ha intervenido, ni ha tratado de convencerla de lo contrario. Quizá de una forma tremendamente esquiva y egoísta, sin tender puentes, dejando a Emilia hacer y deshacer. Pero

¿cómo habría reaccionado él si hubiera encontrado su familia ampliada, a un desconocido habiéndole arrebatado el papel de padre todos estos años? Otro señor al que su hijo hubiera llamado «papá» con el paso del tiempo. Se hace consciente de lo frío que ha sido con Emilia, aunque tuviera claros sus motivos. Él también tendría que haberla perdonado, entendiendo lo que supuso para ella la pérdida, su enajenación, su dolor profundo inconsolable. No, ciertamente él tampoco lo había hecho bien. Pero ya no había tiempo de compartir este arrepentimiento o confesarlo. Ahora ya era tarde. Le falta el aire, hace mucho calor y una tos seca se le agarra al pecho; la ahoga como puede. El evento está a punto de comenzar.

Amelia se acerca al micrófono, emocionada por ver a tanta gente congregada: rostros conocidos, otros menos conocidos, las amigas del Movimiento Democrático de Mujeres, familiares de las aviadoras, aficionados, periodistas, fotógrafos con las cámaras y luces de flash preparadas. La emoción que se refleja en las caras de las protagonistas, esa admiración intrínseca que flota en el aire, se contagia entre los presentes. La orquesta termina su canción y se hace el silencio. Amelia agarra sus papeles con firmeza, es increíble que hasta le haya dado tiempo de escribir un discurso en estos días tan frenéticos.

Por un instante recuerda aquellos últimos pasos que transitó hacia el micrófono en el concurso de Televisión Española, aquel mítico discurso que le cambiaría la vida. Y hoy, de nuevo, un insignificante micrófono, dentro de un evento igual de inmenso y trascendental que aquel, cambiará la vida de todos los asistentes, a cada uno por diversos motivos. Nadie podrá olvidar el día de hoy. Amelia repasa las caras, las familias, sabiendo que de este día saldrán algo

mejores, porque se está haciendo justicia. También se detiene a verse desde fuera: si hace un año vestía aquel precioso vestido que le regaló su hermana para convertirse en la Mujer Ideal 1966, hoy lleva su traje de aviadora reglamentario, ya no viste faldas y su confianza es otra. Ella es otra. La seguridad con la que camina también es poderosa, incluso sus pasos son más determinantes.

—Hoy —el sonido se acopla un instante pitando con fuerza—. Hoy… es un día muy especial para todos los presentes. Hoy nos acompañan tres de las aviadoras más importantes de este país. — Amelia las mira a todas, risueñas en primera fila, con admiración. Está a punto de seguir cuando un ruido la desconcierta. Su rostro enmudece, interrumpiendo el discurso. La gente se inquieta, ¿qué pasa?, se preguntan unos a otros. El terror se apodera de los Suárez Torres imaginando lo peor, mirando hacia las puertas de acceso. De forma inesperada, una sonrisa se dibuja en el rostro de Amelia y corrige sus palabras—. Perdón, quería decir… que hoy nos acompañan cuatro —puntualiza— de las aviadoras más importantes de la historia de nuestro país. Por favor, les voy a pedir un aplauso para todas ellas aquí sentadas y —elevando una mano hacia la puerta del fondo por donde acaba de entrar— también a María Bernaldo de Quirós, especialmente, que fue la primera aviadora de este país, la primera mujer en obtener una licencia de vuelo.

Todos los rostros se giran hacia atrás: la gran dama de la aviación ha hecho acto de presencia. Su personalidad y su distinción la acompañan. Sus ojos negros brillan bajo su sombrero y su flequillo. Eca saluda con emoción a los presentes, con simpatía y también nobleza. Un discreto aplauso se convierte instantáneamente en una gran ovación que la acompaña hasta el lugar donde se encuentran el

resto de las aviadoras que de inmediato la toman entre sus brazos y se funden en una sola figura.

Ovación es lo que James argumenta que siempre escuchan los norteamericanos cuando llegan a otros países en misión de paz —misión de negocio y expolio, traduce enseguida en su mente Emilia —. El pobre hombre lleva más de media hora devanándose los sesos para hablarle en seudoespañol acerca de cómo fue su infancia en Alabama y su llegada al ejército, superando el perfil granjero de su familia, describiendo los duros años de crianza de sus hijos tras la muerte de su esposa y cómo estos treinta años al servicio de su país como radiotelegrafista le habían brindado la oportunidad de viajar, transformando por completo su vida y la perspectiva del mundo, al poder conocer otras realidades, idiomas y culturas. Pero lo que nunca imaginó es que España pudiera convertirse en el lugar donde terminar sus días, al sol del Mediterráneo, soñando quizá, de ver a sus nietos venir de vacaciones en verano y disfrutar con ellos de este maravilloso país y de sus gentes. Emilia esboza una irónica sonrisa al mirar los restos de perdices en sus platos y suspira al aire, asintiendo y callando, como lleva haciendo toda la comida, forzando una mueca cordial. En definitiva, prosigue James, que como España no ha conocido ningún sitio, y clava sus ojos en Emilia mientras desliza una mano que posa encima de la suya.

—Pero no imagino esa vida solo —añade para mayor confirmación en perfecto castellano; seguramente preparado a conciencia.

A Emilia le viene bien tener pegado al restaurante el club de tiro al plato —el famoso Rod and Gun Club— para simular un susto con

uno de los disparos y levantar su mano de la inesperada caricia. Por un momento se ha visto viviendo en una casita baja en Benidorm rodeada de niños negros pululando por el jardín, con una gran bandera norteamericana ondeando en la fachada de la casa y casi le da un ataque de ansiedad. La mujer intenta forzar una sonrisa, porque le parece tierna la propuesta, aunque ella evidentemente no vaya a formar parte del futuro que James se imagina, por eso siente la necesidad de aclararle cuanto antes que no piensa instalarse en la playa ni abrazar el colonialismo norteamericano.

—Es que yo no soy esa persona, James —así, sin paños calientes —. Ni voy a cuidar de tus nietos ni pienso poner una bandera norteamericana en la ventana —cuando ni siquiera el pobre había dicho nada al respecto—. Y no es cierto que la gente os reciba con los brazos abiertos, es que la gente tiene hambre después de una guerra, y como lleváis donuts y hamburguesas y comidas de colores, pues la gente cree que venís a ayudar, que sois una fiesta, pero lo cierto es que cada vez que ponéis el pie en algún sitio lo único que hacéis es llenarlo de mierda, trayendo más de la que ya había. Y si creéis que vais a los países a ayudar, es que te han engañado toda la vida, lo único que hacéis es destruir y saquear naciones enteras para luego hacer negocio para reconstruirlas. ¿Quién os mandó meteros en la guerra de Corea? ¿Quién narices os ha pedido ir a la guerra de Vietnam? Que están muriendo los chiquillos a puñados y no hay manera de que lo paréis. ¿Eh? —Emilia se inclina hacia James, le clava los ojos y baja la voz—. ¿Por qué no vinisteis a parar a Franco a tiempo, eh? A ese no, a Hitler sí, pero a Paca la culona no. —Emilia se cerciora de que nadie la ha entendido—. ¿Quién es más fascista de los dos? Porque aquí mi amigo del Pardo sigue

haciendo de las suyas mientras miráis para otro lado. Que os viene muy bien España, el sol, las comiditas, y vuestras basecitas cerca de Europa. Para controlar el comunismo, ¿verdad? Ya, en contra del comunismo vale todo, hasta apoyar a un dictador y hacer negocios. Eso os viene increíble. Os venía mal apoyar a un gobierno elegido democráticamente, como os pasa en América del Sur. Qué os gusta un golpe de Estado a tiempo, meter las manos en las haciendas y negocios. ¿Qué buscabais, oro negro aquí también? ¿Ahora me vas a decir que únicamente sol y playa? Vamos hombre, ya podríais haber apoyado la República, y ahora esto sería un país avanzado, civilizado, y no tendríamos a la mitad de la población esclavizada, las mujeres, sobre todo. Pero no, no os vino bien apoyarnos en la lucha. Porque si lo hubierais hecho, a lo mejor me tragaba algo de lo que contabas antes, porque si nos hubierais apoyado, a lo mejor no tendríamos miedo de salir a la calle, a lo mejor no habríamos pasado frío, a lo mejor yo habría conservado mi trabajo y no me habría tenido que ir lejos de casa para poder traer algo para comer, y entonces mi hija no habría enfermado porque yo habría podido estar a su lado, y me habría dado cuenta de que algo le pasaba, a lo mejor yo habría podido llevarla al médico a tiempo, y a lo mejor ella se habría salvado. A lo mejor no le habría echado toda la culpa a mi marido, a lo mejor no le habría humillado cada día después de su muerte, a lo mejor no le habría gritado que fue un inepto, un idiota, y mil barbaridades más que le llamé y que tú no vas a entender, ni le habría acusado cada día de que no lo supo ver, porque aquello era imposible de ver, aunque yo piense que siendo su madre lo habría visto, porque no se sabía entonces lo que se sabe ahora, y entonces él no me habría empezado a odiar, y él no se habría marchado para

no verme más, porque tenía todos los motivos para aborrecerme, para huir lejos de nosotros, porque yo le estaba condenando cada día, le fustigaba con mis desprecios, mis desplantes y mi silencio, y lo estaba matando poco a poco. Y hoy todo sería distinto si vosotros nos hubierais apoyado y hubiéramos ganado la guerra, a lo mejor él no se habría ido a otro país y a lo mejor no tendría que volver a huir, perseguido. No. Se podría quedar unos días más, o unas semanas más, quizá el tiempo suficiente para que yo encuentre por fin las fuerzas para pedirle perdón, para arrodillarme, incluso, por todo lo mal que lo hice entonces, por lo mal que lo estoy haciendo ahora, pero ya no tengo tiempo porque se va a ir, en un rato, va a coger un avión y saldrá de mi vida para siempre y yo tendré que mirarme cada día en el espejo, veré a una vieja cobarde reflejada que ha sido incapaz de decirle que lo siente y que la culpa de todo la tuve yo. La tengo yo, James, y nadie más. Nadie más, porque no pude salvar a mi niña. No la pude salvar. ¿Qué tipo de madre no puede salvar a una hija? ¿Qué mierda de madre sobrevive a sus hijos? ¿Quién?

A Emilia se le corta la voz y empieza a llorar angustiosamente, lleva ya rato dejando las lágrimas caer, pero no se ha dado ni cuenta. Una detrás de otra, acompañando su sufrimiento, su rabia, y ahora estos se han adueñado de su voz y de su tormento. No puede pronunciar palabra, se ha desgarrado del todo. Ahora solo niega con la cabeza una y otra vez y balbucea «mi niña, mi niña, mi niña preciosa, mi niña, mi niña, mi niña preciosa».

Los disparos del club no cesan, y siente que esas balas la atraviesan, las balas que merece por su soberbia, por su orgullo. Sería justo hasta un fusilamiento frente a la tapia, merecida la muerte por sus palabras crueles, sanguinarias y asesinas, aquellas

que realmente habían motivado el exilio de Martín. No fue la dictadura la que le hizo marchar; fue ella. Y siempre lo había sabido.

37

Un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo

Ella intenta disimular que su interés no está encima del escenario. Es inevitable que ella cuente los minutos que faltan para que Juanjo vuelva a Rascafría y su romance llegue a su fin.

Juanjo es el que no despega los ojos del escenario, cautivado por la oportunidad de disfrutar de un mordisco de otro tipo de vida que no es la suya, embelesado por los conferenciantes que hablan de hazañas aeronáuticas, de modelos de aviones, de situaciones de otros tiempos, de su valentía relatando sus inicios y aventuras con desparpajo, se ha olvidado hasta de que tiene a Carmen a su lado. Ni siquiera pierde la concentración cuando ella desliza su mano y acaricia, atrevida, la suya. Ni siquiera cuando él entrelaza los dedos con los suyos pierde la mirada del escenario.

—Siento que no vayas a ser tú quien suba a ese avión —le susurra al oído cansada de no captar su atención.

Juanjo le quita importancia negando levemente con la cabeza.

—No te preocupes, yo con estar aquí ya soy feliz —murmura de vuelta sin despegar los ojos de los intervinientes, aunque, acto seguido, se lleva la mano de Carmen a los labios y la besa con ternura, un gesto que evidencia que prefiere que se calle.

Carmen aprovecha para mirar hacia el público y comprobar la atención que todos prestan a las homenajeadas, las sonrisas perennes en los rostros, la complicidad y hasta las lágrimas de algunos, viendo a sus madres, familiares y conocidas ostentando el protagonismo que merecen. Sin embargo, entre los asistentes descubre un rostro que le hiela la sangre. Acaba de entrar por la puerta acompañado de dos tipos. Es inconfundible, lo reconoce a la primera. Su piel picada y el nauseabundo recuerdo de su olor a tabaco: es el falangista que la amenazó en el campamento. No hay duda. Y vienen a por ellos.

Carmen se lo comunica a Juanjo inmediatamente en un susurro, pero no sabe cómo hacer para llamar la atención de su madre, aún sobre el escenario escuchando y dando paso a las intervinientes. Lo primero que se le viene a la cabeza es robarle el abanico a la señora de al lado argumentando el calor que está sufriendo ella también y comienza a abanicarse con fuerza, estampando el abanico sobre el pecho y haciendo todo el ruido posible para que su madre desvíe la mirada. Acompaña el vaivén con el exabrupto «qué calor hace aquí», en voz alta, logrando su cometido. Amelia por fin posa los ojos sobre su hija, a punto de reprenderla, cuando Carmen cierra vertiginosamente el abanico y lo usa para señalar insistentemente hacia la puerta para alertar sobre la llegada de los señores. Cierra el abanico de golpe y hace un gesto de rebanarse el cuello, un lenguaje bastante escueto pero efectivo que Amelia parece captar en cuanto se fija en los tres hombres que han llegado al hangar. Les delata el escrutinio descarado que hacen del público mientras avanzan lentamente por el lateral. Amelia, consciente del riesgo que se cierne sobre ellos, salta de su asiento, interrumpiendo a la pobre

Dolors y arrebatándole el micrófono en el momento en que estaba contando un aparatoso accidente de aterrizaje que sufrió.

—Menos mal que aquello sólo quedó en un susto, ¿verdad Dolors? Pero hoy nadie va a salir herido, ¡no se preocupen! —improvisa Amelia—. Porque hoy hemos venido a disfrutar y a volar, a… —Amelia busca las palabras, aterrada, mientras los hombres se acercan hacia las primeras filas—, a emocionar, eso, hemos venido a emocionar a nuestros asistentes, con vuestras historias y sobre todo para daros la oportunidad de veros conquistar el cielo una vez más. Y como parece que la gente está sufriendo de calor, a quién se le ocurre organizar algo así en verano, ¿verdad? —Amelia se ríe consigo misma y contagia a algunos asistentes—. Así que vámonos todos hacia las pistas, que ya ha llegado el momento que estábamos esperando. Vamos a saber quién es el afortunado de conseguir su bautismo de aire. Marga, por favor, pásame la urna en la que todos ustedes han escrito sus nombres en un papelito. A ver quién tiene suerte hoy. —Justo antes de meter la mano en la urna se asegura de sacar de su bolsillo el boleto con el nombre ficticio, uno más inventado para su suegro—. A ver, a ver…, y el ganador es… —Amelia despliega el papelito que ha retenido en su mano con pericia — ¡FRANCISCO LUIS JORDANA! ¿Dónde está usted? —Martín levanta una mano como habían ensayado previamente—. ¡Qué alegría, caballero! Pues vamos todos corriendo a disfrutar de su premio. Venga, todo el mundo hacia las pistas. Y las aviadoras, por favor, preparadas también para su despegue. Venga, toda la gente en pie.

La multitud se levanta de golpe, una estrategia que impide el avance de los falangistas. Amelia corre hacia Rafael para indicarle la

presencia de los captores. Han de salir cuanto antes.

—No les permitas llegar a la pista —le implora, y Rafael asume inmediatamente su responsabilidad.

Amelia se cuela entre el público a empujones, tratando de atravesar la masa de gente. Consigue llegar hasta su suegro y lo agarra del brazo, tirando con fuerza.

Armando los acompaña de cerca tratando de entender a qué viene tanta prisa.

—Nos han descubierto.

Armando se gira para mirar entre el público cómo Rafael y los suyos están impidiendo el acceso a las pistas a los falangistas. La gente afortunadamente abarrota el acceso y dificulta la circulación. El aeroplano de Amelia está muy cerca y enseguida consiguen subir a Martín en la aeronave. Daroca y los muchachos los siguen de cerca tratando de entender las prisas. Amelia corre a pedirle a Daroca que se ocupe de las aviadoras, que por favor se asegure de que esas mujeres vuelvan a tocar el cielo, que debe marcharse con urgencia. Pero Daroca implora una explicación, lo merece, y ella claudica.

—Es mi suegro, Daroca, y vienen a por él. —No necesita añadir nada más; un suspiro del comandante, que pasa del enfado a la comprensión, le da vía libre para seguir con el plan—. Despídeme de todo el mundo, por favor. —Amelia le besa en la mejilla antes de marchar—. No tengo palabras suficientes de gratitud, mi comandante. —Ni él tampoco, a pesar del engaño y la euforia del evento, agradece el día en que la vida puso a Amelia Torres bajo su instrucción.

Armando espera a Amelia al lado del aeroplano mientras comparte con su padre los últimos detalles del plan. Martín, sin embargo, está

muy inquieto, como no podría ser de otra manera, lo que desemboca de nuevo en su tos recurrente. Pero ya nadie puede impedir su marcha, apenas unos metros le separan de su libertad definitiva. Amelia se coloca frente a Armando haciendo acopio de toda la valentía posible en un momento así.

—Nos vemos en Burdeos —asevera Amelia.

—Nos vemos en Burdeos —confirma Armando antes de abrazarla con fuerza—. Gracias, Amelia. Gracias otra vez. Buen vuelo.

Amelia se separa y corre a su asiento, cierra la puerta de la cabina y arranca motores mientras Armando se asegura de que nadie venga a por ellos, aunque a lo lejos observa un creciente revuelo entre los asistentes: a voces alguien pide acceso a la pista de inmediato. La avioneta comienza a rodar tímidamente por la pista y se aleja poco a poco en dirección al punto de despegue, pero aún es pronto para cantar victoria. Podrían interceptar la nave, corriendo detrás, blandiendo un arma o colocándose por delante, todo podría suceder. Pero no, pasan los segundos y Amelia avanza, firme, pisando con fuerza los pedales. Nadie consigue acceder a la pista, los pilotos se lo impiden.

Armando recupera la respiración. Congregados en tierra, los Suárez Torres observan con inquietud cómo la aeronave llega a la pista de despegue comprobando que el plan sigue su curso. Por instinto, empiezan a darse uno a uno la mano, como si su fuerza y su energía pudiera ayudar a que nada impidiese la salida de ese avión. Marga tiene a Peter en una mano y con la otra, cariñosamente, toma la de Armando. Su mirada, llena de preocupación y desaliento, se atenúa con el gesto dulce de su cuñada. Ahora es Armando el que busca la mano de Luis, que, a su

vez, agarra la de Victorina, que recoge la de Antonio, que engancha la de Carmen y esta, por último, la de Juanjo, formando una inquebrantable barrera. De poco sirven los gritos de los falangistas ahora tratando de abrirse paso entre el público comprendiendo que Martín se les ha escapado en ese avión. Ya nada puede detener a los viajeros. Cuando los falangistas consiguen llegar a la pista, es tarde. El aeroplano en el que huyen ya vuela en lo alto, suspendido en el aire, hacia rumbo desconocido.

Habían pasado cincuenta y cuatro días y diecisiete horas desde que Martín atravesó la puerta de su casa y hoy por primera vez está a solas con la mujer que desencadenó su vuelta a España. Qué ironías de la vida que fuese ella misma quien también lo estuviera sacando de allí. Desde el aire Martín se detiene a mirar el paisaje seco y árido que se le muestra desde el cielo, las parcelas rebosantes de ocres, rojos y naranjas, amarillos y dorados, tierra seca en la que ahora nada crece, disfrutando de su merecido descanso, aguardando las lluvias que las convertirán en fértiles de nuevo. Y en la mente de Martín bulle ese análisis que parece ligero, pero que para él simboliza lo que deja atrás. Como si esa tierra fuera una metáfora del país que es y que podría ser, si algún día floreciera, si algún día no lo dejaran secar del todo. Soñando con una lluvia que arrastrase toda la tierra seca y estéril e hiciera recuperar su verdor y su esplendor. Cultivando el campo con ideas nuevas, ilusiones, riesgos y avances, y regándolo con convivencia social, en ausencia de miedo. Aunque tiene serias dudas acerca de cómo será España en el futuro, Martín sabe a ciencia cierta que él no lo verá. Le inquieta pensar en

los que deja atrás, en cómo será su realidad, las circunstancias que los abrazarán, si podrán prosperar o si los dejarán respirar después de su huida forzosa.

—Es increíble que esta sea la primera vez que estamos a solas. —Amelia intenta sacarlo de su ensimismamiento—. Apenas nos ha dado tiempo de charlar en estas semanas. No he tenido ni la oportunidad de llamarle suegro.

—Ciertamente —confirma Martín con media sonrisa. Sentado a su lado, observa a la intrépida aviadora a la que tampoco ha podido llamar nuera—. Hay que ver que sea en estas circunstancias que tengamos el rato para hacerlo.

—Para platicar, como dicen los mexicanos —añade Amelia ganándose de una al hombre—. Aquí nadie puede oírnos, ya puede hablar mal de todo el mundo. —Ríe tratando de destensar.

Pero la gravedad de la huida los acompaña, los abraza sin soltarlos. Hasta que no hayan puesto un pie en territorio francés no estarán a salvo, así que las sonrisas se diluyen rápido.

—Siento mucho que mi hijo te haya apartado de nosotros este tiempo —comienza con tiento Martín—. Sé que no llegué, precisamente, en un buen momento para vosotros, y sólo espero que podáis arreglaros y construir algo bonito juntos. Los dos lo merecéis —afirma con ternura—. Tengo la intuición, bueno, lo sé, que eres una mujer estupenda, valiente y que mi hijo también. Se le ha debido pegar el orgullo de su madre últimamente —añade con ironía—. Pero sí, me gustaría marcharme sabiendo que todo se va a solucionar entre vosotros.

—A mí también —confiesa Amelia, que se toma unos instantes para continuar mirándolo a su lado—. ¿Sabe lo que me da pena? No

haberle tenido todos estos años, pero de eso me doy cuenta ahora. Uno no sabe que ha echado de menos a alguien hasta que está a punto de perderlo, cuando ya casi no queda tiempo. Pero a lo mejor cuando esté en México podríamos ir a verlo. Desde Estados Unidos estaremos más cerca, quién sabe si hasta podríamos hacer un viaje en coche. Quiero pensar que nada de esto se acaba. ¿Qué me dice? A lo mejor es sólo un principio.

La melancolía que arroja la mirada de Martín no afloja.

—Lo veo complicado, hijita —declara con un cierto deje mexicano volviendo la vista hacia el horizonte—. Pero, sin duda, si tienes la oportunidad de marcharte de este país, no dejes de hacerlo. No tengo muy claro que las cosas vayan a ir a mejor acá. Yo creí que se podía vivir en paz, pero eso nunca será posible si los vencedores siguen persiguiendo a los vencidos, si quieren anular la libertad y a todos los que no son como ellos. Alzan la voz creyendo que esa libertad son ellos. Han construido una cárcel de oro, o al menos parece de oro porque han abierto el país a la modernidad, y todo está lleno de autobuses y carteles de cine, de colores, y canciones, pero no. Es una fachada, por dentro siguen siendo los mismos y harán cualquier cosa para seguir en el poder eternamente, no permitirán a nadie entrar que no sea de los suyos. Esta gente no ansía más que eso, controlar y subordinar a todos los que no sean como ellos, e incluso a los que piensan como ellos, también, haciéndoles creer que les importan. El fascismo funciona así, el débil no sabe que lo están ahogando hasta que ya no puede seguir respirando. No hay más. Está en su naturaleza.

Amelia vislumbra por un instante cómo debían de ser las sobremesas en casa de Armando, con Martín y Emilia discutiendo

por todo lo alto sus valores, convicciones y principios, y cómo debió de ser para ellos el estallido de la guerra, ese mazazo junto con la muerte de su hija. En su casa, en cambio, sus padres nunca verbalizaron su ideología delante de ella y de su hermana; si lo hicieron antes de la guerra ya no se acuerda, y después de la misma, aún menos. No se mentaba el tema; «las paredes tienen oídos», decía siempre Victorina mandándolas callar. Sólo fue bajo el regazo de Armando que Amelia empezó a escuchar otra posibilidad de país que ella ni recordaba, porque a él se lo habían insertado hasta el tuétano.

—¿Puedo preguntarle algo?… A lo mejor me meto donde no me llaman, pero aquí arriba ya no tenemos nada que temer, nadie nos puede escuchar. —Martín asiente y ella encuentra el valor para hacer la pregunta—. ¿Es cierto aquello por lo que se le acusa, por comunista? Armando siempre me contaba que usted sólo era un profesor, que le condenaron injustamente, acusándole de todo tipo de acciones en las que usted nunca participó. Que salvo algunas publicaciones de izquierdas nada era tan condenable.

Martín empieza a toser con virulencia. Tos seca y ronca que asusta a Amelia, pero se calma tras unos momentos largos e inquietantes.

—Maldita tos. No va a acabar nunca. —Martín se toma otro rato para calmar la respiración y recuperar el aliento, pero sobre todo para hallar la fuerza para relatar su verdad—. Aquí arriba ya no tiene mucho sentido no decirte la verdad. —Martín fija la mirada en el panel de mandos que tiene enfrente antes de volver a mirar con determinación a Amelia—. Es todo cierto, pero mi familia nunca lo supo. Para esta gente todos los que no son como ellos son comunistas. Cualquier actividad clandestina me parecía maravillosa

con tal de no pisar mi casa. Emilia y yo apenas podíamos estar juntos sin discutir. La muerte de un hijo es peor que una guerra, Amelia. Si ya estás muerto por dentro, qué más da que te maten por fuera. Luchamos contra el fascismo durante tres largos años. No les dejamos pasar. Madrid era una ciudad antifascista, abierta al mundo, liberal, libre, intensa, brillaba, bailábamos, reíamos, nos besábamos por la calle sin miedo, leíamos, pensábamos y discutíamos, enseñábamos de verdad. Prosperábamos. Los niños crecían en la calle y ahora no pueden ni caminar sin que alguien o algo los atropelle. La han trasfigurado por completo. Da miedo salir. Ya no sé cuál es la ciudad que dejo atrás, Amelia, está llena de ruido, de humo y de gente que ya no conozco, ni reconozco, de gente de fuera, que viene de todas partes, con su dinero, con su poder, aunque quiero creer que también con ganas de vivir. Pobre gente, tampoco los culpo. A lo mejor es porque me he hecho mayor, porque el D. F. es muy ruidoso y ajetreado también, pero esta no es la ciudad que me vio crecer. Así que, en parte, también me alegro de dejarla atrás. Creo que prefiero vivir en el Madrid de mis recuerdos que la que he conocido en estos días. —Martín desvía la mirada, triste—. Perdona. No sé si he contestado a tu pregunta.

Amelia suspira tratando de asimilar las ideas que el hombre ha ido enlazando.

—Creo que sí.

Pero Martín vuelve a toser. Duele al oírlo y Amelia no sabe cómo ayudarlo.

—¿Está usted bien? —Amelia se estira para sacar de una bolsa algunas provisiones que han traído, entre ellas una botella de agua. Martín bebe y parece que se calma—. ¿Quiere que vayamos a ver a

un médico cuando lleguemos a Francia? Esa tos suena realmente muy mal.

—Estaré bien, ¿y tú? Cuéntame un poco, cuéntame algo de mi hijo que no sepa, de vosotros, de los niños. Algo que no me haya contado Armando en estos días.

—¡Vaya! —¿No había una pregunta más fácil?, piensa Amelia—. ¿Así de pronto? Casi veinte años juntos, dieciocho de casados, ¿en pocas palabras?

Amelia se ríe nerviosa y resopla, como si estuviera escalando una montaña, conquistando una cima, teniendo que construir un relato o bucear en sus memorias para fijar en su suegro un recuerdo imborrable filtrado por su propio tamiz, así que se toma un tiempo en contestar, en articular lo que quiere decir. El ruido del motor los acompaña como si fuese el del propio cerebro, trabajando a toda prisa, hilando momentos, recuerdos y sensaciones.

—Creo que siempre supe que Armando sería un gran hombre. Un gran padre —admite Amelia sin ambages. Es de las primeras certezas o intuiciones, como quiera llamarse, que tuvo de él—. Era diferente. Hablaba diferente, tenía otra manera de comunicarse que lo distinguía de los demás. Era sensible y expresivo. Luego supe que se había criado con su madre y entendí que aquella mujer le había transmitido todo su saber sin límites, incluso el emocional, aunque viendo ahora a Emilia a veces sea difícil entender dónde queda esa sensibilidad —sonríe, tierna—; pero sé que la hubo y que la comunicación entre ellos era poderosa. Evidentemente nada que ver con los chicos que conocía, que sólo aspiraban a encontrar una esposa para luego dejarla en casa y vivir su vida. No. Él no pretendía eso conmigo, todo lo contrario, pero enseguida llegaron los niños,

por eso nunca trabajé. La llegada de Carmen le supuso un… —Amelia trata de encontrar las palabras, pero se le atascan unos instantes—. Fue alegría, pero creo que también despertó muchísimos miedos en él. Creo que tenía que ver con la pérdida de su hermana. Nunca me quiso hablar mucho de aquello, pero entendí que cuando Carmen nació, con ella también nació la posibilidad de perderla y creo que eso se le agarró durante un tiempo, le impedía disfrutar muchas veces de la niña. Pero él quería cogerla, bañarla, cambiarle los pañales. Era el ejemplo que había visto en su casa —apunta sonriendo a Martín—, nada que ver con los maridos de mis amigas, evidentemente. No era un comportamiento muy habitual, y aunque a veces le gustaba airear su compromiso, fuera de casa no lo hacía, porque él sabía que aquello no estaba bien visto de puertas para fuera. Increíble, ¿verdad? Pero así era. También se obsesionaba mucho cuando se ponían malitos, y siempre los quería llevar al médico. Entendía perfectamente sus motivos. A medida que fueron creciendo se relajó, pero creo que siempre ha tenido un inmenso miedo a volver a perder a un ser querido. Así que entiendo que no quiera separarse de usted ahora que se han reencontrado.

Martín procesa sus palabras con pesadumbre.

—Aunque no todo es pena —retoma enseguida Amelia—. Siempre ha sido un hombre muy divertido, alegre, inventando planes, inculcando a los niños su cultura: música, libros… estaba claro de dónde venía.

—Pero no se portó bien contigo —añade Martín, evidenciando que algo sabe del asunto.

Amelia no quita la mirada del horizonte y asiente, así fue. A partir de que Amelia diese un volantazo a su vida todo se desestabilizó en

el hogar, y casi nadie supo recolocarse a tiempo.

—Hay veces que los caminos de las personas están destinados a separarse, en algún momento de sus vidas, pero este régimen no nos permite ni eso —constata Amelia—. Deberíamos ser capaces de elegir el rumbo que nos haga más felices a los dos. ¿Usted cree que querrá venirse conmigo a Estados Unidos?

—Ojalá. Me quedaría más tranquilo. Hacéis buen equipo.

En el horizonte se empiezan a divisar algunas acumulaciones de nubes, más propias del norte.

—En un par de horas deberíamos estar cruzando la frontera. —Tiempo suficiente para seguir profundizando en su conversación—. Me estaba acordando… ¿Sabe usted que Armando es un gran imitador de voces? —La revelación pilla desprevenido a Martín, su hijo no ha estado precisamente distendido estos días—. Especialmente a José Luis López Vázquez. ¿Sabe quién es?

—Claro, allá han traído algunas películas españolas. Vamos mucho al cine. Hay una salita cerca del bar La Parroquia. Es nuestro plan de los domingos.

—¿Vieron *Atraco a las tres*? —Martín responde con entusiasmo, qué divertida la recuerda—. Pues Armando, a veces, cuando le pido algo, imita aquello de «Fernando Galindo, un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo». De hecho, Antonio también lo hace con él. Si traen algo de la cocina, los dos ponen vocecita, «claro doña Amelia, aquí le traigo el agua, de parte de un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo, sus aceitunitas». —Amelia lo imita también y ríen. Un recuerdo amable entre tanta oscuridad.

Pero la risa vuelve a traer una nueva tos. Una tos desconocida para Amelia. Es grave, profunda y asusta a quien la oiga. Porque

duele, desgarra y agita al propio Martín. No hay hueco ni para que pueda beber agua. No cesa, sacudiendo al pobre hombre. Martín trata de contenerla con la mano. Cuando la separa del rostro, está impregnada de sangre para el terror de Amelia. La tos le hace convulsionar, agotándolo por momentos. Al cabo de un rato, ante la incapacidad de Amelia de atenderle, cae desmayado en el asiento, sin aliento.

El pánico se apodera de ella, se aferra a la palanca para no desviar la aeronave del miedo. Alarga la mano y sacude al pobre hombre, tratando de hacerle despertar, parece un pelele sustentado por el cinturón. No responde, no despierta. Comprueba su pulso en la yugular, débil, pero lo nota. Mira al frente, ahora las nubes los envuelven por completo. No ve nada.

Sólo tiene ganas de gritar.

38

Tiempo de descuento

Un taxi trata de abrirse paso frente al atasco provocado por la salida de coches del aeródromo. Por mucho que Emilia insiste —y casi amenaza al conductor para que haga uso de su bocina—, el coche no puede avanzar: la multitud que ha asistido al evento también ocupa parte de la calzada en su salida. Su alma queda reducida a escombros al descubrir que ha llegado tarde, que Martín ya se habrá ido. De un salto, Emilia sale del vehículo abandonando al pobre James a cargo del pago de la carrera y de su propio destino mientras ella avanza a empujones tratando de alcanzar la garita. Parece un fantasma, pálida por haber rehuido del sol todo el verano y ahora con la pintura de los ojos corrida y desvanecida por el llanto de su arrepentimiento. La gente se aparta más por miedo que otra cosa permitiendo a Emilia llegar hasta el encuentro con el resto de los familiares. Victorina es la primera en reparar en ella y lanzarse a socorrer al espectro de su amiga desplegando toda su sensibilidad.

—Si es que lo sabía, ¡demonios! Sabía que te ibas a arrepentir. Pues hala, ya nada, ya se fue, ya salieron. ¡Estarás contenta! —Y si Emilia albergaba alguna esperanza, algún retraso en la salida, o que

se hubiera averiado el avión, Victorina le acababa de despejar cualquier atisbo de duda, la estocada final.

Marga enseguida corta a su madre y la reprende por su vehemencia, que en el fondo no es más que la propia desesperación de Victorina al ver que su consuegra no siguió sus consejos, como una madre avisando al hijo antes de caerse y abroncándolo después del golpe. Pero Carmen apunta a una posible salida: Armando aún debería estar en la línea de vehículos que están esperando a salir del aeródromo, no hace tanto que se fue. Emilia nunca antes recibió un atasco con tanta alegría. Carmen y Antonio se lanzan a buscar a su padre antes de que supere la barrera de salida y ponga rumbo a Francia. Animados por la desesperación, Peter y Juanjo también se suman a la búsqueda de Armando interceptando gentes y automóviles. Pero ninguno tiene suerte, el vehículo ya no se encuentra dentro del aeródromo. Pero Carmen no duda un instante, sobrepasa la barrera, pone un pie en la carretera y echa a correr. Desfila junto a los coches que, por suerte, ruedan despacio debido a la aglomeración. Corre entre las zarzas a falta de arcén, sin que le importen los rasguños ni la quemazón que estos le producen en la piel gritando fuera de sí el nombre de su padre. Los conductores atascados parecen hacerse eco de su desesperación y de una forma casi mágica y automática la apoyan en su búsqueda, haciendo sonar sus cláxones de forma dramática. El escándalo parece sacudir al aludido porque Armando interrumpe automáticamente su marcha, mira por el retrovisor y reconoce a Carmen a lo lejos. Jadeante por el esfuerzo, trata de explicarse cuando llega a su altura.

—Hija, qué pasa, me estás asustando, ¿qué haces aquí?

—La abuela —resopla Carmen—. La abuela quiere irse contigo. Tienes que dar la vuelta —logra decir a punto de desfallecer.

—¿Victorina? —pregunta, confuso. Pero la negativa de Carmen y su gesto evidencian que se refiere a su propia madre.

Carmen se mete en el coche y dan media vuelta, de nuevo hacia el aeródromo. De nada sirve ahora sermonear a su madre, tratar de entender quién es el señor afroamericano que la acompaña, ni averiguar si ha traído una muda para llevarse a Francia. El tiempo apremia y deben salir antes de que los señores de Falange que han aparecido en el evento averigüen sus planes y sigan sus pasos. Aunque hayan conseguido esquivarlos, tanto en la pista como en el hangar gracias a todos los amigos y compañeros de Amelia, no saben si están rodeados, si les están observando o si sufrirán un inmediato interrogatorio.

Emilia corre a sentarse en el asiento del copiloto tras despedirse y explicarse a trompicones ante su familia y acompañante y el coche arranca de nuevo hacia su misión pactada. Desde el retrovisor, la familia dibuja un adiós con las manos preguntándose si realmente ésta será la última y definitiva vez que lo vean marchar. Armando constata la inquietud de su madre, que aún tiembla a su lado. Dios, qué personalidad tan terca la suya que hasta el último minuto se ha agarrado al orgullo para no doblegarse. ¿Qué habría sido de ella si Armando no llega a estar en el atasco, si ya hubiera enfilado la carretera de Burgos? Por un instante, Armando vislumbra un destello de reconciliación entre sus padres que lo reconforta y que lo ayudará a afrontar todo el viaje que aún les queda por carretera. Quizá sea el tiempo necesario para que madre e hijo puedan ahondar en el

retorno del padre, quizá tiempo para descubrir versiones a hechos pasados pendientes de verbalizar y analizar.

Pero hay veces que la vida acontece de un modo casual, complejo e inexplicable, haciendo que algunos hechos sólo se puedan explicar una vez transcurrido un tiempo prudencial. Porque si Emilia no hubiera vuelto a Cuatro Vientos y Armando no hubiera sido interceptado en el atasco, ninguno de ellos habría estado presente ante la catástrofe que está a punto de cernirse sobre la familia. Y es Julián, el amigo de Amelia de la garita, el encargado de anunciar las malas noticias.

—Disculpe caballero, ¿es usted Armando Suárez? Tengo orden de no dejarlo salir.

—¿Cómo que no puedo salir? Si acabo de volver a entrar.

—Órdenes de mi comandante.

—¿Qué comandante?

Daroca llega con el aliento cortado.

—¿Armando Suárez? Soy el comandante Daroca, lamento que no nos hayan presentado como es debido.

—¿Qué sucede? Tengo que marchar urgentemente.

Daroca recupera el aliento poco a poco y lo mira directamente a los ojos, cómplice de la situación.

—Hemos recibido un aviso de emergencia de parte de su mujer en la torre de control. Lamento decirle que nos ha pedido que le comuniquemos que han tenido que dar la vuelta.

—¿Qué significa eso? —pregunta Armando, sobrepasado por el terror, ¿y ahora cómo va a salvar a su padre?

—Han tenido que aterrizar en la base de Torrejón. Lo único que sé es que su acompañante, su padre si no me equivoco, ha perdido el

conocimiento. Los esperan allí. —Daroca coge aire y se toma un instante, como los médicos ante la desgracia de un paciente—. Lo siento mucho.

La familia, que ha seguido los pasos urgentes de Daroca, llega exhausta a la barrera donde Armando trata de dar explicación a lo extraordinario. Con la mirada perdida, el habla cortada y el entendimiento mermado, sólo tiene capacidad para mirarlos de medio lado y transmitir su desazón.

—Se acabó.

Las pruebas radiodiagnósticas no dan lugar a dudas: cáncer de pulmón avanzado con afectación ganglionar y probable diseminación ósea. El veredicto del personal del hospital de Torrejón es infalible, nadie se explica cómo Martín sigue vivo con el cuadro que presenta. Peter trata de suavizar lo más posible el panorama ante los familiares que ahora se arrejuntan en la sala de espera impactados por la noticia. Ante la pregunta de si es una enfermedad que haya desarrollado en este tiempo en Madrid, los médicos son tajantes.

—Vino enfermo. Y es imposible que no lo supiera.

Cada uno de ellos elige un punto de la pared o del suelo para fijar su mirada y hacerse las mismas preguntas en silencio, a dialogar sin hablar consigo mismos, preguntándose cómo es posible que nadie se percatara y esperando a que alguien rompa la quietud ante la desgracia. Ya no se requieren fugas, ya no importa la detención, ahora nadie sabe el tiempo que le queda de vida a Martín. El tablero de juego se ha dado la vuelta y todas las piezas se han desparramado por los suelos.

De momento Martín está dormido y sedado, cuando despierte podrán aclarar o tratar de vislumbrar qué pueden hacer o qué desea hacer el paciente en cuestión. Ya no hay posibilidad de conocer México, ni necesidad de superar fronteras, salvo la del propio miedo. En la sala de espera se ha instalado un reloj virtual marcha atrás, pero nadie conoce el tiempo de descuento. No saben si se enfrentan a semanas, días o instantes de lucidez en los que podrán decir siquiera adiós.

Un punto fijo en el suelo sirve para dejar la mente volar e imaginar cómo habrían sido sus vidas de haberse conocido antes, valorando ahora el tiempo real que habían invertido, o no, estas semanas para conocerlo, si eligieron bien las conversaciones, qué cosas quedaron pendientes o por qué no le dieron más importancia a esas toses o a ese cansancio. Planteándose que deberían avisar a su familia en México, dudando si ellos ya lo sabían, y de dónde sacó el hombre el arrojo para volver en este estado, o si acaso este viaje de vuelta era su última voluntad y, como siempre si, de haberlo sabido a tiempo, habrían podido hacer algo para evitarlo, medicándole, atendiéndole, para alargar su existencia —siempre queremos retenerlos un poquito más—. Y en esa misma pregunta se resuelve la voluntad del futuro difunto por su silencio: que no quería más remedios, ni análisis, exploraciones, ni alargamientos vitales, porque de haber puesto un pie en el hospital, su último viaje no habría tenido tantos colores. Había preferido los paseos, las azoteas, los cines y las veladas, los chistes, los tranvías, el tiempo sin minutos, porque para él, cada minuto habían sido semanas y las horas meses. Un espacio de recuperación familiar tan valioso que le había merecido la pena el esfuerzo de ocultar su dolencia. Su

padecimiento. Qué aplomo para que nadie en esa tos recurrente encontrase el verdadero motivo de su regreso, su último deseo. Regresar a su tierra, reencontrarse con los suyos antes de entregarse al descanso eterno. Quizá esa última esperanza en esa revista le dio la energía suficiente para afrontar el último episodio de su historia, al que ya apenas le quedaba el epílogo por escribir. Unas últimas páginas de despedida y cierre era lo único que deseaban los allí sentados mientras el reloj atronaba con su segundero marcha atrás.

—Lo siento mucho —acierta a pronunciar Amelia agarrando suavemente la mano de Armando, que recibe su cariño, aun tratando de encajar la situación.

Por fin alguien ha quebrado el silencio, posibilitando la opción de hablar, de asombrarse y de compartir. La única que sigue perpleja, aguardando su oportunidad es Emilia, que infringe su ruptura con Dios y pide al cielo que despierte por última vez, que le conceda esa rendija para redimirse. Y quizá esa sea, precisamente, la magia de Dios, que atiende antes a aquellos que lo habían abandonado y lo reclaman en momentos puntuales —y no a diario, saturado de peticiones infinitas—, ya que la demanda de Emilia se procesa por la vía rápida del Todopoderoso. Al poco rato de su rezo, aparece una enfermera que les anuncia que Martín ha despertado y que pueden entrar a verlo, pero de forma individual. Sigue muy débil y cansado.

La impresión de ver a Martín sobre la cama, brazos extendidos a los lados, tapadito con la manta, vías de suero que se extienden desde su mano y el ruido de la máquina de oxígeno que penetra por las gafas ajustadas a los orificios de su nariz, debilita la poca fuerza que le quedaba a Emilia. Tiene ganas de llorar y arrancarse la piel a

tiras por haber esperado hasta este momento. Y lo que más le corroe por dentro es pensar que quizá él ya no quiera verla y sea capaz de reunir las fuerzas suficientes para pulsar el botón para solicitar a una enfermera que vengan a llevársela. Realmente lo merece. Pero Martín sabe que los minutos son valiosos y él no guarda rencor, es más, deseaba volver a verla. Su enclenque y débil mano se levanta despacio, pero no para pulsar ningún botón, sino para ofrecérsela a ella con ternura, abriendo los dedos al aire en son de paz y volver a mentarla por su diminutivo.

—Mimi…, has venido.

Y después baja la mano y da unos golpecitos en el colchón para que se siente a su lado, en el sillón. La congoja se apodera de Emilia.

Desea poder rebanarse los lagrimales para impedir llorar en su presencia, pero no es capaz, la rabia y la frustración se mezclan en el agua salada que bebe de sus ojos.

—¿Por qué no me dijiste nada? Yo te habría cuidado.

Martín tiene fuerzas aún para sonreír.

—No quería que me tratarais como un enfermo.

—A lo mejor… no me habría enfadado tanto. Ahora estoy muy enfadada, claro. Pero no quiero estar más enfadada. Ya no. Digo mucho la palabra enfadada, perdón.

A Martín aún le queda un resquicio para reírse con la que fue el amor de su vida.

—Tú siempre has sido muy gruñona, Mimi, en eso no has cambiado.

—Lo sé, y encima va a peor con la edad. Pero ya está, ya te lo he dicho.

—¿Has entrado para decirme que estás enfadada?

—No… Yo… —Pero se le quiebra la voz—. Lo siento —susurra—, lo siento mucho, Martín. Yo nunca… —Emilia cierra los ojos—. Nunca debí culparte. Lo lamento… Yo… tendría que… Me sentía tan responsable que era incapaz de soportarlo. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa que tuve la cobardía de ponértela a ti.

—Nadie tuvo la culpa —concluye Martín.

—Nadie —verbaliza Emilia en un susurro—. Tardé tanto tiempo en darme cuenta… Estuve tanto tiempo queriendo decirte esto… Soñando y deseando que algún día volvieras para podértelo decir que…

Emilia intenta ahogar las lágrimas, pero su penitencia aflora con todo el torrente de dolor acumulado. Se tapa el rostro tratando de contenerlo, pero no importa el tamaño del dique, la pena se abre paso.

—La sigo echando tanto de menos.

—Mi niña… —balbucea Martín—. Cómo era, ¿eh?

—Sí, era tremenda. —Sonríe Emilia entre lágrimas—. Menudo carácter tenía.

Martín la deja llorar, que pueda respirar y asimilar aún su pérdida, su falta infinita. El espacio en el que por fin ellos dos se encuentran.

—¿Te acuerdas cuando te cogía los tacones y se ponía tacatacatacatá pasillo arriba, pasillo abajo? —Emilia asiente sonriendo ante el recuerdo—. Con los carrillos pintados de carmín.

—Tres años tenía la muy pilla, no se la podía dejar suelta.

—¿O cuando se coló en mi despacho y me tiró toda la tinta en los apuntes para hacer un río?

—Uy, aquello, te arruinó el trabajo de semanas.

—Y aun así fui incapaz de echarle la bronca, te miraba con esos ojitos abiertos como dos soles y te preguntaba: «¿Juebas, papi?».

—Juebas, juebas…, siempre quería jugar, a todas horas. Y recuerdas cuando llamaba a su hermano: «¿Y Mando? ¿Onde está Mando? Mando, ¿juebas?».

—Y lo bien que leía, ¿qué me dices?

—Uy, y la memoria —indica Emilia con el índice levantado como Victorina—, se aprendía las lecciones y los poemas que daba gusto oírla. Si prácticamente aprendió a leer ella solita.

—Y cómo perseguía al hermano para que le corrigiera los trabajos, siempre el hermano por delante de nosotros.

Durante unos momentos se instala sobre la cama la pequeña criatura sonriente que era el sol de sus días, la luz antes de la oscuridad. Pareciese que la guerra sucedió como consecuencia a la pérdida de un ser dispuesto a conquistar el mundo con su alegría, su talento y su arrolladora personalidad.

—Creo que se habrían seguido llevando bien, se querían mucho. —Adivina Emilia imaginando presentes.

—Él habría estado menos solo, y ahora seguro que tendríamos más nietos, muchos más.

—¿Tú crees? Dos como mucho. Con ese carácter que tenía no se habría quedado de ama de casa, ya te lo aseguro, habría ido a la universidad —asegura Emilia—. Habría seguido nuestros pasos.

—¿Maestra dices?

—¿No lo has pensado nunca?

Claro que Martín lo ha pensado, pero de no haber muerto la niña seguramente se habrían exiliado durante la guerra, no se habrían

quedado paralizados por el dolor en Madrid.

—En cualquier otro país habría sido lo que hubiera querido —fantasea Martín—. Fíjate que a lo mejor le hubiera dado por el arte, o por pintar, ¿no te acuerdas cómo siempre le interesaban los trocitos de papel, las hojitas del campo y con hilos hacía collares y figuras? Y siempre pintando cuartillas por aquí y por allá.

—Desde luego que tú y yo seremos muy listos e intelectuales, pero de artistas poquito, no sé yo de quién sacó esa faceta. Aunque siempre tiene que haber una oveja negra en la familia —ironiza Emilia, con un destello de orgullo en la mirada.

—Oye, a mi niña no la llames oveja negra. —Martín levanta la mano débilmente para proteger a su —siempre— pequeña.

Pasa el rato y la siguen proyectando, imaginando, dilucidando y soñando, rebelde, sin faldas, en moto incluso. ¡Con pantalones! Emilia cree que se parecería un poco a Marga, que habría seguido esa estela de mujer, pero con la educación que tenía lo habría pasado mal durante los tiempos de dictadura. Habría contestado a los profesores, la habrían castigado, censurado, incluso apagado tras un rosario de colegios. Pero todo son conjeturas, ilusiones y cavilaciones imposibles de acertar, tan aleatorios los caminos como sus posibles decisiones vitales. Un potencial inmenso truncado antes de tiempo. Grandes planes se ciernen sobre ella que nunca se llegarán a saber ciertos. Martín, sin embargo, se cansa, entre pasado y futuros imposibles, se agota de soñar.

—Quiero pedirte una última cosa, Mimi —pronuncia con esfuerzo y un nudo en el pecho. Le toma unos instantes aguantar sus propias ganas de llorar y aunque lo lleva pensado desde hace tiempo, desgarra su alma—. Quiero que me enterréis con ella.

Los ojos de Emilia se llenan de lágrimas en un instante. Incapaz de seguir hablando, confirma su petición asintiendo levemente con la cabeza. Así lo hará.

Después, Martín mira a Emilia con cariño, el que nunca se diluyó del todo, a pesar de que le costase una eternidad perdonarla por sus afrentas.

—Los dos hijos que tuvimos fue lo mejor que hicimos en esta vida. Y a pesar de todo lo que pasó, no me arrepiento de nada. Lamento mucho haberme ido, haberte dejado sola. Pero si no me iba, me iba a morir igual. —Martín alarga la mano, despacio, hacia Emilia, que la sostiene con firmeza entre las suyas, ambas rotas de dolor y rasgadas por el tiempo y las arrugas—. Has sido una madre extraordinaria, nuestro hijo es un hombre admirable. Me voy tranquilo. Tiene una familia maravillosa.

Emilia le sostiene, cándida, la mirada, reencontrándose con el hombre que amó.

—Siento mucho todo el daño que te hice, Martín.

Martín la mira con profundo cariño, sin obstáculos.

—Yo te he perdonado y espero que tú a mí también.

Emilia traga saliva, bendecida, asintiendo, como si el mismo Dios al que invocó hace tan solo un rato ahora le diera su absolución.

Sin embargo, aún tiene pendiente la tarea más difícil: lograr el perdón consigo misma.

—Necesito que hagas una última cosa por mí. No te enfades, por favor. Pero tienes que ser tú quien lo haga. —Martín habla con dificultad, pero con seguridad—. Quiero que llames a Maricela. —Emilia se retira levemente, asombrada por su petición—. Me pidió

que la avisáramos, yo no tengo fuerzas y me gustaría que hablaras con ella.

—Pero querrá venir, despedirse…

—No —afirma rotundo—, nosotros ya nos despedimos antes de marchar.

Emilia, incrédula todavía, acepta la misión y anota el teléfono en cuestión con mano temblorosa; hasta el último aliento poniéndola a prueba consigo misma.

No puede evitar pensar que sea Maricela la que se quede con los recuerdos bonitos de Martín, mientras que a ella le toca ver cómo se apaga.

—Claro que sí —contesta con un nudo de rabia en la garganta.

—Gracias, Mimi.

—No hay por qué darlas.

—De verdad —Martín sonríe levemente antes de cerrar los ojos, somnoliento—, gracias de corazón.

39

La caída de un imperio

Una bocanada de aire la llena de golpe para revivir; para forzar el llanto y el espanto que lleva dentro. Del brazo de su hermana, Amelia deambula por los alrededores del hospital, y por fin puede desahogarse.

—Era una película de terror, Marga, pensaba que se había muerto. —Solloza a duras penas.

Lleva varias horas aguantando, para que nadie la vea derrumbarse, y aún menos su marido, su suegra o sus hijos, por esa manía de ser siempre fuerte y tener que aparentarlo y ha esperado a estar a solas con su hermana para hacerse pequeña en su abrazo.

Marga la sostiene y la besa, y constata lo mucho que ha adelgazado, ahora casi puede sentir sus huesos más que su carne. Empieza a consolar sus lágrimas con palabras de nana, siendo ella la que se convierte en la mayor, en la que reconforta, la que allana el camino hacia la recomposición, alabando lo bien que Amelia hace siempre todo, lo fuerte que ha sido y el acierto de dar media vuelta para salvar a Martín. Luego busca en su discurso algo que la alegre, que la anime, para poner en valor todo lo que ha hecho, magníficamente.

—Tendrías que haber visto los rostros de las aviadoras cuando volvieron a volar. Y fuiste tú quien lo hizo posible, Amelia. La que nos has dado a todas la oportunidad de soñar.

Amelia se separa del regazo de su hermana y trata de recomponerse, preguntando si mereció la pena, si las vio disfrutar, si las cámaras de fotos lo recogieron, si cree que tendrá eco en la prensa, si cree que han hecho justicia. Pero el hecho en sí, el evento, no es más que el detonante de todo lo que está por venir, siendo Amelia la mecha de la cerilla.

—Nadie lo va a parar, y es todo gracias a ti.

Pero Amelia quiere restarse importancia, como siempre, ella es una pieza más en esta escalada, lo importante es que toda la gente que acudió al evento conozca la historia de esas mujeres y que, entre todos los presentes, y especialmente la prensa, amigos y conocidos, pueda expandirse el reconocimiento a sus figuras.

—Me habría gustado verlas volar.

—Alguien trajo una cámara de cine, seguro que podrás verlo.

—Dudo que salga en el NO-DO. ¿Pudiste hablar con la Quirós?

—¡Sí! Es maravillosa, Margot nos presentó, está deseando invitarte una tarde a su casa, para poder conoceros mejor. —Amelia, ahora con el llanto fácil, se vuelve a deshacer en lágrimas, esta vez de emoción—. Pero para nosotras queda el recuerdo de ver a las cuatro juntas sobre el escenario, ¿te acuerdas de cómo se miraban y se abrazaban? Ese regalo no nos lo quitará nadie, jamás. No es importante sólo de cara a la sociedad, esto era fundamental para ellas. Fue todo muy emotivo, sus familias las acompañaron a los aviones, y ellas explicaban cómo iba todo, no se habían olvidado de nada, qué destreza. Aunque la semana que viene todo vuelva a ser

igual, este día lo recordarán siempre —matiza Marga. Qué certeras y tiernas sus palabras; sanadoras, como de costumbre.

—Entonces… —Amelia se seca las lágrimas del rostro con la mano —, con la merienda con la Quirós ya casi tendrías todo listo para tu libro, ¿no?

—Bueno. No del todo. Aún me falta alguien… —Marga mira con orgullo a su hermana—. Me queda escribir tu parte.

Marga lo vuelve a hacer.

—Basta, no puedo llorar más.

Marga sonríe y abraza otra vez a Amelia, mientras siente caer las lágrimas de su hermana. A pesar de todos los buenos momentos, no pueden olvidar la tragedia que se cierne a su alrededor, y tratan de vislumbrar qué sucederá en los próximos días, cuando Martín presumiblemente ya no esté, aunque ninguna tiene la valentía de pronosticar futuros, tiempos, ni decisiones. De lo poco que se alegran es de que el pobre hombre ya no morirá encarcelado, sino rodeado de sus familiares. Amelia pregunta, al acordarse, por el desenlace del grupúsculo falangista que apareció en Cuatro Vientos. Marga relata que, lejos de alcanzar su objetivo, fueron bien conducidos por Daroca a la puerta de salida. El hombre defendió su hegemonía en el aeródromo y nadie pudo probar la huida de Martín. Ni interrogatorios ni cómplices. Se acabó.

—Un gran tipo tu instructor, los puso en su sitio de muy buenas maneras, y algunos de los presentes también les bajaron los humos. Como ese que viene por ahí.

Amelia se gira sin importarle su aspecto deplorable. A lo lejos, caminando a paso lento hacia ellas, lo distingue perfectamente por

su traje naranja. Y no puede evitar que un nervio la encoja por dentro.

Le gustaría haberse mordido las uñas desde pequeña, porque de este modo, ahora tendría el hábito perfeccionado y no le quedaría ni una sola, pero Carmen siempre ha respetado sus manos y no va a comenzar ahora a mutilarse. Es más, eso delataría su nerviosismo de rendirse ante lo evidente: que Juanjo ya no pinta nada en el hospital y que debe (y quiere) volver a Rascafría con su familia. La cucharilla del café ocupa el lugar de las uñas no mordidas, dando vueltas a excusas, salidas e invitaciones que centrifugan en su mente, tretas para retenerlo a su lado. Pero ninguna tiene la consistencia que necesita; y quizá lo que debería aceptar es que su amor de verano ha tocado a su fin.

—A lo mejor podemos quedarnos en el centro de Madrid unos días y así te enseño la ciudad, no te ha dado apenas tiempo de verla. Seguro que podemos quedarnos en mi casa. Hay habitaciones de sobra.

Parece sorprendente que sea Juanjo el que tenga que recordarle que su abuelo está viviendo sus últimos momentos y cuál debe ser su lugar.

—Pero ¿te vas a ir sin más? ¿Sin volar aún? Te lo prometí, no he cumplido mi promesa —insiste Carmen.

—Has cumplido tu promesa con creces, Carmen. Si me llegan a decir la aventura que se venía encima cuando entraste en la granja nunca lo hubiera creído. De veras que no necesito volar —señala con una sonrisa sincera.

—A lo mejor le puedo pedir a mis tíos que te acerquen a Rascafría, no vas a volver con la moto robada.

Juanjo se tapa el rostro con las manos, madre mía, la moto robada, qué desastre. Ni se acordaba de la pobre moto. Debería dejarla en Miraflores, él no es un ladrón. Todo lo que hizo fue por ella, bueno, y, para qué engañarse, para él también. Ha sido divertido, emocionante. Palabras que resuenan en Carmen como calificativos de pasado pretérito, de fin sin futuro. *The End*.

—¿Entonces? Vuelves para casa, ¿y después? —Ella insiste en encontrar una grieta a la esperanza.

—Madrugar tipo cinco y media y trabajar hasta que se ponga el sol, Carmen. —No, no hay fisuras, ni una—. ¿O te estás planteando venirte a ordeñar vacas?

Juanjo alarga la mano hasta frenar la cucharilla vertiginosa de Carmen, convertida ya en un incordio.

—Tú ahora tienes todo un mundo por delante, a lo mejor hasta te acabas yendo con tu madre a Estados Unidos, y si te quedas, irás a la universidad y serás una mujer muy lista y muy pedante, sin duda, con un buen trabajo. Y seguro que también con una familia. Yo no te veo en una granja. Eso sólo son planes de verano para la gente de ciudad.

Carmen asiste el golpe con entereza.

—¿Y si nos vamos y te vienes al extranjero? —implora Carmen, fantaseando con encajar a Juanjo en una ecuación internacional familiar—. O quizá no nos vamos, quién sabe, y mi madre decide quedarse.

—Pues si te quedas en Madrid, ya sabes dónde estoy.

Carmen no es capaz todavía de entender que un final a tiempo puede suponer la perfección, porque aún no tiene horas de vuelo suficientes para vislumbrar la degradación y la corrupción que el tiempo pone a veces al amor fortuito. Que en ocasiones las personas entran y salen de las vidas por tiempo limitado porque así debe ser, siendo a veces su recuerdo más indeleble que las experiencias alargadas hasta la extenuación. Carmen podrá recrearse en esos besos perfectos una y otra vez, porque no existirá una degeneración en su relación que tiña sus recuerdos, ni lo hará la distancia, ni los silencios, ni los rencores, ni otras personas, ni un posible reconocimiento posterior a una incompatibilidad de caracteres. Inconsciente de que algunas personas y relaciones son simplemente perfectas por el mero hecho de venir con fecha de caducidad. Y el acto de dejar marchar a esas personas quizá sea la mayor demostración de madurez que uno puede alcanzar.

Ha preferido sentarse sin una revista, sin un periódico o un libro para no distraerse ni un minuto, con el único afán de recordar y memorizar para siempre cada dedo, cada mano, cada pliegue, color y aspecto de la piel; la curvatura de los cabellos, e incluso la forma de las orejas, acariciando las suyas en reconocimiento a la consanguineidad. Como si pudiera verse proyectado en el futuro de sus cejas y las manchas de su piel, Armando busca su reflejo en su padre y acompaña con dolor cada una de sus respiraciones graves y rotas, como si los pulmones se hubieran cuarteado definitivamente y en vez de tejido humano fueran de madera, quebrándose y rechinando, como cuando es devorada por el fuego.

Viene pensando desde hace rato qué le dirá a su padre cuando despierte, esquivando en su mente la posible reprimenda, porque sabe que sería egoísta acusarlo del encubrimiento de su enfermedad. Ya se lo ha dicho su madre: no quería sentirse un enfermo, ¿para qué lo va a volver a preguntar otra vez? Pero entiende que el tránsito de esos pensamientos en su mente hacia esas cuestiones sea inevitable, y por eso trata de doblegarlos. Debe prepararse, entonces, para alguna última lección, alguna última confesión que tenga que hacerle; abierto a la incertidumbre, o quizá alguna última petición. Quizá debería confirmarle en ese esperado —pero no seguro— despertar, que cumplirán sus últimas voluntades, que puede estar tranquilo, que dormirá eternamente con su hija; con su hermana.

Aunque quizá tenga que ser Armando quien se prepare alguna pregunta vital para cuando despierte, quizá alguna duda que necesite solventar acerca del futuro, un futuro en el que no había reparado porque no imaginaba tener a un padre a quien consultar, porque siempre había encontrado en sí mismo las respuestas, en su mujer, o en amigos, puntualmente en su madre e incluso en su suegro, en un tímido alarde de intimidad. Quizá debería plantearse cuestiones vitales que ahora no le acechan pero que seguramente lo harán en unos años: acerca del proceso de hacerse mayor, el bienestar de los hijos o la degradación del matrimonio. Sí, quizá estos tres temas serían los bloques fundamentales de la vejez, piensa por un instante mientras prepara un índice mental. Pero ¿está dispuesto a perturbar al hombre ahora con unas dudas infundadas que aún no tiene? ¿Qué debe hacer con el tiempo que le queda? «El tiempo es el que es», le dijo una vez su compañero Olivares en el

tanatorio después de perder a su hermano. «Y nunca se sabe cuánto tenemos. No conviene desperdiciarlo», añadió. Pero ¿cómo saber que estamos aprovechándolo, que estamos en el lugar adecuado? Eso no se lo había dicho. Sin embargo, ahora tenía la plena certeza de estar donde debía estar. Al lado de su padre, acompañando su tiempo en descuento.

Su inquietud se interrumpe cuando oye abrirse la puerta. Antonio asoma tímidamente solicitando entrar. A pesar de su creciente y desgarbado tamaño adolescente, Antonio se acurruca sobre las piernas de su padre como un niño pequeño. Le cuesta contemplar el conjunto enfermo de su abuelo lleno de cables cuando apenas hace unos días paseaban tranquilamente por el pueblo y comían bocadillos de panceta. Es el primer familiar que va a perder el pequeño y el miedo a la muerte, desconocido hasta entonces, se ha instalado entre sus inquietudes. Nunca echó de menos a su abuelo porque no había tenido experiencia de él. Era fácil contestar que no le afectaba su falta hasta el día de hoy, pero cuando lo verbalice de ahora en adelante, esa muerte estará llena de matices y recuerdos, de impresiones e imágenes indelebles, incluso de olores que vendrán a su nariz cuando pronuncie su nombre. Su muerte tendrá un peso que antes no tenía.

—Qué poquito nos ha durado el abuelo —le susurra a su padre al oído. Armando se limita a asentir, y traga saliva. Antonio entonces se separa del hueco de su hombro y lo mira con su ternura e inteligencia habituales—. Pero ha merecido la pena. Ya no me tengo que imaginar cómo era, ahora ya lo sé.

Armando besa a su hijo, ese ser que siempre calma su ansiedad, consciente, a su corta edad, del dolor que van a volver a vivir, tanto

su padre como su abuela, perdiéndolo por segunda vez, esta vez de verdad. Y Armando se aguanta las ganas de verbalizar que tarde o temprano será él quien se coloque en la primera línea de salida, el que algún día estará en esa cama y serán sus hijos los que ocupen el sillón en el que ahora se sientan ambos.

—Así es la vida hijo —contesta con amargor y conciencia—. Así es, y debemos aceptar lo que venga. Tanto lo bueno como lo malo. Y seremos nosotros los que decidamos qué hacer con ello. Hemos pasado unas semanas estupendas con él, ¿verdad? Pues con eso tendremos que quedarnos. —Antonio asimila sus palabras y asiente con pena. Alguna lágrima resbala por su rostro al detenerse ahora a mirarlo dormido y con respiración asistida.

—Aquí no pueden venir a detenerlo ni hacerle nada malo.

Armando niega, efectivamente, aquí está seguro. La habitación del hospital se ha convertido en refugio, donde el cariño, el amor y las medicinas amortiguan su dolor.

—Es mejor que salgas fuera, cariño, este no es lugar para ti. ¿Quieres decirle algo antes de irte?

Antonio obedece y se baja del regazo de su padre, se inclina tímidamente hacia Martín y le susurra palabras de cariño que quedan entre ellos, para después darle un beso en la frente y decirle que lo quiere antes de marchar.

Un gesto tan tierno y sincero que sobrecoge a Armando, que sostiene las lágrimas hasta que su hijo sale por la puerta para dejarlas caer.

Contemplando el rostro tranquilo de su padre, Armando desliza una mano hacia la suya y la coloca debajo de la de su padre, para

sostenerle una vez más. Una mano que aún conserva temperatura de vivo.

—Estoy aquí, papá, estoy a tu lado —le susurra con un hilo de voz, esperando que su mensaje acaso llegue a alguna capa recóndita de su consciencia.

Con la mirada fija en su rostro, Armando se sacude. Pareciese que verdaderamente sus palabras hayan atravesado los diques profundos del sueño, porque de repente la mano de su padre cobra vida y se contrae para agarrar la suya con fuerza, en lo que Armando considera un intento de comunicación. Quizá ya no quede nada que decir, nada que preguntar. Sólo estar. Y acompañar.

Peter ha gestionado la llamada internacional con la centralita de la base y ha dejado a solas a las abuelas en el despacho mientras esperan la conexión sin cargos adicionales. Lo único que tienen realmente adicional es la carga mental y moral de avisar a la que Emilia sigue nombrando como «la querida» de Martín. Le cuesta un enorme esfuerzo despojarla de estos calificativos cuando la pobre Maricela no tiene culpa de nada y Emilia lo sabe, aunque es incapaz de verbalizarlo por mucho que Victorina le pida que rectifique. Es más, fue Maricela la que se encargó de reconstruir el despojo humano en que se había convertido Martín. Algo en esta vida le debía, aunque sólo fuera atender esta última llamada.

—¿Prefieres que descuelgue yo? —pregunta con cautela Victorina.

—¿Qué hora es allí?

—Por lo menos sé que es más pronto que aquí, así que la operadora no estará despertando a nadie, en todo caso de la siesta.

Pero si esa mujer estaba esperando la llamada, ya te digo yo que la pobre, bien, bien, no habrá podido dormir desde que Martín se fue.

—Pero ¿tú de qué lado estás, Vito?

—Normalmente del tuyo, pero estoy por saltar el charco y alistarme en el otro bando, que con el panorama que tenemos debería ser suficiente para envainar de una vez tu espada. Te toca apechugar y hablar con esa buena mujer.

—¿Cómo sabes que es buena?

—¿Quieres que me marche por esa puerta? —señala con el dedo sin girarse siquiera.

—No, no, déjalo. Cuando suene, lo cogeré.

Parece que Emilia hasta ensaye en su mente el movimiento de su mano cuando el aparato ruja con la comunicación. No sabe si será cuestión de segundos o minutos eternos. Al menos la red internacional ayudará a que la espera sea menor. Ciertamente pareciese que Maricela estuviera esperando esa llamada desde el otro lado. Apenas se escuchan un par de tonos cuando Emilia descuelga con agilidad y escucha su voz por primera vez:

—¿Bueno?, ¿quién es?

Y gracias a la magia de los cables, su dulzor y su candidez atraviesan el océano Atlántico como una bala, impactando de lleno en Emilia.

—¿Maricela? ¿Marisela? —corrige con voz rendida—. ¿Es usted? Soy… —Emilia aguanta el tipo cerrando con fuerza los ojos, cargándose de valor—. Soy Emilia Domínguez. Soy…

Pero Maricela interviene enseguida, no hace falta que se explique.

—Emilia, un gusto hablar con usted. Ya me imagino para qué me llama.

Entonces Emilia se derrumba en la silla y, sosteniendo el auricular, vuelve la mirada a su consuegra, que la observa afligida.

—Sí, eso es. Le queda muy poquito.

Emilia se gira hacia Victorina que lee en los ojos de su consuegra la caída de todo un imperio, pero no como una derrota, sino como el desvelo de una realidad. Consciente de que su presencia resta más que aporta, se levanta despacito de su silla y se aleja hacia la puerta, dejando a las mujeres charlar en la intimidad que necesitan en estos momentos.

40

Un mosaico de piedras rotas

Nunca ha transitado por la base de noche, es un espacio que no invita al paseo, tan vasto y tan amplio —tan norteamericano—, donde calles, instalaciones y establecimientos están muy distanciados unos de otros, por eso es preferible usar un coche o una bicicleta para moverse. Pero hoy agradece el paseo en la quietud de las canchas de béisbol, el silencio de la pista, serena, sin vuelos, y la práctica nula actividad nocturna y comercial; el sonido de los grillos sustituye a todo el personal de vacaciones. Una quietud solemne que acompaña los pasos de Amelia y Rafael, que vagan sin rumbo concreto.

—¿Quieres que vayamos a comer algo? La bolera aún estará abierta —propone Rafael.

—No tengo mucha hambre, la verdad, aunque ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que comí. Pero si quieres te acompaño, me apetece pasear.

—Pues paseemos.

Pero Rafael es incapaz de mantenerse callado y enseguida aborda el homenaje como tema de conversación, analizando momentos, sorpresas y encuentros, dimensionando la huida encubierta,

enumerando las infinitas virtudes de Amelia una vez más. Un despliegue de halagos que ella recibe con candidez, pero sin mayor profundidad en la conversación, en buena parte porque realmente no es capaz de prestar atención a nada, sus preocupaciones no convergen con su verborrea. Rafael se hace consciente de su falta de conexión y opta por cambiar de tema.

—Por cierto, que al final, la revista… te la regalo, te la puedes quedar.

Amelia vuelve a conectar momentáneamente con la conversación, le vendría bien dejar de pensar por un rato.

—¿Y si te digo que ya no la tengo? Pero piensa que gracias a esa revista hicimos un favor a la patria y a la historia de la aviación.

—¿Se la has regalado a tus compañeros de Cuatro Vientos? —Rafael abre los ojos como platos—. Es increíble lo tuyo.

—Estate tranquilo, quedó en buenas manos.

—Eso me preocupa.

—¿El qué?

—El uso de las manos.

—¡Qué cochino eres! —Ríe Amelia abiertamente, destensando por fin.

Rafael frena en seco y la mira fijamente a los ojos.

—He conseguido que te rías.

—Un poco, sí.

—Al final no me diste el beso. —Su desfachatez despierta una sonrisa en Amelia.

—¿Qué soy para ti, como una chica de esas revistas?

—Bueno…, ahora que lo dices… —Rafael baja la voz, seductor—, no me importaría verte un poco más ligera de ropa…

Amelia vuelve a reírse de forma contenida. No, no debería reírse en un momento así. Siempre la norma, siempre el «debería».

—¿Puedo confesarte algo? —Rafael asiente y abre bien los ojos, expectante—. Una vez besé a un compañero. Yo nunca había tenido la oportunidad de conocer a otros hombres, o volver a sentirme atractiva.

Amelia desvía la mirada recordando, analizando por qué, y Rafael la escucha paciente y atento.

—Volar me hacía sentir viva, joven… Yo sentía que me gustaba ese chico y… me reconfortaba notar que yo a él también, aunque yo fuera mayor. Las mujeres no tenemos oportunidades de ir probando, como vosotros, Rafa. Nosotras nos… Nos lo jugamos todo a una carta. Y a muchas no le ha salido bien la jugada, la verdad.

—Pero ¿te arrepientes de haberle besado?

—Quizá. Y no sé si quiero cometer el mismo error. Ahora tengo claro quién soy y lo que quiero.

Rafael intuye que su propuesta no avanza por buen camino, pero mantiene fija su mirada en los ojos de Amelia. Por un momento se despoja de su vehemencia y habla con sinceridad.

—Mira, yo no soy ningún niño en prácticas. Cuando te dije que yo te podría acompañar, te lo decía en serio. Yo no permitiría nunca que te pasara como a las aviadoras del homenaje, no te dejaría en casa. Tú has nacido para volar. Ningún piloto habría aguantado como tú lo hiciste el otro día. Eres un auténtico prodigio. —Rafael encuentra incertidumbre en su mirada—. Piénsalo. Deberíamos irnos. Es lo que tú quieres, ¿no?

Rafael se aproxima lentamente, calculando cada centímetro, y Amelia cede por un instante acercando su nariz hasta rozar la suya.

Puede sentir su respiración sobre su boca. Quizá una parte de ella desea besarlo, pero lo aparta ligeramente dejando claras sus intenciones.

—Me ha costado mucho construir lo que tengo. Y en el hospital está todo lo que me importa de verdad. Creo que no sería capaz de dejarlos atrás —argumenta convencida—. Creo que quiero ver qué va a pasar… Comprobar si se puede arreglar. Si encontramos la manera. Pero te agradezco enormemente que me hayas acompañado hasta aquí.

Amelia no sabe muy bien qué más añadir y Rafael asume su realidad, poco a poco, y completa su rechazo.

—Y ahora me dirás que hay una chica ahí fuera, esperándome, que aún no me conoce y con la que yo volaré también estupendamente y bla, bla, bla.

—O no, o no… —interrumpe Amelia—. Pero a lo mejor decides recorrer el mundo y trabajar en distintas aerolíneas. Yo no quiero que cambies tus planes por mí. No deberías.

—Pero ya soy mayorcito para tomar mis decisiones. Yo sólo te digo que aquí estoy, dispuesto a irme contigo, más veces no lo puedo decir.

Amelia asiente, sin ceder, y le sonríe con ternura.

—¿Sabes lo que nunca he tenido? —Rafael niega, resignado—. Un amigo.

—Ya, un amigo. Un clásico.

Rafael se separa, recibiendo el premio de consolación, sonriendo en silencio. Pero quizá sea justo lo que necesitaba, para ajustar su constante actitud seductora, porque quizá él tampoco sepa lo que es tener a una amiga. Porque para él las mujeres siempre han sido o

familiares u objeto de conquista, siempre inconscientemente inferiores. Y quizá ahora se da cuenta de que él tampoco ha tenido realmente una amiga, y que tiene delante a la primera persona que podría ostentar ese puesto. Considera ese «premio de consolación» como un auténtico regalo. Y, al mismo tiempo que él asume esta realidad, Amelia ve cómo Rafael se despoja de esa armadura y se muestra vulnerable, sin un plan de vuelo. Un quiebro emocional que se intuye en la dulzura del tono de su voz.

—Creo que yo tampoco he tenido nunca una amiga —confiesa en un susurro agarrándola de las dos manos, con ternura—. Suena bien. Una amiga, me vas a tener que enseñar cómo se hace. —Amelia corresponde con la misma inquietud—. Así que pase lo que pase, te marches o te quedes, me gustaría que siguiéramos en contacto. Que me escribas, o me llames, dondequiera que vayas. Quién sabe si algún día volveremos a volar juntos. De lo que no me cabe ninguna duda es que conseguirás todo lo que te propongas.

—¿Y ahora… me vas a pedir un beso de despedida? —pregunta Amelia poniéndolo a prueba.

—No. Ahora nos tendremos que imaginar que de la pista está saliendo un avión y te diré eso que decían en Casablanca: puede que este sea el comienzo de una gran amistad. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

—Pero si me quieres besar antes de que seamos amigos tampoco te lo voy a impedir, ¿eh?

Amelia vuelve a reírse con su desparpajo antes de fundirse con él en un largo e interminable abrazo. A lo lejos brillan unas luces en el cielo. Podría ser que, casualmente, estuviera despegando un avión.

Es largo e inesperado —y decididamente poco apropiado para la sala de espera de un hospital—, pero Victorina se ha convertido en eso, en un ser espontáneo, no sujeto a convenciones y abierta a la improvisación. Un asombrado Luis recibe ese beso pausado con inquietud, porque no es rutinario, corto y seco, sino explícitamente verdadero y sincero, sorprendente a esa edad madura, y que invita a la calamidad.

—¿Qué ha pasado? —reacciona Luis con extrañeza.

—Nada, que te quiero. —La confesión de Victorina remata la faena, ¿por qué debería inquietarle un beso de esa naturaleza?

Ella se acomoda a su lado, en el cansancio de las salas de espera, apagadas y grises, siempre con el tiempo en un hilo, la antesala de la balanza divina que divide los destinos a favor o en contra de nuestras voluntades. Se acurruca pese al calor que hace y apoya la cabeza en el hombro de Luis, en un gesto que ni de recién casados hubieran exteriorizado. Pero la incertidumbre del tiempo de Martín invita al recogimiento y Luis comprende esa búsqueda de refugio y abraza a su mujer.

—Oye, ¿tú sabes si tenemos todos los papeles y pagos de la sepoltura en regla? —Luis se muerde espontáneamente el labio inferior, azorado por la ternura, incapaz de corregir la falta gramatical de Victorina, pero también por la manifestación abierta de sus temores.

—Claro, Vito, no te preocupes. Que para eso aún queda mucho tiempo. —Pero no, a lo mejor no queda tanto si consideran que Martín tiene prácticamente su edad y que las enfermedades y accidentes nunca llegan con carta de presentación. A lo mejor ella

está en lo correcto y deberían ser más conscientes de su fecha de caducidad.

—Emilia sigue al teléfono con Maricela. ¿De qué estarán hablando?

¿Cómo va a saber Luis de qué hablan dos mujeres que han amado al mismo hombre?

—Me preguntas unas cosas… Luego te contará.

Durante unos instantes piensa de qué hablar para amortiguar sus miedos, relanzar sus ilusiones o simplemente bocetar algún tipo de vacaciones a su lado, con la llegada de Martín y la huida de Emilia, se les ha olvidado que era verano.

—Nos han venido bien estas vacaciones, hacía mucho tiempo que no estábamos tanto tiempo separados. Te he echado de menos y todo. Y hasta he aprendido algo de inglés, por si tenemos que viajar.

Luis sonríe, orgulloso.

—¿Y qué más has aprendido?

—Que la comida española no tiene comparación. Es terrible Luis, los americanos no saben comer. Pobrecitos. ¿Y tú? ¿Has aprendido algo este verano entre tanto hombre? ¿A freír un huevo quizá?

Luis se detiene a pensar un instante, a valorar la situación presente y echar la vista atrás a estas semanas, que pueden ofrecerle una visión clara del momento, o de la vida. Le lleva un rato contestar, recordando la conversación con Martín en el cementerio.

—Pues si te digo la verdad… Pienso en todas las cosas que alguna vez nos podrían haber sucedido, y resulta que aquí seguimos. Tus hijas, sanas. Volando. Cada una a su manera, con sus amores, mejores o peores, con nuestros dos nietos, ya tan grandes… —Ante Luis también desfilan instantes y épocas terribles de su existencia: la

guerra, la posguerra, el frío, el hambre, la incertidumbre, los días en que faltó el trabajo hasta que lo encontraron. Tiempos que quedan lejos, pero que son los cimientos del presente, y que permiten ofrecer un juicio rápido y luminoso a su realidad—. Creo que hemos tenido mucha suerte, Vito. Tenemos todo lo que necesitamos.

Victorina lo mira fijamente y se queda clavada ahí, en sus dulces ojos azules, aquellos que le robaron el corazón hace muchos años, hoy acariciados por un párpado caído que antes no tenían. Lo vuelve a besar tiernamente, para luego acurrucarse una vez más sobre su hombro.

—Pues sí, tienes toda la razón. Somos muy afortunados.

La llegada de Marga y Peter interrumpe su recogimiento. De nuevo la valoración médica no arroja más luz, ni mayor oscuridad del desenlace final. No se sabe si serán horas o días, así que tampoco tiene sentido que todos pasen la noche en el hospital, donde las sillas se clavan en el alma y el tiempo se alarga hasta la extenuación. Aunque Victorina quiera acompañar a su amiga, entiende que debe mantenerse al margen y descansar para estar a su lado en los próximos días.

Carmen, sin embargo, se ha escurrido en la habitación de su abuelo antes de que alguien la mande para casa, y así puede llorar a gusto a su lado sin que nadie le reproche que esas lágrimas no son para el hombre que yace en la cama. Aún siente en los labios el calor del último beso de Juanjo antes de marchar, a «deshacer el camino de la aventura», como lo ha llamado, buscando reparar todo el estropicio que ha ido arrastrando por estar a su lado. Por mucho que él le ha prometido, mientras la abrazaba y se mezclaba con el olor de su pelo corto, que cada segundo había merecido la pena,

Carmen sigue sintiéndose culpable por romper los destinos de quien la rodea, como si fuera un talismán de negatividad y catástrofe, creyéndose hasta culpable por el declive de su abuelo. Nadie puede confirmar que su estado no se agravase por culpa de la forzosa huida.

También es la primera vez que está frente a un familiar enfermo, no conoce las máquinas que suenan a su alrededor, ni los líquidos o medicinas que están entrando por sus venas o por su nariz; la sordidez del lugar y la oscuridad de la noche que se cuela por las ventanas no hacen más que agravar su desazón y acelerar su llanto tranquilo. Siente un inmenso enfado por la decisión de su madre y su abuela de apartarla de él, y una rabia aún mayor por haber metido la pata con sus misivas. Pero también atisba una cierta paz consigo misma porque después reaccionó, buscó reparar su daño, lo intentó, huyó y consiguió llegar a tiempo; casi consiguen ponerlo a salvo.

Le habría gustado escuchar de boca de Martín la versión de su propia historia, las anécdotas que le habría contado de su padre cuando era pequeño —esas que sólo recuerdan los abuelos y que permiten a los hijos imaginar que sus propios padres también fueron niños una vez, aunque incluso haya fotografías que lo demuestren, en esa tendencia natural a pensar que los padres siempre fueron adultos porque así los conocimos—, incluso algún detalle de su historia de amor con su abuela y que ella nunca fue capaz de verbalizar; o quizá, su propia versión de lo que fue la República, de la que sólo había escuchado la versión de su abuela.

Una enfermera abre repentinamente la puerta e interrumpe sus pensamientos, viene a tomarle la temperatura a Martín e invita a

Carmen a quedarse, apenas serán unos minutos, tiempo en el que la joven norteamericana se apiada de Carmen a través de la mirada, sabiendo de antemano el fatal desenlace que les espera.

—*I'm very sorry*. —Palabras que da igual el idioma en el que se pronuncien, se entienden y comparten—. *He can hear you, did you know?* —Estas otras, sin embargo, Carmen no las entiende—. Puede oír, puedes hablar.

La joven retira el termómetro de la axila de Martín, comprueba la temperatura, la apunta en el informe y se marcha, ofreciendo una cálida sonrisa al salir. Y ahora Carmen se encuentra con la necesidad de hacerlo, de hablarle al abuelo, con la congoja de no saber ni por dónde empezar, o si le interesará acaso lo que tenga que contarle. Carmen se lleva instintivamente la mano a la cabeza y se acaricia su pelo corto, aún sin acostumbrarse a haber perdido la melena, ni siquiera ha tenido tiempo de pasar por la peluquería a igualar el corte que le hizo Juanjo, pero su mero recuerdo le hace sonreír.

—He conocido a un chico este verano, ¿sabes, abuelo? —arranca Carmen, tímidamente—. Se llama Juanjo y es granjero. Yo pensaba que, por no ser de ciudad, era menos listo que yo, pero es todo lo contrario. Es más listo que nadie. Él fue el que tuvo que cortarme el pelo porque me estaban buscando.

Carmen toma aire, sin saber por dónde ir, qué narrar.

—La abuela me contó que a muchas maestras les cortaron el pelo, y que las obligaban a beber aceite de ricino para que se hicieran sus necesidades encima y luego las arrastraban por la calle. Para humillarlas. Cuando tuve que cortarme el pelo me acordé de aquello. La abuela nunca me contó si a ella se lo hicieron. Aunque yo creo que no, pero ella nunca me lo ha dicho, porque siempre hablaba de

otra gente, supongo que para que yo pensara que ella no lo había pasado tan mal. Imagino que en algún momento creí que eran como las leyendas que aprendíamos en el colegio. Y ahora te miro y veo que son reales, que todo era verdad.

Carmen se detiene a observar la máquina que suena y que, supuestamente, recoge el latido de su corazón. Es un pitido constante, que no cambia, parece un segundero, marcando el paso del tiempo.

—Siento mucho que no hayamos podido conocernos más, o que hubieras estado aquí desde siempre. La abuela decía que eras un hombre muy inteligente, con mucha memoria, que te sabías muchos poemas. Me habría gustado que me enseñaras alguno. No sé si mi padre te ha contado, pero yo no soy mala estudiante. Es verdad que tenía bastantes dudas con qué hacer en el futuro, como ahora las chicas van a la universidad y estudian… Bueno, quiero decir, que vuelven a ir a la universidad… ¿Ves como he aprendido la lección? Pues estaba pensando que a lo mejor sí que merece la pena intentarlo, después de tener abuelos tan listos… debería tratar de estar a la altura.

Carmen ríe irónicamente, en el fondo se siente inferior, aunque quizá, tras los acontecimientos de este verano, se sienta más fuerte que nunca para intentarlo. Su boca, sin embargo, empieza a temblar, antesala de un llanto que trata de controlar.

—Yo no pretendía hacerlo, de verdad. Yo sólo preguntaba por ti en mis cartas y esa gente me leyó hasta el pensamiento… No nos dejan libres ni ahí, abuelo. Y tú lo sabías. Imagino que todos lo sabíais, como cuando un padre ve que su hijo va a cometer un error, y el hijo decide no escucharlo. Ahora necesito que alguien me abrace y

me diga, ¿lo ves, te lo dije? Y que luego vuelva a confiar en mí, sabiendo que voy a tratar de no caerme, no tropezarme y escuchar, pero si lo hago, y meto la pata sin saber, por error o sin querer, necesito que alguien siga abrazándome hasta el día en que lo haga bien.

Carmen fija la mirada en el suelo de terrazo, donde caen una a una sus lágrimas, mojando el mosaico de piedras rotas sobre fondo beis. Piedras irregulares de colores tierra, negros, gris claros y naranjas, como si hubieran sido tirados de forma aleatoria formando una suerte de mapa homogéneo, como las piezas desperdigadas de la familia atrapadas en un mismo espacio. Se afana por contar las piedritas que caben en una baldosa porque le calma, apacigua su llanto. Busca en cada una de ellas la unión al total de calamidades que los han traído hasta aquí con la esperanza de que ese camino tenga algún sentido, algún aprendizaje o salida airosa.

Cuando levanta la vista del suelo, Martín ha abierto los ojos.

41

Recolocar una estantería

No queda nadie en la sala de espera, sólo Amelia y Armando, que han dejado un asiento de separación entre ellos. El cansancio se hace evidente en la posición de los cuerpos, desgastados, repantingados, con las cabezas apoyadas en la pared y los ojos detenidos en los ventiladores del techo que reparten la calima veraniega acumulada en el ambiente.

—¿No has querido ir a cambiarte de ropa? —pregunta Armando.

—No quería dejarte solo. ¿Qué es todo lo que se ha traído tu madre?

—Libros, no sé, ha dicho que mientras siga despierto le quiere leer poemas y textos, como hacían antes. —Armando se encoge de hombros, quién es él para juzgar lo que quiera hacer su madre en la víspera de un fallecimiento anunciado.

—¿Has podido hablar con él?

Armando apenas niega con la cabeza.

—Le he dicho que le quiero… poco más. ¿Qué le voy a decir?

—Ya…

Amelia evita su mirada, tratando de entender el proceso de su marido, a punto de perder a su progenitor, ¿qué le diría ella a su

padre en el lecho de muerte? Si acaso se presenta esa situación, si no llega la muerte de forma repentina y fortuita, si disfruta de la oportunidad de despedirse. No todo el mundo la tiene. Amelia siente la necesidad de sacar algún tema que rellene el silencio, que acorte el tiempo de espera y que les permita acercar posiciones, que siente las bases de una posible negociación, incluso.

—Espero que el tiempo que has pasado con tu padre haya merecido la pena, y que hayáis podido conoceros mejor. Cuando estábamos en la cabina del avión me preguntó por ti. —Armando se emociona al escucharlo—. Es evidente que te ha echado mucho de menos estos años.

—¿Qué le contaste? —pregunta, inquieto, pero Amelia aprovecha para hacerse la interesante.

—Eso ha quedado entre nosotros.

—Vale, vale —contesta Armando levantando las manos en son de paz.

Ambos vuelven la vista al frente y guardan silencio unos instantes, pero Armando gira enseguida el rostro hacia ella.

—En serio, ¿qué le has contado? —Su ternura hace reír a Amelia.

—Nada que no supiera, seguramente.

Amelia mira a Armando, pero este no desvía la vista esta vez, no se refugia en los ventiladores ni en el mosaico del suelo, la interpela de verdad, pero aflojando un poco, por fin, con inocencia, mostrándose vulnerable, deseando saber qué gran secreto ha podido desvelarle.

—Le he dicho que imitabas muy bien a José Luis López Vázquez —confiesa finalmente.

Amelia se arrepiente al segundo de verbalizarlo, pero justo antes de que pida perdón, Armando estalla en una pequeña risa ahogada, que va ganando fuerza por momentos.

—¿En serio? —pregunta, jocoso—. De todas mis virtudes, ¿vas y le destacas esa?

—Fue la primera que se me vino a la cabeza —se exculpa Amelia encogiendo los hombros—. «Fernando Galindo, un admirador, un amigo…

—… Un esclavo, un siervo» —termina Armando imitando al actor a la perfección.

Los dos ríen cansados, agradeciendo algo de distensión.

—Hacía mucho tiempo que no lo hacía… —comenta con tono agridulce—. ¿De verdad que no quieres irte a dormir? Es tarde.

—Quiero acompañarte —asegura Amelia. Armando se lo agradece con una sonrisa—. Al final me ha dado un poco de pena que no llegáramos a Francia, podríamos haber pasado unos días juntos en Burdeos.

—Es verdad. Bueno, a lo mejor nos podemos ir cuando esto pase… no hemos hablado mucho durante este verano. Nos vendrá bien.

Amelia asiente, confirmando lo evidente, que él no ha querido tener mucho trato con ella, centrado en el padre, en su propio espacio, sin injerencias y filtraciones de los demás.

—¿Has tenido alguna novedad de Estados Unidos, sabes si te vas a ir al final o cómo está el tema, algún avance? —Su pregunta revela por primera vez un tono con doble sentido, hay cierto deseo de fracaso, pero también se adivina un mínimo interés.

—Todavía tengo que encontrar una escuela que me invite como instructora, para acumular horas, y luego ya vería cómo pegar el salto a alguna aerolínea… de copiloto…

—No suena mal. Todo lo que deseas al final lo consigues, no tendrás problema. Fíjate, con el poco tiempo que tuviste para organizar el evento y mira… no cabía un alfiler. Todo el mundo te quiere, es evidente.

Suena como si toda esa gente fuera una prioridad para ella, por encima de él, pero no lo es, ni muchísimo menos. Amelia no encaja bien que él parezca que se autoexcluya de ese «mundo». Pero de momento prefiere no añadir más matices a la conversación, no quiere rebatirle, porque detecta un cambio en el gesto, una decepción en su mirada, un cierto aire de derrota en su postura y en el tono de su voz.

—¿Y a ti qué tal te va en el trabajo? —pregunta cambiando de tema.

Armando tarda unos instantes en contestar.

—Pues al final sólo van a construir una torre. Y van a quitar todo el revestimiento blanco de la fachada y lo van a dejar gris. Gris… Pero se va a seguir llamando Torres Blancas. —Armando coge aire y desvela por fin su realidad—. No hay manera de contener el gasto…, no hay manera… —La noticia cae como un jarro de agua fría.

—Vaya. Lo siento, no sabía nada.

—Sonaba bien, ¿verdad? Aunque tampoco sé si me queda mucho en la empresa… con ese panorama, espérate que tengan para acabar las obras —confiesa devastado. Ahora sí que Armando mira hacia el suelo, contando las piedras del terrazo, como hacía su hija

—. Parece que las desgracias nunca vienen solas, que tiene que suceder todo a la vez.

Armando pasa del terrazo a juguetear con los dedos, a repasar sus uñas, a rascarse los pellejos, buscando la manera de armarse de valor.

—Y, si consigues esa invitación…, te vas a ir…, te vas a ir… ¿con él? —pregunta mirándola de refilón y volviendo al esquema salvavidas suelo-uñas-dedos.

Amelia no se esperaba tanto arrojo por su parte y respira con fuerza, no sabe si aclarar que entre Rafael y ella no ha habido nada. La pregunta suena a derrota, pero también a desesperación. Se toma unos instantes para calibrar, para contestar en terreno neutro.

—Estoy aquí, Armando, es lo único que importa. —Una declaración que no parece contentarlo—. Mírame. No me he ido.

—Pero lo harás.

—Seguramente.

—¿Y qué va a ser de los chicos?

—No tengo nada pensado todavía.

—Pues a lo mejor deberías pensarlo.

—¿Tú crees que tu padre tenía todo pensado cuando se fue?

Vaya, eso sí que no se lo esperaba. Armando la mira, decepcionado, y vuelve la vista al suelo, lo ha sentido como un golpe bajo, pero no era la intención de Amelia. Ella se rasca la frente, pensativa, buscando un tono de calma y serenidad, una pista de aterrizaje entre la espesura, como si dibujara el camino a seguir a medida que su voz va hilando las palabras.

—¿Tú sabías que los aviones despegan contra el viento? Todo el mundo piensa que se colocan a favor, pero no es así. Cada día que

me elevo desde la tierra y siento que estoy suspendida en el aire, sigo sin entender la magia. Aunque conozca la maquinaria y la física, mi raciocinio sigue sin poder comprender el prodigio que permite que un artefacto de esas dimensiones pueda suspenderse en el aire. No me cabe en la cabeza. Y, aun así, vuela.

Armando vuelve la mirada hacia su mujer, preguntándose adónde quiere ir. Se deja llevar por la admiración que le despierta su discurso, como si de pronto aceptase grácilmente y sin resistencia que puede aprender algo de ella. Una dimensión que le fascina y encanta, que le hipnotiza al instante, como si ella ahora fuera otra, diferente a la mujer que le había acompañado estos años.

—Nadie nos aseguró que nuestros padres fueran a sobrevivir a su tiempo y, fíjate, aquí están —prosigue Amelia—, siguen entre nosotros, y nosotros con ellos. Se cuidaron los unos a los otros. Igual que tú nos has cuidado a todos… Pero a lo mejor es el momento de que sea yo la que lo haga. Podría hacerlo. No digo que la ecuación sea fácil, pero a lo mejor es posible. Y seguro que será más fácil si estamos juntos.

Armando respira hondo, inhalando sus palabras y su valentía, quisiera que todo ese arrojo formase también parte de él, para afrontar la vida y lo que está por llegar. Como si para saltar al vacío pudiera sostener su mano y amortiguar la caída por ir acompañado. En un tímido gesto, Armando se levanta y, salvando el hueco del asiento vacío, se coloca junto a Amelia. Le aparta uno de los mechones de pelo que caen sobre su cara para esconderlo detrás de la oreja.

—No sé si te dio tiempo de contarle a mi padre que me encantaba imitar a López Vázquez… por lo mucho que te hacía reír. No

importaba si lo hacía varias veces en el día o si llevaba meses sin acordarme, siempre encontraba tu sonrisa. Siempre.

—Me sigue haciendo mucha gracia usted, señor Galindo.

—Tengo muy escondido al señor Galindo, últimamente, ¿verdad?

—Mientras siga por ahí…

—Se había perdido un poco, quizá superado por tantos acontecimientos.

—Pero ¿lo tienes localizado?

—Creo que sí, se estaba tomando unas vacaciones, porque necesitaba pensar… tratar de encajar las piezas de este puzle. Como cuando mudas el contenido de una estantería y tienes que recolocar todos los elementos de vuelta… A veces no recuerdas el sitio exacto en el que estaban ubicados y debes volver a empezar, y te das cuenta que algunas cosas es mejor cambiarlas de balda, porque así puedes cogerlas mejor y otras las empujas al estante de arriba, lo más alto posible, porque tampoco necesitas tenerlas a mano en todo momento. Y luego te encuentras con muchas figuritas que simplemente sobran y piensas que a lo mejor conviene tirarlas a la basura, que lo único que hacen es acumular polvo.

Una mueca se dibuja en el rostro de Amelia, no acostumbrada a las disertaciones de su marido.

—Y después de este discurso tan lírico, ¿qué quieres decirme? —pregunta tratando de no sonar distante.

—Pues que creo que aún sigo colocando figuritas, libros y algunos marcos de fotos. Y que a lo mejor voy a necesitar un poco más de tiempo para averiguar dónde debe ir cada cosa.

Amelia asiente, presa de un profundo sentimiento de paz y atisbo de reconciliación. No en vano ella también ha tenido que colocar

muchas figuras, fotos y eventos en su propia estantería, recuerdos, afrentas, personas y momentos que también tendrá que aprender a distribuir.

—Y ahora, si te parece, voy a ir a ver a mis padres y a por un café, ¿quieres algo? —Amelia niega, cándidamente—. Vaya, se me hace muy raro lo de decir «mis padres».

Amelia lo coge de la mano antes de que se vaya y lo mira a los ojos.

—Eso también tendrás que aprender a colocarlo en la estantería.

Armando asiente, con una sonrisa, en paz y esperanzado. Besa a Amelia en la frente y se aleja de la sala de espera hacia la habitación donde su madre sigue sentada en el sillón, leyendo un poema detrás de otro en voz alta.

Armando se detiene en el quicio de la puerta observando la escena: Emilia declamando como siempre hacía cuando eran pequeños, compartiendo poemas, cuentos y leyendas. Sólo faltan las velas y su hermana pequeña. Pero por alguna extraña razón es capaz de imaginársela allí, sentada al lado de su padre, serena, escuchando y disfrutando de esos poemas, tan pizpireta como era. Parece ser la única que percibe la llegada de su hermano y, risueña, se lleva los dedos a los labios para que no haga ruido, para que no rompa la solemnidad del momento. Armando abre la puerta despacio y avanza unos pasos, hasta que Emilia se percata de su presencia.

—Ay, hola, hijo, no te había oído. Estaba aquí leyéndole a papá unos poemas de Rafael Alberti.

Armando se sobrecoge mientras escucha a su madre recitar con voz prodigiosa, contemplando por primera vez a sus padres, unidos

de nuevo en un verso, en un momento tan devastador como eterno; tan apaciguador: su padre yace en la cama y su madre lee poemas. Una imagen tan triste y a la vez tan cotidiana que le agarra y le estruja el corazón, y no le suelta. Un recuerdo que colocará en el centro de su estantería para siempre.

—Pobrecito papá, se ha quedado frito, no he dejado de leerle poemas y le he dejado agotado. Bueno, ahora está tranquilo, mira qué sereno está. Al menos ya no tiene esa respiración tan ronca como tenía —describe Emilia con inmensa ternura.

Armando repara en su padre, en esa tranquilidad pasmosa, en su boca abierta y la inactividad de su pecho que ni su madre ha apreciado. Aguarda unos instantes, respira hondo y reúne la valentía para avanzar despacio hacia ella y colocar una mano delicadamente sobre su hombro.

—Mamá… —Emilia lo mira con honda emoción y posa su mano sobre la de su hijo, agradecida por estar, al fin, todos juntos de nuevo—. Mamá, papá ya no está respirando.

42

Lo fácil y complejo de la vida

El cementerio civil de la Almudena se inauguró en 1884 para ofrecer una alternativa a aquellos difuntos no católicos que fallecían en la ciudad de Madrid. Los pasillos del camposanto se llenaron de librepensadores, protestantes, judíos, masones, niños no bautizados o personas que habían puesto fin a sus vidas. También sirvieron sus tapias para fusilar españoles de uno y otro bando, como Las Trece Rosas. Entre sus tierras removidas descansan los restos de los presidentes de la Primera República, intelectuales, comunistas y escritores. Pero especialmente allí descansaban los restos de Lucía Suárez Domínguez, fallecida a los ocho años de edad.

Es imposible despegar la mirada de las fechas en la lápida y hacer los cálculos de su corta edad para apiadarse de la familia entera que hoy entierra al padre con su pequeña. Calculan también los años que lleva sola y se alegran de pensar que, de algún modo, se acompañarán el uno al otro a partir de ahora. Unos los imaginan en el cielo, otros en la tierra y otros que a saber dónde, si sólo quedarán las cenizas como testamento de nuestra existencia. Pero nadie verbaliza sus propias creencias y, en silencio, cada miembro de

la familia Suárez Torres procesa su propio viaje, se enjuga las lágrimas y siente el peso de la vida.

No hay rezos, no hay cura ni alzamientos hacia Dios y la eternidad, sólo el que quiera cada uno, para sus adentros. Nadie juzga a los que rezan y nadie juzga a los que no lo hacen. Un hilo invisible de amor y comprensión los abraza a todos mientras los sepultureros bajan el féretro hacia las profundidades de la tierra y los presentes lanzan besos de despedida al aire. El dolor se acrecienta con el sonido metálico de las paladas chocando contra el granito y la tierra aterrizando sobre la madera del ataúd, amplificado por el hueco en la tierra. Todos se fijan en los familiares más directos, Emilia y Armando, que, abrazados, no despegan la mirada del agujero negro por el que desaparece Martín para siempre. Armando mira fugazmente a Amelia y sus hijos, recogidos frente a él, y da gracias a que los tres sigan vivos, consciente de la ternura que desprenden sus rostros compungidos. Los pañuelos en las manos de sus hijos, empapados de tristeza. Es la primera vez que despiden a un familiar, haciéndose conscientes de la fugacidad de la existencia. Todos de riguroso negro reciben los primeros rayos cálidos de la mañana de un viernes, a finales de agosto, con entereza, y aguantan la mezcla de lágrimas y sudor mientras los sepultureros colocan la pesada losa en su sitio, haciendo chirriar la piedra con su sonido pétreo tan característico. Ya sólo queda el cemento que la selle. Y también su dolor.

—Pues ya están juntos —solloza Emilia junto a Armando.

Enfrente, Victorina reza por todos ellos, agarrada al brazo de Luis no sólo pide por el difunto, sino por todos los presentes, para alejar la muerte de ellos, para que su encuentro con el Santo Padre llegue

cuando no quede nada más que vivir en la tierra. Marga y Peter, abrazados, comparten en silencio la congoja de la muerte prematura de la hermana de Armando sobre la lápida. Instintivamente, ambos posan una mano protectora sobre el vientre de Marga. A partir de su nacimiento nunca dejarán de tener miedo, es el abismo al que se asoman, y el riesgo que tendrán que afrontar.

Una vez finalizado el trabajo de los sepultureros, los creyentes entonan sus últimos rezos y su deseo de descanso eterno, mientras que el resto se agrupa hacia la salida, caminando con pesadez. Luis rompe el silencio, proponiendo un café, un paseo, algo que les despeje la mente. Al momento se encuentran a las puertas del cementerio sin saber qué hacer; la llegada de Martín había marcado todo el ritmo del verano. En un círculo cerrado unos se miran a otros esperando que alguien tome la iniciativa y decida el plan. Inesperadamente una voz rompe el silencio, provocado por la pérdida, como si nada pudiera levantar los ánimos y apaciguar su tristeza.

—Estoy embarazada —pronuncia Marga de forma inesperada, provocando que todos los rostros se giren hacia ella.

Sin avisar, sin premeditarlo, casi sin pensar, junto a la tapia del cementerio, desvela su verdad. Por un instante todos piensan que los están vacilando, y debe repetirlo y asegurarlo varias veces, antes de desatar la alegría que provoca una noticia de esa índole. Cientos de emociones se solapan a la vez: la sorpresa y la felicidad, la estupefacción de Victorina junto con la emoción de ser abuela de nuevo, la sospecha de Emilia, que asevera que lo tenía detrás de la oreja, los abrazos entre unos y las lágrimas de otros que borran la tristeza durante varios minutos. La algarabía dura lo justo para que

Victorina arranque a Luis de los brazos amorosos de su hija para formular la pregunta clave que se le agarra por dentro y no la suelta:

—Pero ¡digo yo que os casaréis! —La exclamación suena a exigencia. Los ojos de Victorina se clavan en los futuros padres, que se encuentran ante la encrucijada de confesar abiertamente sus planes secretos.

—Sí, mamá, nos casaremos… —Victorina recupera al instante el color en las mejillas—, pero en Estados Unidos. —Y ahora vuelve a perderlo.

La explicación de la oportunidad laboral que le ha surgido a Peter en Boston y el deseo de volver a estar con sus familiares congela las sonrisas que todos mantenían hace unos segundos. Sumada a la libertad matrimonial que disfrutaría Marga con un certificado norteamericano —a diferencia de la nula libertad que tendría en España—, resulta comprensible para la totalidad de los presentes, que asumen la noticia a sorbitos. Victorina repara en Amelia y la interpela delante de todos.

—Tú lo sabías, claro que lo sabías, ¡de ahí tus ganas de irte también! —Amelia nada tiene que contradecir—. ¿Y pensabais dejarme en tierra?

—En absoluto, madre, estás invitadísima a venirte con nosotros, si has estado en la colonia norteamericana como pez en el agua, Amelia y yo llevamos semanas felices por ello —asegura Marga con amplia sonrisa.

—Ah —puntualiza Victorina sucintamente, algo satisfecha al descubrir que al menos contaban con ella y consciente de que tiene

algún tipo de talento internacional—. Es que no vas a criar a un nieto lejos de su abuela, digo yo.

—Jamás se me ocurriría. —Sonríe Marga, contenta.

—¿Y tú? —pregunta Luis a Amelia, inquieto.

—Aún tengo que cerrar oportunidades e invitaciones al otro lado del charco.

—¿Eso qué significa?

—Básicamente que tengo que encontrar trabajo de instructora allí, pero estoy en ello —contesta Amelia, convencida de que tarde o temprano lo logrará.

—¿Y tus hijos? ¿Y tu marido? —señala mirando directamente al resto de los implicados.

Carmen y Antonio llevan un rato jugando al tenis con sus propias vidas en su mente, dudando si se quedarán, si se irán, saltando de un familiar a otro, encajando puntos, boleas y reveses, esperando a que les llegue a ellos la pelota. Antonio es siempre el valiente que da un paso al frente por su familia y no encuentra inconveniente en ir adonde vayan los suyos, salvo por los deportes norteamericanos que no encajan del todo con sus prioridades, pero todo será cuestión de aprenderlos. Y Carmen, después de su verano, lo último que desea es mezclarse de nuevo con jovencitas con aspiraciones a esposas admiradoras de Falange. No le importaría poner un poco de espacio-tiempo con su propia realidad y, además, apunta a algo muy sensato, aprender un nuevo idioma, si su abuela ha sido capaz, ella también lo será.

Las miradas quedan fijas ahora en Armando, quien parece sostener todavía la llave a cualquier puerta de salida. Lo que más

sorprende a todos es la luz que desprende su mirada, impensable en un día como hoy.

—Pues… a mí no me cabe ninguna duda de que Amelia conseguirá esa invitación, la verdad. —Armando dedica una mirada de cariño y admiración a su mujer que no pasa desapercibida—. Tampoco hay nada aquí, en Madrid, que no nos sepamos ya. Ya nadie tiene que volver, estamos todos los que tenemos que ser. Y como bien apunta Carmen, aprender idiomas seguro que va a ser algo muy importante en el futuro.

—¿Y tu trabajo, papá? —pregunta Antonio, preocupado.

—Es un trabajo, hijo. Sólo un trabajo.

—Pero no podemos dejar a la abuela Emilia —insiste Antonio.

De nuevo, todos los ojos se viran hacia la viuda, ahora sí, ahora real, que llevaba un rato esquinada durante estos momentos de nacimientos futuros y exaltación internacional. ¿Quién sería capaz de abandonarla en estas circunstancias?

—Por mí no os preocupéis —dice sacudiendo las manos como quien espanta moscas—. Estaré bien.

Pero hay algo en Emilia que viene cocinándose y que se revela en el tono de sus palabras, pero que no se atreve a desvelar ni en la intimidad de sus familiares. Es por la manera de no levantar la mirada del todo, de esquivar la de Victorina, concretamente, lo que desata la inquietud de su consuegra.

—¿Qué pasa Emilia? —pregunta preocupada—. Te conozco.

Emilia junta las manos delante de ella, como si acaso ese gesto fuera a protegerla, a otorgarle el valor que necesita para verbalizar lo que hace unos días centrifuga su cabeza.

—Maricela me ha invitado al D. F. —pronuncia con cautela, extrañándose ella misma de verbalizar su nombre sin rencor—. Por lo visto Martín había escrito mucho durante estos años y le gustaría compartirlo conmigo, cartas, diarios. Algunos escritos dirigidos a nosotros. Cree que es importante que yo también forme parte de eso y que podamos conocernos en persona. Qué loco, ¿verdad? ¿Quién me lo iba a decir que me lo estoy pensando? —Emilia levanta la mirada hacia su hijo, compungida, como si esperara una validación que realmente no necesita pero que tampoco nadie le va a negar—. Me ha hablado de todos los exiliados que siguen teniendo sus grupos de reunión, de cafés, tertulias y yo…

Todos comprenden al instante la necesidad de Emilia de volver a tocar un destello de lo que fue la República, aunque esté a miles de kilómetros, pensando que aún puede volver a vivir en la realidad que le robaron.

—Es una buena mujer. Y también se ha quedado sola —concluye.

Sus familiares enseguida la apoyan en su decisión, lo que la impulsa y la tranquiliza. Una sensibilidad extrema, extraña en Emilia, se adueña temporalmente de ella, agradeciendo la generosidad y comprensión de unos y de otros, incluso de su hijo. Aunque, por supuesto, dura lo justo para volver a calzarse con su genio e ironía.

—Lo bueno es que Estados Unidos está mucho más cerca de México, así que ya buscaréis la manera de venir a verme. Yo, después de este verano, ya he tenido suficiente de yanquis, os los podéis quedar todos.

Y por primera vez Victorina no monta el numerito. Lo suyo sería echarse a llorar, recriminarle su marcha, su abandono, y un largo etcétera de reproches que no llegan. Sólo atisba una inmensa pena,

porque decididamente va a echarla de menos. Pero como todos están acostumbrados a que ejecute su teatro, no va a dejarles sin su pequeño espectáculo.

—¿Y me vas a abandonar así, sin más? ¿Con todo lo que he hecho por ti este verano? ¡Por una desconocida! —Y ahí es cuando levanta su índice derecho como si blandiera una espada, para envainarla automáticamente después, y revelar sus verdaderos sentimientos—. Menos mal que voy a tener un nieto, o una nieta, porque, si no, te iba a echar muchísimo de menos —confiesa antes de abalanzarse a estrechar a su amiga entre sus brazos. Emilia se deja querer y apretujar. También la va a echar de menos, y así se lo susurra al oído.

—Pero una cosa te digo —apunta Emilia separándose del abrazo —, tu hija acabará siendo piloto de aerolíneas, y ¿sabes lo que significa eso? —Victorina niega—. Vuelos gratis, los que quieras, cientos de vuelos, así que, que nadie se preocupe que volveremos a estar juntos. Muy pronto. Que no descarto que, si lo de México no me convence, me vaya con vosotros. Si he aguantado mes y medio en la colonia, a lo mejor soy capaz de aguantar un poquito más con los americanos. Sólo un poquito —acentúa cerrando el índice y el pulgar de la mano.

Ante tanta novedad y tanto viaje, el pobre Luis se ha visto en medio del percal sin poder reaccionar, preguntándose por qué a él nadie lo invita a nada —salvo su pronta jubilación, que lo invitará a salir en breve del mercado laboral—. Nunca ha presenciado tantas expectativas de vidas nuevas a su alrededor, así que, para dilucidar su encaje en todas estas proyecciones futuras, propone un brindis

en algún bar cercano para celebrar novedades y valorar nombres para su nueva descendencia.

Mientras la comitiva avanza alejándose del cementerio, Armando y Amelia quedan atrás, suspendidos en el silencio. Quizá sorprendidos ante lo fácil y compleja que resulta a veces la vida, saltando de la risa al llanto, de la muerte a la vida en un suspiro. Peter, que va delante, recuerda en ese momento que lleva en el bolsillo un sobre para Amelia que le llegó al hospital a última hora. Con toda la gestión del entierro, olvidó entregárselo. El sobre lleva su nombre escrito a bolígrafo en la parte de delante; ni siquiera está cerrado.

—Es de Bernadette —comunica Amelia.

Amelia lee el contenido de la carta varias veces y va esbozando una sonrisa a medida que avanza. Él se fija en la rapidez con la que se mueven sus ojos, abriéndose lentamente a la sorpresa, colmándose de esperanza. Una vez más, la vida jugando sus cartas, posiblemente a favor.

—¿Qué? —pregunta, inquieto.

—Es una vecina de la colonia. Prometió ayudarme y… parece que ha cumplido su palabra. —Amelia sonríe, por el cariño y la lealtad que le ha mostrado, ¿una señal de lo que le espera en suelo estadounidense?—. A través de una de sus amigas —explica—, Nicky Benjamin, resulta que su padre tiene un viejo amigo que… tiene una escuela y también… contactos en American Airlines. Parece que me invitan a dar clases allí, completar las horas…

Armando no puede creer que todo salga a pedir de boca.

—Vaya… Pues ya está, ¿no? ¿Te obligan a viajar en alguna fecha?

—No dice nada al respecto, primero tendré que cerrar con Harris aquí, supongo, y tramitar visados…

—Si lo decía por si nos da tiempo a comprar maletas nuevas o hay que salir con lo puesto —añade Armando con dulzura.

Amelia esboza una sonrisa nerviosa, llena de esperanza.

—Yo creo que tenemos tiempo.

—Perfecto, porque las que tenemos están muy viejas.

Carmen se gira en ese momento, extrañada al ver que sus padres se han quedado a las puertas del cementerio. Está a punto de darles una voz para azuzarlos cuando, de repente, los ve fundirse en un largo abrazo. Antonio acude al rescate de su hermana y también repara en sus padres. Los hermanos se sonríen, cómplices; al final no parece que su barco vaya a hundirse. A lo lejos Amelia y Armando se separan levemente del abrazo en lo que parece será el inicio de un beso que hace reaccionar a Antonio de inmediato.

—Ay, qué asco, no puedo verlo —grita girándose y provocando que Carmen se desternille.

—¡No es para tanto! Eso es porque todavía no te has dado ningún beso con nadie.

Antonio repara en el trasfondo de las palabras de su hermana.

—¿En serio que te has besado con Juanjo? ¿Y no pensabas contármelo?

—Eres mi hermano, ¿qué te voy a contar?

—Pues mucho, que voy a ser el único con el que vas a hablar en castellano cuando nos vayamos, ya te digo yo que vas a tener ganas de contarme cosas.

—Venga, vámonos, déjalos que se besen. —Carmen agarra a su hermano del cuello y lo arrastra hacia el resto de la familia que se aleja, pero la inquietud desborda a Antonio.

—Oye, Carmen, ¿es verdad que se mete la lengua…?

—¡Ay, cállate ya, enano!
—¡Qué asco! No pienso besarme con nadie en mi vida.
—Como diría la abuela, nunca digas «de esta agua no beberé».

Epílogo

Pilar no da crédito a la interrupción, está tan concentrada organizando el arranque del curso que no calcula bien el tono cuando Toni asoma por la puerta.

—¡Qué pasa ahora! —exclama con nervio. Tiene un gran despliegue de organigramas que parecen un puzle a resolver. Pero Pilar es muy resuelta, y se da cuenta de su error de inmediato, no quiere ser desagradable con su amiga y secretaria personal—. Disculpa, Toni, estoy muy ocupada, dime.

Al levantar el rostro de los documentos descubre en Toni una expresión de estupefacción; no sabe cómo dirigirse a la ilustrísima jefa de la Sección Femenina sin perder la compostura. Toni vuelve a fijarse en la foto que Pilar tiene con Adolf Hitler en la pared, cerca de la puerta, y se le corta aún más el cuerpo. Siempre le pasa.

—Habla, mujer, ¿te ha comido la lengua el gato? —le exhorta Pilar.

—Pilar, tienes una visita —pronuncia aún con estupor.

Pilar revisa su abultada agenda sin permitirle explicarse, debe ser un error, sólo tiene una reunión a las seis con la coordinadora de las Escuelas de Hogar y luego a las siete y media con la directora de *Teresa.*

—Ya lo sé. No es ninguna de ellas. Es… —Se arma de valor porque aún no da crédito y la hace susurrar—. Es Amelia Torres.

Un escalofrío recorre a Pilar Primo de Rivera, de la cabeza a los pies comprendiendo, de súbito, la congoja de Toni.

—¿Puedes recibirla o le digo que venga otro día?

Pilar se toma un instante en contestar, aún presa de la extrañeza. Tal vez el puzle de horarios y programas deba esperar.

—Claro, déjala pasar —contesta aún azorada mientras en su mente se disparan las razones de tan inesperada visita.

De forma instintiva, Pilar se pone en pie y se atusa el traje, ¿por qué se ha puesto nerviosa? Sobre el reflejo del cristal de la fotografía que tiene de su hermano José Antonio en la mesa, comprueba que tiene el pelo perfectamente peinado y recogido, como si acaso fuera a encontrarse con una cita, alguien de rango imperial. Se sorprende a sí misma perdiendo la calma a su edad, con el historial de capitanes, generales y generalísimos que lleva a sus espaldas. De súbito piensa que quizá venga a disculparse por el comportamiento de Carmen en el campamento. Su huida provocó un auténtico revuelo entre las niñas, desató búsquedas desesperadas, aunque al final no trajera grandes consecuencias debido al aviso de la familia de que la niña había regresado junto a ellos. Pero su escapada podría haber provocado una estampida y noticias en la prensa desprestigiando su organización. Un incidente como este, filtrado a la prensa, podría haber traído una mala imagen e, incluso, peores consecuencias que no quiere ni pensar. Aunque haya tardado unas semanas, seguro que viene a verla por ese motivo. Para disculparse.

Amelia da unos toques a la puerta antes de entrar en el despacho. Desde el umbral, las mujeres, que tanto saben la una de la otra, se miden en la distancia. Con un gesto, Pilar invita a Amelia a pasar

mientras Toni la acompaña de cerca, educadamente. Pilar enseguida rebasa su mesa, se acerca a dar la bienvenida a la comprometida piloto y estrecha su mano.

—Es un honor conocerla, doña Pilar —afirma Amelia apretando con contundencia.

—El gusto es mío, sin duda —contesta Pilar dibujando una sonrisa desconfiada.

La dirigente la invita a sentarse mientras Toni se marcha dejando clara su disposición por si necesitan algo. Las dos se miran con emoción contenida, sintiendo lo que las une y las separa. No necesitan verbalizarlo, es un encuentro que presagiaban que algún día se produciría. Separadas por la mesa del despacho, su admiración y respeto rivalizan con el ansia de vencer al contrario.

—¿A qué debo el gusto de su visita? —Y al detenerse en el rostro de la piloto, desfila por su mente, previo a que responda, el tiempo de transformación que Pilar ha vivido desde que Amelia Torres había salido por televisión y atentado contra su sistema de valores, haciendo uso de las herramientas amplificadoras de la televisión y que le habían permitido llegar con su mensaje transgresor hasta los rincones más recónditos del país. No se explica cómo esa mujer había logrado tal repercusión en la prensa y en revistas, algunas incluso afines a la Sección hasta la fecha, ensalzando sus hazañas y su valentía. Ahora comprobaba con sus propios ojos que no era tan alta, ni mucho menos fuerte como para pilotar aviones, que tenía unos rasgos comunes que apenas la distinguirían entre la multitud y que estaba particularmente delgada. Sería algún tema de la señal televisiva, juraría, que le hacía recordarla más lozana cuando la vio por televisión. Pensó que captando a su hija podría parar este

descalabro de mujeres hacia la independencia, pero ni con esas, ni con Carmen en el grupo de teatro, ni con la portada, ni con el campamento. Como quien tiene una humedad pero no encuentra la fuga, así se siente Pilar encontrando en Amelia Torres el detonante a su inundación.

—Vengo a disculparme por el comportamiento de mi hija en el campamento. —Pilar sonríe para sus adentros, lo sabía—. Nunca debió escaparse de esa manera. Estaba muy asustada por las amenazas de sus… *compañeros*. Debe entender que fue una reacción natural de protección hacia su familia. —Pilar sonríe irónicamente; por mucho que esté posicionada en su bando, nunca ha llevado bien la muerte, ni de unos ni de otros, pero si alguien tenía una deuda con la justicia, ¿quién era ella para opinar al respecto?

—Supe que su suegro falleció por causas naturales, lo lamento enormemente —contesta con verdad, y Amelia lo aprecia.

—Ha sido un verano muy complicado para todos, agradezco sus palabras.

—Que Dios lo guarde en su gloria. —Amelia respira hondo. Espera que Martín se fuera por otro camino, no estaría a gusto en ese reino durante toda la eternidad.

—Fue un buen español —remata Amelia convincente.

Pilar ladea levemente la cabeza y aprovecha para ordenar sutilmente algunos papeles que sobresalen de la mesa.

—Disculpe Amelia, me ha pillado preparando todas las novedades para el curso que viene, ya sabe, clases, cursos, talleres, los círculos Medina… trabajamos sin descanso, vamos, que no tengo casi ni vacaciones.

—Ya me lo imagino, es usted una mujer admirable. Tiene dotes de capitán general, sin duda. Estoy segura de que cualquier otra persona en su cargo no tendría la capacidad organizativa que usted tiene. Sus redes son tan amplias, tan vastas y tan resistentes, que han sido capaces de llegar a todas las escuelas y hogares de este país. Una labor encomiable, estoy segura de que será usted una figura venerada por muchas generaciones.

Pero Pilar no es de halago fácil, ella sólo cumple los preceptos en los que creía su hermano y su hoja de ruta.

—Bueno, bueno —Pilar interrumpe a Amelia levantando una mano —, no exagere. Yo sólo cumplo con mi deber. Y con España, claro.

—No ha tenido ni tiempo de formar su propia familia, por atender a todas las mujeres de este país. Entiendo que ha sido un gran sacrificio.

—Ninguno, Amelia, créame; si sólo hubiera pensado en mí misma, no habríamos llegado tan lejos como nación.

—Es posible. Aprendimos mucho con sus enseñanzas. Al menos yo. Sé de muchas compañeras que también disfrutaron de aprender labores del hogar, costura, oficios, incluso fontanería. Nos ha preparado para la vida, sin duda. Le diré que mis croquetas son excelentes gracias a la manera que ustedes me enseñaron a freírlas —confirma Amelia con amplia sonrisa que contagia a Pilar (y eso que ella no ha hecho croquetas en su vida, no tiene tiempo).

La distensión inicial entre las mujeres va evolucionando paulatinamente, apagando las sonrisas de cortesía hacia una seriedad incómoda. Pilar ya no intuye a qué ha venido Amelia Torres, si a disculparse por lo de su hija o a recochinearse de las clases de cocina que imparten en las escuelas.

—Discúlpeme Amelia, pero tengo mucho trabajo acumulado, me gustaría saber a qué ha venido, imagino que no pretende charlar de croquetas.

La sonrisa de Amelia también se desdibuja de forma gradual. Niega, efectivamente. Ha venido a pedirle un favor.

—Vengo a hablarle de una jovencita que este año empezó a instruirse como piloto en Cuatro Vientos. Se llama Bettina Kadner y, créame, no se le pone nada por delante. Tiene unos ojos azules brillantes que desprenden una fuerza y valentía inusitadas. Tiene una intuición nata para volar.

—Me alegro mucho por usted, así ya no estará sola.

Amelia aguarda unos instantes para contradecir a Pilar.

—Nosotros nos vamos. Me voy, doña Pilar, porque en España no puedo labrarme una carrera, por mi edad y por mi condición de mujer. Sin embargo, he recibido una invitación de una escuela estadounidense, allí podré instruir a jóvenes pilotos y después dar el salto a una línea aérea comercial. Allí podré trabajar y vivir como piloto de aerolíneas.

Pilar no esconde su satisfacción, no sólo porque de verdad no le desea ningún mal a Amelia, sino especialmente porque así ya no tendrá que urdir mayores estratagemas que la alejen de la opinión pública.

—Créame si le digo que me alegro mucho por usted. A su manera también está haciendo despertar a muchas chicas que, como dice, no se ven formando una familia. Esto, desde mi punto de vista tiene unos riesgos enormes, pero por lo visto yo me debo estar haciendo mayor… y es innegable que el país está creciendo enormemente, y

no podemos seguir dando la espalda al progreso. Sin duda es un reto inmenso el nuestro. Saber cuál es nuestro papel.

Amelia descubre verdad y vocación en los ojos de Pilar: sus horas sin dormir, su voluntad de entrega. Las largas negociaciones y conflictos que habría vivido la dirigente, doblegando incluso su voluntad, sus creencias políticas y sociales, para tener que adaptarse a los tiempos. Una vez abierto el país al mundo, al paso del tiempo y la modernidad, los pilares firmes y tradicionales en los que se asentaba la sociedad, se derrumbaban irremediablemente.

—Sé que usted también ha apoyado el trabajo femenino. Yo sé que vive con esa contradicción también, ¿no son todas mujeres trabajadoras las que están bajo su mando? No puede seguir esperando a que las mujeres entreguen su vida y su tiempo sin una remuneración. No puede ser una eterna entrega a voluntad. Nosotras también soñamos. Por eso vengo a pedirle un favor. —Pilar aguza la mirada y el oído—. Usted ha sido capaz de cambios legislativos enormes. Sé que trabajó sin descanso con Mercedes Formica para mejorar el bienestar de las mujeres. —Pilar se inquieta, no está de acuerdo con mencionar a su antigua compañera, quien luchó activamente por los derechos de las mujeres en plena dictadura y a contracorriente de todas—. Sé que ella también fue miembro de Falange y que era abogada, no es incompatible, ¿lo ve? Hoy nuestro país sería otro de no ser por ustedes.

—¿Adónde quiere usted ir a parar? —pregunta Pilar, desbordada por su verborrea corrosiva.

—Desearía que esa jovencita de la que le hablo, Bettina, pueda ser piloto el día de mañana en nuestro país. Que no tenga que pasar por lo mismo que yo para vivir de su pasión. Usted conoce altos

mandos, ha promovido leyes. Las mujeres estamos capacitadas para pilotar aviones, ser jueces, ser abogadas, doctoras, lo que queramos. Y usted sabe que es así. Mírese, mire a su alrededor. Este despacho, reflejo de su vida en fotografías, es la historia de cien vidas en una. Usted tiene la capacidad de mil hombres juntos. Si ha podido disfrutar de esa vida tan apasionante, ¿por qué no pueden las demás?

Pilar se queda muda, pensativa, asimilando tantos argumentos e ideas que le resulta complicado contestar de forma automática. Amelia prosigue en su estrategia:

—Sé que usted es una buena mujer. Yo sé que lo es.

Pilar apila unos cuantos papeles y vuelve a mirar la fotografía enmarcada de su hermano, su rostro congelado en el tiempo y sereno no le ofrece una contestación clara por primera vez, pero pareciese no estar en desacuerdo con lo que oye. Después, Pilar vuelve la mirada hacia Amelia con una atención nueva, y le habla con claridad.

—Le hemos dado a las mujeres un oficio, estructura, humanidad y amor. Y creo que todas ellas lo han devuelto con creces. A mi parecer, así es como creo que se construye el mundo.

Amelia asimila sus preceptos, cimientos desgastados, pero aún firmes.

—Se lo pido por todas las mujeres que vendrán después de nosotras.

Pilar se pone en pie, lentamente, dando por terminada la visita y alza su mano para encontrarse con la de Amelia. Las dos mujeres se despiden con un apretón firme pero dulce, sellando su despedida.

—Prometo que lo pensaré —afirma Pilar—. Gracias por su visita.

—Buenas tardes. —Amelia se dirige hacia la puerta cuando Pilar interrumpe su salida llamándola por su nombre.

—Amelia. —La aviadora se gira sobre sí misma y ambas se miran en la distancia, de nuevo con admiración y rivalidad contenida—. Buen viaje. Le deseo lo mejor a usted y a su familia.

Amelia responde desde el quicio de la puerta con una sonrisa.

—Gracias, Pilar.

Amelia se da la vuelta y cierra la puerta con suavidad. Al otro lado, Toni espera disimuladamente su salida del despacho. Inquieta, no puede evitar preguntarle cómo ha ido el encuentro. Amelia, pensativa, lo analiza durante unos instantes dejando aflorar una sonrisa.

—Bien. Creo que bastante bien.

—¿Ha resuelto su problema?

—No, creo que no.

—Vaya, entonces no sé si alegrarme o no por usted —responde una confundida Toni con secreta admiración—. ¿Quiere que la acompañe a la calle?

—No se preocupe, encontraré la salida.

Amelia le dedica un último gesto de agradecimiento y se dirige hacia la puerta con paso firme y decidido. En ningún momento vuelve la vista hacia atrás.

Datos históricos

En octubre de 1969 Bettina Kadner obtuvo su licencia de piloto comercial de primera clase obligando a la Dirección General de Aviación Civil a reconocer su cualificación y a permitirle ejercer la profesión, sentando un precedente legal y administrativo que puso fin a la discriminación de facto. Una modificación legal le permitió convertirse en la primera mujer en ser comandante de un avión de pasajeros en España. Durante más de diez años fue la única. En 1987 se incorporó a Iberia, donde voló durante casi dos décadas. Se jubiló en 2006 y el 28 de septiembre de 2025 Iberia le puso su nombre a un Airbus A320neo.

El 31 de marzo de 1969 el Decreto-Ley 10/1969 declaró la prescripción de todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939, quedando jurídicamente inoperante cualquier consecuencia penal «de lo que en su día fue una lucha entre hermanos», en palabras de Franco. En conjunto, venía a indultar más que a amnistiar los hechos. En consecuencia, muchas personas perseguidas durante la dictadura pudieron por fin recuperar sus vidas y salir a la luz del día con normalidad.

El 1 de abril de 1977, dos años después de la muerte de Franco, se publicó un Decreto-Ley por el que se disolvía la Sección Femenina de Falange, consolidando la transición hacia la democracia. A los pocos días, Pilar Primo de Rivera fue recibida por el vicepresidente Alfonso Osorio, quien le dio el cese. Estrechándole la mano le dirigió un escueto «Gracias, Pilar» y puso fin a sus cuarenta y tres años de dedicación a la mujer española, siendo la persona que más tiempo ha desempeñado un cargo político en España. En sus memorias, Pilar Primo de Rivera tildó el 23-F como un fracaso para España. Falleció en 1991, a los ochenta y un años.

María Bernaldo de Quirós falleció en Madrid, el 26 de septiembre de 1983, a los ochenta y cinco años. El 25 de septiembre de 2020 la flota de Iberia bautizó uno de sus aviones A320neo con su nombre. El 26 de septiembre de 2023 un nutrido grupo de aviadoras y admiradores nos acercamos a rendirle homenaje a su tumba en el cementerio de San Isidro y se depositaron cuarenta rosas rojas, una por cada año desde su fallecimiento. El 26 de septiembre de 2024 Correos emitió un sello dedicado a la aviadora ilustrado por Isabel Muguruza.

Mari Pepa Colomer siguió viviendo en el Reino Unido y veraneando en Cap Salou durante el resto de su vida. Su marido, José María Carreras, falleció en 1982 dejando un legado aeronáutico histórico. Desde su fallecimiento vivió con su hija Montse y su yerno Abbie en su rancho de caballos, Lomond. Cuando falleció en 2004, a los

noventa y un años, sus cenizas fueron llevadas al cementerio de Reus junto a las de su marido.

Margot Soriano falleció en Madrid en 1991 a los ochenta y tres años, y Dolors Vives en Barcelona, en 2007, a los noventa y siete años de edad. Ninguna tenía prisa por volver a tocar el cielo.

Rafael de Madariaga fue capitán del Ejército del Aire hasta que en 1971 ingresó en Iberia, volando junto con Bettina Kadner en numerosas ocasiones. Es licenciado en Periodismo y miembro del CASHYCEA (Consejo Asesor del Servicio Histórico del Aire) desde 1984. Fue jefe de enseñanza de Aero Madrid desde 2002 hasta 2008 y director general de la Escuela Aero Madrid. Tiene publicados unos cincuenta artículos en diferentes medios aeronáuticos y cinco libros sobre historia aeronáutica, pero en ninguno de ellos confiesa nada sobre la torre de revistas de *Playboy* que les dejaron los norteamericanos. Eso me lo confesó a mí.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a todos los lectores y lectoras de *Aviadora* (y ahora de *Las aeronautas*), por haberme escrito y apoyado en este camino. Escucharos en clubes de lectura y leeros ha sido una experiencia que no me esperaba, me ha conmovido profundamente y me ayuda a seguir. Gracias a todos los que escribisteis reseñas en redes y habéis regalado mi libro. Sin vosotros habría sido imposible llegar tan lejos. Espero que podamos volver a encontrarnos con la nueva entrega de esta historia, tanto presencial como digitalmente. Me encanta leeros y que me escribáis. No dejéis de hacerlo ni de compartir en redes vuestra opinión del libro para llegar a más gente. Pero en especial os animo a que lo hagáis con vuestros seres queridos, para que los mayores recuerden o los más jóvenes conozcan aquellos fascinantes años.

Este libro no habría sido posible sin la inestimable ayuda de Rafael de Madariaga, cuyos conocimientos y experiencias deberían ocupar un volumen en sí mismo. Gracias, Rafa (Falino), por compartir conmigo entre cafés tus anécdotas y recuerdos, que han sido pura inspiración para esta novela, por corregirme y orientarme. Escucharte es disfrutar de la historia de la aviación y de tu memoria infinita. Gracias, Mar Alguacil, por ponernos en contacto; sin este puente habría sido muy difícil acercarme al universo de los pilotos

españoles en la base de Torrejón de Ardoz de los años sesenta. La pena es que no he podido meter lo de la máquina tragaperras trucada.

Gracias al cabo primero Elías Hernández Arias, por recibirnos a Rafael y a mí en la base y ofrecernos una visita guiada y documentada del lugar. Por contestar a todas mis dudas con rigor y acercarme un poco más a la historia de la base y de la aviación española.

A Ángel Soto, por aparecer en el transcurso de esta novela mientras ambos nos infiltrábamos en grupos de Facebook de amigos de Royal Oaks y de familiares norteamericanos que en su día estuvieron destinados en la base de Torrejón. Por mandarme documentación maravillosa que no he podido incorporar en mi novela pero que espero puedan disfrutar en la tuya, *Al sur de la Moraleja - ROAKS*, que ya tengo en mis manos. Gracias por llevarme de safari por la Moraleja para descubrir los pocos rincones que aún quedan de lo que fue la colonia.

A los miembros del grupo de Facebook «Royal Oaks Friends» que respondieron a mis preguntas, inquietudes y cuestionarios, especialmente a Ronald Walker, Linda Worsnop, Bernadette Hohl, Colleen Kissinger, Dayn Jackson, David Boucher, Susan Sarabewahialo Hilt, Samantha C. Sartain, Becky Nix y Donald Dean. Gracias por compartir conmigo el recuerdo de vuestras madres durante aquel tiempo. *Thank you all*.

A Flavia Bernaldo de Quirós, por revisarme con cariño y rigor la biografía de su queridísima antepasada. A Zacarías Pastor, por bucear en sus memorias y su archivo y por ofrecerme una visión

interesantísima de los españoles que trabajaron en la base, en su caso, en el EES Spain Area Exchange.

Al equipo de Suma de letras, por su paciencia y su cariño, siempre.

A mis queridas libreras Gema y Rosalía de Granada, por recomendarme a sus lectores y por creer en mí.

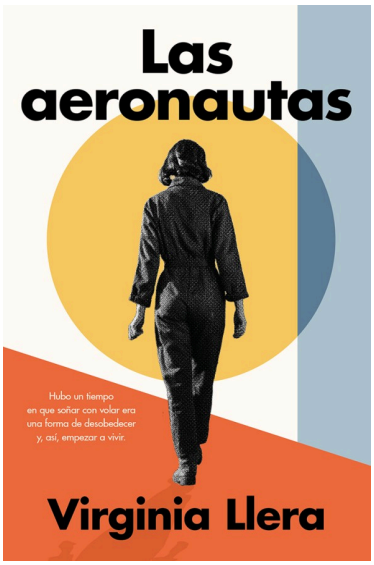
A mis maravillosas compañeras del Club de Lectura de Altura. Gracias a *Aviadora* nos conocimos y ya no nos pudimos soltar. Por leerme, por creer en mí, por compartir vuestra visión tan bella de mi primera novela y compartir conmigo esta segunda. Habéis sido todas un REGALO. Gracias de corazón. (Y por todos los libros que me descubrís y los cenorrios que nos pegamos, también).

A todas mis amigas, amigos, compañeros del grupo musical El Recuerdo, antiguos compañeros y gente que ya no nos vemos porque la vida es así, pero que me mandasteis la foto de mi libro en vuestras manos y en escaparates después de años sin vernos. El torrente de cariño que recibí no se puede explicar. Sois lo más.

A los que ya no están, pero vuelan con nosotros.

A mi familia, a mi madre, a mis amados hijos y marido, por compartir este vuelo conmigo.

Un homenaje a todas las mujeres que reivindicaron su derecho a volar.



Madrid, 1967. Un año después de su sonada participación en el concurso *La mujer ideal*, Amelia Torres sigue sin poder cumplir su sueño de volar. Mientras el régimen le cierra todas las puertas, su suegro —a quien todos daban por muerto desde la Guerra Civil— reaparece inesperadamente la misma noche en que España entera vibra con Eurovisión. Su regreso desatará una cadena de secretos, traiciones y revelaciones que obligarán a Amelia a enfrentarse no sólo al país que intenta frenarla, sino también a las verdades que acechan a su propia familia, cuyo destino quedará en sus manos.

Tras el éxito de *Aviadora*, Virginia Llera continúa la trayectoria de Amelia Torres con una novela que entrelaza memoria familiar e historia colectiva. Inspirada en las

pioneras de la aviación española, *Las aeronautas* es el retrato de una mujer que se niega a aceptar el lugar que le fue asignado y de un país que intenta recomponerse entre silencios, ausencias y culpas heredadas. El relato articula con maestría la cultura popular de aquellos años de dictadura con humor, diálogos eficaces y desafíos en una sociedad que deseaba abrirse al cambio. Un ejercicio de literatura honesto e inspirador.

Virginia Llera (Madrid, 1980) lleva veinte años desarrollando su carrera profesional en series y películas nacionales como script, directora, montadora, guionista y productora ejecutiva. En su tiempo libre no vuela, pero hace musicales amateurs. *Las aeronautas* es su segunda novela, en la que recupera el universo de *Aviadora* (Suma, 2024).



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Virginia Llera Rivera
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Jesús Mancebón

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10257-01-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Notas

[1] «Albergues de verano. Juventudes de la Sección Femenina», *Revista Imágenes*, 1961, https://www.rtve.es/play/videos/revista-imagenes/albergues-verano-juventudes-seccion-femenina/2861961/.

[2] Organización mundial de mujeres pilotos creada en 1929 por Amelia Earhart y otras 98 aviadoras.

[3] No hemos podido comprobar que no se diera una situación parecida en otras bases norteamericanas, que los pilotos y marineros estadounidenses en Rota también tenían fama de liarlas gordas.

[4] «Fiesta aeronáutica en Getafe», Aérea, año VII, núm. 66 (enero de 1929), pág. 24.

[5] El Imparcial, año LXIII, núm. 21.430 (11 de enero de 1929), pág. 8.

[6] «María Bernaldo de Quirós, la Dama del Aire», *Estampa*, año I, núm. 39 (25 de septiembre de 1928), pág. 3.

[7] «Matrimonios en crisis», *Cuestión urgente*, 1968, https://www.rtve.es/play/videos/cuestion-urgente/matrimonios-crisis/5453932/.

Índice

Las aeronautas
1. Caída libre
Dos meses antes
2. La sorpresa de Eurovisión 1967
3. Desvelando verdades
4. Exilio
5. Bésame mucho
6. Una foto nada idílica
7. Teresa
8. Peace is our mission
9. Café sin azúcar
10. Calibrar el desequilibrio
11. Tequila
12. La casa de las flores
13. Emergencia nacional
14. Rascafría
15. The undercover
16. La sábana
17. El Ala 16
18. Playboy
19. Margot Soriano
20. Miss Golondrina
21. La tiza
22. Cartas desde el exilio
23. Cuestión urgente
24. Flying sisters
25. Llamando a las puertas del cielo
26. Diente de león
27. El silencio de los grillos
28. ¿Qué harías si pudieras volar?

29. Cortar las alas
30. Amore appassionate
31. Diario de Amelia Torres
32. Un plan de fuga perfecto
33. Vuelta a la vida
34. Confesar es de valientes
35. Cuatro Vientos
36. La gran ovación
37. Un admirador, un amigo, un esclavo, un siervo
38. Tiempo de descuento
39. La caída de un imperio
40. Un mosaico de piedras rotas
41. Recolocar una estantería
42. Lo fácil y complejo de la vida
Epílogo
Datos históricos
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Virginia Llera
Créditos
Notas